

---

---

**Psicoanálisis de las  
configuraciones  
vinculares**

**Malestar en los vínculos**

---

Revista de la Asociación Argentina  
de Psicología y Psicoterapia de  
Grupo

---

---

Buenos Aires, marzo de 1998

© 1998 Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo  
Redacción y administración: Arévalo 1840 - Capital Federal  
Tel. 771-0247 / 772-7439 / 774-6465  
FAX: 774-6465

ISSN 0328-2988

Registro de la Propiedad Intelectual N° 875986.  
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Derechos reservados  
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Producción gráfica: Ediciones PubliKar. Tel: 743-4648  
Diseño de tapa: PsiNET on line

Impreso en Talleres Gráficos Su Impres  
Tucumán 1478. Buenos Aires

Ilustración de tapa: *Madre e hijo*, de Pablo Picasso.

---

## TOMO XXI - Número 1 - 1998

---

*Afiliada a la Federación Latinoamericana de Psicoterapia de Grupo,  
a la American Group Psychotherapy Association,  
y a la International Association of Group Psychotherapy.*

**Dirección de Publicaciones:**

**Directora:**

Lic. Rosa María Rey

**Secretaria:**

Lic. Liliana Bracchi de Andino

**Comité Científico:**

Lic. Oscar M. De Cristóforis

Lic. Mirta Segoviano

Lic. Susana A. Vaitelis de Cao

**Consejo de Publicaciones:**

Lic. Diana Singer

Lic. Daniel Waisbrot

Lic. Graciela Rajnerman

**Comité Asesor:**

Dr. Marcos Bernard

Dra. Ida Butelman

Dr. Guillermo Ferschtut

Lic. Juana Gutman

Dra. Janine Puget

Lic. Marina Ravenna de Selvatici

**Corresponsales en el exterior:**

Lic. Myriam Alarcón de Soler,  
*Bogotá, Colombia.*

Prof. Massimo Ammaniti, *Roma, Italia.*

Prof. Leonardo Ancona, *Roma, Italia.*

Prof. Dr. Raymond Battgay,  
*Basilea, Suiza.*

Dra. Emilce Dio Bleichmar, *Madrid, España.*

Dr. Joao Antonio d'Arriaga, *Porto Alegre, Brasil.*

Dr. Rafael Cruz Roche, *Madrid, España.*

Dr. Hernán D'Avanzo, *Chile.*

Dr. Alberto Eiquer, *París, Francia.*

Dr. Marcos A. Fernández Velloso,  
*San Pablo, Brasil.*

Dr. Michel Graulus, *Bruselas, Bélgica.*

Dr. Arnaldo Guiter, *Madrid, España.*

Dr. Max Hernández, *Lima, Perú.*

Lic. Gloria Holguín, *Madrid, España.*

Dra. Liliana Huberman, *Roma, Italia.*

Lic. Rosa Jaitin, *Lyon, Francia.*

Prof. René Kaës, *Lyon, Francia.*

Prof. Dr. Karl König, *Göttingen, Alemania.*

Dra. Clarisa Levy, *Haifa, Israel.*

Dr. Mario Marrone, *Herts, Inglaterra.*

Prof. Meneghini, *Florenza, Italia.*

Lic. Elvira Nicolini, *Bologna, Italia.*

Dr. Carlos Alberto Paz, *Valencia, España.*

Lic. Teresa Palm, *Estocolmo, Suecia.*

Dr. Saúl Peña, *Lima, Perú.*

Dr. Robert Rapoport, *Londres, Inglaterra.*

Dr. Alejandro Scherzer, *Montevideo, Uruguay.*

Dr. Alberto Serrano, *Honolulu, Hawaii.*

Dr. Alberto Siniego, *México DF.*

Dr. Juan Tubert Oklander, *México DF, México.*

Dra. Estela Welldon, *Londres, Inglaterra.*

## NORMAS DE PUBLICACION

**Los trabajos enviados para su publicación en esta revista deben cumplir los siguientes requisitos:**

- Tener 20 páginas de extensión como máximo.
- Estar escritos con un procesador de textos, grabado en modo *sólo texto*, aclarando en el diskette nombre del archivo y procesador utilizado (deberá ser compatible con I.B.M.).
- Incluir junto con el diskette, cuatro copias idénticas perfectamente legibles.
- Incluir un resumen del trabajo en español, de unas 10 líneas como máximo.
- Indicar la filiación profesional del autor, dirección y teléfono, así como otras aclaraciones pertinentes en la carátula del artículo, debajo del título.
- Las notas deben estar numeradas y figurar al final del trabajo.
- La bibliografía debe detallarse al final del trabajo.
- En caso de libros indicar: apellido del autor, inicial del nombre, título del libro, (*subrayado*); lugar de edición, editor, número de edición, año, página o capítulo a que se refiere.
- En caso de publicaciones periódicas: apellido del autor, inicial del nombre, título del artículo, (*entre comillas*); nombre de la publicación, (*subrayado*), volumen, número, año, página (*inicial-terminal*).
- El autor debe conservar una copia del trabajo enviado.

Las opiniones vertidas en los artículos serán responsabilidad exclusiva de los autores.

Es imprescindible adjuntar al artículo enviado la autorización pertinente para la publicación del mismo, según el modelo siguiente:

*Lugar y fecha*

*Subcomisión de Publicaciones de la AAPPG:*

*Por la presente autorizo a la Dirección de Publicaciones de la AAPPG, la publicación de mi artículo (nombre completo) en la Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo, en el número que el Comité de Redacción lo considere pertinente.*

*Nombre completo del autor, documento de identidad y número.*

*Firma y aclaración.*

Los trabajos que se envíen para su publicación en esta Revista serán seleccionados por el Comité Científico, el cual se expedirá sobre su aceptación o rechazo. Los trabajos publicados son propiedad de la Revista, y por lo tanto, su reproducción total o parcial está prohibida si no cuenta con la autorización escrita de la Dirección de Publicaciones.

## COMISION DIRECTIVA

<b>Presidente:</b>	<i>Lic. Diana Singer</i>
<b>Vicepresidente 1º:</b>	<i>Lic. Daniel Waisbrot</i>
<b>Vicepresidente 2º:</b>	<i>Lic. Graciela Rajnerman</i>
<b>Secretario:</b>	<i>Lic. Marcelo Luis Cao</i>
<b>Pro-Secretaria:</b>	<i>Lic. Sylvia Beer</i>
<b>Tesorera:</b>	<i>Lic. Ester Alfie</i>
<b>Pro-Tesorera:</b>	<i>Dra. Monique Guthmann</i>
<b>Secretaria de Prensa:</b>	<i>Lic. Clara Sztein</i>
<b>Vocal 1º:</b>	<i>Lic. Mónica Galbusera</i>
<b>Vocal 2º:</b>	<i>Lic. Rosa Iannitelli</i>

**Fe de erratas:**

En la página 237 y en el sumario del número anterior de la Revista (T. XX, Número 1, 1997), donde dice *Eduardo Seiguer* debió decir *Guillermo Seiguer*. Nuestras disculpas al autor y a los lectores.

# SUMARIO

## EDITORIAL

---

Recordaciones	11
Consideraciones sobre la intersubjetividad <i>Graciela Kasitzky de Bianchi</i>	15
Montaje vincular asubjetivo. (Acerca de la violencia de los saberes instituidos.) <i>Ricardo Claudio Gaspari</i>	29
Subjetividad y vínculos con relación al contexto social actual <i>Lucila Edelman y Diana Kordon</i>	47
Subjetividad adictiva: un tipo psico-social históricamente instituido <i>Ignacio Lewkowicz</i>	69
La expulsión: una modalidad de lo negativo <i>Solchi Lifac</i>	91
¿Equilibrio vincular? <i>Alejandra J. Makintach</i>	103
Realidad psíquica, vincular y social. Funciones del lazo familiar <i>María Cristina Rojas</i>	117
Violencia y configuraciones vinculares <i>Graciela Ventrisci, Griselda Santos y Cielo Rolfo</i>	131
Las vicisitudes de la adolescencia en el escenario clínico <i>Ona Sujoy y Graciela Selener</i>	159
La transmisión de la vida psíquica entre generaciones: aportes del psicoanálisis grupal <i>René Kaës</i>	179

Entrevista con René Kaës <i>Mirta Segoviano</i>	199
Grupo y producción <i>Regina Duarte Benevides de Barros</i>	215
Función semiótica parental y “potencialidad somática”. Vicisitudes de la semantización parental perturbadora en torno al cuerpo. <i>Oscar de Cristóforis</i>	227

## **PRESENTACION A MIEMBRO TITULAR**

---

El ideal, el Edipo y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad <i>Diana Singer</i>	251
Comentario sobre el trabajo de Diana Singer “El ideal, el Edipo y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad.” <i>Mariano Dunayevich</i>	275
Comentario sobre el trabajo de Diana Singer “El ideal, el Edipo y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad.” <i>Janine Puget</i>	281

## **PASANDO REVISTA**

---

“Lo Vincular, Clínica y Técnica Psicoanalítica”, por Isidoro Berenstein y Janine Puget <i>Susana Sternbach</i>	289
“Planeta adolescente. Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural”, por Marcelo Cao <i>Marcos Bernard</i>	297
“Transmisión generacional, familia y subjetividad”, por Silvia Gomel <i>Janine Puget</i>	305

## **INFORMACIONES**

---



# Editorial

Sostenido por una capacidad de ilusionar que inevitablemente deberá aceptar su cuota de desilusión, edificado sobre aproximaciones que no pueden dejar de incluir la divergencia y el malentendido, expuesto a la incidencia del contexto socio-cultural en el que se inscribe, sabemos que todo vínculo implica malestar, y éste es tan intrínseco al vínculo como a todo fenómeno humano.

Pero la clínica se encarga de informarnos que hay distintos grados, y quizás distintas cualidades, de malestar. Y que el vínculo, que se despliega más allá y más acá de las subjetividades que lo configuran, puede transformarse en productor de un plus de angustia y sufrimiento.

También nos dice acerca del potencial terapéutico que un vínculo puede contener, no sólo para modificarse y reestructurarse, sino para posibilitar modificaciones en los sujetos de ese vínculo.

Pensar el malestar desde el psicoanálisis de las configuraciones vinculares nos lleva a registrar de nuevas maneras nuestras prácticas, y a indagar de diferentes modos los marcos explicativos.

*COMITE DE REDACCION*

## Recordaciones

### CORNELIUS CASTORIADIS

Ha muerto Cornelius Castoriadis. Político, economista, filósofo, psicoanalista. Homenajearlo en una institución psicoanalítica requiere la doble tarea de rescatar al psicoanalista en el pensador de lo socio-histórico y reconocer los aportes filosóficos que resitúan los saberes disciplinarios del campo de las llamadas ciencias del hombre.

Su concepción acerca de que Psique e Institución Social son polos irreductibles con su propia legalidad y que se instituyen en el mismo acto, sientan las bases para repensar el psicoanálisis. Redefine y cuestiona el lugar de la práctica y producción teórica del mismo desde su momento fundacional hasta la actualidad. Utiliza para ello un método original que aplicó a las prácticas socio-históricas, el de la elucidación crítica, que permite: *“pensar lo que se hace y hacer lo que se piensa”*.

Formula una nueva propuesta que enfrenta los límites impuestos por la matriz de pensamiento heredado –la lógica conjuntista identitaria– que supone una metafísica cuyas ideas básicas implican que el ser es determinado-universal-idéntico a sí mismo.

Dar batalla por igual al positivismo y al estructuralismo a-histórico con su idea nuclear acerca de que a las cosas no las podemos pensar hechas de una vez y para siempre, ni tampoco como despliegue de una potencialidad que ya está ahí, sino que se van haciendo en el devenir de un socio-histórico. Tampoco hay ningún fundamento divino, ni ley natural, por fuera del campo social que otorgue un primer sentido.

Lo socio-histórico tiene fundamentalmente capacidad de auto-alteración, de innovación, de lo radicalmente nuevo, es decir de producción de nuevas determinaciones. El ser es *"indefinidamente determinable"*. Hablar en términos de lo radicalmente nuevo implica pensar en creación incesante.

Así como la sociedad se autoinstituye con su capacidad imaginante radical (imaginario social instituyente), el sujeto supera su estadio de socialización a través de una puesta en cuestión de las instituciones que lo atraviesan y constituyen, afirmándose en una subjetividad reflexiva y deliberante.

*"El sujeto no está de regreso porque nunca se ha ido. Siempre ha estado aquí.*

*Ciertamente no como sustancia sino como cuestión y proyecto. Para el psicoanálisis la cuestión del sujeto es la cuestión de la psique, la psique como tal y la psique socializada, es decir habiendo sufrido siempre y sufriendo siempre un proceso de socialización. Así comprendida la cuestión del sujeto es la cuestión del ser humano, en sus singularidades y universalidades..."*

Castoriadis se plantea un objetivo radical, el proyecto de autonomía, que sólo será alcanzada si se trabaja en forma conjunta en los planos individual y colectivo.

¿Qué consecuencias teóricas y prácticas trae al psicoanálisis su inclusión en este proyecto? Al resituar al psicoanálisis como práctica y como pensamiento a la luz de una ontología, lo define como proyecto y como elucidación, otorgándole a la práctica el lugar de un sujeto auto-alterable (el analizando), frente a otro sujeto auto-alterable (el analista), en constante trabajo de desalienación, capaz de modificar sus relaciones con lo inconsciente en su dimensión individual y social. La revisión crítica que hace sobre el lugar de la teoría frente al cuerpo de saberes instituidos y sus consecuencias en las prácticas, genera un efecto interesante: no se puede decir que aporte tales o cuales elementos al interior de la teoría psicoanalítica, pero su modo de interrogarla en sus atravesamientos positivistas, cientificistas y estructuralistas, pone en superficie cuestiones vitales para el psicoanálisis (y el psicoanalista) desde su creación. Se animó a pensar con otro

método, otra ontología, otra lógica y otro sujeto. Contribuye así a la destitución de la tesis moderna de un único fundamento de los saberes: la razón.

Por todo esto lo incluimos entre los hombres más importantes del pensamiento contemporáneo.

Murió joven y productivo a los setenta y cinco años. El horizonte de su trabajo fue siempre la transformación subjetiva y social. Creador apasionado, su vida es testimonio de la responsabilidad política que implica toda producción teórica.

Hemos elegido decirle adiós en forma conjunta, porque aún hoy apostamos con él a la capacidad imaginante de los colectivos humanos.

*Raquel Bozzolo  
Marta L'Hoste  
Graciela Ventrici*

### **JORGE M. MOM**

El Dr. Jorge Mom, miembro titular de A.A.P.P.G., miembro titular en función didáctica de la A.P.A., miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica Uruguaya, falleció en Buenos Aires.

La muerte del Dr. Mom, psicoanalista de gran prestigio, realizador de una labor fecunda y trascendente en el campo de la psicología y la salud mental, implica la pérdida de uno de los profesionales que construyó la historia del psicoanálisis en la Argentina.

Su trabajo sobre las fobias marcó un hito en el desarrollo científico de la época, constituyendo un clásico en la formación psicoanalítica.

Tuvo activa participación en la Comisión de Enseñanza y en la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Ar-

gentina de la que fue uno de sus presidentes; formó parte junto con los Dres. W. y M. Baranger del Manifiesto 1974 de reestructuración de la Institución. Escribió junto con otros autores la *Historia de la Asociación Psicoanalítica Argentina* en 1982.

Este infatigable hacedor concurrió al I Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo, realizado en Toronto, Canadá, en 1954, junto con otros colegas, con los cuales consiguió el respaldo de la American Group Psychotherapy Association para el reconocimiento de la filial Argentina. Así junto con los Dres. Janine Puget, Morgan, Baranger, Usandivaras, Bleger y otros fundaron en 1954 la A.A.P.P.G.

El Dr. Mom tuvo activa participación en nuestra Institución formando parte de las comisiones directivas de la primera década en calidad de secretario en los años 1954, 1957 y 1960; fue vicepresidente en dos oportunidades en 1958 y en 1959 (cargo que compartió con el Dr. Usandivaras); fue tesorero en 1961 y Presidente de la A.A.P.P.G. en 1956.

Como agradecimiento y reconocimiento a su trayectoria y a la construcción de la historia de la Institución, se le entregó una medalla en la conmemoración de los 40 años de la fundación.

Despedimos hoy con afecto a quien fuera uno de los organizadores del primer Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo en la Argentina.

*Comité de Revista*

# Consideraciones sobre la intersubjetividad

Graciela Kasitzky de Bianchi \*

---

## 1. -Exigencia de trabajo vincular

Mi propuesta para hoy es repensar la cuestión de lo vincular a la luz del concepto de exigencia de trabajo psíquico, exigencia de trabajo impuesta a cada psiquis por las configuraciones vinculares a las que pertenece y que tendrá como efecto no sólo formaciones inconcientes del sujeto sino también producciones inconcientes vinculares.

Siguiendo una línea que parte de Freud (*Tres Ensayos y Las pulsiones y sus destinos*), sigue por Piera Aulagnier (*La Violencia de la interpretación*) y continua René Kaës (*Souffrance et psychopathologie des liens institutionels*), se encuentra esta idea de la exigencia de trabajo que se le impone a la psiquis y cuyo resultado son diversas formaciones inconcientes. Freud lo propone como exigencia de la pulsión, Piera Aulagnier como exigencia de la realidad, Kaës como exigencia de la intersubjetividad.

Según Kaës, la formación del vínculo obliga a realizar ese trabajo psíquico, como consecuencia de poner en correlación a los sujetos en tanto el encuentro con el objeto sólo es posible a través del otro. La expresión que utiliza, “el otro en el

---

\* Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la A.A.P.P.G.  
José L. Pagano 2601, 5º (1425) Buenos Aires, Argentina.

objeto”, indica que el camino hacia el otro es a través del objeto aunque ese otro presente en el objeto, sea irreductible a su interiorización como objeto, en tanto que ese otro, es otro sujeto. Hay algo que hacer, entonces, con esa imposición del otro, en su doble status de sujeto y objeto. Esta sería la exigencia de trabajo psíquico que impone la subjetividad del otro, por ser objetos con vida propia y tener a su vez nexos con sus propios objetos.

“La subjetividad se constituye en dos niveles interdependientes: intrasubjetivo e intersubjetivo; en su defecto, se podría considerar un nivel asubjetivo, el hecho (corporal, social, económico) en bruto, fuera de todo proceso de apuntalamiento” (Kaës, R. 1993).

Parto de la precedencia del otro pero no de su reconocimiento como tal. El principio de placer, el narcisismo, nos llevan a degradar el otro a la categoría de objeto.

La presencia del otro en el objeto significa que el otro ejerce una violencia al imponer su alteridad y crea la necesidad de poner en práctica esa suerte de correlación de subjetividades, que tendrá como efecto formaciones propias del campo de lo vincular como exigencia de trabajo psíquico, que implica al objeto, al otro en el objeto y los otros del otro.

La construcción de la alteridad es el resultado de ese trabajo que impone al sujeto la opacidad del otro. El otro puede o no estar constituido o puede estar presente de diversas maneras: como ausencia, exceso o falta. La ausencia remite a la pérdida del objeto, el exceso a los fenómenos de seducción y violencia, que informa sobre la existencia del territorio de la pulsión y la falta en su doble vertiente, como saldo de la operatoria denominada en psicoanálisis castración (lo que le falta al otro), en su relación privilegiada a las diferencias sexuales, o lo que nunca fue o estuvo como falta estructural, que remite a la imposibilidad de la fusión. Susana Matus precisa una diferencia entre alteridad y ajenidad. La alteridad del otro como producto del establecimiento de las diferencias, remite a la falta como efecto de la prohibición y la ajenidad del otro se hace presente en relación a lo imposible. (Matus S. 1997).

La construcción de la alteridad, no como conocimiento sino como posibilidad de sostener en el vínculo un espacio de indeterminación, permite diferenciar el otro real externo (representable y enigmático), del objeto interno (representación signada por la fantasía inconciente) y de lo real del otro (lo irrepresentable) (Krakov H., Pachuk C. 1996).

Los desfasajes entre el otro y el objeto son el principal motivo de exigencia de trabajo y se resuelven mediante la posibilidad de sostener un vínculo que de por sí, es siempre inestable.

El otro puede estar ausente en una alternancia con la presencia, ausencia que motoriza los duelos. Pero también puede presentarse en exceso, sobreexigencia de trabajo que desborda los sujetos y genera sufrimiento.

Kaës precisa las transformaciones que ocurren en la psiquis, como efecto del trabajo psíquico que exige la subjetividad del otro, mediante seis correlaciones que representan la magnitud del trabajo vinculante.

Una **primera correlación** es la de la psiquis con el investimento narcisista del infans, por los padres y por los conjuntos intersubjetivos. El producto de esta correlación, como trabajo psíquico es el narcisismo primario y su expresión vincular el contrato y pacto narcisista.

El infans y el grupo son los que firman el contrato y sus términos son la transferencia del reconocimiento del grupo sobre el recién llegado a cambio de su compromiso a repetir los enunciados de sus antecesores para mantener la inmutabilidad del conjunto. El grupo a cambio, reconoce no poder existir si no es gracias a lo que esa voz repite.<sup>1</sup>

La madre, como portavoz del narcisismo del conjunto va a incluir al hijo en una serie genealógica siendo relevante el aspecto enigmático que el hijo representa para sus padres, en el cual proyectan tanto su actividad interpretante como su necesidad de no comprender, su rechazo al pensamiento del infans. Al mismo tiempo, ofrecer la palabra al niño no implica



su aceptación automática, éste puede tomarla o rechazarla.

La **segunda correlación** es con los procesos productores de inconciente entre los sujetos del entorno inmediato y lejano del infans. Pactos y alianzas inconcientes producto de operaciones de co-represión y desmentida en común.

Para mantener un vínculo cierto número de cosas no deberán ser tenidas en cuenta, habrán de ser reprimidas, rechazadas, depositadas, o borradas. En este caso hablamos de acuerdos inconcientes.

El pacto negativo, como contrapartida del contrato narcisista es lo que queda consagrado en cada sujeto del vínculo a los destinos de la represión, la negación, el rechazo, la desmentida. Este acuerdo inconciente sobre lo que debe permanecer inconciente es impuesto para que el vínculo se organice y mantenga su continuidad (Kaës 1993). A partir de allí se abre una zona de simulacro donde se puede inventar lo posible.

Una **tercera correlación** se establece con los dispositivos representantes de las prohibiciones fundamentales y los renunciamientos necesarios para establecer la comunidad de derechos.

Los principios fundadores que deben ser procesados tienen que ver con el pasaje del estado de Naturaleza al estado de Cultura; la cultura tiene como misión asegurar la existencia del grupo y controlar la distribución de bienes.

Las instituciones deben producir y hacer reinar el orden y el control social para efectuar ese pasaje de la naturaleza a la cultura para lo cual se hace necesario “domesticar las pulsiones y humanizar las pasiones que encarnan la locura, el sexo, el inconciente y la muerte” (Kaës 1996).

El amor sólo es posible si una parte de la libido sexual es sublimada, purificada, idealizada. Esta reglamentación de los deseos se produce a través de las prohibiciones y los intercambios, y expresa las relaciones entre institución y sexualidad.

Estas relaciones nunca terminan de resolverse, el acople

perfecto entre sujeto y sociedad es imposible, en ese sentido para los vínculos instituidos la sexualidad es generadora de desorden en tanto no ha sido canalizada, reprimida o derivada, operaciones que se realizan gracias a la prescripción de los vínculos, de los lugares y funciones que los organizan.

El desorden introducido por la sexualidad lo entiendo como elemento vital, factor que obliga a la desestructuración y reestructuración, a la complejidad que deviene a partir de diversas formas de renuncia pulsional en función del sostenimiento de la comunidad de derechos.

La **cuarta es la correlación** que la psiquis debe establecer con un sentido que lo antecede, siendo el producto de este trabajo la actividad representacional y la interpretación, accediendo así a un contexto de significación compartido con la consabida estabilización del pensamiento que produce compartir los enunciados del conjunto.

La **quinta es la correlación** con la instauración del vínculo, promueve la identificación con el vínculo, brindando el sentimiento de pertenencia al mismo. Este tema ha sido desarrollado ampliamente por Berenstein I. y Puget J. (1997), quienes definen la pertenencia como un sentimiento surgido de compartir diversas prácticas sociales y sus modos de incorporación, organizando la identidad sobre una base común de representaciones de cómo el yo y el sujeto construyen sus raíces en tanto sujetos.

También hay una exigencia de no trabajo psíquico, **sexta correlación**, de desconocimiento, de no pensamiento o abandono del pensamiento, de auto-alienación. No conduce a formaciones inconcientes intersubjetivas sino a un abandono de pensamiento, descomplejización y borramiento de la intersubjetividad en tanto uno de los sujetos se desconoce como tal y sólo se representa como objeto.

La falta, los desfallecimientos o los excesos en la realización de estas exigencias de trabajo psíquico son las fuentes del sufrimiento y la patología de los vínculos.

## *2.- Exigencia de trabajo vincular en la familia*

La familia, la pareja, las instituciones a diferencia de los grupos son configuraciones de vínculos instituidos. Están compuestos por la conjunción del *deseo* de los sujetos de *pertenecer* a dichos vínculos en una inscripción duradera y estable, y por las formas sociales que sancionan, reconocen y sostienen la institución de ese vínculo.

Podríamos pensar las correlaciones antes mencionadas, en el seno de un vínculo como la familia.

Desde la vertiente vincular la exigencia de trabajo psíquico en la familia provendrá de la subjetividad de cada uno de sus integrantes y de las formas sociales, económicas, jurídicas, culturales y de ejercicio del poder, que se imponen desde la realidad externa.

Se abre el espacio de la realidad psíquica vincular, como efecto del vínculo familiar proponiéndole a los sujetos objetos parcialmente desexualizados para la realización derivada de metas pulsionales y escenarios fantasmáticos para el cumplimiento de las mismas, posibilidad de realización simbólica de filiaciones en relación a las referencias identificatorias que decantan en el sentimiento de pertenencia a un conjunto, participación en ideales comunes que da lugar a la continuidad narcisística. La estructura familiar inconciente define y articula estas dimensiones del vínculo familiar (Berenstein 1976), pensada como producto del trabajo realizado por la intersubjetividad y no como un universal preexistente.

I. El enamoramiento es momento de constitución de la familia y la pareja. Momento en el que los miembros de la pareja como portavoces del deseo del conjunto de sostener la institución de la alianza exogámica y de la familia, se invisten y son investidos dando lugar a la formación del narcisismo primario referido al vínculo. Resultando un contrato narcisista en que la pareja y su descendencia serán reconocidos por la sociedad, a través de distintos recursos simbólicos jurídicos,

económicos, etc. y ellos a cambio acceden a entregar su producción a la sociedad, es decir, inscribir a los hijos en la cultura, en un linaje.

Esta dinámica se renueva con cada nacimiento, donde el intercambio está garantizado por la función de portavoz de la madre y por la función de padrino<sup>2</sup> ejercida por diversos actores sociales, los padres inclusive.

II. La correlación intersubjetiva produce zonas inconcientes que mantienen fuera del vínculo lo que podría destruirlo, pactos negativos y alianzas inconcientes que no sólo aparten lo imposible vincular, sino también lo irreductible e inasimilable del otro. Pactos y acuerdos específicos de cada historia vincular y del mito constitutivo que define la meta de la familia como institución y de cada familia en particular (Berenstein I. 1990).

III. La ley que organiza el intercambio entre familias, regula la circulación del deseo y la violencia. Instala la renuncia pulsional como aceptación de la prohibición del incesto y el asesinato. Habrá que renunciar a los objetos endogámicos, los hijos a los padres y los padres a los hijos, a las familias de origen, mediante pactos y acuerdos siempre inestables por la dificultad de sostener la imposibilidad de la fusión.

IV. Se crea así un contexto de significación compartido, expresado a través del discurso familiar y en las creencias e ideales que marcan el rumbo de la familia. La relativización del discurso del portavoz materno por la función del padre instala la función de intérprete como elemento mediatizador imprescindible en el sostenimiento de la alteridad.

Construcción de una realidad psíquica vincular, con características particulares para cada familia, producto de un sistema de intercambio que organiza a partir de la matriz transindividual las representaciones subjetivas (Bianchi 1995).

V. Sus integrantes se identifican en y con el vínculo. La nominación forma parte de este ítem y configura el sentimiento de pertenencia a la propia familia, la identificación con los lugares y funciones del parentesco, la ubicación en un linaje y una historia, el mito de origen.

La cuestión de la transmisión ha sido ampliamente trabajada por S. Gomel, como pilar del psicoanálisis vincular, “pues la continuidad psíquica de las sucesivas generaciones impone una exigencia de trabajo a cada uno de los sujetos eslabonados en ella” (Gomel S. 1996).

VI. Debemos incluir la transmisión de lo que no ha de pensarse y lo no pensado, como una de las cuestiones que más interrogantes nos plantea acerca de los funcionamientos familiares. Transmisión de lo no representado y la prohibición a representarlo. Orden de no trabajo psíquico que determina los aspectos alienados del vínculo.

La cuestión de la alteridad es un tema especialmente acuciante en el análisis familiar dado que precisamente lo contrario de lo extraño, de lo desconocido, de lo extranjero, es lo familiar.

¿Cómo incorporar lo diferente cuando se trata de establecer lo igual y las continuidades?

Las caras del otro pueden aparecer en un bebé, en un abuelo o tía, en la forma que un hombre opera como padre o en la novia del hermano, etc.

### *3.- Sufrimiento vincular*

Si acordamos que todo sufrimiento en un vínculo no es patológico, debemos distinguir entre el sufrimiento patológico del sufrimiento que se genera en el proceso de formación, de mantenimiento o de disolución de un vínculo en tanto toda situación de encuentro expone a la desilusión, la ambivalencia, la pérdida. Podríamos establecer la diferencia entre ambos a través de sus efectos: en un caso se condiciona la búsqueda de una satisfacción sustitutiva, la creación de nuevas fuentes de placer, la complejización vincular, o por el otro, se constituye en un sufrimiento paralizante, con una tendencia a la menor complejidad, que convierte a los vínculos en estructuras rígidas más cerca del quiebre que del cambio.

El sufrimiento es una necesidad y un riesgo. Necesidad porque obliga a los sujetos a reconocer la diferencia entre realidad y fantasía y las diferencias entre sí, pero también es un riesgo porque ante el exceso de sufrimiento se puede desinvertir aquello que lo causa.

Como sabemos, la psicopatología vincular debe ser abordada no desde las características de los sujetos sino desde las condiciones mismas del vínculo, mediante sus formaciones específicas como las alianzas y los pactos, los sistemas de representación e interpretación contruidos en común, y las defensas compuestas conjuntamente que dan cuenta de los ideales compartidos y de los sistemas sacrificiales asociados.

La psicopatología vincular se relaciona con las condiciones que posibiliten o no la producción de trabajo psíquico; condiciones que surgen de diversas maneras en que el vínculo puede presentificarse: la ausencia, la falta o el exceso.

Lo indescifrable se perfila como la fuente por excelencia del sufrimiento vincular. Parte de ese enigmático lugar del otro, coextensivo al displacer que despierta la prueba de la falta, del exceso, de la ausencia, de la pérdida. Presencia significa que mientras haya un otro en la realidad que soporte los avatares del otro en el objeto, es posible el trabajo de elaboración psíquica, mientras que si ese otro no se presenta, los sujetos del vínculo no consiguen su tramitación.

Otra fuente de sufrimiento puede surgir de dificultades en la fundación del vínculo y su función instituyente. Kaës las atribuye a fallas de las formaciones contractuales, problemas en la constitución de la ilusión fundacional y a los efectos que siguen a la desilusión.

Estas dificultades pueden encarnarse en un miembro de la familia quien se dedicará a atacar el pacto negativo o el contrato narcisista, los fundamentos de la familia, descalificando lo que da sentido al agrupamiento o definiéndolo como impensable e imposible (Diet 1996).

Podría pensarse en un déficit del armado vincular, que

impediría el despliegue de la operatoria estructural. Más que una distorsión de las leyes estructurales correspondería a la idea de un armado vincular que no contempla todos sus aspectos, donde lugares y funciones no han sido suficientemente establecidos.

Si el déficit lo encontramos en el procesamiento de las prohibiciones, en estos casos se podrá observar que la ley opera más como un tope real que como ley simbólica. El sentido de la ley se vuelca más hacia lo que no se puede (imposible) que hacia lo que no se debe (prohibido).

La contingencia en la aparición de ese tope hace que sea extremadamente difícil armar un código estable, sumiendo a los individuos en un clima de precariedad y déficit estratégicos pero también que desarrollen mecanismos de adaptación rápidos e innovadores.

Las fallas en las funciones instituyentes, la función de límite que se establece en relación a lo imposible y no a lo prohibido como tope fáctico, conducen al despliegue de la violencia y al tipo de patología que en este momento desborda al psicoanálisis. La modalidad defensiva parece ser más expulsiva que represiva.

Lo que hemos pensado como fallas en la función materna y sus consecuencias en la patología psicossomática, Kaës las ubica en los desfallecimientos o destrucción de los dispositivos de contención y transformación de las ansiedades primitivas.

Otro punto a tener en cuenta cuando se trata de sufrimiento y patología en los vínculos familiares es el de la instauración y mantenimiento del espacio psíquico, como resultado del difícil equilibrio entre sostener las certezas del conjunto y arriesgar pensar los propios pensamientos.

La realidad psíquica intersubjetiva es el espacio en que los aspectos inconcientes son mantenidos en ese estado bajo la presión del conjunto intersubjetivo al cual se pertenece (Bianchi 1995). Cuando lo que opera es el no pensamiento más que la producción de inconciente, nos acercamos a los casos de alienación y violencia.

También pueden surgir perturbaciones en esa función primordial de la familia que es la transmisión inter e intrageneracional, cuando lo transmitido no ha sido metabolizado, no tiene representación y escapa entonces a las transformaciones que sufriría a través de las operaciones correspondientes a los procesos inconcientes.

“Aquellos que los padres reprimen en un sentido neurótico en sí mismos, se retoma en la siguiente generación dando lugar a una retranscripción, aquello que entre los padres se desmiente de la realidad no puede inscribirse en el aparato psíquico del hijo en una articulación simbolizante” (Bianchi 1995).

### *5.- Intervenciones*

El sufrimiento puede transformarse, devenir sufrimiento “normal” si algunas cláusulas de los contratos y pactos se aclaran o redefinen, en un pasaje a través de la conciencia. La interpretación sería el instrumento adecuado para realizar este pasaje.

Pero quisiera relacionar lo anterior con el tipo de intervención requerida en los encuadres vinculares cuando los pactos y alianzas son deficitarios, cuando la red de ligaduras que sostiene las representaciones está rasgada o destruida, cuando lo que prima son las fallas en las continuidades narcisísticas. Se trata entonces de promover el trabajo psíquico, actividad interpretante e historizante en sí misma, más que de hacer conciente lo inconciente.

Los encuadres vinculares parecen especialmente aptos para estas circunstancias en la medida que permiten la circulación por más de un otro de lo que quedó enquistado en el acuerdo inconciente que funda el vínculo y el inconciente del sujeto. Las dificultades que surgen en el transcurso de estos tratamientos tienen que ver con que la reincorporación de lo



excluido implica una revisión de ese pacto fundante, que no es poco decir en el caso de las parejas y familias.

## Notas

- <sup>1</sup> “Cada sujeto viene al mundo de la sociedad y de la sucesión de las generaciones como portador de la misión de tener que asegurar la continuidad de la generación y del conjunto social. Es el portador de un lugar en un conjunto y, para asegurar esta continuidad, el conjunto debe a su vez investir narcisísticamente a este elemento nuevo. Este contrato asigna a cada uno cierto lugar que le es ofrecido por el grupo y que le es significado por el conjunto de las voces que, antes que cada sujeto, ha sostenido cierto discurso conforme al mito fundador del grupo. Este discurso incluye los ideales y los valores; transmite la cultura y la palabra de certeza del conjunto social. Cada sujeto debe retomar ese discurso por su cuenta. Por él se une al ancestro fundador. Así se pone en evidencia la función identificante del contrato narcisista.” (Kaës, 1993, pp. 327).
- <sup>2</sup> **Padrino:** El que asiste a otro para recibir el bautismo, el casamiento, en un desafío, certamen, etc. || El que presenta a otro en un círculo, en una sociedad, etc. || *Fig.* El que favorece y ayuda a otro en la vida.

## Bibliografía

- Bianchi, G. “La realidad como producción vincular”. *Rev. de la AAPPG*, Tomo XVIII, 1995.
- Berenstein, I. *Familia y enfermedad mental*. Paidós.
- Berenstein, I. *Psicoanalizar una familia*. Paidós. 1990.
- Berenstein, I. y Puget, J. *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Paidós. 1997.
- Diet, E. *Souffrance et psychopathologie des liens institutionels*. Dunod. 1996.
- Gomel, S. “La transmisión en el contexto del psicoanálisis

vincular". *Rev. AAPPG*, Tomo XIX, 1996.  
Kaës, R. *El grupo y el sujeto del grupo*. Amorrortu. 1993.  
Kaës, R. *Souffrance et psychopathologie des liens institutionnels*. Dunod. 1996.  
Kaës, R. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu. 1996.  
Krakov, H. y Pachuk, C. Informe del Grupo de Investigación N° 3 de 1996 del Departamento de Pareja de la AAPPG.  
Matus, S. "La clínica vincular en tiempos de transición. Escucha e intervenciones". *Rev. AAPPG*, Tomo XX, 1997.  
Moguillansky, R. y Seiguer, G. *La vida emocional de la familia*. Lugar Editorial, 1996.

## Resumen

*La autora se propone repensar la cuestión de lo vincular a la luz del concepto de exigencia de trabajo psíquico, basada en las ideas de René Kaës acerca de las transformaciones que ocurren en la psiquis, como efecto del trabajo psíquico que exige la subjetividad del otro y que dicho autor puntualiza a través de seis correlaciones que representan la magnitud del trabajo vinculante.*

*La idea central es que los desfases entre el otro y el objeto son el principal motivo de exigencia de trabajo y se resuelven mediante la posibilidad de sostener un vínculo que de por sí, es siempre inestable.*

*Luego se hace un desarrollo de las correlaciones antes mencionadas en el seno del vínculo familiar para pasar a situar algunas cuestiones respecto del sufrimiento vincular, entendiendo que todo sufrimiento en un vínculo no es patológico sino aquél que se constituye en un sufrimiento paralizante.*

*Por último se hace una referencia al tipo de intervención requerida en los encuadres vinculares cuando se trata de promover el trabajo psíquico, actividad interpretante e historizante en sí misma, más que de hacer conciente lo inconciente.*

## Summary

*The author proposes to rethink the issue of what is linking in the light of the concept of the demands of psychic work, based on the ideas of René Kaës on the transformations that occur in the psyche, as an effect of the psychic work that the subjectivity of another demands and which said author points out through six analogies that represent the magnitude of linking work.*

*The central idea is that the differences between the other and the object are the principle motive of the demands of work and this is solved through the possibility of sustaining a relationship (or link), which in itself, is always unstable.*

*The author later develops the above mentioned analogies in the midst of a family relationship to then go on to situate some issues concerning linking/relationship suffering, comprehending that all suffering in a relationship is not pathological unless it becomes a paralyzing suffering.*

*Finally, a reference is made to the type of intervention required in the classifications of relationships when trying to promote psychic work –an interpretative and historical activity in itself– rather than making conscious that which is unconscious.*

## Résumé

*L'auteur propose de repenser la question des liens en tenant compte du concept d'exigence de travail psychique, en prenant appui sur les idées de René Kaës sur les transformations qui ont lieu au niveau de la psyché comme effect du travail psychique qu'exige la subjectivité de l'autre et que ledit auteur précise à travers six corrélations qui représentent l'envergure du travail des liens.*

*L'idée centrale est que les déphasages entre l'autre et l'objet sont la principale raison de l'exigence de travail et peuvent se résoudre à travers la possibilité de maintenir un lien qui est toujours, inévitablement, instable.*

*L'on développe ensuite les corrélations ci-dessus mentionnées au sein du lien familial pour pouvoir après situer certaines questions liées à la souffrance des liens, en considérant que toute souffrance dans un lien<sup>28</sup> n'est pas pathologique à moins qu'elle ne se constitue en une souffrance paralysante.*

*Finalement, l'auteur se réfère au type d'intervention nécessaire dans un cadre des liens lorsqu'il s'agit de promouvoir le travail psychique, activité interprétante et d'historisation en soi, plutôt que de rendre consciente ce que est inconscient.*

## **Montaje vincular asubjetivo. (Acerca de la violencia de los saberes instituidos.)**

**Ricardo Claudio Gaspari \***

---

### *0.- Propuesta o resumen*

En esta comunicación trato dos cuestiones, que deseo enhebrar. 1.- A partir del relato de una situación clínica, sitúo un tipo de producción vincular en la que está implicado un exceso de violencia, al que describo como **montaje vincular asubjetivo**. Su registro por los sujetos del vínculo aparece generando una especificidad de la demanda de análisis vincular, y una configuración vincular peculiar al incluirse el analista en el campo transferencial. 2.- Este tipo de producción vincular me ha convocado como analista a una modalidad de intervención que destaca más que en otros contextos vinculares el “qué-hacer” (más-allá-del y al decir) en su especificidad como aspecto de la función analítica. La dimensión gestual de la función del analista construye la base de la dirección de la intervención, configurando el campo de lo posible, trabajando desde un qué-hacer la construcción de una productividad vincular con *efecto de subjetivación* novedoso. Encuentro que en el conjunto de la institución (me refiero concretamente a AAPPG) es importante la inquietud por dar cuenta de este orden de problemas, complejizando la noción de *intervención*. Lo pienso también como un imperativo ético: elaboración teorizante del *malestar* implicado en el registro de la escisión entre conceptualización y práctica.

---

\* Licenciado en Psicología. Miembro Titular de la A.A.P.P.G.  
Quesada 3572 (1430), Buenos Aires, Argentina.

### *1a.- Montaje vincular asubjetivo*

Lo que voy a transcribir es una secuencia que inauguró el primer encuentro con un conjunto vincular familiar, a la que vuelven reiterativamente en una primera serie de entrevistas. Se trata de secuencias recortables, que ocurren al modo de accesos, en torno a un mismo argumento. Fuera de esos momentos, el clima vincular mantiene un matiz evitativo, incluyendo sin embargo el humor, la posibilidad del desacuerdo, el reconocimiento de la imposibilidad de saberlo todo y directamente del otro. Para esta particular modalidad de formación vincular configurada en el campo transferencial, propongo la denominación **Montaje vincular asubjetivo**, que luego precisaré en su descripción.

El primer contacto con esta familia es a través de un llamado telefónico de Inge, madre de Nicolás, de 19 años, quien ya ha estado en tratamiento individual a raíz de dificultades de concentración y rendimiento en sus estudios. Les ha hecho saber a ella y a su padre que el único modo en que aceptaría concurrir a una consulta sería en familia. Le pregunto qué piensan ellos de la condición que pone Nicolás. Responde, de buen grado: “estamos trabados, y dispuestos a hacer lo que haga falta para ayudarlo”. Y agrega: “quien nos orientó a Ud. nos dijo que Ud. sabe cómo abordar estas situaciones familiares complicadas”. Ante mi pregunta, aclara que Nicolás tiene un hermano menor que finalmente deciden no convocar a la consulta.

En el primer encuentro, Hugo, hombre serio y circunspecto, se lo va descubriendo como de éxito en su profesión, pero desde un lugar de no disfrute, como agobiado por sus obligaciones. Se trata de la misma profesión elegida por Nicolás para formarse, y cursada en la misma Universidad, prestigiosa y exigente.

Inge se sienta en el diván casi detrás del padre, me mira y se dirige a mí casi por sobre su hombro. Nicolás, más móvil con su cuerpo, se ubica en otro asiento, frente a mí.

De un modo terminante, como quien necesita despachar las cuestiones familiares, abre el juego Hugo dibujando su

perspectiva, lo que dispara la secuencia cuyo argumento transcribo. El ritmo es progresivamente acelerado. Crece la vehemencia y una gestualidad intimidante con intentos de contención en Nicolás, mientras se defiende con sus argumentos, lo que contrasta con la compostura tensa pero más controlada sostenida por los padres.

Hugo: Nicolás no es un verdadero universitario. No estudia casi nada. A este paso, va a ser mejor que deje la facultad. Anda a los tropiezos, y lo peor es que se engaña a sí mismo.

Nicolás se enardece, y como quien se hubiera preparado para hablar frente a alguna clase de árbitro, plantea su defensa: las materias que rindió exitosamente, el porcentaje de desertores en esa facultad después de un primer año filtro, en el que no está.

El padre no desdice estos datos, parece inmutarse poco, regresando a su cara de disgusto, con un gesto descalificatorio. Nicolás vuelve a la carga con más argumentos. Más exaltado, enrojecido, casi de pie.

Breve pausa. Entonces, interviene Inge:

Inge: Es así como dice tu papá, Nicolás, no tendrías por qué deber ni una sola materia. Si yo veo que no estudiás más que dos horas. Me asomo a la puerta de tu cuarto... perdés el tiempo...

Nicolás (dirigiéndose a mí): Cuando papá llega a casa, lo primero que le pregunta es cuánto exactamente estudié. Si ella sale, deja de policia a la empleada, que después le dice cualquier cosa. (Se dirige entonces a ellos) ¡Cada uno estudia a su manera! ¿Vos me ves en la facultad, en otros lados?

Hugo: ¿A mí no me vas a decir cómo se tiene que estudiar? ¡Un universitario tiene que poner mucho el culo en la silla!... ¡Así vas a fracasar!

La madre me mira con cierta angustia, como captando que

allí hay sufrimiento y daño, y pidiendo una intervención.

Inge: Por lo demás yo quiero que Ud. sepa que Nicolás es un chico lleno de amigos, es muy bueno, muy gaucho. Es en este punto en que estamos empantanados...

Hugo: No todo el mundo tiene que ser universitario. Me parece que tiene que decidirse.

¿Quién es el paciente? Ninguno de ellos se define como tal, individualmente. Sin embargo es notorio que aceptan en conjunto correr el riesgo de hacerme partícipe de un punto en que la trama vincular se configura de un modo enloquecedor. Puntúo esto: no hay en este momento la constitución de un *síntoma* en el sentido de una particular vía de elaboración psíquica, como reconocimiento angustioso de algo que falta en alguno de ellos, y tolerado como interrogación como modo de afectación en ello a los otros del conjunto. Esta modalidad de productividad vincular de mutua involucración, entre la inhibición y la acción –de evitación, de control, de expulsión– genera, cada vez, una formación particular en la que están enhebrados, y en la que pueden reconocerse afectados.

El término *montaje* es un término utilizado en distintos ámbitos del quehacer humano. En el campo del espectáculo (el cine, el teatro), se asocia a un ordenamiento creativo de la totalidad de los recursos (materiales, humanos, argumentativos) existentes a fin de producirlo. Ello guarda relación con lo que es favorecido en el espacio de la sesión analítica vincular –un “nosotros” en un “cara a cara”– facilitante de la emergencia de lo espectacular. Ya no la histérica, sino un conjunto produce, presentando una escena, dedicada a un otro situado en el borde de ese espacio. Un otro conocido-desconocido de la transferencia.

La cualidad de *asubjetivo* la pienso en relación al hecho de que tal secuencia argumental es registrada como impuesta para los mismos participantes. Se registran alienados en ella, sin poder dejar de reproducirla, sin tener “a mano” alternativa desde “dentro” del montaje. Están inmersos, compactados, en él. Sin embargo, las miradas muestran con distintos matices (angustia, interrogación, eventualmente captura, descon-

fianza, involucración) una dirección centrífuga respecto del conjunto. Cabría pensar en una saturación y una impotencia de los saberes instituidos, de la construcción de realidad producida por esa configuración vincular, y una mutua sujeción, que requiere alguna clase de apertura. Este es su punto de cordura, de esperanza, de futuro, de subjetivación posible. Esa es la apelación transferencial.

Al producirse un *montaje vincular asubjetivo*, entonces, se juega un *hacerse* en una secuencia argumental cristalizada (por oposición a desplazable) en relación a los argumentos y a quiénes ocupan las distintas posiciones. Se trata de un momento paradójal: el “nosotros” en el límite de su máxima consistencia, y al mismo tiempo con el sufrimiento por la inminencia presentificada de supresión subjetiva. Pero no se trata de un puro accionar. Más bien, y en este sentido más cercano al *síntoma*, es detectable una mirada a veces interrogante, a veces provocadora a quien está situado en el borde del montaje, una apelación a un saber y a un poder anticipado –tal vez frágilmente– como benéfico. Algo así como una “última esperanza” de diferencia respecto de la inercia a merced de la cual se hallan.

Diferencio *montaje vincular asubjetivo*, que gracias a esta posibilidad de registro de sí, y su posibilidad de apelar a un otro, conserva un punto de futuro, de esperanza en una posible subjetivación, de otras situaciones, de mayor violencia vincular, en que esta capacidad de apelación está suprimida, o bien, no se instituyó. Pienso en el *doble vínculo* en estado “puro”, o en situaciones de violencia desatada extrema, en dialécticas de *pasaje al acto* en que se juega la supresión en el sentido más absoluto.

### *1b.- Situando el qué-hacer de la función analítica*

La descripción del *montaje vincular asubjetivo* me da pie para poner de relieve un aspecto particular de la función del analista en la sesión vincular, que podría describirse como un qué hacer dirigido a la generación de condiciones subjetivantes.



Quando decía más arriba, en relación a la viñeta clínica que “me hacen partícipe”, lo decía en el sentido más estricto. Cuando no hay síntoma constituido y el trabajo psíquico está orientado a un accionar que sostiene esta modalidad de configuración vincular, cobra relieve, para la eficacia de la palabra del analista, la dimensión de su qué-hacer, de su propio accionar. No hay neutralidad posible, no es posible no decidir. Tanto hacer, como omitir hacer, decir o bien callar no son sin efecto.

Me hacía falta más participación, para registrar con mayor nitidez las reiteraciones, los matices de diferencia entre ellas. También el modo en que incluían mis propias intervenciones. Estas consideraciones orientaron en mí una intervención que tomó la forma de una primera, provisoria, *indicación*: en el siguiente tramo, efectivamente, trabajaría con el conjunto, no ya como condición puesta por Nicolás, sino *indicado* desde mi lugar y enlazándolo con lo registrado allí.

Quiero puntuar esto: no guardaba yo una carta conduciendo la situación al análisis individual o vincular de este y/o aquel miembro de la familia, ni de la pareja o bien de la familia. Era para mí verdaderamente un *indecidible* en ese momento. Me era imprescindible detectar la experiencia de trabajo analítico que estaban dispuestos a transcurrir. Lo posible para ellos y para mí. Esto indicaría el horizonte del proyecto y eventuales siguientes pasos.

Quería saber, por ejemplo, cuánto podía hacerme escuchar por ellos, los efectos de mis intervenciones, si regresaban exactamente a la misma escena enloquecedora, o bien si observaba alguna clase de diferencia. Me di cuenta que era de alivio para Nicolás el poder hacer la experiencia de una diferencia entre un trabajo elaborativo y su fantasía de uno “correctivo”. Pero registraba de todos modos una cierta fragilidad de mi lugar: temía arriesgar una intervención que involucrara más fuertemente a Hugo, porque sospechaba en él un cierto grado de rigidez y/o arrogancia, y una cierta aparente sumisión silenciosa en Inge, lo que me llamaba a abstenerme.

¿Se ofendería y generaría una interrupción precoz desde su lugar de poder? No me refiero al temor como obstáculo

contratransferencial registrado como tal, sino en tanto registro de lo posible –claro, para mí– en ese particular clima vincular. Por otro lado, si reiterándose ese *montaje* en una secuencia más o menos idéntica, no decidía algún movimiento, el aspecto positivo de la transferencia que se estaba instalando podría trocarse en lugar de desesperanza, y entonces el espacio del tratamiento perderse por este lado.

Me orientó una de las líneas argumentales del discurso familiar. Hay una historia muy interesante con las llaves en esta casa. Por empezar, la única puerta de acceso, excelente, es blindada, importada, pero con un número finito e irreproducible de copias. De modo que la relación con la llave de entrada, para ellos, y para mí en la transferencia, era de pocas oportunidades. Por otro lado, según cuentan, en determinado momento Nicolás, como tentativa de no ser controlado, empieza a cerrar sistemáticamente con llave su dormitorio.

Según él, para que no tomen sus cosas y, además, porque la madre irrumpía sin llamar. Como su hermano tenía la misma queja, también empezó a cerrar sistemáticamente con llave. Cuenta entonces la mamá que decidió sacar las llaves de ambos dormitorios “para facilitar la limpieza”. Mucho tiempo después me enteré en forma desconectada de este tramo del relato, y en ocasión del cumpleaños de Nicolás, que Inge accede a abrir el living a los amigos de Nicolás, con muchos condicionamientos en relación a los objetos que están allí. Es decir, ese, supuestamente un lugar común de la casa, estaba cerrado con llave. En cambio, a los dormitorios se les había sacado una llave que previamente tenían.

Compruebo a través del primer tramo de entrevistas que efectivamente están “encerrados” en una discusión. Y que estoy con una familia de difícil acceso. Hay un exceso de transparencia que acotar. Cerrar una puerta. Indico, entonces, un segundo tramo, acotado, de entrevistas, con Inge y Hugo, trabajando este encierro, este tóxico exceso de transparencia que Nicolás registraba, que en conjunto expusieron, generador de impotencia. Trataríamos de elaborar con mayor calma la experiencia anterior, para poder volcarla en un tercer momento de reencuentro con el conjunto.

La *indicación* de ese siguiente paso, entonces, podría relanzar un movimiento elaborativo, impedido en ese contexto, en ese encierro. La idea era la de generar un campo propicio en el que fuera posible confrontar a Hugo e Inge con su propia conflictiva superyoica. Me daba la impresión que no era adecuado en este caso hacerlo frente a su hijo, por cierta rigidez, y porque contactando con ese particular estilo familiar, tenía la impresión de que podía resultarles obsceno. Afortunadamente, en este tramo Hugo pudo angustiarse, encontrarse con su impotencia, y con la sobreexigencia como valor que él ha tomado de su propio padre, reconociendo que de ese modo, deja a Nicolás siempre en el mismo lugar. A su vez, Inge, que ha dejado a su familia de origen en un lejano país, toma contacto con la sobreinvertidura que hace de este hijo. Reconocen que hay una cualidad en la mirada puesta sobre Nicolás, con un efecto de *interfantasmaticización*, que a su vez generaba una defensa fuertemente reactiva en él. Pudieron registrar cómo el pacto de la pareja involucraba –estabilizándolos– a Nicolás, pero en un punto, desconociéndolo en su singularidad. Pudieron hacer, por ejemplo, un angustioso reconocimiento de la violencia implicada en el silenciamiento frente al registro que Nicolás hacía de algunas de sus propias actitudes. Así, aun su percepción quedaba en duda. Hugo veía –efectivamente– a Inge como controladora, e Inge a Hugo entre evitativo y violento, generando aquel silencio un efecto enloquecedor en Nicolás. Aquí las intervenciones estuvieron dirigidas a trazar una diferencia entre una autoculpabilización esterilizante, continuadora de la omnipotencia-impotencia al servicio de la construcción de realidad en términos de *reducción*, de los “saberes” instituidos, y la responsabilidad, una vez tomado contacto con la involucración fantasmática en juego, encuentro con una verdad, liberadora, pero que los confronta con lo angustiante de lo novedoso, un no-saber, un espacio vincular a configurar, a crear.

Estas modificaciones en el clima vincular fueron delineando la ocasión para dar oportunidad de transcripción de lo elaborado en la pareja, a lo familiar. La ocasión fue “ayudada” con una coincidencia: un aplazo de Nicolás en un examen en la facultad. Efectivamente, el clima había cambiado entre ellos. Acordamos la reinclusión de Nicolás en las sesiones. Ahora

Nicolás aparecía angustiado, asustado en los momentos de rendir examen. Dice que también tiene otras dificultades que no querría tratar en ese contexto y que no se imagina tratarse con otro profesional. Me pareció importante explicitar el reconocimiento de la existencia de otros contextos, y su eventual pertinencia como lugar de elaboración. Pero también, sostener la indicación de trabajo familiar. Precipitar la expresión del deseo de Nicolás en una indicación, tendría un efecto de expulsión de la posibilidad elaborativa del conjunto pudiendo dejarlo en una posición de tiranía, en ese momento finalmente sabotadora de un movimiento subjetivante. Todos temíamos, pero requeríamos pasar por eso que del dispositivo analítico a veces se dice: “dispositivo de repetición”. ¿Evitarlo? ¿Una oportunidad para salir de la impotencia? Cabía un riesgo, pero también parecía una mejor oportunidad elaborativa para el conjunto.

Efectivamente, en las sesiones familiares sobrevino la repetición de aquel *montaje vincular asubjetivo*, pero incluido en una mayor complejidad, un otro grado de opción: para mi intervención, para la escucha del conjunto. Así que ese montaje adquirió un nuevo estatuto, más cercano a la ficción, ordenado de otro modo en el texto familiar. Pudo procesarse transcribiéndose de un contexto a otro la caída de ese pacto silenciante violento enloquecedor. El clima familiar cambió.

Vale decir, recapitulando: lo que era motivo y “condición” de Nicolás y “acompañamiento” por parte de Hugo e Inge –transformado en indicación por mi parte, en un momento inicial–, se transformó en proceso del que se apropió el conjunto.

Llegados a este punto, así pacificado el clima vincular, se impuso evaluar la nueva situación. Apareció nuevamente desde ellos el requerimiento de cerrar puertas. Para Nicolás, en su particular lazo transferencial conmigo, le resultaba inherente a una experiencia analítica individual el haber compartido conmigo las vicisitudes de la experiencia vincular. “Precisamente porque presenciaste lo que nos pasaba, quiero ahora sin ellos trabajar sobre mi persona con vos”, decía. Desde mi lugar, y pensado desde este punto del proceso, estimé que una derivación podría abortar su proceso analítico, que – repito, pensado desde este ahora, no el del primer día– había

comenzado con una demanda específica a partir del registro de un sufrimiento asociado a un exceso de violencia en los vínculos, también desde su singular vértice, precisamente asociado a la desestimación de una percepción. Figurativamente, desde el *après-coup*, podría decirse que su análisis comenzó desenredándose de esa maraña-*montaje vincular asubjetivo*. Pensamos, en conjunto, que era el momento de cerrar otra puerta. Hugo e Inge, en cambio, evaluaron como posible otro espacio para ahondar en la elaboración en torno a los pactos de la pareja. Por otro lado, desde su particular transferencia conmigo, casi diría que los aliviaba ese desprendimiento.

Quedó claro que un tal paso tendría ya un matiz irreversible. Si alguna vez participaba alguien más en las sesiones de Nicolás, sería en términos de invitado. Es decir: en el modo de enunciar un proyecto analítico con N, tenía que *indicar* claramente acerca de la intimidad del espacio que inaugurábamos, en relación al modo de participación de los padres.

## *2.- Acerca de la fidelidad del analista. (Situando el malestar inherente al lugar y función del psicoanalista en las configuraciones vinculares)*

La indicación de sujeción al diván, fundante, es hecha con un propósito preciso por Freud: detener el despliegue espectacular, y favorecer, en vez, la escucha del discurso de la histérica. Quedaron negativizadas así otras dimensiones que obstaculizaban la dirección de la indagación que en ese momento, en esa situación, Freud se proponía.

A partir de allí, las ampliaciones teóricas del psicoanálisis fueron construidas no sólo por efecto del trabajo sobre la neurosis, sino también por la indagación en otros campos: psicosis, niños, también los abordajes multipersonales.

Estos avances no se han hecho sin el vencimiento de resistencias: en parte por la tendencia a la sacralización que todo saber instituido genera, pero también, por el imperativo ético relativo a la fundamentación de estos movimientos.

En este sentido es dable observar cómo en un período inicial del psicoanálisis de niños, se pensó la práctica en analogía con el dispositivo individual. La caja de juegos en el lugar de la asociación libre, la interpretación como herramienta excluyente del analista, los padres alejados del dispositivo. Sólo en un segundo momento se revela en su especificidad, tanto en el terreno de los aportes teóricos como en el modo de intervenir el analista en esa situación.

Algo parecido podría decirse del *psicoanálisis de las configuraciones vinculares*. En este caso se trata de una afectación directa, presente. Me afecta, en un “nos” afecta: se trata de “nuestra” legitimación de lugar y función de analistas como movimiento elaborativo. Es de destacar que precisamente en el último tiempo, en instancias de encuentro del conjunto institucional asociado al psicoanálisis de las configuraciones vinculares con lo público, haya habido una prolífica producción comprometida en un movimiento de especificación y fundamentación alrededor de la temática “intervenciones en la clínica vincular psicoanalítica” en diversas convocatorias: las Jornadas de AAPPG del 96 y 97, las Jornadas de FAPCV de Córdoba de agosto próximo pasado.

Hace 15 años las formulaciones tendían a generar un dispositivo en varios ejes en analogía con el setting individual: el énfasis casi excluyente estaba puesto en la escucha de la cadena asociativa verbal, y la técnica enfatizaba excluyentemente la interpretación verbal.

Desde ese entonces, práctica y teoría se fueron desplegando y produciendo en su especificidad, pero no diría armónicamente. Es inherente a toda teorización que se proponga una ética no sacralizada y no sacralizante, la aceptación de una cierta cualidad de *malestar*: aquello que interroga en tanto radicalmente novedoso en cada situación clínica singular, lo que irrumpe desarmonizando los saberes instituidos al mismo tiempo interroga al conjunto del cuerpo teórico, y obliga a su ampliación a veces, a una reformulación más radical, otras. Pero también es inherente a esta cualidad en el *malestar* la aceptación de cierta provisoriedad de las propias teorizaciones, sin por ello dejar de lado la aspiración a producir teoría. Siempre restará un resto indiscernible, incógnito, inconsistente.

En la producción de los analistas que hacen conjunto alrededor de la interrogación acerca de las configuraciones vinculares se han desplegado problemáticas de diferente nivel, que pueden ordenarse en dos planos, mutuamente incluyentes:

a.- Por un lado la cuestión de las consecuencias de las reformulaciones metodológicas: asumir la especificidad de la operatoria analítica que se pone en juego en un campo multi-personal, en un cara a cara.

b.- Por otro lado, el reposicionamiento implicado en la crisis desplegada en esta mitad de siglo en relación a los paradigmas hegemónicos en ciencia, de base positivista. Ello lleva a una interrogación más radical, filosófica, e involucra una revisión profunda de la posibilidad de alguna clase de acceso a algo definible como “verdad”.

a.- El primer orden de cuestiones, me remite en cuanto a mi propia elaboración a un trabajo anterior. En el mismo ensayo un camino para fundamentar la peculiaridad de la escucha y de la intervención en la sesión vincular. Trato de resituar allí la abstinencia del analista trabajando la especificidad que toma el aspecto sugestivo de la transferencia, y a su vez las condiciones para que pueda ser aprovechada su posibilidad de elaboración simbolizante.

Planteo allí –siguiendo ideas de los desarrollos en semiología de Julia Kristeva– que en la sesión vincular hay que atender **a dos principios de semiotización suplementarios y heterogéneos** del discurso vincular (texto-en-escena): 1.- una *función gestual o anafórica*, previa lógicamente, condición de; 2.- la producción de sentido. La pienso como gasto libidinal delineante de las condiciones de producción de significación en cada contexto particular para un determinado conjunto vincular.

Habrá, entonces, desde la perspectiva de cada sujeto, *índices* en el espacio vincular a generar e interpretar, que le permitirán crear y sostener, eventualmente modificar, cada contexto particular, como aporte a una *exigencia de trabajo* del conjunto. Vale decir que los índices provenientes del espacio vincular para cada sujeto (en este sentido, *extraterritorial*), anudarán *con* la función psíquica de *prueba de realidad*, espe-

cificada como *discriminación y relativización contextual*.

Si bien estos *índices* se revelan a su vez como significantes (cfr. con Rosolato, significantes de demarcación), el acento de su función textual radica en el hacer (en ese sentido digo más arriba “construir”) las condiciones para que se pueda decir y escuchar una verdad. Pero no una verdad en términos absolutos, sino el poder tolerar aquélla que conmueve lo instituido de esa situación, la relativiza y convoca a una exigencia de trabajo reconfigurante, haciendo lugar a eso nuevo.

En otros términos, me refiero a la violencia necesaria que configura a través de la motricidad estriada, mirada, tono de voz, ritmo, una situación para que sea esa situación, y no otra. Y que construye cada vez, en los hechos a través de esos índices, esos gestos, el espacio de ese pacto y otorga al decir y al escuchar, un particular grado de libertad.

El término *indicación*, evoca la *indicación* médica, ese acto por el cual el médico “impone” de su autoridad al paciente. El analista en la sesión vincular con su presencia, no puede no indicar. No hay en ello neutralidad posible. Indica que es el analista. A veces, la modalidad que toma su presencia indica “que siga el juego”, pero en otras ocasiones, convoca a una reformulación. En la modalización de cada intervención cabe registrar una *función gestual*. Cuando la intervención en sí misma es una indicación, la dimensión gestual adquiere un valor distinto, ya que es precisamente demarcante del campo, que al decirlo, crea. Es básicamente gesto, acción, actividad del analista delineante, diseñante de la situación futura. Se trata de un riesgo. Si está correctamente situada devendrá por sus efectos *acto analítico*.

b.- El descubrimiento de la transferencia por parte de Freud, se adelanta a lo que en el terreno de las ciencias duras también termina por aceptarse: la inevitable involucración del sujeto cognoscente con el objeto de conocimiento. Sin embargo, el trabajo de conquista de un estatuto específico para una verdad por parte de las ciencias del hombre, requiere de un trabajo –también subjetivo– precisamente de des-sujetación al paradigma hegemónico en ciencia subordinado al positivismo. Determinismo, mensurabilidad, objetividad, repetibilidad,



validación fueron corriéndose a un ideal sacralizado, en los que entre otras, nuestras disciplinas, nuestros razonamientos, se vieron enredados, confundidos.

Si el valor instrumental de la noción de encuadre, por ejemplo, se corre hacia un ideal “experimentalista” de “control de variables”, conformaremos un campo imposible, y de “segunda” respecto de ese paradigma.

Sin embargo, al diferenciarnos, nos cuidamos bien de no hacer “cualquier cosa” en el terreno del trabajo analítico. El des-sujetarnos de un paradigma, no implica la pérdida de todo compromiso axiológico. Retorna como imperativo ético.

En este sentido, hace falta estar advertidos de un modo particular de deslizamiento en la posición del analista que podría caracterizarse como absolutización-*sloganización*, según la ubicua expresión de Waisbrot, que supone una ontología de base esencializante, que lleva a suponer que en una primera entrevista pudiera desplegarse “aristotéricamente” en *potencia* lo que luego se desplegará en *acto* en el proceso analítico. Esto puede implicar una cristalización conceptual, camino de fracaso elaborativo, respecto de una formulación que en su origen seguramente fue pensada en términos de una apreciación diagnóstica conjetural de inicio.

Otro, muy diferente, es el posicionamiento del analista que supone que sobre el ofrecimiento de cierta regularidad (un encuadre, un dispositivo) convoca una ilusión de repetición para abrir a una posibilidad constructiva para esa situación. No se trata entonces, tanto ya de “analizabilidad” en términos abstractos, si se quiere “universales”, sino más bien de situar cuál es el espacio próximo indicable posible diseñable. En ese sentido, la clínica actual indica por sí sola en muchas ocasiones la prudencia de un “paso por paso” en el espacio de indagación de la consulta.

Se trata, en otros términos, de situar la operatoria analítica pertinente, posible en la situación clínica actual. Y esto no depende de la fragilidad eventual de un comienzo, más bien es una pregunta a formularse cada vez, un qué-hacer de cada vez, y más aún en el más regular de los tratamientos

analíticos.

El proceso analítico familiar mencionado más arriba, configura la posibilidad de construir entre todos un síntoma en uno de sus miembros, con aceptación de una cualidad del *malestar*: una interrogación en cada uno tolerando un clima de angustia, sin tener que fugar al sufrimiento, en el incómodo refugio de un clima de certeza a partir de vínculos con pacientes-enloquecedores. El *montaje vincular asubjetivo*, abierto en un punto a la mirada del analista generó un camino elaborativo desde la saturación en un *hacerse* y la alienación de su función de interrogación.

Un razonamiento análogo podría hacerse de la vida institucional de los analistas. La *función gestual* es condición de producción del discurso, en ese sentido, la intervención del analista inevitablemente construye. El problema es situar en qué dirección y cómo se piensa su valor. Para esta condición Alain Badiou propone un término feliz: *fidelidad*. Como mencionaba más arriba, aceptación de una cualidad de *malestar*: *una elucidación posible, un pensamiento que construye en situación, a sabiendas de su provisoriedad, de un punto de inconsistencia, una opacidad, que eventualmente devendrá motor de transformación y creatividad.*

## Bibliografía

- Actas, Jornadas 1996 y 1997 de la AAPPG. "Intervenciones en la clínica vincular", publicación interna.
- Actas, Jornadas de la Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones vinculares (FAPCV). "Intervenciones en la clínica vincular psicoanalítica", Córdoba, 1997.
- Badiou, Alain. *Manifiesto por la Filosofía*, Ediciones Nueva Visión, Bs. As, 1990.
- Bianchi, Graciela. "Intervenciones en la clínica vincular". Actas, Jornadas AAPPG, 1996.
- Berenstein, Isidoro. "Vínculo familiar. Hechos, sucesos y acontecimientos". *Revista AAPPG*, T XX, No. 1, 1997.

- Freud, Sigmund. "Inhibición, síntoma y angustia". T XX, *Amorrortu*.
- Freud, Sigmund. "El malestar en la cultura". T XXI, *Amorrortu*.
- Gaspari, Ricardo C. "Posición del psicoanalista de familia: un descentramiento particular". Actas, II Congreso Argentino de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Bs As, 1991.
- Gaspari, Ricardo C. "El psicoanalista en el proceso analítico familiar". *Revista AAPPG*, T XV, No 1, 1992.
- Gaspari, Ricardo C.; Rajnerman, Graciela; Santos, Griselda. "Notas sobre 'Estructura y Acontecimiento', una pregunta por la filiación en la familia adoptiva". Ficha AAPPG, 1995.
- Gaspari, Ricardo C. "La función de indicación en la consulta familiar relativa a un adolescente". Trab. Libre. II Jornadas Federación Arg. de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Córdoba, 1997. Inédito.
- Kaës, René. *La invención psicoanalítica del grupo*. Colección Aportes, AAPPG, 1994.
- Kristeva, Julia. *Semiótica*. Espiral, Madrid, 1981.
- Lewcovicz, Ignacio. "La irrupción del acontecimiento: Badiou, Deleuze, Castoriadis". Seminario, mayo 1997. Publ. Interna AAPPG.
- Loffreda, Enrique. "Chiste, interpretación, validación". *Rev. APdeBA*. Vol. XIX, No 12, 1996.
- Waisbrot, Daniel. "El analista, sus vasallajes y las configuraciones vinculares. Aproximaciones, ideas, problemas". Actas Jornadas AAPPG, 1996.

## Resumen

*En esta comunicación trato dos cuestiones, que deseo enhebrar. 1) A partir del relato de una situación clínica, sitúo un tipo de producción vincular en la que está implicado un exceso de violencia, al que describo como **montaje vincular asubjetivo**. Su registro por los sujetos del vínculo aparece generando una especificidad de la demanda de análisis vincular, y una configuración vincular peculiar al incluirse el analista en el campo transferencial. 2) Este tipo de producción vincular me ha convocado como analista a una modalidad de interven-*

*ción que destaca más que en otros contextos vinculares el “qué-hacer” (más-allá-del y al decir) en su especificidad como aspecto de la función analítica. La dimensión gestual de la función del analista construye la base de la dirección de la intervención, configurando el campo de lo posible, trabajando desde un qué-hacer la construcción de una productividad vincular con efecto de subjetivación novedoso. Encuentro que en el conjunto de la institución (me refiero concretamente a AAPPG) es importante la inquietud por dar cuenta de este orden de problemas, complejizando la noción de intervención. Lo pienso también como un imperativo ético: elaboración teorizante del malestar implicado en el registro de la escisión entre conceptualización y práctica.*

## **Summary**

*In this Paper I deal with two issues that I wish to string together.*

*1) Starting from the narration of a clinical situation, I find a type of linking production in which an excess of violence is involved and which I describe as an **asubjective linking installation**. Its register, by those subjects of the relationship, appears generating a specificity of the demand of linking analysis, and a peculiar linking configuration when the analyst is included in the transferential field.*

*2) This type of linking production has convoked me, as an analyst, to a modality of intervention in which the “what-to do” (beyond-what and upon saying) is more stressed than in other linking contexts in its specificity as an aspect of the analytical function. The gestual dimension of the function of the analyst constructs the basis for the management of the intervention, configurating the field of what is possible, working the construction of the linking productivity from a what-to do methodology with a new effect of subjetivation. I find that in the whole of the Institution (I concretely refer to the AAPPG), the interest of pointing out these types of problems is very important, and it makes more the notion of intervention more complex. I also think it is an ethical imperative: the theoretical elaboration of the malaise implied in the register of the excision between concept and practice.*

## Résumé

*Dans cette communication je m'occupe de deux sortes de questions que je souhaite lier: 1) A partir du récit d'une situation clinique, je mets en évidence un type de production des liens dans laquelle un excès de violence se trouve impliqué, que je décris comme un **montage des liens asubjectif**. Son enregistrement par les sujets du lien donne lieu à une spécificité de la demande d'analyse des liens, et à une configuration des liens particulière vu l'inclusion de l'analyste dans le champ transférentiel. 2) Ce type de production des liens m'a convoqué en tant qu'analyste à une modalité d'intervention qui souligne plus que dans d'autres contextes des liens "ce que l'on fait" dans sa spécificité comme un aspect de la fonction analytique. La dimension gestuelle de la fonction de l'analyste construit la base de la direction de l'intervention, en configurant le champ du possible, en travaillant à partir d'un "faire" la construction d'une productivité des liens avec un effet de sujetivation nouveau. Je trouve que dans l'ensemble de l'institution (je fais ici directement allusion à l'A.A.P.P.G.) l'on tente d'aborder ce type de problèmes, en essayant de rendre plus complexe la notion d'intervention. Je pense cela aussi comme un impératif éthique: élaboration théorisante du malaise impliqué dans le registre de la scission entre la conceptualisation et la pratique.*

## **Subjetividad y vínculos con relación al contexto social actual**

**Lucila Edelman \***

**Diana Kordon \*\***

---

El análisis de las condiciones de malestar en los vínculos, incluye considerar la incidencia del contexto social, tanto en la definición de las patologías como en los modelos de intervención. Esto significa considerar las patologías, síntomas, síndromes, afectos, ideas, significaciones, deseos, estructuras defensivas y fantasías de cada sujeto, en su relación con la trama interpersonal en la que está inserto y de acuerdo a las condiciones sociales en las que vive.

Buena parte de las patologías de nuestra época reconocen además de los factores preexistentes de estructura de personalidad, vínculos familiares y disposición biológica, la incidencia de la situación social.

Queremos enfatizar, desde nuestro enfoque, la importancia de analizar las condiciones materiales y el discurso social como texto mismo de la subjetividad. Las condiciones materiales hacen al campo de lo autoconservativo, a la satisfacción de la necesidad, mientras que el discurso social, a través de representaciones sociales, incide con enunciados identifica-

---

\* Médica Psiquiatra. Miembro Titular de la AAPPG. Miembro del Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial.

Callao 157, 5to. "C" - Buenos Aires - Tel: 371-9232/8840.

\*\* Médica Psiquiatra. Miembro Titular de la AAPPG. Miembro del Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial.

Callao 157, 5to. "C" - Buenos Aires - Tel: 371-9232/8840.

torios y modelos operacionales. Ambos aspectos se enlazan con la fantasmática, en tanto problemática del deseo, en sus tres dimensiones (intra, inter y transubjetiva), de lo que resultan pactos y contratos inconcientes y nuevos procesos identificatorios, desidentificatorios y reidentificatorios. Esto determina movimientos permanentes en la vida de los sujetos, los grupos y las instituciones.

En este sentido, señalamos como factores abarcativos el sistema económico social, las situaciones traumáticas de origen social, la violencia impuesta por el poder, la imposición de la ideología hegemónica a través de un proceso alienatorio. Más particularmente en esta época vale la pena señalar las modificaciones en la subjetividad vinculadas a los cambios en las formaciones económico-sociales en el mundo, que han generado desilusión y escepticismo en cuanto a la posibilidad de un proyecto colectivo de transformación social. Esto reforzado por la inducción a considerar que el capitalismo es la única sociedad posible y por el bloqueo, por otra parte, de un análisis crítico retrospectivo de las revoluciones socialistas y sus destinos. En nuestro país es obvia la importancia del traumatismo inter y transgeneracional producido por el terrorismo de estado y la impunidad, así como las condiciones de agravamiento de la situación económica para la inmensa mayoría de la población.

Aparece así, como existente y posible un único sistema, el capitalismo, cuya variante neoliberal se compece especialmente con el posmodernismo.

Mientras aumentan las exigencias, disminuye la función de protección por parte del Estado de las condiciones de vida de las personas produciendo indefensión en el plano material y social. Consideramos, por otra parte, que el Estado cumple además una función de metaorganizador del funcionamiento psíquico individual y grupal, como apuntalador y garante simbólico. Interviene generando representaciones sociales que constituyen hitos identificatorios para los grupos sociales y para los sujetos (Kaës; 1976). Existe una relación recíproca entre unos y otros aspectos que determinan que la indefensión material tenga también su correlato en la indefensión psíquica.

Por otra parte, los cambios actuales y el discurso social dominante afectan los niveles de pertenencia social sincrética y de pertenencia social discriminada.<sup>1</sup>

De esta manera la indefensión y la alienación simultáneas tienden a que el sujeto sea cada vez más objeto pasivo. Esto se refuerza por la paradoja del mundo ficcional que imponen las imágenes de los medios en las que la mirada de una escena jugada en otra escena parece ser vivida como propia, desde la pasividad del espectador. En otros trabajos hemos analizado la importancia de la respuesta social organizada como instrumento de desalienación y de recuperación del sí mismo. Esta incide no sólo en relación a las personas que participan directamente en ella, sino que actúa también como referente identificatorio para otros sujetos, grupos e instituciones.<sup>2</sup>

Concebimos el concepto de salud y enfermedad mental como productos sociales. Cada época, de acuerdo a sus características, tiene determinados criterios de evaluación de la salud mental y promueve determinadas patologías. Por ejemplo, muchos conciben la bulimia y anorexia como una forma específica de manifestación actual de la histeria. Al margen de esta discusión específica, no es indiferente el peso con el que el ideal del modelo social hegemónico expresado en una imagen supuesta de perfección, incide en un movimiento regresivo del psiquismo hacia el polo narcisista y omnipotente, desplazamiento del ideal del yo hacia el yo ideal.

Reconocemos la existencia de un conflicto permanente entre, por un lado, modelos e ideales sociales inducidos a través de los medios de comunicación y, por otro, la imposibilidad de acceder a ellos por las condiciones concretas que la realidad impone.

Frecuentemente, la crítica principal al posmodernismo se apoya en los aspectos de identificación con los ideales colectivos hegemónicos que éste propone, pero suele quedar omitida esta problemática derivada del conflicto entre ideal y posibilidad de acceso al mismo.



Ya sea por la identificación con los ideales y modelos dominantes o en la contradicción entre éstos y las condiciones concretas del contexto social, podemos comprobar la presencia e importancia que tienen algunas patologías actuales.

Discutiremos algunos problemas de la actualidad.

### *El campo de lo laboral*

Si analizamos las consecuencias de la desocupación, hay que tener en cuenta que junto a la incidencia directa del fenómeno objetivo de no tener trabajo, no poder resolver la autosubsistencia o la subsistencia de la familia en condiciones dignas, se produce también la incidencia de las representaciones sociales hegemónicas en la subjetividad. Representaciones que responden a un discurso alienante que encuentra correspondencia con las fantasías más primitivas vinculadas al espacio de lo transubjetivo en las representaciones psíquicas y en las construcciones grupales e institucionales.

La desocupación produce un desapuntamiento masivo con la consecuente crisis de identidad. Concebimos la identidad como el conjunto de representaciones y la valoración que un sujeto posee de sí, que le produce un sentimiento de mismidad y que le permite mantener la cohesión interna a lo largo del tiempo. Nuestro psiquismo está apuntalado permanentemente en los grupos, en las instituciones, y a través de éstos en la sociedad en su conjunto, y este apuntalamiento hace no solamente al proceso de formación de la identidad personal sino también a su sostenimiento a lo largo del tiempo. Con la pérdida del trabajo se pierde un espacio, un hábitat, un límite y una contención en el tiempo, un grupo o una institución de pertenencia con sus reglas y normas. Por lo tanto, la pérdida del trabajo produce, entonces, una pérdida del apuntalamiento en el grupo y en la sociedad en su conjunto.

Por otra parte, ésta, como lo hemos dicho anteriormente, ha debilitado su función de metaorganizador al no ofrecer mecanismos de protección que operen como un sustituto del

desapuntamiento sufrido.

La crisis que produce este desapuntamiento tiene un curso específico: si bien en toda crisis el registro de lo que se pierde puede superar la expectativa de lo que se va a lograr, por la incertidumbre siempre presente, en este caso el principio de realidad indica que difícilmente se recupere un trabajo; en consecuencia, la vivencia de angustia catastrófica referida al futuro se corresponde con el principio de realidad.

El sujeto será un desocupado para siempre o alternará períodos de ocupación con períodos de desocupación. El principio de realidad concuerda y refuerza así fantasías de pérdida catastróficas que nos habitan a todos.

En el caso de los jóvenes que directamente no pueden ingresar al mercado laboral, se produce una falla, un déficit en la constitución del apuntalamiento en el cuerpo social.

Esto se vincula con lo que en términos socioeconómicos se denomina desocupación estructural: monto de desocupación permanente. Un sector de la población quedaría sin ninguna posibilidad de inserción. Extrapolando, diríamos que ésta es una **enfermedad de la desesperanza**.

La indefensión se asocia a la vivencia de casi quedar reducido a la nada, por pérdida de la posibilidad de pertenencia, de ser reconocido y necesario en un conjunto inter y transubjetivo. El otro, en cuyo deseo se ha perdido todo lugar, está representado por la sociedad en su conjunto, pero mediatizado también a través de las figuras y microconjuntos significativos de la vida cotidiana. Esto nos remite a las vivencias de desamparo, y a la angustia de no asignación, y resulta en una **patología de la incertidumbre**.

Dicho en otros términos, queda afectado el contrato narcisista al no encontrar el sujeto, las familias o los grupos su libidinización por parte del cuerpo social. Estos quedan atrapados en el conflicto entre su pertenencia a una cultura de la cual no reciben reconocimiento y la imposibilidad de dejar de pertenecer a la misma.<sup>3</sup>

En tanto aspectos importantes de la identidad personal están vinculados al trabajo, aspectos del sí mismo se perderán junto con la pérdida del trabajo. Difícilmente nos podamos pensar como analistas o terapeutas si durante algún tiempo no tenemos pacientes.

La crisis de identidad ocurre a nivel personal, pero cuanto más en aquellos grupos en los que la pertenencia a una empresa y particularmente a alguna gran empresa considerada como importante para la representación de la nación convertían esta pertenencia en emblemática, acrecentando entonces el papel de soportes de identidad. La pertenencia en estos casos se convertía para muchos grupos sociales en una aspiración colectiva, adquiriendo entonces lo emblemático una dimensión transubjetiva. Precisamente R. Kaës (1976), cuando comienza a estudiar la representación de objeto-grupo, utiliza entre otros elementos las fotografías tomadas en forma casi ritual por los ferroviarios franceses en el momento de la jubilación.

En las poblaciones creadas alrededor de una fuente de trabajo, en las que la pérdida de la misma implica la muerte y fantasmagorización del pueblo o de la zona, la pérdida no sólo es del trabajo. Se pierden, también, todos los otros referentes identificatorios inmediatos.

La desocupación produce una caída en la autoestima, caída que puede manifestarse clínicamente como depresión. En esto interviene no sólo la pérdida del nivel de vida, sino también un discurso social alienante que culpabiliza al desocupado directa o indirectamente por su situación. No tiene conocimientos técnicos, no se ha actualizado, es mayor de 40 años, o no tiene suficiente experiencia. En general, no tendría condiciones de competitividad. Y se oculta, por otra parte, que ninguna de estas razones tiene que ver con la pérdida laboral como resultado económico.

En la identificación con el discurso alienante, asumiendo los ideales y modelos que éste induce, y sobre la base de que la indefensión favorece también la alienación por la búsqueda de soporte externo que en este caso, paradójicamente es responsable de la carencia, se reduce el espacio de pensamiento

crítico.

Así, al haber perdido lo necesario y deseado, el sujeto se ubica en situación de minusvalía, por la imposibilidad de cumplir con los requisitos enunciados. No hay una distancia tolerable entre el yo y el ideal del yo.

Los problemas señalados inciden en la estructura de roles familiares afectando o desdibujando la función paterna, los sistemas de protección y puesta de límites hacia los hijos, invirtiendo los roles tradicionales de la pareja parental. Se producen crisis familiares muy difíciles de resolver y que derivan en agresiones y violencia u otra sintomatología. Se alteran así valores tradicionales de la cultura. Los hijos pasan a saber que no hay garantía de subsistencia a través del trabajo. ¿Cuánto afecta esto a la caída de los padres como modelo? ¿Cuánto interfiere en la conformación del ideal del yo?, aunque éste configure un punto de referencia que está más allá de una imago, más allá de una persona concreta en la cual sostenerse, ya que la identificación apoyada en el ideal del yo posibilita a cada sujeto una relación con un conjunto de insignias y no con un personaje.

Algunos modelos, como el estudiar y trabajar, que pueden constituir bases de expectativas de padres hacia hijos, para las generaciones más jóvenes pueden carecer de sentido no sólo por estar éstos en un período de transición, sino porque lisa y llanamente no aparecen como viables para un proyecto de vida. Por lo tanto, lo que sería la “patología adolescente normal”, con las crisis de oposicionismo y lenguaje de acción, corre el riesgo de cristalizarse por efecto de las condiciones macrocontextuales.

Creemos que si bien ideales hay siempre, y que unos ideales pueden ser sustituidos por otros en diferentes momentos históricos, esta modificación tiende a producir una disolución en el eje yo ideal-ideal del yo. Es decir, que en esta polaridad predomina el polo del yo ideal. Por eso creemos que situaciones límite, o personajes límite como los que aparecen en algunas películas actuales, personajes que matan o torturan sin culpa, mientras comparten las aspiraciones medias de la propuesta consumista, no pueden ser explica-

dos a partir solamente de la estructura familiar, de la particular constelación edípica de los personajes. Es necesario incluir una falla en la cadena de sustituciones de los ideales que se transmiten socialmente.

Se facilitan de esta manera, particularmente en los hijos, las conductas omnipotentes, la falta de límites, la irrupción de la violencia familiar e interpersonal.

Está comprobado el incremento de la violencia en las sociedades con desocupación de larga data, violencia cuyos efectores cada vez son más jóvenes, por razones económicas y por ausencia del marco social continente y otorgador de sentido.

Patologías en las que predomina la tendencia a cumplir con ideales apoyados en enunciados identificatorios regidos por la regla de la trasposición categorial<sup>4</sup>, que desde un aspecto define el conjunto, y por lo tanto categorizan la valoración en términos absolutos: yo ideal-negativo del yo ideal o ideal del yo-yo minusválido. Entre éstas, están las patologías del orden de la sobreadaptación.

La persona se propone poder acceder al cumplimiento de requerimientos que guardan excesiva distancia con las posibilidades del yo. La ilusión es que realizando un esfuerzo importante, y si se “es capaz” es posible satisfacer las expectativas a las que hay que responder.

La relación que se establece entre el yo y el ideal del yo es de una exigencia tiránica por parte de este último; el sujeto debe cumplimentar al máximo el ideal requerido y en caso de no hacerlo en esos términos la autoestima queda seriamente amenazada.

La adicción al trabajo es un ejemplo de esta problemática. Puede comprenderse como un intento adaptativo de responder a la dinámica laboral actual, a las diferentes formas que asumen los procesos de flexibilización laboral, en cualquiera de los niveles jerárquicos, que tienen que responder a niveles altos de eficiencia y de actualización, a una disponibilidad de tiempo muy superior a las ocho horas diarias incluyendo los feriados como días laborables.

Esto con un telón de fondo que amenaza la continuidad misma del empleo, ya sea por pérdida directa de la fuente de trabajo o por la irrupción de nuevas camadas ya adaptadas y entrenadas para las nuevas formas de superexplotación que indican como señal premonitória también la futura pérdida del trabajo. Todo esto acompañado de un discurso social que pone el énfasis en afirmar que la capacidad personal es la que garantiza el mantenimiento de la fuente de trabajo.

El sujeto dedica todo su tiempo, interés y esfuerzo a cumplir con las exigencias laborales y cualquier falla es vivida como un fracaso, fracaso que muchas veces es corroborado por la realidad. Se produce lo que en otra época podría haberse definido como una conducta de sobreocupación, implementada como mecanismo de defensa frente a la angustia fóbica y/o narcisista del tiempo libre.

Se induce así al sujeto a desplazar toda su energía psíquica y a asegurar su adaptación social mediante una sutura del espacio de diferencia sujeto-grupo o institución. La identidad por pertenencia es reforzada, casi diríamos requerida como condición. No existe ni virtual ni fácticamente un adentro-afuera. El tiempo diario de trabajo termina cuando termina la tarea que debe realizarse y si no es posible, en algunos casos, la persona debe continuar trabajando en su casa. De esta manera el límite elemental, las categorías adentro-afuera, día-noche, quedan eliminadas. El patrón de eficiencia se rige según tarea y objetivos cumplidos en tiempos prefijados, independientemente de las garantías y posibilidades individuales o grupales.

En algunos casos, *el sujeto es la empresa*, debe estar identificado con los emblemas y la ideología institucional, aunque casi siempre esto exija la alienación del propio pensamiento, de las propias ideas, bajo la excusa de eficiencia técnica.

Estas condiciones alienantes en la relación laboral se expresan en un malestar e inseguridad permanentes. La autoestima depende más y más del reconocimiento externo y la fantasía de hacerse acreedor más “seguro” a ese “amor” que

sustraiga de la indefensión, activa el síntoma adictivo crecientemente. La satisfacción momentánea por un logro es seguida rápidamente por el temor.

De este modo, el contrato narcisista tiende a transformarse en pacto.<sup>5</sup>

En otros casos, en cambio, particularmente en algunas industrias, se procura aprovechar la creatividad grupal, haciendo que simultáneamente funciones de control sobre los trabajadores, antes ejercidas directamente por estamentos superiores de la empresa, sean transferidas al grupo.

Esto tiende a estimular la competitividad, disminuyendo la solidaridad y produciendo importantes cambios a nivel de los valores y de los vínculos intersubjetivos. Por ejemplo, si un trabajador falta, el problema pasa a ser del grupo de pares y no de la empresa.

Siendo los valores fundamentales competencia y eficiencia, se induce a abandonar las actitudes de lealtad hacia los compañeros de trabajo. La hipocresía se considera como habilidad en la adaptación a la realidad. Esto es productor a su vez de nuevos desapuntamientos ya que los cambios imprevistos en la actitud del otro operan como un nuevo desapuntamiento que cuestiona al sujeto en aspectos de sus valores y de su identidad.

Avanzando hacia una relación exclusiva con el trabajo, que es vivido como objeto único libidinizado, el sujeto, dependiente y esclavo, acentúa el conflicto ambivalente entre la inducción al sometimiento y la hostilidad que esto produce.

La agresión suele volcarse en el ámbito de los vínculos familiares y afectivos más cercanos. La estructura familiar se modifica en cuanto a sistema de roles, a la intersubjetividad y a la relación con el conjunto transubjetivo.

Predomina la fantasmática de castración. Los “miembros” no se reconocen entre sí en sus funciones de protección y apuntalamiento recíproco. Cada uno demanda, bajo diferentes formas, el retorno a un espacio apuntalador.

El vínculo tanático basado en el reproche se acentúa y cuando es posible acceder a ello, el consumismo, alentado por el contexto, aparece como el complemento adictivo frente a la carencia. Sin embargo, la insatisfacción no puede ser calmada y la demanda aumenta más y más.

Se pierde el aspecto de placer y reconocimiento de necesidades y deseos propios y de los otros. La regresión, así, se instala también en la dinámica familiar.

El sujeto transformado en objeto queda poblado por el miedo y la ansiedad. Pierde la capacidad de libidinizar otros objetos. Sin poder reconocerse a sí mismo, no reconoce ni es reconocido por sus figuras significativas.

Una parasitación sólo reconocible en sus efectos angustiantes (y alienantes a la mirada del observador, muchas veces observador de otros, pero a su vez víctima de la misma parasitación), invade la subjetividad, los hábitos, la vida cotidiana.

En estas condiciones resulta muy difícil proponer a un paciente que ha desarrollado una adicción al trabajo la posibilidad de abrir un espacio lúdico en su vida o suponer que puede resolver una modalidad de conducta de sobreocupación sin quedar sometido a la angustia.

Estas condiciones de inseguridad laboral, y en consecuencia de faltas de garantías para la supervivencia, que favorecen **patologías de la sobreadaptación**, conducen frecuentemente a la producción de patologías en las que predominan los sentimientos de angustia, indefensión, inseguridad, y que pueden llegar en algunos casos a la claudicación del yo. Encontramos aquí las crisis de angustia, fobias, fobias narcisistas, colapsos narcisistas con la depresión concomitante, que llegan hasta el intento de suicidio, las patologías del stress, el *panic attack*, las enfermedades psicosomáticas, incluida la muerte súbita. Lo que predomina es la vivencia de que no es posible para el yo responder a las exigencias, éste se declara impotente y avanza hacia la claudicación.



Estas patologías están vinculadas, en lo fundamental, a dos aspectos en los que es evidente que el contexto socio-cultural ha perdido la función de protección que debería otorgar: así, el mundo externo constituye un peligro real y por otra parte, el incremento incesante de las exigencias para sobrevivir y para “triunfar”, hace que predomine el sentimiento de imposibilidad. Se pierde la confianza en poder afrontar las exigencias vitales, se vive el yo como carenciado y cae la autoestima.

### *El campo de la violencia*

En trabajos anteriores hemos analizado detalladamente las consecuencias psíquicas y psicosociales de la represión y la impunidad y su vinculación con situaciones de violencia social. Queremos hacer ahora una breve mención de éstas ya que pensamos que es imposible considerar unas sin las otras.

El traumatismo social producido por la represión de la última dictadura militar persiste en sus efectos durante largos años llegando a tener consecuencias patológicas inter y trans-generacionales.

Se ha profundizado el proceso de naturalización y generalización de la impunidad. Se ha impuesto la idea de que es imposible la aplicación de justicia o de una norma que sancione el crimen, cuando éste está ejercido o protegido por el poder del Estado. A esto se suman los nuevos hechos de intimidación, discriminación y represión política y social.

La falta de sanción del crimen obstaculiza la posibilidad de definir en el plano social el campo de lo lícito y lo ilícito, lo permitido y lo prohibido, llegando a afectar incluso en el plano subjetivo, el funcionamiento del principio de realidad, imprescindible para que todo individuo pueda resolver su adaptación activa a las demandas de la realidad.

Nuestra experiencia en los últimos años nos ha mostrado la persistencia en el largo plazo de las afectaciones producidas en las víctimas del terrorismo de Estado, en los grupos y en las instituciones, tanto en el plano personal, como en los

vínculos.

A las dificultades propias de elaboración de duelos que están en el límite de lo elaborable, se agregan entonces los efectos de **retraumatización** producto de la situación actual señalada precedentemente.

Como parte de la situación, es evidente que al fallar la norma reguladora del lazo social (llámese ley o justicia) y caer la solidaridad como valor, se induce a la falta de responsabilidad sobre los actos y aumenta el ejercicio de la violencia y la agresión como fines en sí mismos.

Hay una irrupción de fenómenos de violencia social que aparecen cotidianamente a partir de los hechos producidos en primer lugar por las instituciones que supuestamente tendrían que ocuparse de la protección y seguridad. Estas acciones psicopáticas continúan amparadas en la impunidad y los pactos de silencio institucional en los que ésta se sostiene.

Sobre el fondo de este modelo de desamparo económico y de falta de ley y justicia aparecen diferentes expresiones de violencia social como patotas, barras bravas, justicia por mano propia, hechos delictivos que incluyen un nivel de violencia innecesario para el objetivo delictivo manifiesto.

Estas patologías expresan al mismo tiempo la contracara de la omnipotencia, es decir la impotencia ante un mundo que cierra la posibilidad de proyectos.

Estos problemas son especialmente importantes en los adolescentes y merecen un desarrollo que excede las posibilidades de este trabajo.

Ante esta situación de anomia, de desprotección e inseguridad, de pérdida de emblemas y modelos vinculados al ideal del yo, se puede producir un movimiento regresivo, un fenómeno de masa, que deposite el liderazgo en figuras violentas que funcionan como imagos arcaicas y tiránicas.

### *Malestar en nuestras instituciones psi*

La situación social que analizamos no puede dejar de incidir en forma importante en las instituciones, incluyendo a las instituciones psi, más aún cuando está presente un proceso de reorganización del sistema de prestación de salud a nivel macro que incide directamente sobre la práctica profesional y ante la cual aún no existe ni está formulada una respuesta colectiva activa.

Tendríamos que reflexionar entonces cómo inciden, entre otros factores, la falta de trabajo, las nuevas modalidades de contratación y las consecuencias del terrorismo de estado en nuestras instituciones. Es en este contexto que planteamos algunos problemas que las atraviesan.

La falta de garantía de continuidad de nuestro trabajo, como ejercicio de la profesión liberal o en relación de dependencia, y sometida a las condiciones que analizábamos precedentemente, así como la vivencia de desamparo multiplicador hacia el futuro refuerza la pregnancia de fantasías de mutilación.

La angustia del presente asociada a la del futuro, nos acompaña y transita en la dificultad de construir, grupal e institucionalmente, el zócalo de ilusión, de “enamoramiento” necesarios para sostener la capacidad y la gratificación creativa.

La angustia y la parálisis frente a la amenaza del contexto refuerzan la endogamia institucional.

La burocratización es una de las expresiones más habituales de dicha endogamia. También aquí se ven afectadas las escalas de valores.

Las luchas por el poder y el prestigio como lugares congelados que otorgan certidumbre de posesión, de ser sostenido en el reconocimiento de un lugar nombrado en la estructura funcional manifiesta, al ser independiente de las propuestas de producción y trabajo, favorece los mecanismos de burocratización.

Resulta notable que apoyado en un discurso psi que jerarquiza el reconocimiento de la alteridad, la producción teórica muchas veces resulte reiterativa en una cadena de más de lo mismo, continua y no enriquecida por el aporte de nuevas experiencias.

Así, ante una aparente búsqueda de lo diferente quedamos atrapados por la tranquilidad, intranquilizante para nuestra capacidad crítica, de la endogamia.

También aquí somos parasitados por la fantasmática transubjetiva del autoengendramiento, de la fusión con los fundadores, en una supuesta garantía nutricia. Los referentes teóricos quedan despojados de sus aportes creativos.

La necesidad de desalienación, de ruptura y pertenencia crítica en relación al vínculo isomórfico institucional, cuando no se logra elaborar en términos de proceso secundario, se traduce en enfrentamientos y rupturas que reprimarizan los grupos institucionales y no enriquecen la tarea. Muchas veces el deseo de reencontrar la diferencia nos aleja del espacio institucional o nos promueve enfrentamientos de tipo adolescente. Indudablemente, pura repetición.

Quizás abrumados por esta amenaza macrocontextual, se efectúa una reiterada apelación al reconocimiento de las diferencias que puesta al servicio de una ideología individualista nos aleja o desestima la solidaridad y los valores compartidos en cuanto a preocupación y respeto verdadero por los otros.

Muchas veces consideramos valores como la solidaridad, la generosidad, el interés por participar en la práctica social y política, como desplazamientos defensivos o enmascaramientos de la necesidad de responder a ideales narcisistas y no a un verdadero interés y libidinización del vínculo afectivo con el otro. Por otro lado, aceptamos la lucha y competencia desleal, el predominio de la rivalidad histeriforme, como reconocimiento y aceptación de la alteridad.

La sinceridad en el debate, la polémica de las ideas y el análisis de los procedimientos son vividos como amenazas o ataques a las instituciones.

En este marco se hacen desde nuestras instituciones intentos adaptativos, pero que carecen de suficiente libidinización, en la búsqueda de un cambio en el mundo externo. Más bien son intentos apoyados en nuestra propia necesidad de reapuntamiento. Entendemos que una posición activa, implementada colectivamente, en la transformación de esta realidad que vivimos, puede producir una resolución de la crisis en un verdadero reapuntamiento en doble apoyo y en una apertura al desarrollo del pensamiento creador.

Será necesario analizar de qué modo se puede construir un espacio de creatividad y pensamiento abierto a un encuentro realmente activo con el mundo.

## Notas

- <sup>1</sup> Como es sabido, los sujetos requieren de la pertenencia a los grupos sociales y a las instituciones para mantener la vivencia de continuidad de sí mismos. Este vínculo es simultáneamente un vínculo de necesidad y un vínculo libidinal. La pertenencia social reconoce una tensión permanente entre un polo fusional, indiferenciado, indiscriminado, vinculado a las identificaciones primarias (identidad por pertenencia, Bleger; 1971 - Bernard; 1982) y otro polo de pertenencia discreta, diferenciada, en el que hay un reconocimiento de la alteridad vinculada al proceso secundario y de carácter simbólico, y en la que se mantiene la capacidad crítica.
- <sup>2</sup> Nos resulta interesante analizar cómo pueden ser entendidos estos fenómenos desde los conceptos de lo sujetal y transujetal de René Kaës (1993).
- <sup>3</sup> Si bien el concepto de contrato narcisista remite a la relación entre el sujeto y el cuerpo social, la extensión que realizamos tiene el sentido de remarcar como entidades libidinizadas socialmente a las familias y los grupos.
- <sup>4</sup> El concepto de trasposición categorial ha sido desarrollado por

Hugo Bleichmar, al analizar las reglas de la enunciación identificatoria. Se refiere a cómo un aspecto parcial pasa a definir el conjunto.

- <sup>5</sup> Nos referimos a la diferencia que René Kaës (1993) establece entre contrato narcisista y pacto narcisista. Este último está más volcado a una estructura vincular tiránica y adhesiva.

## Bibliografía

- Aguiar, E. (1997) "La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Nro. XX. 1997.
- Aulagnier P. (1977) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu Buenos Aires. 1977.
- Bernard, M. (1982) "Consideraciones sobre la tendencia a la burocratización en los grupos terapéuticos: dramatización e interpretación". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo V, Nro. 1, 1982.
- Bernard, M. (1991) "Pertenencia y configuraciones vinculares". II Congreso Argentino de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Junio, 1991.
- Bernard, M. (1995) "Relaciones entre el grupo interno y el grupo externo". En *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Bernard, M.; Edelman, L.; Kordon, D.; L'Hoste, M.; Segoviano, M.; Cao M. (1995) *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Bird, V. (1997) "Subjetividad en la crisis de fin de siglo". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.
- Bleger, J. (1967) *Simbiosis y ambigüedad*. Emecé. Buenos Aires, 1967.
- Bleger, J. (1971) "El grupo como institución y el grupo en las instituciones". En *Temas de Psicología Social*. Nueva Visión. Buenos Aires, 1971.

- Bleichmar, H. (1976) *La depresión, un estudio psicoanalítico*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.
- Bleichmar H. (1983) *El narcisismo. Estudios sobre la enunciación y la gramática inconsciente*. Nueva Visión. Buenos Aires. 1983.
- De Boer, M. A. (1997) "Breve reflexión sobre la subjetividad y violencia en el fin de siglo". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.
- Edelman, L. (1995) "Ilusión grupal y archigrupo". *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Edelman, L. (1997) "Crisis de fin de siglo y patologías". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.
- Edelman, L. y Kordon, D. (1995) "Efectos psicosociales de la impunidad". En *La Impunidad. Una perspectiva psicosocial y clínica*. Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Edelman, L. y Kordon, D. (1995) "El apuntalamiento del psiquismo". *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Freud, S. "El malestar en la cultura". *Obras Completas*, Tomo III. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1968.
- Freud, S. (1921) "Psicología de las masas y análisis del Yo". *Obras Completas*, Tomo III, 3a. ed., Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Freud, S. (1914) "Introducción del narcisismo". *Obras Completas*. Amorrortu editores. Tomo XIV.
- Galende, E. (1997) *Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual*. Paidós, Buenos Aires, 1997.
- Giorgi, V. (1997) "Neoliberalismo, subjetividad y salud". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.
- Gomel, S. (1997) *Transmisión transgeneracional, familia y subjetividad*. Lugar Editorial. Buenos Aires, 1997.
- Guebel, A. y Rey, R. (1992) "El espacio institucional: encierro o apertura". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Gru-*

- po. Tomo XV. Nro. 2, 1992.
- Kaës, R. (1993) *El grupo y el sujeto de grupo*. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1995.
- Kaës, R. (1984) Apuntalamiento múltiple y estructuración del psiquismo". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XV, Nro. 3 y 4 y XVI, Nro. 1 y 2. Buenos Aires, 1991 y 1992.
- Kaës, R. (1976). *El aparato psíquico grupal*. Gedisa. Barcelona, 1976.
- Kersner, D. (1995) "Acerca de la ley y las leyes". En *La Impunidad. Una perspectiva psicosocial y clínica*. Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Kersner, D. (1997) "Fin de milenio y subjetividad". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.
- Kordon, D. (1995) "Grupo de trabajo-grupo de supuesto básico". *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Kordon, D. (1997) "Acerca de la crisis de fin de siglo, la pertenencia social y la subjetividad". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.
- Kordon, D. y Edelman, L. (1995) "Fantasía y grupo". *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Kordon, D. y Edelman, L. (1995) "Algunas consideraciones sobre la articulación entre psiquismo y sociedad". En *La Impunidad. Una perspectiva psicosocial y clínica*. Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Lagos, D. (1997) "Cuestiones de la Psiquiatría Actual". Primer Reunión Científica de Capítulos, Asociación de Psiquiatras Argentinos. Buenos Aires, junio, 1997.
- Lagos, D. y Kordon, D. (1995) "Ética, impunidad y práctica profesional". En *La Impunidad. Una perspectiva psicosocial y clínica*. Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Quiroga, A. (1997) "Subjetividad y procesos sociales en el fin de siglo". *Temas de Psicología Social*. Nro. 16, 1997.
- Puget, J. (1989) "Formación en psicoanálisis de grupo. Un espacio psíquico o tres espacios? Son superpuestos?".



*Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XII, Nro. 1/2, 1989.

Puget, J. (1987) "En la búsqueda de una hipótesis. El contexto social". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XLIV Nro. 4. XXXV Congreso Internacional de Psicoanálisis, Montreal, 1987.

Rey, R. (1992) "Psicoanálisis para las instituciones?" *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XV. Nro. 2. 1992.

Ricón, L. (1997) "Crisis de fin de siglo y subjetividad". Simposio "Crisis de fin de siglo y subjetividad" en XIII Congreso Argentino de Psiquiatría, Mar del Plata, abril, 1997. *Revista Vertex*, Suplemento I, Volumen VIII, primer semestre de 1997.

Rojas, M.; Sternbach, S. (1994) *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*. Editorial Lugar, 1994.

Segoviano, M. y Kordon, D. (1995) "Identificación, Identidad y **Resumen**". *Desarrollos sobre Grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1995.

El análisis de las condiciones de malestar en los vínculos incluye la consideración del contexto social tanto en la definición de las patologías como en los modelos de intervención. Esto significa considerar las patologías, síntomas, síndromes, afectos, ideas, significaciones, deseos, estructuras defensivas y fantasías de cada sujeto, en su relación con la trama interpersonal en la que está inserto y de acuerdo a las condiciones sociales en las que vive.

*En este sentido, abordamos en particular la problemática subjetiva vinculada a las condiciones laborales y a la violencia. Planteamos también algunas reflexiones sobre el malestar actual en instituciones del campo psi.*

## **Summary**

*The analysis of malaise conditions in relationships includes the consideration of the incidence of the social context, both in the definition of the pathologies as well as in the models of intervention. This means to consider the pathologies, symptoms, syndromes, affections, ideas, meanings, desires, defensive structures and fantasies of each subject, in their relation to the interpersonal web into which the person is inserted*

*and according to the social conditions in which he/she lives.*

*In this sense, we particularly analyze the subjective problem related to working conditions and to violence. We also state some reflections about the current malaise that exists within institutions of the PSY field.*

## **Résumé**

*L'analyse des conditions du malaise dans les liens comporte la considération de l'influence du contexte social, tant dans la définition des pathologies que dans les modèles d'intervention.*

*Ceci implique considérer les pathologies, les symptômes, les syndromes, les affections, les idées, les significations, les désirs, les structures de défense et les fantasmes de chaque individu en ce qui concerne ses relations dans la trame interpersonnelle ou il se trouve inséré et tenant compte des conditions sociales dans lesquelles il vit. En ce sens, nous abordons, en particulier, la problématique subjective reliée aux conditions de travail et à la violence.*

*Nous proposons aussi quelques réflexions sur le malaise actuel dans des institutions de la sphère PSY.*

# Subjetividad adictiva: un tipo psico-social históricamente instituido<sup>1</sup>

Ignacio Lewkowicz \*

---

## *a. Condiciones históricas de posibilidad*

1. ¿Cómo es socialmente posible la figura omnipresente del adicto? ¿Cómo es posible que una sociedad no sólo produzca adictos sino que, sobre todo, los instituya como tales, como un tipo reconocido, admitido, predicado y tratado? En síntesis, **¿en qué condiciones socioculturales es posible que la adicción se constituya inequívocamente como *institución social*?** Una perspectiva historiadora puede trazar unas líneas de reflexión sobre algunos puntos de estos problemas generalmente ciegos en su evidencia.

2. Las adicciones constituyen un problema contemporáneo. Resulta notorio que no constituyen sólo un problema local, técnico, específico, acotado al campo de intervención de una disciplina particular. Lo que se llama *adicción* –quizá aun una evidencia ideológica sin concepto riguroso que pueda cubrir la multiplicidad diseminada de sus usos– parece desbordar irremediablemente las capacidades de comprensión y acción de las diversas disciplinas destinadas a sus cuidados. Lo que así sorprende es que las adicciones pertenecen “por derecho propio” al campo inespecífico de los *problemas sociales*. Este reconocimiento general que hace de la adicción un objeto particular de predicación para el discurso cualquiera

---

\* Licenciado en Historia. Integrante de H/a historiadores asociados.  
Av. Rivadavia 3984 - 17 C (1204) Buenos Aires, Argentina.

viene a mostrar, para la mirada historiadora, que no estamos sólo ante una estructura clínica particular, o en presencia de unos fármacos específicos que alteran las personalidades de las personas, o ante una modalidad delictiva particular. Y si esto es así es porque no estamos ante el mero incremento cuantitativo de unas prácticas que llamamos adictivas sino que **estamos ante la instauración cualitativa de un tipo radicalmente nuevo de subjetividad socialmente instituida**. La figura del adicto es un índice de esta mutación en la subjetividad instituida.

3. Uno de los núcleos duros de la encrucijada actual de las ciencias humanas es el de la relación entre las dimensiones que corrientemente se llaman *individual* y *social*. Por las condiciones institucionales y epistemológicas de surgimiento de las psicologías y sociologías, la exterioridad mutua entre ambas dimensiones ha constituido una constante del desarrollo de ambos tipos de disciplinas. Por cuestiones resultantes de método, para las disciplinas “psi”, lo que suelen llamar “social” tuvo tres modalidades de asunción distintas. En la primera versión, el lazo social se presenta lisa y llanamente como sumatoria de las estructuras y configuraciones psicológicas constitutivas de los individuos: el lazo es la multiplicación de los individuos. En la segunda, el conjunto de las configuraciones sociales trabaja como contexto particular que condiciona las posibilidades de realización de lo que es el mundo interno de los individuos. La sociedad no es constitutiva de esa psicología sino que sólo facilita u obstruye la realización de las tendencias psicológicas. En la tercera, el peso de las condiciones socioculturales en la constitución psíquica de los individuos se acrecienta, se reconoce, se proclama, pero sin hallar los modos de conexión teórica pertinente: la relación se plantea en términos de influencia cuantitativa. Desde el campo de las disciplinas sociales tampoco se ha resuelto el enigma –pese a la multiplicidad de observaciones sistemáticas en muy diversas situaciones socioculturales. Los individuos se presentan, en este campo, como puntos de realización particular de las estructuras y configuraciones sociales en que habitan. **La relación entre la dimensión social e individual de los sujetos en cuestión es aún más un requerimiento que una realización**. Desde el campo del discurso histórico, el movimiento actual que intenta comprender esa relación se

nuclea en torno del nombre aún difuso de historia de la subjetividad.

4. Este largo párrafo metodológico se justifica si permite aclarar la perspectiva que aquí se intenta: no limitar las condiciones sociales al campo de la influencia real sobre individuos ya estructurados. La perspectiva adoptada postula que las condiciones socioculturales específicas en que se despliega la vida de los individuos no es un escenario de realización que condiciona en exterioridad sino que es una red práctica que interviene en la constitución misma de los tipos subjetivos reconocibles en una situación sociocultural específica. ¿Y por qué vale aquí esta postulación? Pues porque la figura del adicto –más allá de las configuraciones médicas, jurídicas y psíquicas específicamente detectables– es una figura socialmente instituida, es un tipo subjetivo reconocible. La institución social “adicción” existe porque socialmente es posible la subjetividad adictiva. **La adicción es una instancia reconocible universalmente porque la lógica social en la que se constituyen las subjetividades hace posible –y necesario– ese tipo de prácticas.**

5. Pese a las evidencias supuestas por el sentido común “progresista”, la posibilidad social de la adicción no se limita al par éxito-fracaso social. La modalidad espontánea de remisión de las adicciones a las condiciones sociales supone que la adicción es una respuesta siempre latente en los individuos y las sociedades, que es una tendencia siempre disponible que se activa cuando las condiciones sociales específicas las disparan. El individuo está estructurado de por sí; la tendencia adictiva está latente. Basta con que socialmente se suministre la dosis pertinente de frustración, escepticismo o desasosiego. Pero si se nos impusiera nuevamente la evidencia de que los fracasos sociales empujan a la salida –siempre disponible– de la adicción, recaeríamos en la lógica de la influencia de las condiciones externas de realización de las tendencias ya constituidas autónomamente en los individuos. La perspectiva propia de la historia de la subjetividad exige suspender este tipo de análisis: no interesan aquí los factores sociales que empujan a la adicción de un individuo –pasible de volverse adicto ya de por sí– sino las prácticas sociales de constitución de una subjetividad en la que la adicción sea una posibilidad siempre dada desde ya. La percepción de una subjetividad

adicta no se preocupa aquí por la *realización* coyuntural de las tendencias adictivas sino por la constitución misma de esa *posibilidad*. **No interesan aquí las condiciones sociales que empujan a la droga sino las que producen una subjetividad amenazada de caer en adicción.** No consideramos aquí los factores de realización: dramas personales o familiares, desengaños laborales o expulsiones amorosas, pérdida de ilusiones o de referentes. Menos aún las configuraciones psicológicas que hacen de un individuo supuestamente autónomo un dependiente en grado sumo. En suma, ni las propiedades de las sustancias, ni las propiedades particulares de los individuos, ni las ocasiones de “caída” serían posibles si el tipo adictivo no estuviera socialmente producido e instituido.

6. Pues es difícil imaginar situaciones sociales en las que no hubiera individuos que excesivamente se aferraran a alguno de los productos ofrecidos por su cultura. Hay siete pecados capitales, y cuatro de ellos –si no todos– pueden leerse en esta clave. Pero lo cierto es que sólo nuestra modernidad tardía realiza esta posibilidad de lectura. Las sustancias “generadoras” de adicción cubren todos los rubros: más de siete que incluyen vicios y virtudes (alcohol, sexo, drogas, pero también trabajo). La maligna cualidad adictógena no sólo está en las cosas malas sino también en la pureza de las nobles cosas. Todos somos en potencia adictos. Somos adictos, en potencia, a todo. La amenaza es universal y ubicua.

7. Que el adicto sea una figura instituida significa aquí por un lado, que es un efecto de unas prácticas sociales de producción de subjetividad; por otro, que el efecto es universalmente reconocible. La figura del adicto es un tipo psico-social porque es reconocible, está tipificada, es objeto de predicación y objeto de cuidados sociales; en definitiva, porque brinda una identidad capaz de soportar el enunciado de virtud ontológica: *soy adicto*. La identidad adictiva es el índice de existencia de una subjetividad instituida. De donde se deriva que la adicción no sólo es **un** riesgo de la época sino **la** amenaza de la época; o más aún, es la amenaza de la época instituida por la época como la amenaza específica de la época.

8. Habíamos dicho que en otras configuraciones sociocul-

turales no existía el adicto como tal. Comportamientos que desde el punto de vista de las prácticas hoy pudieran ser percibidos anacrónicamente como adictivos no eran tales en su situación: por un lado, podían estar nombrados –es decir significados– de otro modo; por otro, si el término “adicto” podía existir no daba lugar a un tipo psico-social vulgarmente asignable sino que circulaba como término técnico clasificatorio en el interior de una disciplina específica. De ninguna de las dos maneras, el tipo adicto adquiría el significado (por lo tanto el tipo específico de existencia que es la existencia social) que hoy tiene a partir de los discursos hegemónicos circulantes. Ni el que se comporta pasivamente ante los placeres, llamado “esclavo” en la antigüedad, ni el libertino o el vicioso modernos están tomados por la red discursiva e institucional que hoy da existencia al adicto: un discurso massmediático, una tematización generalizada, una serie de asociaciones de ayuda, una institución de estas prácticas bajo el mote patológico de enfermedad, una derivación espontánea de estas conductas hacia la esfera psicológica, una remisión de la causalidad hacia las familias de origen.

9. De aquí se infiere que el mundo de la adicción sólo es posible en determinadas condiciones socioculturales. Estas condiciones involucran la institución de un soporte subjetivo del lazo social; la existencia correlativa de un reverso de sombra específico; la hegemonía sociocultural de una instancia específica de delimitación de las patologías; la operatoria social efectiva de dispositivos de cura, predicación y cuidado de las patologías instituidas. **El adicto es posible en situaciones en que el soporte subjetivo del estado ha dejado de ser el ciudadano y ha recaído en el consumidor; en que el reverso de sombra de la figura instituida del consumidor se ha desplazado del inconciente propio del sujeto de la conciencia a formas aún no teorizadas, pero que insisten bajo el modo de patologías del consumo y de la imagen; en que la instancia de derivación y reconocimiento de las patologías ha dejado de ser el discurso médico y sus derivaciones “psi” para recaer en el discurso massmediático; en que el modo genérico de tratamiento y cuidado es el de la autoayuda y el grupo homogéneo de los identificados por el rasgo patológico específico.**

10. La subjetividad adictiva se puede considerar socialmente como un subproducto de la subjetividad del consumidor. Sólo en el plano de la patología socialmente establecida es posible situar la génesis de la figura del adicto en la figura instituida del consumidor. La subjetividad del consumidor habrá que considerarla, naturalmente, como el efecto de unas prácticas de constitución y no como una mera “ideología consumista” que satura de unos ideales bajos a un sujeto ya estructurado que bien podría haber adoptado otros caminos. La radicalidad de la institución subjetiva es de otro tipo. Las prácticas mismas de socialización-producción de un “sujeto” socialmente admitido en base a un cachorro de humano inscriben la naturaleza de consumidor. En las perspectiva del historiador, no tiene existencia una entidad abstracta como *el hombre* cuyas características esenciales pudieran ser establecidas. Para la historia de las subjetividades los hombres son lo que las prácticas de producción de subjetividad los hacen ser. Estas prácticas socialmente establecidas no coloran con accidentes sino que determinan la naturaleza humana en cada situación. Contra el sentido común, la esencia aquí es situacional y no sustancial. El consumidor no es un accidente contemporáneo que le sobreviene a la eterna naturaleza humana sino que trama la naturaleza misma del hombre contemporáneo. *Consumidor*, entonces, no es un adjetivo del hombre contemporáneo sino una definición, su determinación epocal.

11. El consumidor está producido por una serie de prácticas específicas. La serie de prácticas que lo estructuran, lo instituyen como un sujeto que varía sistemáticamente de objeto de consumo sin alterar su posición subjetiva. Actualmente, la vertiginosa sustitución de ropas y juegos infantiles instaura al cachorro en una lógica de equivalencia específica: el término nuevo de la serie es mejor porque es nuevo. **El anterior no cae por haber hecho ya la experiencia subjetiva de la relación con ese objeto particular sino por la presión del nuevo que viene a desalojar el anterior.** El anterior cae sin tramarse en una historia, porque el nuevo, venido de por sí, tiene que tener la capacidad de colmar íntegramente al sujeto. Por la misma vía el zapping televisivo, la renovación del mercado, la multiplicación tecnológica, reproducen esta inducción productiva de subjetividad a lo largo de la vida de un individuo.



Las prácticas que mencionamos en rigor arrancan siempre al poseedor o espectador (lo mismo da) el término actual en nombre del que ya viene. El que viene es la promesa de felicidad inmediata –si no, a su vez, habrá de caer. ¿Qué posición subjetiva es la que inducen estas prácticas? Todo ha de esperarse del objeto, nada del sujeto. La promesa es la del objeto próximo. La lógica de la satisfacción por el objeto es la del todo o nada. No se produce entonces nada semejante a la modificación del objeto por el sujeto ni del sujeto por el objeto.

12. Las prácticas de producción de subjetividad determinan un rasgo como esencial. Por este rasgo esencial producido por estas prácticas se reconocen mutuamente los “individuos” que así han sido engendrados. El efecto enmascara la causa. El rasgo distintivo del sujeto engendrado por las prácticas cívicas propias de los estados nacionales (el ciudadano) fue la conciencia. Un hombre era hombre en la medida en que estuviera en plena posesión de sus facultades concientes: los locos estaban excluidos; los niños postergados. La pertenencia a la humanidad estaba supeditada al reconocimiento de que un individuo poseyera tal rasgo. Una vez agotados los estados nacionales, el rasgo que caracteriza a quien ha sido producido como sujeto de consumo es la imagen. Lo que se llama *cultura de la imagen* es el efecto visible de la prácticas de producción de subjetividad consumidora. Así como ser hombre fue poseer una conciencia; ser hombre hoy es ser reconocido como imagen por otro que a su vez lo es. Las prácticas de consumo, además de sostener la promesa de felicidad otorgada por el próximo objeto, producen una especie particular de lazo social. El consumo no es un acto solitario: requiere de un espectador o testigo. El consumo de objetos es también la producción de unos signos. El acto de consumir tales o cuales objetos del mercado es de por sí un signo puesto para el reconocimiento del otro. El signo producido por el consumo constituye al consumidor como imagen para otro –y por ende para sí. Así como la conciencia moderna requería de la mediación de otra conciencia para asumirse como autoconciencia, así la imagen requiere de la mediación de otra imagen para asumirse como imagen. **En perspectiva historiadora, nada valioso se ha perdido; las condiciones de la subjetivación son meramente otras.**

13. Las adicciones se sitúan en el revés de sombra específico del sujeto instituido del consumo. Las patologías socialmente instituidas se constituyen en la captura del revés de sombra por una instancia ideológica de delimitación. La institución del sujeto de la conciencia por las prácticas cívicas –y la familia nuclear burguesa que le corresponde, por delegación del estado nacional– producía a su vez, como un efecto inevitable pero ciego, el mundo fantasmagórico que el psicoanálisis estableció posteriormente como sujeto del inconciente. A partir de la institución del sujeto de la imagen por las prácticas de consumo: ¿qué se estará produciendo como envés específico de sombras? En ese envés de sombras se produce una serie de anomalías respecto de lo que se supone integralmente dominado por la institución del sujeto específico. Esa serie de anomalías, para consistir, tiene que ser leída por un discurso específico y controlada, cuidada, predicada y distribuida por la serie de instituciones que realizan la eficacia de ese discurso específico. Hasta el advenimiento del psicoanálisis, el envés de sombra de sujeto de la conciencia era tomado como *desviación* por el discurso médico. Las anomalías adictivas hoy parecen estar en posición semejante a las anomalías históricas respecto del discurso médico. La instancia de delimitación de las patologías se ha desplazado, en la modernidad tardía, del discurso médico hacia el massmediático. **Lo que socialmente se llama adicción es efecto de la lectura y tratamiento del envés de sombra del sujeto consumidor por el discurso massmediático y sus instrumentos institucionales (comunicación y autoayuda).**

14. El mercado requiere multiplicar el número de consumidores. Pese a las expulsiones, el mercado multiplica el número de sus consumidores por un expediente económico eficaz. La multiplicación de los actos de consumo por cada individuo consumidor compensa con creces la restricción de los actos de consumo producida por la expulsión de los no consumidores. **La subjetividad del consumidor es, entonces, un medio de producción del mercado.** Cuando el sujeto está constituido como consumidor, la multiplicación de sus actos de consumo es una consecuencia necesaria. Para la lógica de la diversificación de los productos, este expediente es más eficaz que el del aumento de volúmenes de producción de

objetos estandarizados del mismo tipo. El que no es consumidor, y sólo *necesita* un tipo particular de objetos, entorpece la rueda de la multiplicación mercantil. El consumidor está sostenido en la promesa del objeto totalmente satisfactorio; pero el mercado tiene que lograr que la promesa se reproduzca como promesa sin que jamás se realice. El consumidor debe estar en condiciones subjetivas de desechar el último objeto en nombre del próximo; el sujeto de la imagen tiene que estar dispuesto a desestimar los signos de ser para ser reconocido por los nuevos signos. El consumidor y el sujeto de la imagen tienen que quedar a salvo de terminar capturados por el objeto que consumen y el signo que momentáneamente son. **Los objetos y los signos tiene que ser siempre penúltimos.**

15. **El adicto, entonces, constituye a la vez la realización y la consecuente interrupción del sujeto del consumo, de la promesa estructurante del mercado y sus subjetividades.** La tecnología tenía que producir efectivamente el objeto que colmara a un sujeto. Lo hizo; pero ahora no puede ya ofrecer otro objeto. Por una vez, el sujeto ha hecho una experiencia del objeto, pero ha quedado prisionero en la naturaleza satisfactoria de la relación. Desde la lógica del consumo este triunfo paga un precio altísimo: el sujeto ha sido modificado; no puede ya salir del encuentro tal como ha entrado. Por ese motivo, en la instancia massmediática de delimitación de las patologías, este encuentro tan logrado queda establecido como aniquilación subjetiva: el sujeto ha desaparecido tras el objeto que lo satisface —y desde entonces lo constituye.

16. El consumo de unos objetos variables circunstancialmente produce una imagen reconocible según los patrones coyunturales. El consumo adictivo de fijación a un objeto (una sustancia, una práctica, un tipo sexual, una actividad informática, un agujero del cuerpo o una imagen ideal) engendra a su vez también una imagen específica: la imagen del adicto como tipo reconocible, predicable, como imagen donadora de una identidad, la identidad adictiva. Esa identidad dispone una vida con su epopeya trazada: fascinación, hundimiento, arrepentimiento, recuperación, prédica y reclutamiento antiadictivos.

17. En esta línea, la drogadependencia se tiene que concebir como forma específica de una modalidad adictiva general. La existencia de sustancias alucinógenas, barbitúricas, estimulantes o afrodisíacas en diversas sociedades no podía dar lugar por la pura potencia de la sustancia a la adicción instituida como tal. **Esas mismas sustancias sin la subjetividad capaz de entrar en relación adictiva con la cosa cualquiera, no podían dar lugar a la adicción instituida a las drogas; las drogas podían circular sin drogadictos. Por el contrario, sólo la subjetividad adictiva en general, constituida por las instancias de delimitación de las patologías, sobre el envés de sombra de la figura instituida del consumidor, podía permitir el paso del usuario tenaz de cualquier tipo de objeto al adicto.**

#### *b. Subjetividad socialmente instituida*

1. Este concepto postula que la *naturaleza humana* no está determinada de por sí, es decir, que lo que hace ser hombres a los hombres no es un dato dictado por la pertenencia genérica a la especie. Los hombres no disponen de una naturaleza extrasituacional sino que lo que los hombres son es producto de las condiciones sociales en que se desenvuelven. Esa naturaleza humana situacional, resultante de las condiciones sociales, es intraducible de una situación a otra.

2. Nada hay aquí de relativismo cultural, pues por un lado para un habitante de una situación su situación es absoluta, sin exterior en otra situación con la cual comparar (relativizar) su pertenencia efectiva a la situación en que habita. Por otro lado, como la pertenencia a la situación es absoluta, la naturaleza determinada por esa pertenencia es esencial –para nada accidental. Finalmente, no se trata de relativismo cultural porque aquí no estamos ante concepciones culturales diversas que son predicadas de distintos modos y con distintos contenidos a los miembros de una cultura sino que se trata de prácticas efectivas que instauran una subjetividad de modo efectivo. El tipo resultante no es la efectuación-resultado de un tipo ideal sino el efecto consistente más allá de las intenciones constitutivas.

3. Esta subjetividad no es el contenido variable de una estructura “humana” invariante sino que interviene en la constitución de la estructura misma: no es el relleno de una forma sino la organización misma de la forma. Esta subjetividad resulta de marcas prácticas sobre la carne y la actividad psíquica del cachorro “inconcluso”. La carne informe y la actividad psíquica indeterminada del recién nacido reciben una serie de *marcas*. Estas marcas –de diverso tipo según las diversas organizaciones sociales– producen una limitación de la actividad físico-psíquica que estructura la caótica libertad originaria. Estas marcas socialmente instauradas mediante prácticas hieren al cachorro, que requiere de una serie de compensaciones a cambio de la renuncia a la totalidad ilimitada e informe que “era” hasta entonces. Los discursos que con su capacidad de donación de sentido compensan esas heridas constituyen la estructura básica de esa subjetividad instituida. Esos discursos vienen con las prácticas mismas de limitación. Así las prácticas instauran mediante cortes las marcas estructurantes y los discursos instauran mediante enunciados los significados básicos de esas marcas. **La herida tiene sentido: la subjetividad queda determinada por esas marcas y ese sentido. Sin embargo, la subjetividad instituida jamás es exhaustiva. La instauración misma produce un envés de sombra.**

4. El *polités* ateniense difiere del *homoiós* espartano no sólo en convicciones ideológicas, en hábitos o vestimenta. Difiere esencialmente porque los dispositivos, las prácticas, los discursos y las instituciones mismas que los han estructurado como humanos difieren a su vez radicalmente. Que el nacimiento del niño esté determinado por el anhelo paterno o por la obligación estatal es ya un hecho, pero con eso no alcanza. El hecho de que a su vez en Esparta sea el Estado y no los padres el que determina si el individuo recién nacido es apto o no para seguir viviendo determina una modalidad de deuda específica: el futuro *homoiós* deberá su vida al consejo que le permitió vivir (y evitó el sacrificio al pie del monte Taigeto). Esa relación con el estado no será un mero contenido ideológico obtenido a posteriori mediante una propaganda estatal excesiva: está instituida a priori por esas prácticas mismas de adopción social de los infantes. Esto no es más que un ejemplo, pero bajo esa línea habrá que postular la

esencial diferencia entre los tipos subjetivos hallables en diversas culturas y en diversas épocas.

### *c. Historia de la subjetividad*

1. Se comprenderá mejor en qué consiste la *historia de la subjetividad* si se la compara con el dominio del que emerge y del que se distingue. Su antecedente más claramente discernible es la *historia de las mentalidades*. Durante mucho tiempo el discurso histórico había sido tributario de las historias de la filosofía. Le importaban los sistemas de ideas existentes en diversas sociedades, expuestos como tales. El desarrollo temporal del espíritu humano organizaba una búsqueda en la que era decisivo el establecimiento de filiaciones, evoluciones, etc. Sin embargo, poco a poco se vio que el conjunto de las ideas explícitamente expuestas no era el todo de las ideas de una sociedad. Por un lado, el movimiento de la sociedad en cuestión estaba determinado por otro tipo de fuerzas que no eran las ideas sistemáticas. Por otro, las ideas sistemáticas eran patrimonio de algún grupo social específico que se ilusionaba al respecto. Finalmente, se vio también que hay un conjunto de ideas inorgánicas de enorme fuerza porque son tradicionales y que se comparten con la convicción tenaz que no procede de una argumentación sino de la acción espontánea, tradicional, e implícita. A ese campo de ideas inorgánicas, expresadas en las conductas y los refranes, menos atentas a la coherencia que al valor tradicional de la repetición, se consagró la historia de las mentalidades. Las mentalidades fueron, entonces, el conjunto de los contenidos mentales no siempre concientes, siempre inorgánicos, que determinan las conductas de los hombres más allá de los controles concientes de las ideas sistemáticas.

2. Pero la historia de las mentalidades tropieza con un límite: supone que las variaciones de la experiencia humana son insustanciales. Para esta corriente, esas variaciones son otras tantas presentaciones particulares de la misma estructura de base y lo que varía de situación en situación son los contenidos específicos en que se realiza (o colorea) la misma estructura universal de lo que es un ser humano. La historia de las mentalidades no puede pensar la intraducibilidad de

las experiencias (alteridad) porque las supone ocurrencias comunes de la misma estructura de base (inalterable de por sí). La historia de las mentalidades no puede pensar las mutaciones decisivas de esa estructura de base (alteración) porque la supone substrato de una historia que no produce su propio substrato.

3. La historia de las subjetividades viene a postular la historicidad situacional de la naturaleza humana. **No es una historicidad al modo del historicismo, en la que una sustancia despliega en el tiempo el grueso de sus características. Es una historicidad situacional: cada situación engendra su humanidad específica.** La historia de las subjetividades depende de una ontología de lo situacional y no una epistemología de lo temporal.

4. La subjetividad que se considera en este dominio del discurso histórico es la subjetividad instituida. La subjetividad instituida es la cara visible de la historia de la subjetividad; pero si se constata que las subjetividades cambian es porque hay algún recurso capaz de alterar lo instituido. Ese recurso no tiene un origen autónomo sino que también es un efecto ciego pero efecto al fin de la institución subjetiva: es su reverso de sombra. **No es el choque entre dos instancias autónomas sino el desacople entre una operación efectiva y el plus ineluctable que genera a ciegas la misma operación.**

5. La historia de las subjetividades postula una categoría decisiva: el concepto práctico de hombre. Partamos de un ejemplo. El esclavo antiguo, ¿es o no es hombre? Para el amo romano, es un mero instrumento, un instrumento que habla, un muerto en vida –cuya vida podría haber cesado en el momento de la derrota bélica en que fue capturado, y puede cesar en cualquier momento, porque pertenece al amo (vencedor o derivado del vencedor). No es hombre. El historiador de las mentalidades supondrá que es hombre porque pertenece a la especie. Pero resulta que hay una serie de datos muy fuertes que impiden reconocer un semejante en el esclavo antiguo: en mil años de esclavitud mercancía extendida, hay sólo dos rebeliones consistentes; el infanticidio de los nacidos de esclavas es general –así como las automutilaciones y

suicidios—; cuando los amos han intentado la cría de esclavos por obstáculos en el abastecimiento comercial, han tropezado con la evidencia de que la esclava no está en condiciones de ser madre en regla. Es que las prácticas de producción de la subjetividad esclava han dado lugar a otra cosa que los hombres —distinta de la que los hombres esperamos encontrar para hablar de semejantes. El esclavo antiguo no pertenece a la humanidad instituida como tal.

6. El concepto práctico de hombre determina una humanidad específica (como cualquier humanidad) por la vía práctica —y no tanto por la vía de las representaciones. Una humanidad específica a su vez determina por un lado cuáles de los cuerpos homo sapiens pertenecen a la humanidad culturalmente establecida; por otro, cuál es la propiedad constitutiva de lo humano para las circunstancias en que se establece dicha humanidad.

7. El concepto práctico de hombre establecido como consumidor, establece que ésa es la propiedad fundante (en la práctica; las representaciones ya vendrán) de lo humano. Quienes no ingresan o egresan de semejante condición, pues bien: no pertenecen a la humanidad establecida como tal aquí y ahora.

#### *d. Identidad adictiva*

1. La tarea primera de producción práctica de la subjetividad se desarrolla en la oferta de identidades posibles, de figuras encarnadas que funcionan como espejo posible para el que las escoja —pero todos han de escoger por lo menos una: ¿quién podría constituirse sin un espejo? Las identidades profesionales son sólo una de las identidades posiblemente ofrecidas. Si bien durante un tiempo —bajo la vigencia de los estados nacionales— las identidades profesionales no eran simplemente profesionales, en el funcionamiento actual las profesiones ya poco colaboran en la configuración de una identidad.

2. La posición de médico, abogado u operario puede soportar algo de una identidad si ofrece por lo menos dos garantías.



La primera es que sea posible permanecer afiliado a tal posición durante el grueso de la propia vida. No se puede *ser* médico, si la inscripción profesional del médico está evidentemente suspendida a la precariedad sorprendente del mercado. La segunda es que esa profesión tiene a su vez que cubrir diversos aspectos de la vida social y personal. Si la identidad de abogado sólo cubriera las horas de trabajo, sin una vida social, un perfil social reconocible, unos hábitos y un grupo de pertenencia, si con la profesión de abogado no viniera adosada una manera de vida, esta profesión no podría soportar algo de la identidad de la persona.

3. Pero las identidades profesionales no son la única vía de constitución de la identidad. La inestabilidad del mercado requiere no atar la identidad personal a los vaivenes oportunistas de las circunstancias: una repentina expulsión o desplazamiento tendría que alterar el grueso de la vida propia. Por fuera de las identidades profesionales, se han ido constituyendo tipos identificatorios diversos: el exitoso habitante de los medios (que no es cantante, actor, locutor ni periodista), el irónico desdichado (herencia del artista romántico), el escrupuloso profesional, el político ascendente, etc. Lo que tienen en común estas figuras es que pueden organizar los ejes más visibles de una vida.

4. Quizá los apresurados ejemplos no hayan sido los más adecuados, pero lo decisivo es que el tipo del adicto bien puede organizar una vida en torno del rasgo adictivo. Hay un guión de la cultura actual que le ofrece una serie de escenas codificadas, de etapas y discursos, de argumentos y sentimientos que, desplegados por turno organizan la vida paradigmática de El Adicto. De entrada está ya ofrecido un guión en el que está representado de antemano el adicto. La identidad puede atravesar o no los momentos estructurales del relato. La biografía tipo incluye problemas familiares (la sorprendente entidad “falta de diálogo” ha hecho fortuna), frustraciones laborales brumosas o reales, tentación fascinada, pérdida de afectos, dolor delictivo con culpa, una instancia catastrófica de “tocar fondo” –con o sin novio, madre, hija que oficia de redentor–, un duro aprendizaje para “reconocer la enfermedad”, las vacilaciones de una curación trabajosa, una simple felicidad resultante, un testimonio de espaldas ante las

cámaras, una prédica para salvar a otros de semejante infierno. La epopeya está tendida. Alguien cae y con ella tiene ya al alcance una identidad indudablemente reconocida.

*e. No existía el adicto como tal*

1. ¿Existía o no gravitación universal antes de Newton? ¿Había anorexia o bulimia en los banquetes romanos o las asceticismos de las santas? La existencia no es cosa absoluta. Cada disciplina establece sus propios principios de existencia. Existir es existir para un discurso –incluso la existencia absoluta es la existencia postulada, por ejemplo, por el discurso filosófico. La existencia de estructuras clínicas es distintas de la existencia de las patologías socialmente establecidas.

2. **Para el discurso histórico, sólo existe lo que se inscribe con su nombre en una red de prácticas que le dan consistencia. El sentido histórico social de un concepto es la red de prácticas en que se inscribe.** Si hallamos en los documentos antiguos los testimonios de que tal individuo tenía una relación particularmente intensa con el láudano, nada nos autoriza a sostener que, mientras vivió tal relación, *era adicto al láudano*. Porque tal supuesta “adicción” no estaba establecida como tal, ni tratada por las instituciones y los discursos que hacen de una relación materialmente semejante hoy un adicto. Es posible que para una psicología allí se pudiera reconocer una estructura clínica clasificable como “adicción”. Pero el sentido social de esa práctica se alejaba irremediamente de nuestras nociones entonces inexistentes.

3. El modo bajo el cual se leía en la antigüedad griega estos tipos de relación excesivamente intensos no adoptaba las imágenes de la adicción. El modelo general con que se pensaban las interioridades subjetivas es el modelo de la guerra, o el modelo político de las relaciones de dominación de unos señores sobre sus esclavos. Un hombre ha de ser dueño y no esclavo de sus pasiones, dueño y no esclavo de sus placeres. Quien se comporte de modo pasivo respecto de los placeres o las pasiones, quien se comporte entonces de modo femenino al respecto, será por eso un esclavo. El esclavo de sus placeres o pasiones no es objeto de tratamiento, no es una

patología, no es campo de acciones redentoras o curativas. Es un esclavo frecuentemente despreciado porque en su naturaleza está la sumisión. Y no nos apresuremos a superponer nuestro concepto del adicto sobre la imagen del esclavo antiguo, porque nuestra asociación adicción-esclavitud es puramente metafórica, retórica: no aproxima un ápice al desprecio que el esclavo suscita en su antiguo amo por la relación sin comparación entre un hombre plenamente hombre y su instrumento, poco más o poco menos que un animal o una azada.

#### *f. Instancias de delimitación de las patologías*

1. Es sabido que los umbrales de normalidad y patología están pautados culturalmente. En cada situación histórico social esta determinación queda establecida por un dispositivo específico hacia el cual las diversas instancias sociales derivan de buen grado o no la responsabilidad sobre dichas determinaciones. No alcanza con que un discurso disponga de recursos teóricos capaces de clasificar y comprender las diversas formas de normalidad y patología, con criterios para distribuir salud y enfermedad. Tampoco basta con que determinados discursos cuenten con la capacidad de intervención eficaz sobre lo que él mismo (motu proprio o por delegación social) comprende como patología, enfermedad o malestar. Es necesario que por el juego entre los discursos y las instituciones que traman una realidad social se destaque un dispositivo hacia el cual se transfiere la responsabilidad de la delimitación, el cuidado de la derivación, la vigilancia sobre la intervención.

2. La delimitación de las patologías consiste fundamentalmente en una clasificación específica de las conductas desviadas respecto de la personalidad oficial instituida. Esta delimitación, además de clasificar, establece una genealogía causal de las formaciones que considera campo de intervención rectificadora. Finalmente, establece el tipo de intervención rectificadora específica que es necesario para la circunstancia. Esta instancia de delimitación de las patologías funciona a su vez como instancia de derivación de las patologías debidamente clasificadas hacia los dispositivos o instituciones con-

siderados como capaces, como departamentos socialmente establecidos para el tratamiento correcto de las anomalías en el seno de una población.

3. Los estados nacionales habían instituido al saber médico como instancia fundamental de delimitación de las patologías. El discurso filosófico, tramando una arquitectura ideal de los saberes existentes en una situación, solía reforzar epistemológicamente la derivación que de hecho –y con toda evidencia de su parte– el estado hacía hacia sus hospitales generales.

4. La función que cumplía por un lado el estado nacional como meta-institución general (en la que quedaban representadas y orgánicamente solidarizadas las diversas instituciones existentes) y por otro la filosofía, como meta-discurso general, en que quedan clasificados y ordenados en conjunto los saberes autorizados circulantes en una situación, se ha desplazado. En los estados técnico-administrativos contemporáneos, el discurso massmediático cubre ambas funciones (meta-institución y metadiscurso). A partir de dicho lugar “meta”, el discurso massmediático cumple actualmente la tarea de delimitar las patologías. Todos los saberes se congregan en el espacio mediático para funcionar. Pero no para operar según su propia pauta sino según las exigencias propias del discurso massmediático. **Así, el discurso que se presenta como divulgador de unos saberes que se han constituido en campos específicos a los que finge respetar y representar, en rigor los somete a su propia lógica de producción de enunciados y saberes.**

5. De hecho, el discurso massmediático no difunde sino que constituye el saber socialmente válido sobre las adicciones. Administra los enunciados promedio, los lugares comunes, las cláusulas de demostración, las causalidades profundas y superficiales. Produce y difunde su *perfil del adicto*: los rasgos por los que se reconoce un adicto, las modalidades de su razón de ser adicto, los modos de padecimiento autorizados, los centros de atención para los que importan los rasgos mediáticamente programados. El saber social promedio es difundido para víctimas, familiares, allegados, damnificados y educadores. El conjunto de los discursos convocados (jurídico, policial, pedagógico, psicoanalítico, sociológico)

es sólo un conjunto de voces subordinadas al tiempo y el texto que le marca el que las coordina en un coro. Son voces subordinadas que sólo están convocadas para avalar el lugar común y la administración masmediática de la patología.

*g. Envés o reverso de sombra*

1. Lo que aquí se llama envés o reverso de sombra es más la indicación de una zona problemática que un concepto desarrollado en regla. Se trata de una extensión conjetural de la experiencia del psicoanálisis más allá de su campo histórico de eficacia probada, sin extrapolar las categorías psicoanalíticas sobre un campo en que no han puesto a prueba aún su eficacia.

2. El hombre situacionalmente instituido no se agota en la figura visible delineada por las prácticas y discursos que lo ha estructurado. Si la producción de subjetividad resulta de la instauración de unas marcas efectivas sobre una carne y una actividad psíquica, lo cierto es que estas marcas, logrando por un lado su resultado, por otro producen un campo de efectos secundarios, ineliminables, e invisibles para los recursos conceptuales y perceptivos de la situación en que se instituye la subjetividad de marras. No hay marca que al marcar efectivamente un aparato psíquico, por ejemplo, no produzca además un exceso, o un plus, o un resto. **Ese resto es efecto de la operatoria que instituye los soportes subjetivos pertinentes para las situaciones efectivas. Es el efecto singular de la subjetividad instituida. Es efecto de lo instituido pero no es lo instituido.**

3. Ese resto ineliminable es lo que aquí llamamos revés de sombra. Su importancia radica en que permite desligarse de dos tentaciones gemelas. La primera tentación sostiene que el envés de sombra universal es el que ha pesquisado el psicoanálisis. Sea cual fuere la institución práctica de hombre de la que se trate, en la sombra, y como efecto imperceptible *a priori* de esa institución permanecerá acechante la constelación edípica con todas sus configuraciones posibles, sus acechanzas y sus certezas. La segunda señala lo contrario. Como las categorías de lo inconciente reprimido resultan de la

institución del sujeto de la conciencia, bastará con que los hombres no sean producidos por el estado nacional y la familia nuclear burguesa para que, si desaparece el inconciente que resulta de esta operación desaparezca también cualquier zona de sombras.

4. Pero la experiencia conjeturalmente extendida del psicoanálisis nos permite postular el siguiente cuadro formal:

a. La institución práctica de la humanidad varía de situación en situación. El tipo de subjetividad instituida que resulta varía con las prácticas de producción.

b. Como efecto de la institución visible se produce un revés de sombra invisible. Este revés depende del tipo de prácticas de producción de subjetividad. Si varía la subjetividad instituida varía el envés de sombra.

c. La variación del envés de sombra no se deduce de (pero se produce como efecto incalculable de la operación de) la institución de la subjetividad oficial.

5. El psicoanálisis conocido es la teoría del envés de sombra del sujeto de la conciencia instituido por las prácticas cívicas del estado nación y su familia nuclear burguesa. Pero no es fatal que el psicoanálisis se reduzca a esta experiencia históricamente acotada. Su devenir depende de lo que los psicoanalistas hagan con el psicoanálisis. No está descartada—pero tampoco garantizada—su capacidad de intervención eficaz sobre lo que emerja como envés de sombra. Según una definición historiadora, el psicoanálisis no es la teoría de un sujeto históricamente circunscripto ni de un sujeto eterno: es el dispositivo crítico de intervención práctica sobre lo que en las situaciones sociales se produce como envés de sombra.

#### *h. Soporte subjetivo del lazo social*

1. Una nación no es un reino; un imperio no es una colonia; una comunidad no es un estado. Diversos tipos de agrupamiento (de entidades totales agrupadas) dan lugar a diversos modos de enlazamiento entre los términos que los componen. No hay nación si no se compone de ciudadanos; no hay reino si no se compone de súbditos; no hay mercado si no se

compone de consumidores. La institución del lazo social es a la vez la institución específica de la subjetividad del tipo de individuo que debe componerlo.

2. El estado instituye los términos a los que representa. Los representa una vez instituidos: se distancia de su producto y lo representa a distancia. En una situación cualquiera tenemos por un lado los individuos y por otro la instancia de representación. Estas situaciones son estructuralmente ciegas al hecho originario de que es la instancia de representación la que a su vez ha instituido la materia prima a representar.

3. Una alteración del lazo social (el pasaje del estado nacional al estado técnico-administrativo) determina a su vez una alteración del soporte subjetivo de tal lazo (de ciudadano a consumidor, para seguir con el ejemplo decisivo).

4. Se suele llamar soporte subjetivo del lazo social a la figura individual, específica, que está en la base de la operatoria del estado. Si aquí es lícita la metáfora de los elementos y las relaciones, habrá que llamar lazo social a las relaciones que se establecen entre los elementos; habrá que llamar correlativamente soporte subjetivo del lazo a los elementos constitutivos de la relación. Y la metáfora vale sólo si se le adosa una condición. De ninguna manera se podrá admitir que los elementos preexistan a la relación, o que la relación preexista a los elementos. La institución de una subjetividad específica y de un lazo específico es consustancial. No hay instauración de un tipo de lazo social que no sea a la vez la instauración de un soporte subjetivo pertinente; no hay institución de una subjetividad específica que no sea a la vez una efectuación de los requerimientos de un tipo específico de lazo social.

## Notas

<sup>1</sup> Diversos elementos que se plantean en el texto resultan del encuentro con diversos integrantes de la AAPPG. Conversaciones formales e informales han dado lugar a esta perspectiva historiadora ya afectada por el trabajo efectivo con otra disciplina. Por otra parte, este trabajo es una versión ligeramente modificada de un texto previo. Aquel texto forma parte de un CD sobre adicciones actualmente en edición, organizado por el Dr. Juan Dobón. Aquella procedencia determina la forma que adopta este artículo. El CD está organizado como hipertexto. La primera parte (a. condiciones históricas de posibilidad) constituye el cuerpo principal del texto; las siguientes (b.- h.) son otras tantas ventanas que, en el texto originario se podían abrir sobre las palabras que están subrayadas en el cuerpo principal del texto. En la forma que aquí se presenta,

## **Resumen**

*Aquí se considera, desde la perspectiva del historiador, la figura del adicto como un tipo de subjetividad socialmente instituida y no como una estructura clínica especificada por un modo de funcionamiento psíquico. El tipo social del adicto resulta de la instauración del consumidor como soporte subjetivo del lazo social y la instauración del discurso massmediático como instancia de delimitación de las patologías.*

## **Summary**

*From the perspective of the historian, the figure of the addict is considered as a type of subjectivity that is socially instituted and not as a clinical structure specified through a mode of psychic functioning. The social type of the addict comes forth from the establishment of the consumer as the subjective support of social ties and the establishment of a mass-media discourse as an instance of the delimitations of pathologies.*

## **Résumé**

*Ce travail considère, dans la perspective de l'historien, la figure du toxicomane comme un type de subjectivité socialement instituée et non pas comme une structure clinique spécifiée par un mode de fonctionnement psychique. Le type social du toxicomane est le résultat de l'instauration du consommateur comme support subjectif du lien social et l'instauration du discours des mass médias comme une instance de délimitation des pathologies.*



## La expulsión: una modalidad de lo negativo

### Solchi Lifac \*

---

Se trata de un grupo terapéutico mixto, integrado por personas cuyas edades oscilan entre los 67 y 75 años. Elena, 69, llega a sesión en apariencia muy angustiada. Pide disculpas por interrumpir pero dice estar preocupada, porque a raíz de una reciente pérdida, su ginecólogo le ha señalado la conveniencia de hacer una biopsia. Andrés, 72 años, médico, integrante del grupo, en tono muy profesional le pregunta si sabe qué significa una biopsia, y a la respuesta afirmativa dice: “y entonces, ¿por qué te preocupás?” Ante los argumentos de Andrés, Elena insiste, se defiende, dice tener miedo y lo acusa de falta de comprensión y de frialdad. “No sé qué clase de médico sos”. El resto del grupo se ha solidarizado con Andrés, le recomiendan a Elena que se quede tranquila y que espere el resultado del análisis. El grupo da, en apariencia, el tema por concluido, quedando Elena replegada en un mutismo rencoroso. Hasta aquí el ejemplo.

A los fines de facilitar la comprensión y la conceptualización de este material, lo he dividido, instrumentalmente, en dos espacios de análisis: uno al que llamaré “Qué le hace Elena al grupo” y el otro “Qué es lo que el grupo le hace a Elena”.

---

\* Licenciada en Psicología. Miembro Titular y Directora del Departamento de Adultos Mayores de la A.A.P.P.G.  
Gallo 943, 6° 15 (1172) Buenos Aires. Teléfono: 863-0202

Un sugestivo comentario de Bion puede servirnos de punto de partida. Dice así: “Nunca dejamos de asombrarnos de la escasa capacidad de cooperación que presentan los miembros de un grupo terapéutico. Partimos de la base que un paciente es una persona cuya capacidad de cooperación es muy limitada”. El autor llama al grupo “unión de vendedores de panaceas” asegurando, no obstante, que esto no expresa la falta de armonía sino, precisamente, su unidad y coherencia. Pero, el grupo se reúne y adquiere especial cohesión cuando se trata de satisfacer una necesidad básica. ¿Cuál es esta necesidad?

Abro un pequeño paréntesis para introducir algunos conceptos aclaratorios.

Sabemos que todo grupo, sea cual fuere su razón de ser, tiene una multiplicidad de funciones. Al margen de la tarea por la cual se ha conformado, el grupo cumple las funciones primarias de continencia, de sostén y de dador de identidad. Lugar psíquico de investidura se constituye, asimismo, en articulador entre mundo interno y mundo externo. Pero, tal vez, la más significativa de sus funciones sea la que el grupo realiza sobre sí mismo, es decir: la de asegurar su propia continuidad.

Todo grupo, recordemos, se reconoce como tal, cuando se ha constituido esta membrana continente y protectora que aúna a todos los integrantes y los identifica entre sí en esto, que llamamos la ilusión grupal. Las fantasías que apuntalan esta ilusión son las que refieren a estas características que hacen del grupo una unidad indivisa e inmortal. Esto es de fundamental importancia, por cuanto, es en la pertenencia a un grupo dotado de tales atributos, que toman apoyatura las fantasías de la propia continuidad e inmortalidad. Una de las razones de ser del grupo es la de negar su propio destino, es decir su efimeridad. Es de ahí que la discontinuidad que afecte al grupo, afectará también a cada uno de sus miembros en su integridad psicosomática.

Retomemos ahora nuestro caso clínico y veamos cómo queda ejemplificado en éste lo dicho hasta ahora.

¿Qué le hace Elena al grupo? Habíamos dicho que una de las funciones del grupo es mantener la ilusión de constancia y de indestructibilidad. Lo que Elena denuncia a partir de una supuesta enfermedad es, precisamente, la falta de garantías, la futilidad del recurso. El significante “pérdida” –en lo manifiesto pérdida menstrual– está fuertemente connotado, particularmente a esta altura de la vida, por múltiples significados. Además de expresar en lo manifiesto un riesgo concreto asociado a una enfermedad de desenlace tal vez fatal, la palabra pérdida, a otro nivel, se constituye sin lugar a duda en la expresión paradigmática de la condición que afecta a la vejez. Expresa el drenaje narcisista incontrolable e irreversible al que está expuesto el sujeto anciano. El significante pérdida refiere, en última instancia, a la castración y a lo que hace a la más drástica de las desinversiones: el propio fin. Por otro lado, la homologación cuerpo-grupo hace que éste, al igual que el cuerpo de Elena, se vea amenazado en su integridad y su continuidad, por la supuesta pérdida de uno de sus integrantes.

La angustia de muerte despierta fuertes ansiedades de separación. Se reactiva, entonces, en el grupo como defensa, la fuerza antagónica: la de aglutinamiento. “Todos estamos de acuerdo entre nosotros y en desacuerdo con Elena”. En la base de los acuerdos y coincidencias, subyace la capacidad de identificación por introyección con el otro. El estar en desacuerdo, la ausencia de empatía, en este caso, está puesta al servicio de evitar toda identificación vivida como riesgo de contaminación. “Pienso diferente, soy diferente, por lo tanto no me pasa lo mismo que a tí”.

La primera protección contra la forma primaria de la pulsión de muerte consiste en proyectarla hacia el exterior, expulsarla, liberando así al sujeto de su carga persecutoria. Desde la óptica kleiniana y en función de la relación continente-contenido centrada en el metabolismo, el cuerpo asimila los objetos buenos y destruye y expulsa los malos. Lo malo es rechazado siguiendo las pautas arcaicas del principio de placer. De ahí que todo cuanto contradiga las fantasías de constancia deberá ser expulsado.

La intervención de Elena, vivida como exceso disruptivo y

desestabilizador requiere, por lo mismo, un exceso en lo que hace a la defensa. Cuanto mayor la amenaza, más poderoso el control que se le debe oponer. Pero, significativamente, tanto el síntoma “pérdida” al igual que la defensa “expulsión” refieren a un único e idéntico modelo: el de la “no-continencia” como manifestación, en ambos casos, de la falla en un sistema eficaz de contención.

El grupo, cuerpo indiviso como totalidad, pierde su función contenedora para convertirse en el lugar obligado que expresa tanto la analidad “expulsiva” como la “controladora”. La expulsión, entonces, desde su organización anal controladora y expulsiva, al expulsar lo persecutorio, lo no admisible cohesiona al grupo y lo afirma en su ilusión utópica. Pero ahora, como decía más arriba, el grupo debe autocontenerse más que nunca. La culpa por un lado, la angustia de muerte por el otro despiertan fuertes ansiedades de separación. Se reactiva en el grupo la necesidad de autopreservarse a partir del modelo reactivo: el de la aglutinación. Este arracimamiento, defensa arcaica basada en la identificación adhesiva tiene una importante fuerza cohesiva desde el momento que remite a los vínculos fusionales primarios. Nos hace recordar a aquellos animales que amontonándose entre sí buscan protegerse de un peligro externo. Esta fuerza cohesiva expresa, asimismo, el actuar de la pulsión de vida frente a las fuerzas disociativas de las pulsiones tanáticas. La expulsión, desde este punto de vista podría ser pensada como una pulsión de meta inhibida, puesto que, además de su función de descarga, tiende a mantener unidos los términos de la estructura. Por esto decimos, que si bien Elena se constituye en el desorganizador señalado es, simultáneamente a sus expensas que el grupo se reaglutina y recupera su cohesión permanentemente amenazada. El concepto de “la utilización del objeto” queda claramente ejemplificado en este caso.

En el ejemplo citado interviene un punto de especial interés en lo que hace al proceso de envejecimiento. Se trata de la participación del propio cuerpo como portador de la angustia primaria: la desaparición como ser somático. El grupo comparte el síntoma: la pérdida y la incontinencia. Bajo el efecto de la isomorfia, el cuerpo amenazado de Elena configura una amenaza para la integridad del cuerpo grupal, pero, asimis-

mo, la preservación del grupo se constituye en garantía frente a las angustias singulares relativas a la pérdida, a la incontinencia, al vaciamiento.

Veamos ahora qué es lo que el grupo le hace a Elena. Una de las funciones atribuibles al grupo, dijimos, es la de cubrir el desamparo. En función de las sustituciones y los desplazamientos, la expectativa es que el grupo responda a la demanda a la manera de un objeto primario. Las funciones de contención que se le atribuyen al objeto originario, deberían cubrir las amenazas arcaicas de desamparo. Es importante aclarar que éstas no son privativas de la vejez. No obstante, en este caso, el peso de la pulsión de muerte asentada en el deterioro biológico propio de la edad y reactivado por la amenaza real de una enfermedad, plantean de manera más dramática la necesidad de un contenedor, de un organizador intrapsíquico, que pueda contrarrestar las ansiedades catastróficas.

Podríamos conjeturar, tal vez, sobre qué es lo que siente Elena, por dónde circula su fantasía. Digamos por de pronto que su padecer intrapsíquico puede ser comprendido tan sólo a partir de la función y del valor que adquieren dentro del conjunto, o sea desde la intersubjetividad.

La primera reacción imaginable en Elena es, seguramente, la de sorpresa. El sujeto en situación de desamparo siente que tiene derecho a una respuesta positiva primaria. Este tipo de expectativa es evocadora del holding materno. Ser sostenido, pensado, sentido hacen a las funciones de contención y de investidura y remiten a las funciones arcaicas de las envolturas maternas. El grupo como continente, es decir, como lugar de desplazamiento y sustitución del objeto primario queda investido por los atributos que lo definen. El grupo por lo tanto, como todo objeto continente, debería ser capaz de responder a la angustia primaria de Elena en concordancia con su función paradigmática, esto es: sin angustia y sin enojo.

¿Pero qué es lo que ocurre cuando esta expectativa se rompe? Citando nuevamente a Bion: “El individuo que participa en un grupo terapéutico tiene derecho a esperar su curación. Los pacientes están convencidos, casi sin excepción —y

debe considerarse que las excepciones son más aparentes que reales—, que el grupo es inútil y no los puede curar. Estos pacientes experimentan algo muy parecido a una conmoción al comprobar que sus ansiedades no encuentran nada que las mitigue sino que, por el contrario, su resentimiento se basa en la sospecha de ser objetos de una indiferencia genuina o, peor aún, de un odio hacia ellos.”

La injuria narcisística que significa no ser tomada en cuenta, la que refiere a la angustia de no asignación, cala en las mayores honduras. Las vivencias de soledad y desamparo en situaciones de máxima inermidad, reactivan las angustias catastróficas de “no ser”, las de aniquilamiento. La aglutinación grupal hecha a sus expensas, confirma la escena temida: el grupo la sobrevivirá y no lamentará su ausencia. La evidencia es contundente: su repliegue-muerte no ha sido tomado en cuenta.

Esta falta de continencia remite a vivencias muy arcaicas relacionadas, coincidentemente, con el síntoma, esto es: con la amenaza de drenaje y de vaciamiento. Se produce, entonces, una autocontención obligada montada sobre las ansiedades paranoides y depresivas, un encapsulamiento defensivo de características megalomaniacas, una segunda piel que toma la expresión de “yo me basto a mí misma”. La sobreinvestidura, membrana protectora se constituye en un importante aval contra el dolor y el temor. Elena se repliega. El grupo, en lugar de proveer ayuda, se ha convertido en una amenaza en sí. La autoinvestidura, el encapsulamiento se erige en la sola garantía frente a la angustia de muerte.

La ley del Talión rige en los estratos más arcaicos. Es en función de ello que, tal vez, podemos aún preguntarnos ¿por qué se queda Elena, tomando en cuenta la humillación, la desilusión, el dolor, la ira narcisista? ¿Por qué no abandona el grupo? Seguramente intuye, por un lado, que el haber sido dejada de lado la presentifica de manera especial. El material que sigue al episodio así lo confirma. Elena sigue fuertemente unida al grupo a partir de las identificaciones ligadas a la angustia de muerte, a la culpa persecutoria y también, a las intenciones reparatorias. Pero, aún y dentro de estos considerandos, el grupo sigue siendo un amparo frente a la amenaza

de otra pérdida, aún más significativa: la del grupo en sí. El riesgo de desaparición pone en circulación las propias tendencias masoquistas, mortíferas. Pero la decatectización del grupo ilusorio es vivida, también, como amenaza de muerte. El riesgo de una fractura irreversible que afecte al grupo la compromete, también, como sujeto grupal en su integridad y continuidad psicossomática.

La necesidad de conservar al grupo implica un costo económico; significa una renuncia pulsional. El domeñamiento de la pulsión de odio tiene por objetivo conservar al grupo y asegurar al sujeto en su pertenencia grupal.

Dentro de este contexto y frente a estos riesgos, el silencio de Elena, su pasividad cobran un sentido diferente. Expresan la participación de una defensa activa: la inhibición del “hablar agresivizado” equivalente a la inhibición de la descarga pulsional del odio consecuente a la frustración a la demanda. El repliegue silencioso de Elena, elocuente en cuanto a la paranoia y al masoquismo, quedaría, por lo tanto, investido de esta otra intención: conservar al grupo del cual forma parte y cuyo destino la atañe en cuanto sujeto grupal.

### *Acerca del pacto de lo negativo y a modo de síntesis*

Hemos visto a lo largo de esta exposición que la única manera como un grupo puede funcionar es reprimiendo algunos contenidos que, de hacerse conscientes, amenazarían la vida de dicho grupo. La obligación de erradicar toda percepción o representación que sea inaceptable para el aparato psíquico o para la continencia grupal se erige como defensa frente al horror que implican el desborde y el desorden grupal. La posición utópica se elabora frente a la angustia y la persecución y es irreductible a la desmentida. Prescripciones e interdicciones coadyuvan con esta “intención positivable”.

Dijimos que una de las funciones del grupo es la de garantizar su propia continuidad. Es en relación a esta “intención positivable” que deberán implementarse acuerdos, recursos de complicidad, pactos de entendimiento. Estos pactos inconscientes estructuran a los grupos más allá del contenido del

susodicho pacto. Esto es así en función de que el potencial desorganizativo no estaría dado por la calidad real del estímulo sino por su valor desestructurante. Es el exceso el que lleva a la necesidad de entablar controles que actúen a modo de barreras antiestímulos.

El pacto de lo negativo –del que habla Kaës– es una modalidad particular de dichos acuerdos. Y refiere, precisamente, a las alianzas inconcientes hechas en función de las necesidades de desmentida, de rechazo, de supresión de todo aquello que amenace al grupo en su integridad e indestructibilidad. La renuncia pulsional se hace, por lo tanto, necesaria para que el vínculo se organice y mantenga unidos sus elementos constitutivos. El pacto denegativo tiene, por consiguiente, funciones organizativas, como también, defensivas. Aunque las operaciones de esta forma de negatividad sean diferentes y específicas, todas recaen sobre una percepción o sobre una representación inaceptable para alguna instancia del aparato psíquico.

Volvamos una vez más a nuestro ejemplo. ¿Cuáles son en este caso, las representaciones inadmisibles y también en virtud de qué?

Dijimos que la problemática planteada por Elena reactiva las ansiedades de castración y también las que hacen a la propia finitud, configurando un estado de exceso, de desborde que sobrepasa los umbrales de asimilación y de contención grupal. Si el grupo no logra constituirse en el metacontenedor de las angustias catastróficas, el único modelo de defensa viable contra el exceso, siguiendo las pautas arcaicas, será la expulsión, la evacuación de lo que excede. Es ahí donde el grupo mismo se constituye en vesícula expulsiva de todo cuanto rebalse su potencial de respuesta. La expulsión es la expresión paradigmática de la búsqueda de homeostasis; es la defensa por antonomasia contra el exceso. “La represión recae sobre el continente, el rechazo sobre el contenido”, afirma Kaës. Lo malo, lo inadmisible, lo irrepresentable, en un esfuerzo desidentificador, quedan proyectados y depositados en aquel objeto que reúna las condiciones para convertirse en el representante-cosa del exceso desorganizador. Y es, precisamente, en este lugar donde se lo reprime. “Callate, de esto no se habla”. Siguiendo el modelo de Bion el grupo



parecería haber entrado en el supuesto básico de ataque y fuga.

Pero aún así la ligazón que se establece con lo que ha sido expulsado, negado, suprimido o reprimido no queda invalidada. Es en relación a dicha ligazón que Elena, a pesar de su repliegue, queda presentificada de manera superlativa, expresando con ello la vigencia de lo negado.

Los conceptos pérdida, incontinencia, exceso, descontrol, circulan como significantes y alcanzan también a la palabra. Pero no tan sólo a la palabra “pérdida” como significante, sino también a todo el discurso cargado de exceso y desborde.

Sin embargo, la necesidad de conservar al objeto yugulará de alguna manera la libre expresión, el despliegue sin frenos de la descarga pulsional del odio. En virtud de la complejidad del deseo y por lo tanto de la conservación del objeto, los miembros del grupo se identificarán también con Elena en el hecho compartido de tener un cuerpo vulnerable como, asimismo, en el pánico a reconocerlo. Es en función de ello que el enunciado denegador de Andrés “aquí no pasa nada” recoge el deseo colectivo y le impone legalidad. Y aquí es donde toma sentido la observación de Bion: “... pero el grupo se reúne y adquiere especial cohesión cuando se trata de satisfacer una necesidad básica”.

El grupo que aparta a uno de sus miembros ilustra, desde lo imaginario, la experiencia que define a la expulsión anal y que expresa la vivencia del cuerpo que separa parte de sí mismo. La angustia que acompaña a la expulsión se debe, no tan sólo a las razones que solventan al acto expulsivo sino, también, al dolor que acompaña al acto en sí. A determinados niveles la expulsión es vivida como una automutilación. Tal decodificación toma particular validez en este caso desde el momento que la expulsión se ejerce sobre uno de los miembros del grupo, es decir, sobre un hermano. Gemelo fantasmático, destruir al propio hermano, toma la forma reflexiva de la propia destrucción.

Excorporación, expulsión, exclusión, supresión, si bien apuntan a lo negativo ¿son acaso conceptos absolutamente

equivalentes? El aparato psíquico responde al estímulo desde sus diferentes niveles de estructuración. Niveles que registran el estímulo, lo evalúan y procesan a partir de pautas pertinentes a cada uno de dichos niveles. Es así, que desde los estratos más arcaicos, el significante expulsión remitiría, para el inconciente, a un hecho real, no metaforizable, la excorporación en la que, a partir de lo biológico, una parte del organismo se desprendería del resto; llegando hasta los niveles de mayor complejización, donde el actuar del proceso secundario, la presencia de un yo discriminador, capaz de evaluar y confrontar, instalaría la metáfora y permitiría, a partir de la exclusión, el rescate a la mera repetición.

Lo negativo en psicoanálisis se presenta bajo diferentes aspectos. En el caso de la expulsión, desde lo manifiesto, se podría pensar en una forma negativa de la transferencia. Pero, no obstante, desde el momento que esta expulsión está imbuida de una operatividad cuya razón de ser es la de salvar al grupo, y, por qué no también al sujeto, su intención deja de ser meramente disociativa. En la expulsión, por lo tanto, quedan connotados dos significados opuestos que refieren a las dos fuerzas antagónicas y contemporáneas: una cohesiva, expresión de la pulsión de vida; la otra fragmentadora, que hace a las pulsiones tanáticas. De hecho, la particularidad de estas funciones en su actuar simultáneo quedaría resumida de esta manera: separar sí, pero separar aquello que amenaza la integridad, la unión, la vida del conjunto. Y es, precisamente a partir de ahí, que podríamos sentar la afirmación, que la positividad del pacto surge, paradójicamente, de una negatividad.

## Bibliografía

- Bernard, M. "Reflexiones sobre el concepto de transferencia en el psicoanálisis vincular". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XIX, N° 1, Buenos Aires, 1996.
- Bion, W. *Experiencias en grupos*. Barcelona, Paidós, 1985.
- Kaës, R. "El pacto denegativo en los conjuntos transubjetivos". En: Misenard y otros: *Lo negativo*. Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- Lifac, S. "A la búsqueda del objeto perdido: grupos terapéuticos de adultos mayores"<sup>10</sup>. En: Actas del II Congreso de Psicología y Psicoterapia de grupo y I Congreso de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Buenos Aires, junio, 1991.
- Rosolato, G. *La relación de desconocido*. Barcelona, Petrel, 1981.

## Resumen

*Una de las razones del grupo terapéutico es negar su propio destino, esto es, su efimeridad. El pacto de lo negativo refiere a las alianzas inconcientes hechas en función de las necesidades de desmentida y de supresión de todo aquello que configure una amenaza para la posición utópica. Es en función de ello que, si bien el vínculo y el grupo son en principio aferramientos contra toda expulsión, el grupo reaccionará, siguiendo las pautas del principio de placer, expulsando todo cuanto rebalse su potencial de contención y asimilación.*

*La expulsión es la defensa por antonomasia contra el exceso: la expresión paradigmática de la búsqueda de la homeostasis.*

*Excorporación, expulsión, exclusión, supresión, apuntan a lo negativo y expresan la participación simultánea de los diferentes estratos del psiquismo en la decodificación del significante.*

*Una viñeta clínica ejemplifica los conceptos.*

## Summary

*One of the motives of the therapeutic group is to deny its own destiny, that is, its ephemeral characteristic. The pact of what is negative refers to unconscious alliances made in function of the necessities of denial and of suppression of everything that configurates a threat for the Utopian position. It is in function of this that, although both the relationship and the group are in principle ways of clinging on against all expulsion, the group will react, following the patterns of the principle of pleasure, expelling everything that exceeds its potential of retaining and assimilation.*

*Expulsion is a defence for antonomasia against excess: the paradigmatic expression for the quest of homeostasis.*

*Excorporation, expulsion, exclusion, suppression, all point*

*towards what is negative and they express the simultaneous participation of the different strata of psychism in the decodification of what is meant.*

*A classical vignette shows these concepts.*

## **Résumé**

*L'une des raisons du groupe thérapeutique est celle de nier son propre destin, à savoir, le fait d'être éphémère. Le pacte dénégatif se rapporte aux alliances inconscientes réalisées en fonction des besoins de déni et de répression de tout ce qui représente une menace pour la position utopique. Voilà pourquoi, bien que le lien et le groupe sont en principe un accrochage contre toute expulsion, ce dernier réagira, en suivant les normes du principe de plaisir, en expulsant tout ce qui dépasse son potentiel de contention et d'assimilation.*

*L'expulsion représente la défense par autonymie contre l'excès: l'expression paradigmatique de la recherche de l'homéostasie.*

*Excorporation, expulsion, exclusion, répression, visent le négatif et expriment la participation simultanée des différentes couches du psychisme dans la décodification du signifiant.*

*Une vignette clinique offre un exemple de ces concepts.*

## ¿Equilibrio vincular?

Alejandra J. Makintach \*

---

Escribir este texto implicó para mí atravesar y ser atravesada, una y otra vez, por la angustia. Angustia por el develamiento de lo que “no debe” aparecer pero que se descubría y aparecía, desvelándome. Como en ciertas películas advierto al potencial lector, ya que tal vez encontrará en estas líneas, algo de verdad que al resonar impactará, y su lectura no será sin angustia.

Son planteos en sí mismos desequilibrantes, pues tocan el núcleo mismo de nuestra identidad y nuestros ideales.

En un trabajo anterior (1) me preguntaba si el equilibrio conyugal era posible y concluía que no, pero que constituía “una ilusión necesaria para organizarnos y reorganizarnos a lo largo de nuestras vidas, en el mejor de los casos, en niveles de mayor complejización.” (2)

En el despliegue de aquellas ideas apelé fundamentalmente a los registros imaginario y simbólico con alguna alusión al registro real. La teorización que subyace a aquel trabajo, releyéndolo hoy, es la que define un vínculo como buscar a alguien donde no está y encontrarlo donde no se lo busca. Es por ello, que recurrí al complejo del semejante –diferencia entre lo anhelado y lo hallado–, al interjuego endogamia-

---

\* Licenciada en Psicología. Miembro Adherente de la A.A.P.P.G.  
Aráoz 2463, Piso 1°, Dto. 4 (1425) Buenos Aires. Teléfono: 822-1459.

exogamia, siempre presente, como a otros pares antinómicos que concurren en un vínculo, no siendo posible evitar el conflicto que dicha confluencia inevitablemente acarrea. El fracaso en capturar lo que buscamos y el registro de ese fracaso permite situar aquello de lo que no queremos saber: la insuficiencia de nuestro saber.

Hoy, en este texto, insiste la misma temática, con el intento de avanzar en mis reflexiones alrededor de la imposibilidad vincular. Incluye el registro de lo real como marca de la desarmonía vincular.

### *Puntas de referencia*

No es mi intención teorizar sobre lo real y el goce pero como son referencias importantes en este trabajo, trataré de hacer algunas precisiones, inevitablemente insuficientes y lacunares que, no obstante, espero orienten su lectura.

En 1953 Lacan propone distinguir tres registros: simbólico, imaginario y real. Distinción que mantiene a lo largo de su obra y de la que ofrece lecturas distintas pero no excluyentes. Cada una de estas dimensiones toma un lugar privilegiado según los momentos teóricos que se atraviesen.

En apretada síntesis, el registro simbólico remite a nuestra constitución subjetiva a partir del lenguaje. El registro imaginario está en relación con el semejante, con el narcisismo y la especularidad. Y el registro de lo real remite a lo que no es imagen ni símbolo, al goce.

Inicialmente lo real es considerado como producto residual de lo simbólico y lo imaginario como efecto de la producción simbólica.

Es flagrante el predominio que Lacan otorga a lo simbólico como dimensión fundamental humana, pero cada vez con especial ahínco se esforzará por ubicar lo real con mayor precisión.

Finalmente, sitúa los tres registros en equivalencia y sin-

cronía, anudados e indisolublemente imbricados.

Lo real está excluido del orden simbólico y de la representación. Es producido por la palabra como lo ajeno, lo extraño. Al no poder ser capturado por el lenguaje, no es dable conceptualizarlo, no puede plantearse en términos de conocimiento. En el intento de capturar lo real, lo recortamos y queda situado como lo insemantizable.

El goce, como lo real, también es indefinible pero puede ser nombrado; y articulado a un discurso, permite ser ordenado y distribuido.

El goce es lo que desborda; la castración introduce un límite, lo ordena pero, por supuesto, no lo hace desaparecer. Lacan plantea que la falta de goce haría vano el universo.

Perdemos un goce mítico, un goce todo y recuperamos algo de ese goce perdido. Para alcanzarlo en algo al goce es necesario que sea limitada su satisfacción, incluso requiere de la trasgresión de una prohibición.

Para articular real y goce puedo decir que lo real es el modo singular con que cada uno goza. El goce está soportado por un cuerpo. El goce por excluido está omnipresente y vuelve siempre al mismo lugar, es decir, a lo real.

Goce es presencia de cuerpo, deseo es ausencia. El goce es indicativo de los modos singulares en que cada uno se las arregla con la castración. El cuerpo es condición de la vida en lo real.

Si el deseo pertenece al subjuntivo, el goce remite al indicativo y a las condiciones eróticas.

El goce no es efecto de lenguaje pero el lenguaje tiene efectos sobre el goce, lo corta. Ante un cuerpo no hay saber posible. El deseo es barrera de goce y también se instala como promesa de goce, como búsqueda fallida de alcanzarlo.

Las relaciones del goce con el significante son de exclusión; el significante separa el goce del cuerpo. El goce en sí

mismo es una perturbación del cuerpo; no proporciona placer, incluso puede confinar con el dolor. Está más allá del principio de placer.

Quando se pierde el goce, cuando se lo busca, se habla de él, se lo subjetiviza y puede no padecerse. Si hay algo que hizo necesario la introducción del goce en psicoanálisis es el síntoma. Síntoma en tanto retorno de lo reprimido, en tanto satisfacción pulsional. Hay multiplicidad de goces.

Podemos situar el goce del Otro como un goce mítico, inexistente pero no por ello sin eficacia. La castración introduce el límite al goce del Otro, o sea prohíbe colmar el deseo del Otro materno y es condición de posibilidad de los otros goces, el fálico y el suplementario.

Quisiera detener aquí estas referencias; puesto que estoy intentando dar cuenta de aquello excluido de lo simbólico, puede producirse el efecto de que no encuentre lo que busco, es decir aclarar.

Privilegiando real y goce, desplegaré ahora algunas ideas en relación al aforismo lacaniano. “No hay relación sexual” y sí hay configuración vincular como posible. Me detendré en la pareja conyugal y en la familia. Haré sobre todo un recorrido por diferentes textos con algunas acotaciones y que a modo de pantallazo puntualizan ciertas problemáticas.

El punto de vista presentado es un hueso duro de roer ya que confronta con lo imposible.

La posibilidad de un bienestar vincular a partir de una supuesta maduración de los sujetos o/y de una complejización del lazo que constituyen y los constituye, no hay para el *parlêtre*.

La “maduración” tanto subjetiva como vincular amerita situar el desajuste estructural intrínseco al vínculo y partiendo de esa imposibilidad inventar recursos posibles.

El carácter genital no es un logro a conseguir ni un ideal a sostener. No somos “genitales”, somos fálico-castrados, con



un resto. No hay síntesis posible.

No hay ni hubo complementariedad con un Otro, nadie nos frustró, somos hechos de falta. El *das Ding*, la cosa freudiana, está estructuralmente perdida. La Madre es un objeto irremediablemente perdido, que nunca se tuvo ni nos completó. Sufrimos de incompletud.

El *das Ding* puede ser entendido como lo fuera de significado, la cosa, nombrada como la Madre. La madre que no es la progenitora ni la persona sino el objeto incestuoso: imposible, prohibido y perdido que ineluctablemente retorna. Se trata justamente de prohibir lo imposible como tal para abrir el abanico de posibilidades. Prohibir lo imposible merecería un despliegue, pero sólo acotaré que el incesto no puede consumarse como tal y que justamente debemos renunciar a lo que no se puede para acceder a lo que se puede. Así como también debemos perder el objeto que nunca tuvimos y que siempre buscaremos.

El cuerpo de la madre está perdido para el ser parlante y convertido en causa de deseo.

La vincularidad es el intento siempre fallido de querer definir el ser por el tener. En el vínculo se recrea con un otro la repetición de un encuentro imposible.

En tanto sujetos, somos efecto de lenguaje. Las “necesidades” se vehiculizan por medio de demanda y retornan enajenadas. La demanda etimológicamente remite a encargar algo a alguien. “La demanda en sí se refiere a otra cosa que a las satisfacciones que reclama”. (3)

Oportuno me parece mencionar la metáfora a la que recurre Lacan cuando dice que lo real es como la tierra donde la reja del arado significante cava.

La demanda produce dos cavados. Uno, como marca de una falta, falta en ser, inexistencia. Se relaciona con lo simbólico.

Otro cavado es la producción de un resto, existencia, conectado con alguna manera de gozar. Se relaciona con lo real.

La consecuencia del pedir es por lo tanto doble: deseo y pulsión. La enfermedad del deseo es dable curarla por la *talking cure*; no así la pulsión. Pulsión que remite a lo incurable, al goce.

Recordemos que el margen esbozado entre demanda y necesidad es el resto, denominado por Lacan “como lo vivo de ese ser” que, como acervo de la represión primaria, reaparece en el deseo.

### *Estructura familiar fallida*

En 1938 Lacan (4) plantea, junto con los antropólogos, que lo que humaniza es la inclusión del ser vivo en la cadena generacional, en lo universal de una estructura significativa que se manifiesta en las reglas de parentesco, de alianza y de filiación. Propone la familia como institución, tematizada a partir del Edipo, de la metáfora paterna. Es decir, de la sustitución significativa de la necesidad.

Siguiendo esta línea se puede decir que en la familia (del *famulus* latino: esclavo, sirviente), cada integrante es esclavo de la estructura significativa que determina su posición. Eslabones de una cadena, partes de un conjunto. Sabemos que no hay una norma, no hay universales a los cuales ajustarse para poder “bienestar”.

Dice Miller (5) “... hay algo que no es sano en el gusto por la familia... en la familia el goce está prohibido y se propone un goce sustitutivo, gozar de la castración, gozar del robo mismo del goce.” Es decir, la falta en ser como pasión del neurótico. El neurótico se prohíbe el goce y padece con fruición que ningún significante lo represente. Surgen los síntomas de los que sufrimos y que nos dan satisfacción. Lo que es placentero para una instancia no lo es para otra, dice el texto freudiano. Goce y padecimiento se imbrican.

Sufrimos de “ser humanos”. A partir de la humanización que instauro la metáfora paterna, nace el trauma que nos habita: la necesidad perdida. Nace la desviación humana: la pulsión.

Esto nos conduce a una formulación de Lacan posterior a la mencionada previamente y que propone que lo que humaniza es ser sujeto de **un** inconciente, sujeto particular, único, singular, irreductible a la palabra. Lo que hace a la soledad y al deseo. Un deseo que surge de la falta que marca al Otro.

“La función de residuo que sostiene y a un tiempo mantiene la familia conyugal en la evolución de las sociedades, resalta lo irreductible de una transmisión –perteneciente a un orden distinto al de la vida adecuada a la satisfacción de las necesidades– que es la de una constitución subjetiva, que implica la relación con un deseo que no sea anónimo”. (6) Así define Lacan la familia en 1969.

Lo transcripto supone que el niño queda marcado particularizadamente como sujeto a partir de los cuidados de una madre y singularizado por un nombre, el Nombre del Padre. El padre como función articula deseo y ley que se conjugan en el mismo momento y no consiste en oponer el deseo a la ley sino unirlo.

La pareja de padres transmite lo que para ellos mismos es inconciente.

Nuevamente encontramos la **falta de unidad familiar**, pues la familia es portadora de cultura, promueve la “renuncia a la satisfacción pulsional” (7), restricción del goce y por otra parte en la familia se aloja el goce que le queda al hablante. La represión es defensa contra un goce que la familia intenta ignorar pero queda conservado en el cifrado de los significantes familiares.

“La discordia está en el seno mismo de la familia, pues si se goza tan mal, tan poco y de manera torcida, es porque en la familia el inconciente existe” (8), nos dice Carmen Gallano Pettit.

Es por ello que el neurótico se queja, culpa a los padres de malentendido. Los significantes familiares insisten porque se intenta tramitar el saber reprimido, el goce que habita el inconciente.

Lo traumático es que la lengua de la que nos prendemos, se aprende en la familia desde la infancia. El “trauma de nacimiento” es que nacemos de la palabra que sólo da vida al ser humano como malentendido. Lacan en 1980 formula que la familia transmite un malentendido. La metáfora como constitutiva de la familia ya convoca a situar un malentendido. Malentendido como entrecruzamiento de significantes.

Nacemos de dos seres parlantes que se mal entienden porque no hablan la misma lengua. La familia está unida por un no dicho, por un secreto sobre lo que no se sabe: el goce. El goce que como tal está prohibido para el que habla. Es la antinomia deseo-goce. El goce, contrariamente al deseo no es una función dialéctica. El punto de partida del deseo es el Otro, el lenguaje; y el del goce, es el cuerpo. Mientras que el deseo es el deseo del Otro, el goce se aprehende a través del cuerpo.

La familia es el lugar de metabolización y producción de un goce imposible.

Parte la cabeza “bien entenderlo”, ¿no?

La familia reducida a resto de una estructura de parentesco.

### *Asimetría conyugal*

Nuestras facultades de felicidad están limitadas en principio por nuestra propia constitución, nos dice Freud (9) en *El Malestar en la Cultura*. En el mismo texto hace coincidir la propia constitución con la indomeñable naturaleza humana.

Si según la conceptualización freudiana un hombre desposa a una mujer porque pretende tener cerca su objeto de goce, y una mujer se convierte en esposa para que su marido le dé un hijo que la complete: ¿cómo es posible armonizar semejante disimetría en los goces que llevan a la constitución de la pareja conyugal? Nuevamente he aquí la constitución del malestar en el vínculo de pareja.

Si la relación sexual no existe como indica Lacan, si no hay acople posible entre los sexos, ¿cómo plantear un bienestar?

Todos los síntomas que Freud presenta en sus textos iniciales, traen la problemática de la pareja sexual. “El síntoma vehiculiza la pareja sexual como problema” (10). La sexualidad es sintomática. El síntoma suple la imposibilidad.

La sexualidad queda marcada por el lenguaje y éste se entrama en la sexualidad. Toda significación es sexual.

Sabemos del lazo estrecho de la lengua con los problemas del equívoco y del sexo. El sentido sexual está en todas partes porque el sexo no se encuentra en ninguna. En el desciframiento de los síntomas lo que halla Freud no es la unión hombre-mujer que no hay, sino: ¡las pulsiones parciales!

El desencuentro sexual es un defecto del inconciente. En el inconciente hay una dicción que falta, nos dice Colette Soler (11). Agrega, una dicción forcluida. El inconciente es un saber que no sabe nada de sexo. Sexo maldito. La maldición del inconciente tiene su opuesto en el bien decir. Bien decir no de las causas sino de las condiciones del amor y del goce. El bien decir compensa el mal decir del inconciente como lenguaje.

De lo que no se dice nada es del goce, del goce que no hace relación. Se goza siempre solo. Ninguno de los dos goza del otro. En el terreno del goce sexual hay dos malentendidos y mal entendedores. Son dos con distinto idioma porque no hay diálogo entre los sexos.

Donde la relación sexual no se inscribe se instala el lazo amoroso ofreciendo una suplencia que permite un encuentro. Hay ligazón imaginaria simbólica que es contingente y siempre insuficiente.

El recorrido significativo testimonia de la impotencia de no lograr, pero sostiene la esperanza de encontrar algo que aún no se pudo encontrar. El no poner tope al fracaso “redobla la maldición”, dice Lacan, quien ambiciona demostrar que es

imposible el logro. Asegurar un imposible detiene la impotencia.

La imposibilidad es de estructura, no es atribuible a un obstáculo que pueda superarse, ni a una impotencia de la que prefiere acusarse el neurótico sosteniendo imaginariamente una posibilidad inexistente.

No hay relación sexual, no hay armonía vincular posible, no hay todo, no hay Otro del Otro, no hay complementariedad, no hay dos convertidos en uno.

Pero sí hay cuerpo a cuerpo, sí hay lazo amoroso, sí hay juntos y separados en una estructura vincular, sí hay pactos y acuerdos, sí hay palabra, sí hay poder nombrar, sí hay bien decir, sí hay ilusión, sí hay "verso". "Hayes" que no son poco decir ni hacer; jugando con el significante digo estos hayes no son sino Ay!

Que el amor sea contingente, es decir que dependa del azar, prueba lo imposible. No se conocen las reglas del juego amoroso a pesar de la repetición que conlleva. En el inconsciente hay una "laguna" en relación al cada cual con cada uno, no está programado. Hay encuentro.

Todo amor es contingencia pero se busca que sea necesario.

El amor enlaza el goce al deseo. El amor es mediación imaginaria que vela dos medio-decires que no hacen uno. Hay dos enunciaciones irreductibles, por eso no hay entendimiento. Hay desunión estructural. El amor no es entendimiento pero permite soportar el desentendimiento.

Lacan (12) recuerda que un hombre y una mujer pueden conjurarse, acordar para actuar juntos contra el peligro de lo real y reproducir: hacer nacer a un niño que no será la unión de esa pareja sino que ocupará el lugar de la desunión. Ocupará la hiancia irreductible del diálogo imposible entre los sexos. Nacerá así un nuevo heredero del malentendido.

Todo vínculo estable implica una exigencia de trabajo,

como la pulsión. Constituir y ser constituido en un vínculo, acicatea constantemente al sujeto.

Padecemos de un malestar vincular originario que nos apegó neuróticamente a nuestros objetos primordiales. No hemos podido desprender de ese vínculo la causa de nuestro deseo. Ese malestar vincular tiñe los futuros vínculos impidiendo una verdadera exogamia.

Al llegar a este punto del desarrollo y ya por concluir el recorrido que propuse, me surge la ocurrencia de si la exogamia como tal no sería del orden de un acontecimiento. Acontecimiento que permitiría acceder a lo radicalmente nuevo. (13)

¿Es posible desasirnos y enfrentar el imposible que nos constituye y constituye nuestros vínculos?

## Notas bibliográficas

- (1) Makintach, A. "La pareja conyugal: un delicado equilibrio?". *Revista A.A.P.P.G.* T. XII, n° 3/4, 1989, pág. 181-186.
- (2) Idem, pág. 186.
- (3) Lacan, J. "La significación del falo". En *Escritos II*. Bs. As. Siglo XXI editores. pág. 670.
- (4) Lacan, J. "Introducción (la institución familiar)". En *La familia*. Bs. As. Homo Sapiens, 1977, pág. 47.
- (5) Miller, J.A. "Cosas de familia en el inconciente". Conferencia de clausura de las Jornadas de Psicoanálisis. Valencia. Mayo de 1993.
- (6) Lacan, J. "Dos notas sobre el niño". En *Intervenciones y textos 2*. Bs. As. Manantial. 1993, pág. 56.
- (7) Freud, S. "El malestar en la cultura". En *Obras Completas*. V III. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. 1968, pág. 37.
- (8) Gallano Pettit, C. "La familia: cosa del inconciente". Conferencia pronunciada en las I Jornadas de Psicoanálisis. Valencia. Mayo de 1993.
- (9) Freud, S. "El malestar en la cultura". En *Obras Completas*. V. III. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. 1968. Cap. III.
- (10) Soler, C. "La maldición sobre el sexo". Intercarteles del Litoral. Escuela de Orientación Lacaniana. Rosario, 1997, pág. 9.
- (11) Idem anterior.

- (12) Lacan, J.- “Le malentendu”. *Ornicar?* n° 22,23. Lyse. Seuil. Paris, 1981, pág. 13.
- (13) Lewkowicz, I. “Irrupción del acontecimiento”. Seminario en A.A.P.P.G. Bs. As. mayo 1997. En relación con el acontecimiento la cuestión planteada por el Lic. Lewkowicz es: ¿hay pensable algo que tenga una inscripción en una situación sin que esté prefigurado en las situaciones precedentes?

### **Bibliografía**

- Brousse, M.H. “Más allá del Edipo, qué sexuación?”. Conferencia pronunciada en la Escuela de Orientación Lacaniana. Sección Córdoba. 26/10/95.
- Coriat, E. y otros. *No hay relación sexual*. Rosario. Homo Sapiens Ediciones. 1993.
- Freud, S. “Proyecto de una psicología para neurólogos”. *Obras Completas*. Vol. III. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
- Freud, S. “Tótem y Tabú”. *Obras Completas*. Vol. II. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
- Freud, S. “El malestar en la cultura”. Vol. III. Madrid. *Obras Completas*. Editorial Biblioteca Nueva. 1968.
- Gallano Pettit, C. “La familia: cosa del inconciente”. *Revista Lapsus*, n° 2. Bs. As. 1994.
- Indart, J.C. *Problemas sobre el amor y el deseo del analista*. Bs. As. Ediciones Manantial, 1989.
- Lacan, J. “Dos notas sobre el niño”. *Intervenciones y textos 2*. Ediciones Manantial. 1988.
- Lacan, J. *La familia*. Bs. As. Homo Sapiens, 1977.
- Lacan, J. *Escritos 2*. Bs. As. Siglo XXI Editores, 1985.
- Lewkowicz, I. Seminario dictado en A.A.P.P.G. Mayo 1997.
- Makintach, A. “La pareja conyugal: un delicado equilibrio”. *Revista de la A.A.P.P.G.* T. XIV, n° 3/4. 1989, pág. 181.
- Masotta, O. *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan*. Bs. As. Paidós. 1992.
- Miller, J.A. “Cosas de familia en el inconciente”. *Revista Lapsus*, n° 2. Bs. As. 1994.
- Missenard, A. y otros. *Lo negativo. Figura y modalidades*. Bs. As. Amorrortu editores, 1991.
- Soler, C. *La maldición sobre el sexo*. Rosario. Intercarteles del Litoral. EOL. 1997.



## **Resumen**

*La temática del artículo remite a una imposibilidad vincular.*

*Se intenta conceptualizar el malestar vincular.*

*Se propone un recorrido por diversos textos desplegando definiciones y precisiones sobre la familia y la pareja conyugal.*

*Se parte de la idea de una constitución subjetiva y vincular con una falla estructural que imposibilita un bienestar vincular.*

## **Summary**

*The subject of this Paper refers to the impossibility of a sexual relation and to the possibility of a linking relationship.*

*The author attempts to formulate a concept on linking malaise.*

*A brief look at different texts to read about definitions and precisions about family and married couples is proposed.*

*The Paper starts with the idea of a subjective and linking constitution with a structural flaw that makes linking well-being impossible.*

## **Résumé**

*Le thème de l'article renvoie à l'impossibilité de la relation sexuelle et à une possibilité des liens.*

*L'auteur tente de conceptualiser le malaise dans les liens.*

*Un parcours à travers différents textes est proposé, en déployant des définitions et des précisions au sujet de la famille et du couple conjugal.*

*L'auteur part de l'idée d'une constitution subjective et des liens avec un défaut structurel qui rend impossible un bien-être des liens.*

## **Realidad psíquica, vincular y social.<sup>1</sup> Funciones del lazo familiar**

**María Cristina Rojas \***

---

La dimensión de lo intrapsíquico es presentada en el corpus psicoanalítico a partir del “ya no creo en mi neurótica” y a través de elaboraciones posteriores, como una realidad psíquica propia del discurso del paciente; forma particular de existencia diferenciada de la realidad material. (6) En el inconciente, dirá Freud, no existe un signo de realidad, de modo que es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente investida. La realidad psíquica, de acuerdo con la definición de Laplanche y Pontalis, designa al deseo inconciente y los fantasmas con él relacionados en el psiquismo del sujeto. (9)

Sobre esta caracterización fundante, se producen transformaciones a partir de la operación clínica psicoanalítica enmarcada en dispositivos vinculares. Allí, y en la articulación con la dimensión inconciente del mundo representacional propio de la trama sociocultural, se generan polémicas y controversias, a la vez que expansiones y reformulaciones del campo psicoanalítico.

En cuanto a los vínculos, es posible en ellos compartir ficciones y considerarlas realidad material. Es posible también, en ciertas constelaciones vinculares, adquirir posiciones diferenciadas, cada una de las cuales se confronte y entrelace con la realidad psíquica de los otros, sosteniendo la variabili-

---

\* Psicóloga. Miembro Titular de la AAPPG.  
Vuelta de Obligado 2912 (1429) Capital. Teléfono: 701-3303.

dad de las discursividades, y ese algo del otro que excede a la realidad psíquica de cada sujeto. Lo cual abre la posibilidad de establecer diferencias entre el otro de mi realidad psíquica – esto es, el otro en tanto objeto interno– y el otro del encuentro vincular, con quien construiremos una peculiar realidad, explayada en las distintas vertientes del vínculo, es decir, en sus dimensiones simbólica e imaginaria, que suponen a la vez un circuito pulsional, dimensión inclusiva del otro en tanto objeto parcial. (12) El vínculo contiene así una productividad y una eficacia capaz de sobredeterminar, modificándolos, a los sujetos que, recíprocamente, lo conforman y determinan.

De tal modo, se pone en juego una realidad vincular, desplegada en discursividades que conforman una especificidad de los dispositivos analíticos multipersonales. Dicha realidad, en su dimensión de psiquismo, comprende un más y un menos respecto de la realidad psíquica de cada una de las subjetividades implicadas. Es decir: si cada subjetividad excede, en tanto irrepetible y novedosa, las determinaciones de lo vincular y lo social, al mismo tiempo cada lazo posee cualidades diferenciales respecto de las singularidades que comprende. Es así que, en la compleja articulación de lo intrapsíquico, lo vincular y lo sociocultural, cada ámbito excede a los otros en su productividad; y cada uno de ellos puede adquirir dimensión de acontecimiento –en tanto radicalmente novedoso e impredecible– para los otros.

Situándome en el seno del dispositivo analítico de familia y pareja, comenzaré señalando que en el marco de dicha situación clínica se explicita una fantasmática en la cual se articula el deseo inconciente de cada uno de los sujetos. Podemos hablar así de una red deseante desplegada en una trama fantasmática; ésta configura la “Otra escena” familiar, que adjudica posiciones relativas a las subjetividades integradas. Contribuye a la construcción subjetiva, siendo inclusiva de escenas transgeneracionales y recibe, recíprocamente, la marca constructiva y modificadora de cada sujeto, en tanto anudamiento posible de la trama.

La construcción de una realidad tiende así a complejizarse en vínculos estables e intensos, como aquellos del parentesco. Se despliega, de tal modo, entre dos o más sujetos; tal el

caso de la realidad vincular familiar.

En el terreno de las neurosis rige el principio de realidad y se habilitan las versiones, la alteridad, que supone tanto lo no compartido como aquello que nunca lo será. Perdida la dimensión simbólica y la vigencia del principio de realidad, se genera en cambio, en ciertos casos, una producción vincular poblada de certezas rígidas, que puede llegar aun a la construcción de ideas delirantes compartidas, como en el caso extremo de la *folie à deux*; no privativa, por otra parte, de los vínculos del parentesco, aunque éstos sean especialmente propiciatorios de dichas configuraciones.<sup>2</sup> En otros vínculos, fracasa la construcción de la trama interfantasmática; cuando así sucede en el lazo familiar, las fallas y vacíos del entramado vincular favorecen fisuras en la constitución y el sostén de la subjetividad.

Me estoy refiriendo de esta manera a una producción vincular cargada de singularidad, en cuanto habilitada en un peculiar encuentro, en el que se actualizan potencialidades y se abren a la vez nuevos cauces. Opera, junto a las inscripciones y representaciones del mundo pulsional, en la conformación de la realidad psíquica del sujeto, también en articulación con representaciones de la cultura.

La trama fantasmática en el dispositivo vincular implica esa producción novedosa que el enlace genera. Ese plus específico, realidad vincular, con plena eficacia sobre los psiquismos singulares: construcción, sostén, transformación, conservación.

En el psicoanálisis denominado individual, desplegado en una situación bipersonal, accedemos a la realidad psíquica del paciente a través de un vínculo de particulares características: la transferencia, que implica al analista en la configuración de un campo vincular transferencial. (13) Pienso entonces a la transferencia como una producción propia de la sesión analítica, “realidad transferencial” que constituye una forma de la “realidad vincular”. La “realidad psíquica” del paciente se conjuga en las configuraciones de la realidad transferencial, en la que emergen manifestaciones del inconsciente diferenciadas para cada polo del vínculo.

En cuanto a la “realidad social”, se trata de un conglomerado de representaciones socioculturales poseedoras de una dimensión inconciente y con capacidad constitutiva, como dije, tanto de la realidad vincular como de la realidad psíquica de cada sujeto. Así, mitos, ritos, ideologías, valores, normas, cosmovisiones, tradiciones. Por su carácter colectivo y su anterioridad, las representaciones sociales constituyen un marco, un código y un contenido encontrado-creado, disponible y necesario para la elaboración de la realidad psíquica intrasubjetiva. (7)

La realidad psíquica incorpora dichas representaciones sociales, pero a partir de operaciones de transcripción singularizada de la oferta global, de tal modo, lo inscripto no es nunca lo que el otro inscribió. Aun las representaciones ligadas al cuerpo, que implican la sexualidad y corresponden a una esfera del ser humano que consideramos íntima, llevan la marca de la cultura. Cada etapa históricosocial establece ciertas maneras pregnantes de relación con el cuerpo; sin embargo, dicha relación, y las formas que adoptan el sexo y el amor, son percibidas como naturales e inmutables en el transcurso de los tiempos. Serían así, en apariencia, ajenas a la historización; ésta se halla fundada en una producción subjetiva dada en el seno de lazos sociales en los que el cuerpo biológico, desde el nacimiento mismo, se constituye en cuerpo erógeno y se separa del instinto. Conceptualizaciones que implican, por una parte, la historicidad de estructuras y operatorias psíquicas; por otra, la concepción de un psiquismo operante al modo de las estructuras abiertas, es decir, inacabado y pasible de distintos grados de transformación.

Son los vínculos grupales e institucionales los que conforman el camino habilitante, como mediación, de la transcripción de las representaciones propias del mundo sociocultural. Es conocido y reiterado, en relación con esto, el papel central de la familia en el momento primordial. En tal sentido, consideraré al grupo familiar como la red prevalente de pertenencia del ser humano en el momento constitutivo de la subjetividad; integración que cobra, en relación con ello, una significación particular, dentro del tránsito tanto ineludible como constante del sujeto a lo largo de la vida por grupos e instituciones; éstos le otorgan, a través de la pertenencia, identidad, operando a

modo de articuladores inconcientes entre cultura y subjetividad. Lo familiar constituye así un conglomerado vincular sujeto a reglas específicas; las que ordenan, con sus prohibiciones y prescripciones, el área de la sexualidad humana.<sup>3</sup>

En la vasta red de la cultura se recorta, en relación con una determinada mirada que la destaca, la familia; área diferenciada, en tanto sujeta a reglas peculiares, pero mutable, al ritmo de la cultura, de la historia, de su intrínseco ordenamiento y devenir, y de las vicisitudes intrapsíquicas de los sujetos implicados. Estructura que, iluminada por las fuertes conmociones de lo social y por nuevos paradigmas teóricos que conmueven el pensamiento contemporáneo, se nos presenta, a su vez, abierta e incompleta, desdibujándose de tal modo las demarcadas fronteras del adentro-afuera familiar. En dicha estructura, el azar y la incertidumbre afectan las certezas de la predicción y nos aproximan, en cambio, al incómodo, aunque intenso y esperanzado, universo de la probabilidad. Paradigmas éstos para nada alejados de los basamentos mismos del psicoanálisis, cuestionador por definición de toda ilusión de completud, y de las certidumbres propias e ineludibles del imaginario humano.

Retomando la señalada función mediadora de los grupos e instituciones y especialmente de la familia en el comienzo de la vida individual, destacaré que ninguna configuración vincular podrá mediatizar, a través de ofrecer semantizaciones que favorezcan la simbolización, a las determinaciones sociales en su totalidad de impacto. Queda enunciada de este modo una dimensión de presencia de lo sociocultural que excede a la representación. De tal modo, y como antes señalé, la vertiente sociocultural ineludible en la que se integran o de la cual forman parte las tramas intrasubjetivas y vinculares, es con frecuencia generadora de lo novedoso, no sólo en tanto traumático sino en tanto pasible de elaboración y habilitador de nuevos aconteceres del psiquismo.

La función de mediación primordial de la familia, por otra parte, se ve hoy francamente acotada, cuando la organización familiar, sujeta a sensibles transformaciones, se nos aparece más claramente como un sector diferenciado pero no separado de, o cerrado a, la amplia red de la cultura. Además, el mundo social constituye a su vez puntal de vínculos y subjeti-

vidades, cuando se muestra apto para generar pertenencias, referentes y cierto grado de estabilidad.

Estos distintos niveles, lo vincular, lo intrasubjetivo y lo social, recubren cada uno aspectos parciales de una totalidad –por otra parte, siempre inaccesible– de condicionamientos; esta concepción tiene sin duda profunda repercusión en nuestros abordajes clínicos, complejizados en sus puntos de enfoque. Con cierta frecuencia, las lecturas clínicas tienden a confinarse a lo intrapsíquico, o concentrarse casi exclusivamente en las determinaciones de lo “intra” familiar, dejando nuevamente de lado la consideración de los distintos ámbitos siempre comprometidos como condición en el despliegue de lo humano. De tal modo, ningún ámbito es “todo”, y cada uno es excedido y restringido por los otros en su capacidad de determinación.

En cuanto a las funciones de la familia, no finalizan con la fase de crianza, centrada en la construcción del psiquismo infantil. Sus lazos continúan ofreciendo apuntalamiento a las producciones psíquicas subjetivas, sostenidas también en la dimensión de la articulación con los otros. Con frecuencia, el paso del tiempo amplía los circuitos vinculares que soportan al sujeto, perdiéndose la prevalencia y jerarquía de las vinculaciones familiares de origen, a favor de otras, extrafamiliares, o propias de la constitución de nuevos grupos de crianza. Aun cuando las relaciones “del origen” suelen mantener la investidura, muchas veces ilusoria, de un “fondo de reserva” o punto de sostén siempre posible.

La apoyatura vincular del psiquismo, no restringida a la primera infancia sino propia de la vida humana en toda su extensión, se pone de manifiesto particularmente en ciertas situaciones extremas, en que la fractura de un vínculo ocasiona el derrumbe de la subjetividad; sin llegar a eso, observamos situaciones que arrojan visibilidad sobre una alienación parcialmente ineludible, y no privativa de los vínculos patológicos. (5)

En este interjuego de apuntalamientos en el cual los miembros de una familia participan, la separación entre los términos recíprocamente apuntalados supone la necesidad de una

elaboración psíquica en el momento del pasaje, lo cual implica la experiencia de la falta. Existen de tal modo en los vínculos gradaciones ligadas al eje discriminación yo/otro, que se despliegan entre dos polos: desde un máximo de indiferenciación, al extremo posible de singularización.

Desde el punto de vista que estoy reseñando, la articulación intersubjetiva del psiquismo no concluye con la estructuración edípica subjetiva; modifica sus cualidades, al posibilitar la transcripción y la pérdida del apoyo fusional, pero subsiste en modos y grados variables, según edades, tipos de vínculos y formas subjetivas y psicopatológicas. Esta concepción limita la ilusión solipsista; en el otro extremo, la ilusión de fusión que la compañía encuentra su tope en la finitud, que señala una dimensión de radical soledad humana; aludiendo a la castración y lo imposible del vínculo.

El vínculo en función de apuntalamiento se configura con frecuencia como soporte de la resistencia al cambio, y deviene sostén de la especificidad sintomal –en tanto socio o cómplice del síntoma– (4); o, por el contrario, añadiré, agente de transformación. Planteo así la eficacia de la realidad vincular no sólo en lo que hace al sostén y conservación de las especificidades sintomales singulares, sino también en cuanto a su capacidad de cambio. En particular, la transferencia, vehículo habilitador de todo psicoanálisis, pone de manifiesto la capacidad de transformación implícita en un vínculo humano; en este caso, dentro del dispositivo analítico, diseñado para poner en juego, en dirección a la cura, dicha potencialidad transformadora, expuesta en la relación paciente-analista.

Estas ideas dan sustento a la posibilidad de enunciar que la intervención psicoanalítica propia de la situación clínica familiar actúa en relación con los padecimientos vinculares, pero al mismo tiempo habilita cambios intrapsíquicos en los sujetos implicados, al desanudar las tramas intersubjetivas. Es decir, la interpretación en el ámbito de lo familiar da ocasión también para reestructuraciones en la estructura del Edipo. Nótese que señalo, tomando una expresión de R. Kaës, “en ocasión de” y no “a causa de”. (8)

He puntualizado hasta acá funciones de la familia ligadas a



la construcción de subjetividad, tarea ésta que comparte con el conjunto de la red sociocultural, con otros grupos e instituciones, con los medios de comunicación de masas. Se halla, sin embargo, especialmente designada para ello por atribuciones de la propia cultura. Fundadas en el requerimiento de pertenencia a una configuración vincular para la supervivencia y la construcción del ser humano como tal, todas las sociedades han organizado algún modelo familiar capaz de contener y conformar al ser de cultura.

Desde la perspectiva de distintas disciplinas la familia posee funciones múltiples; desde una lectura psicoanalítica, me atengo en especial a lo que refiere a la señalada construcción del psiquismo, que se amplía considerando su apuntalamiento, en las líneas de la conservación y la transformación. En relación con esta tarea central, en la especificidad de la organización del parentesco interjuegan dos funciones nucleares, cada una de ellas ligada a las operaciones conformadoras del psiquismo: alienación/separación; funciones asignadas a la parentalidad –lo materno y lo paterno, respectivamente, según las designaciones que fijan tanto el contexto cultural como el Psicoanálisis–.

Más allá del período de crianza, en un otro momento, dicho agrupamiento deviene familia de origen, siendo su función –en una nueva operación separadora– habilitar la inserción de los hijos en el mundo extrafamiliar y favorecer la posible constitución de nuevas familias. Las familias de origen ejercen también aspectos de la función de trasmisión, que proporciona pertenencia, raíces y ofrece pues apoyatura diacrónica a la identidad de los descendientes, en lo que constituye una renovada operatoria alienante; en el sentido, nuevamente, de la construcción.

### *El malestar en los vínculos, hoy*

**“Se encontraba lejos, muy lejos, de todo aquello que le hubiese permitido hallar una huella familiar, un vínculo con él mismo, y allí, aislado y anónimo, era otro naufrago insignificante. Un hombre sin sentido. Un**

**héroe de fin de siglo". Juan Martini, *El fantasma imperfecto* (11)**

Los vínculos se han ido transformando a lo largo de la historia del hombre, al compás de las mutaciones del conjunto cultural. Quizá hoy esto se nos hace presente en toda su intensidad, cuando bordeamos un cambio de milenio que acelera las transformaciones y predispone a nuestro pensamiento para la detección a la vez de lo que cambia y de lo que permanece.

Si cada momento de la cultura ha otorgado así tonalidades diferenciadas a las formas de relación entre los hombres, en nuestra era actual ciertas peculiaridades dan marco también a formas predominantes del vínculo. Resulta francamente novedoso respecto de épocas anteriores, entre otros rasgos, todo aquello derivado del progreso tecnológico. Entre los distintos desarrollos destacaré, por la jerarquía de su incidencia, la masividad de los medios de comunicación, tema que he trabajado con anterioridad, (15) y el crecimiento de la informática. Pienso que estas cuestiones configuran, junto a las nuevas técnicas de reproducción humana, capítulos centrales ofrecidos a nuestra reflexión psicoanalítica, particularmente en relación con su eficacia en la producción de subjetividad.

Por otra parte, se hace difícil dejar de lado, al considerar las distintas versiones posmodernas de un irreductible malestar, ese cierto desprestigio de la relación humana que parece identificar en gran medida a nuestra época y pone en primer plano vínculos y desvínculos. Trazos epocales favorecidos tanto por valores e ideologías, como por desarrollos técnicos concomitantes que ofrecen, en nuestros medios urbanos, recursos innegables para la sustitución de la relación interpersonal en la cotidianeidad. Se incrementan así los momentos en que el hombre se encuentra solo frente a maquinarias y carteles indicadores. Cajeros automáticos, máquinas parlantes que atienden operaciones telefónicas, peajes abonados con tarjetas, son sólo algunas de las múltiples situaciones que pueden día a día satisfacerse sin contacto con los otros; o a través de contactos mudos, anónimos, faltos de la connivencia y la intimidad cómplice de los hablantes.

Más allá de estas y otras muchas modalidades que impregnan y simplifican de modo confortable la cotidianeidad, cabe citar el uso excluyente de aparatos –como en el caso no de los usuarios sino de los adictos a la TV, al walkman o a Internet–, uso que empobrece la cantidad y calidad de las vinculaciones directas. Esto se hace también perceptible cuando el accesorio para el goce llega a sustituir la relación con el compañero sexual. Estilos articulados a la vez con una lógica consumista, que califica al otro como descartable y sencillamente sustituible, en consonancia con un intensificado individualismo que, aun cuando de modo parcial, hoy nos desvincula.

La era actual es además profusa productora de lo que Marc Augé (1) denomina “no lugares”, esto es, espacios que no pueden definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico. Así, medios de transporte, estaciones y aeropuertos; autopistas, supermercados, hoteles; mundos efímeros, transitorios, propios de la individualidad solitaria de aquel “héroe de fin de siglo” al que Martini alude en el epígrafe.<sup>4</sup> A menudo, estos sitios desprovistos de reco-nocimientos, resultan liberadores de las ataduras de la vida diaria; al tiempo, inducen un sentimiento que puede devenir ficcional: la realidad parece perder su perfil diferenciado; todo en ellos es pasible de ser imaginado e imaginario. Vacilan en tal caso los referentes y en dicho estado transitorio el propio yo se desdibuja.

El hombre de hoy, asiduo habitante de estos espacios, anónimo e individual, en diálogo frecuente y solitario con máquinas e indicaciones despersonalizadas, ve diluirse múltiples y pesadas cadenas que aferraran a muchos de sus antepasados, encarando así el goce de una libertad que, en ocasiones extremas, amenaza con la dilución del sustento relacional e histórico de su identidad.

No obstante, en conexión con estilos de expresión del amor y del odio en los vínculos, modelizados a través de la decisiva propuesta mediática, aparecen figuraciones intensas y pasionales revistiendo el enlace interpersonal. Así, suele tornarse sencillo, y leve, susurrar “te amo”, es decir, “I love you”, sin un fuerte compromiso con la propia emocionalidad ni con el posible efecto de la enunciación en el otro. Emergen, de tal modo,

una suerte de pseudovínculos, de envoltura acaramelada y pasional, recubrimiento de un lazo a menudo efímero y superficial.

En lo que hace a la especificidad de lo familiar, la valoración a ultranza del proyecto singular se opone a las últimas estratificaciones de una estructura familiar patriarcal, en la cual la autoridad paterna aparece francamente contrapuesta con formas extremas de autonomización de los descendientes. Además, múltiples y diversas transformaciones afectan de modo especial a la familia. Entre otras, el divorcio y la consiguiente constitución de familias monoparentales y ensambladas, ejercen efectos revulsivos sobre la ilusión de un contorno familiar cerrado, estable y sustancial. Nos enfrentamos así, con suma frecuencia, no con agrupamientos completos o intactos, sino con “vínculos familiares”, retazos de los conjuntos que aparecieran en forma predominante, a veces sólidamente unificados, en generaciones anteriores. Nos vemos así requeridos, en tanto terapeutas vinculares, de abordar en su peculiaridad cada una de las diversas configuraciones que de tal modo van generándose en la clínica, como en nuestra cotidianeidad. Descentramiento empírico –de la familia al vínculo– que, por otra parte, no resulta ajeno al producido en nuestras consideraciones teóricas en relación con la cuestión de lo familiar.

Vínculos y desvínculos de hoy; cuando así se atenúan las condiciones de apuntalamiento del lazo social y familiar, nos vemos confrontados con malestares de profunda vigencia, ligados a carencias de diferentes grados en lo que hace a la pertenencia y tendientes, en relación con algunas vertientes de la cultura, a cierta dilución de la identidad. Problemáticas nucleares, ligadas íntimamente al tenue armado del entramado vincular, cuyas fisuras, como señalé en párrafos anteriores, son articulables con patologías pregnantes en el mundo actual, tan ligadas a ese cierto desamparo con que el hombre contemporáneo parece costear sus ansias de libertad y el quiebre de los abusivos totalitarismos propios de la tardía modernidad.

## Notas

- <sup>1</sup> La base de esta primera parte del artículo fue presentada en la mesa de cierre de la Jornada del Departamento de Familia de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 1996.
- <sup>2</sup> Las amigas adolescentes del film "Criaturas celestiales", constituyen un caso de delirio organizado en forma vincular, que culmina en el asesinato de la madre de una de las jóvenes. Es interesante mencionar que al liberarlas, muchos años después, pues se trata de un caso real, el juez pone como condición que no vuelvan a reunirse, reconocimiento éste de la originalidad productiva y enloquecedora del vínculo.
- <sup>3</sup> Es su eje, como Lévi-Strauss señaló, el tabú del incesto.
- <sup>4</sup> ..."zona de preembarque del aeropuerto, ese espacio impersonal y clausurado donde el mundo se evocaba con la ambigüedad y el riesgo con que se recuerda un acontecimiento lejano e irreconocible." Martini, op. cit.

## Bibliografía

- 1) Auge, M. *Los "no lugares". Espacios del anonimato*. Gedisa. Barcelona, 1995.
- 2) Badiou, A. *Manifiesto por la filosofía*. Nueva Visión. Buenos Aires, 1990.
- 3) Berenstein, I. *Psicoanalizar una familia*. Paidós. Buenos Aires, 1991.
- 4) Bianchi, G. "La realidad como producción vincular", *RPPG*, XVIII, 1, 1995.
- 5) Bianchi, G; Gomel, S.; Lamovsky, C., Rojas, M.C. "Dispositivo analítico vincular: la dimensión pulsional", *Actas Jornada FAPCV*, 1993.
- 6) Freud, S. "Carta 69", "La interpretación de los sueños", "Conferencia 35". *Obras completas*, Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
- 7) Kaës, R. "El trabajo de la representación y las funciones del intermediario. Estudio psicoanalítico". Ficha circulación interna AAPPG.
- 8) Kaës, R. "Apuntalamiento y estructuración del psiquismo", *RPPG*, 3/4, XV, 1991.
- 9) Laplanche-Pontalis. *Diccionario del Psicoanálisis*. Labor,

1971.

- 10) Lévi-Strauss, C. *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós. España, 1981.
- 11) Martini, J. *El fantasma imperfecto*. Legasa. Buenos Aires, 1986.
- 12) Rojas, M. C. "Psicoanálisis de los vínculos". *RPPG*, XIV, 1/2, 1991.
- 13) Rojas, M.C. "Vínculo y Psicoanálisis". *RPPG*, XV, 3/

### **Resumen.**

- 14) Rojas, M.C.; Sternbach, S. *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la realidad psíquica; a partir de ello, plantea la realidad social del 2000*, *Notas de la FAFCMación y función de tales dimensiones de lo humano. Se detiene luego en las funciones de la familia, desde una perspectiva psicoanalítica, relacionándolas con la construcción de subjetividad y con su apuntalamiento, en las líneas de la conservación y la transformación. Señala funciones centrales asignadas a la parentalidad y ligadas a las operaciones constitutivas alienación-separación.*

*En relación con las versiones posmodernas de un irreducible malestar, analiza algunos rasgos de la cultura actual que ponen de manifiesto cierto desprestigio de la relación humana, conectados con modalidades psicopatológicas y vinculares preñadas en la clínica y en nuestra cotidianeidad.*

### **Summary**

*This Paper initially explains a Freudian characterization of psychic reality, and as from there it states concepts in relation to linking reality and social reality and proposes modalities of articulation and functions for those dimensions that are human. It then studies the functions of the family, from a psychoanalytical perspective, associating them to the construction of subjectivity and to their support, along the range of preservation and transformation. It points out central functions assigned to parenthood and linked to constitutive operations of alienation-separation.*

*In relation to postmodern versions of an irreducible malaise, it analyzes some of the features of the present culture that manifest a certain discredit of the human relation which are connected to psychopathological and linking modalities and that abound in clinical situations as well as in our daily life.*

## **Résumé**

*Ce travail amorce une caractérisation freudienne de la réalité psychique; puis il offre des conceptualisations en ce qui concerne la réalité des liens et la réalité sociale et propose des modalités d'articulation et des fonctionnalités de ces dimensions de l'humain. Il s'attarde ensuite sur les fonctions de la famille, dans une perspective psychanalytique, en les mettant en rapport avec la construction de la subjectivité et avec son étayage, dans le sens de la conservation et la transformation. Il signale des fonctions centrales assignées aux parents et liées aux opérations constitutives d'aliénation et de séparation.*

*En ce qui concerne les versions de la postmodernité sur un irréductible malaise, le texte analyse quelques traits de la culture actuelle qui mettent en évidence un certain discredit de la relation humaine, en connection avec des modalités psychopathologiques et des liens prégnantes au niveau de la clinique et de notre vie quotidienne.*

## Violencia y configuraciones vinculares

El 23 de septiembre de 1997, tuvo lugar el panel sobre *Violencia y configuraciones vinculares*. En relación con este tema, se analizó la película *El amor y la furia*, dirigida por Lee Tamahori (1996, Nueva Zelanda).

El desarrollo del panel incluyó el análisis de los conflictos vinculares desde distintas perspectivas.

### Panelistas:

Dra. Graciela Ventrici (grupos y macrocontexto)

Lic. Griselda Santos (familia)

Lic. Cielo Rolfo (pareja)

---

### Resumen de la película

*El amor y la furia* trata acerca de la vida de una familia maorí en la ciudad de Auckland, Nueva Zelanda, constituida hace 18 años a partir de una muchacha maorí aristocrática (Beth), y un joven maorí mestizo (Jake) procedente de una larga línea de esclavos (1). El joven no es aceptado por la tribu de Beth en razón de su linaje, a pesar de lo cual ella se va con él dispuesta a no volver nunca a su tribu.

Tienen cinco hijos: dos de ellos pequeños (Huy y Polly) y tres adolescentes (Grace de 13 años, Boogie de 15 y Nig de 17).

Jake, quien se denomina a sí mismo “el pendenciero”, es el líder de un grupo con el cual se reúne en un bar donde se alcoholizan, apuestan a las carreras de caballos, seducen mujeres y pelean con otros hombres. El día que se inicia la acción Jake vuelve a la casa antes de hora con abundante



*comida producto del despido del trabajo; intenta seducir a Beth pero ella lo rechaza cuando se entera del despido. Enojado Jake se refugia en el bar; estimulado por el alcohol levanta su autoestima peleando y seduciendo, e invita a los amigos del bar a seguir la fiesta en su casa.*

*Beth recibe a los amigos y canta y bebe con ellos. Tensa y alcoholizada, intenta evadirse de los problemas con los hijos – Boogie tiene una audiencia al día siguiente por robo y Nig desprecia a su padre–; impotente, rabiosa, contesta mal a Jake y la fiesta termina con una terrible paliza de Jake a Beth.*

*Boogie va a la audiencia sin su madre y ante la presencia de Grace es enviado al reformatorio ya que el juez estima que la familia no es continente.*

*Nig se une a una pandilla de jóvenes tatuados a la manera maorí.*

*Grace, quien teme a su padre y se compadece de su madre, insiste a ésta para visitar a Boogie. Beth se lo propone a Jake, que acepta de buen grado porque ha ganado dinero en las carreras y quiere reconquistar a su mujer. Alquilan un auto pero no llegan a destino porque Jake se queda en el bar con los amigos. Grace se enoja con Beth por disimular la conducta del padre, Beth se enoja con Jake y no baja a la fiesta que éste, borracho, improvisó en la casa.*

*La fiesta termina con la violación de Grace por parte de un amigo del padre, “el tío Bully” que, mientras todos duermen por la borrachera, se introduce en el dormitorio de los niños.*

*Boogie, en el reformatorio, frustrado en el deseo de ver a su familia, se enfrenta con el trabajador social (Bennet); luego lo acepta como maestro en el arte guerrero maorí.*

*Al día siguiente Grace vaga por la ciudad abrazada a su cuaderno de cuentos, sus historias (6). Cuando regresa a su casa encuentra a su padre y los amigos del bar, entre ellos su violador, quien cínicamente le pide un beso. Grace se niega, Jake se enfurece, la tira al piso, le rompe el cuaderno. La niña escapa por los fondos de la casa. En ese momento llega Beth, que la ha estado buscando todo el día. La encuentra colgada de un árbol, ahorcada.*

*Aquí inicia Beth el retorno a su tribu. Decide realizar un funeral maorí, del que participan sus hijos, y separarse de Jake. Luego del funeral vuelve a la casa que habitara con Jake dispuesta a una nueva vida, sola con sus hijos. Al reparar el cuaderno de Grace leen en él la causa del suicidio.*

*Beth y Nig en el bar revelan a Jake y los demás la violación de Grace. Jake mata a golpes a Bully. Beth y Nig salen del bar, Jake los sigue, gritando. La pareja discute por última vez, luego Beth se va con Nig y los otros chicos. Jake queda gritando amenazas e insultos en la calle. Se oye el sonido de la sirena de la policía.*

## **Notas**

- (1) *Los maoríes tenían una concepción particular de los esclavos: cuando un maorí era hecho prisionero su tribu no lo reclamaba porque consideraba que Atúa (un dios) lo había castigado por haber violado algún tabú. Si acaso lograba volver a su tribu, ésta lo había destituido de todo rango, por lo tanto más le convenía quedarse en la nueva morada como esclavo, ya que si era consecuente y bueno con el amo, podía elevar su rango y adquirir alguna influencia.*
- (2) *El consejo de ancianos de la tribu decidía acerca de la conveniencia de las uniones matrimoniales. Mientras ellos no aceptaran la unión, el casamiento no era válido. Las mujeres solteras podían tener todos los amantes que quisieran hasta que contraían matrimonio; luego devenían tabú para cualquier otro hombre que no fuese el marido y el adulterio era condenado hasta con la muerte. En cuanto al lugar de la mujer en la familia, eran respetadas y los hijos les debían tanta obediencia como al padre.*
- (3) *La discriminación por edad, incapacidad, estatus laboral, condición familiar, sexo, estado civil, opinión política, raza u origen étnico, religión, orientación sexual es ilegal en Nueva Zelanda. El Gobernador designa, por consejo del Ministerio de Justicia, a un Comisionado para los Derechos Humanos y a un Conciliador de Relaciones Raciales, para procurar los derechos humanos a través de la educación y la conciliación, y para investigar las demandas de violación de estos derechos.*
- (4) *Luego de la segunda guerra mundial hubo mayor afluencia de maoríes a las ciudades, lo cual acarreó problemas a la vez que aumentó la conciencia pública respecto a la cultura maorí. Hacia*

*la década de los 70 se produjo un movimiento de protesta maorí que tiene amplio apoyo entre la juventud maorí urbana.*

- (5) *Los factores que diezmaron durante la colonización a la población maorí fueron, por un lado, la superioridad de las armas de fuego de los europeos y la introducción del alcohol; por el otro, la falta de solidaridad intertribal que los llevaba a sostener guerras entre tribus y la concepción de la enfermedad como castigo por la transgresión de algún tabú, razón por la cual no intentaban curar a un enfermo cuyo destino el sacerdote había determinado mortal, ni lo sometían a la medicina europea por razones religiosas.*
- (6) *El lenguaje maorí posee una rica tradición oral, abundante en cantos, proverbios, leyendas, mitos cosmológicos, transmitidos oralmente de generación en generación. La tradición oral es acaso la principal fuente de conocimiento de esta cultura.*
- (7) *Aunque las islas que forman Nueva Zelanda fueron descubiertas por primera vez en 1642 y una segunda vez en 1770 por los holandeses y los ingleses respectivamente, la colonización comenzó alrededor de 1814 cuando la Sociedad Misionera de la Iglesia Británica patrocinó una misión para evangelizar a los maoríes. En 1840 alrededor de 2000 europeos (pakeha) vivían entre la población maorí que ascendía a 100.000. Más de 500 jefes maorí firmaron ese año el tratado de Waitangi mediante el cual retenían la propiedad de los recursos naturales, pero traspasaban a la Corona Inglesa el derecho de gobernar. Este tratado, aún hoy, tanto para los maoríes como para los pakeha ocupa un lugar central.  
El tratado de Waitangi defendía a los maoríes de la presión que la New Zealand Company, fundada dos años antes, ejercía sobre ellos para que les vendieran las tierras a los colonos y a su vez protegía a los ingleses del posible intento francés de apoderarse de las islas.*
- (8) *De entre las jóvenes maoríes, el Consejo de Ancianos elegía a una especial "puhi de la marae" para conducir a los guerreros a la batalla. La joven, a la que se le confería poderes especiales, realizaba una serie de ritos con piedras y ramas, para decidir el camino a seguir; en algunos grupos también participaba de la guerra. Después de ganar la batalla la devolvían a la tribu y le*

*brindaban honores.*

## ***El amor y la furia***

### **Perspectiva grupal y del macrocontexto**

**Graciela Ventrìci \***

---

Lee Tamahori nos enfrenta a la imagen serena de un paisaje de Nueva Zelanda que resulta ser un cartel evocador de otros tiempos –el de los guerreros– al borde de una ruidosa autopista que atraviesa un barrio bajo de Auckland.

La cámara sigue la mirada de Beth para mostrar la feria, el gimnasio, los grupos de adolescentes bailando y cantando rock, patotas con las caras y los cuerpos tatuados con motivos maorì, chicos drogándose y bebiendo.

En contraste, una adolescente, su hija Grace (6), lee, en los fondos de la casa, a sus hermanos menores, un cuento que escribió acerca de una **tainiwaha**: criatura que cuida a la gente.

En este contexto, al que se agregará el muelle debajo del cual vive un joven en un auto viejo, el bar donde se juntan los hombres a beber y a jugar, y la calle de las prostitutas donde un grupo vestido con túnicas blancas canta alabanzas, se desarrollará el drama familiar, exponente a su vez de otro drama, social, que contiene en el aquí y ahora de la acción la

---

\* Médica, psicoanalista, Miembro Titular de la A.A.P.P.G. Coordinadora del Dpto. de Grupos y miembro del Dpto. de Análisis Institucional. Docente del I.P.C.V.

Céspedes 2361 2F (1426) Buenos Aires, Argentina.

historia conflictiva de una sociedad colonizada, diezmada (5) y de-sarraigada de sus orígenes: la cultura maorí (maoritanga).

Más allá de los esfuerzos de los gobiernos y de las leyes contra la discriminación (3), parece que a los maoríes que han abandonado los reductos tribales y se han propuesto migrar a la ciudad como ciudadanos independientes, no les resulta fácil ocupar un lugar digno. En la policromía de una sociedad desarrollada estos grupos de hombres y mujeres se debaten en la búsqueda de un lugar social valorizado (4).

Tres modelos adaptativos se ponen en juego en el film, en contraposición relativa de unos con otros, para luchar contra la marginación; modelos que constituyen a su vez tres estrategias de supervivencia con resultados diferentes:

- a) el grupo del bar liderado por Jake el pendenciero;
- b) la pandilla de jóvenes tatuados donde se inicia Nig;
- c) la propuesta de volver a los orígenes reales o simbólicos representados por la decisión final de Beth y el entrenamiento en el reformatorio, respectivamente.

Los tres grupos se defienden con violencia de la violencia ejercida sobre ellos por agentes ahora irreconocibles, lo cual deviene, en mayor o en menor grado, en violencia propia. Como espectadores nos aliviarnos por el hecho de que Beth pueda reconstruir su familia, que Boogie deje el camino sin retorno de la delincuencia y abrigamos la esperanza de que Nig, poco a poco, incorporará en su espíritu lo que lleva pintado en el cuerpo. Pero la muerte de Grace no sólo es el precio, sino que es el símbolo de lo que debe quedar congelado, de lo que no admite ser tramitado en la asimilación mutua entre dos culturas.

**Beth:– A mi Grace la mató la violencia. No había pizca de violencia en ella, pero nos aseguramos de que la rodeara.**

El “nos” de Beth alude sin duda a la responsabilidad de ella y de Jake como padres y resuelve un aspecto de la existencia de estas personas, el que se refiere a su drama singular; pero deja en negativo otro drama, el que los liga a una comunidad. Desde esta perspectiva adquiere patetismo la actitud de Jake

cuando –mientras se lleva a cabo en la tribu el funeral de su hija– recluido en el bar con sus amigos intenta defenderse del sentimiento de exclusión y deja ver su ambivalencia respecto del rito mortuario maorí (tangui):

**Amigo:– No es tarde para ir al Tangui. Yo te llevo.**

**Jake:– No les daré el gusto, nunca fui lo bastante bueno para su Beth. Ustedes que son mis amigos díganmelo: ¿no soy un tipo querible, yo?**

La pregunta trasciende el amor entre “tu y yo”, habla del amor entre un ustedes y un yo, que abarca el “nosotros” del bar y el resto de la sociedad representada para Jake por la tribu de Beth.

Esta cuestión, que se singulariza en la constitución de la pareja de Beth y Jake –una joven maorí aristocrática con un negro maorí descendiente de esclavos–, se extiende a los demás parroquianos del bar.

Habrà algo que abrocha a estos hombres rudos e ignorantes en una sociabilidad de grupo que enarbola el alcohol, la lujuria, el juego y la fuerza bruta como valores supremos.

Los baluartes de este grupo nos hacen pensar en las dificultades en la constitución del ideal del yo como heredero del narcisismo, capaz de sostener e incitar la renuncia pulsional (Freud 1914):

*“Desde el ideal del yo parte una importante vía para la comprensión de la psicología de las masas. Además de su componente individual este ideal tiene un componente social: es también el ideal común de una familia, de un estamento, de una nación. Ha ligado además de libido narcisista, un monto grande de libido homosexual de una persona, monto que, por ese camino es devuelto al yo.*

*La insatisfacción en el cumplimiento de ese ideal libera libido homosexual, que se muda en conciencia de culpa (angustia social).”*

En la medida en que esta instancia se encuentra perturbada en su formación, las mociones pulsionales se manifiestan

sin ser mediatizadas bajo la forma de perversión.

Desde la perspectiva grupal podemos entender el bar como el marco que contiene el despliegue de estos elementos; pero cuando lo vemos trasladarse a la casa de Jake y Beth, el bar se nos aparece como un encuadre fallido, impotente para evitar que el desborde pulsional invada otros espacios.

Hermoso, seductor, incitador tanto del goce sexual como de la pelea, Jake, el pendenciero, se constituye en líder de este grupo jugando a fondo su destino trágico y el de sus antepasados: desafiando su condición de descendiente de esclavos sustrae a la muchacha más preciada de la tribu que lo rechaza; en consecuencia ella deberá sostener su yo ideal en el juego de perderla y reconquistarla. Desmintiendo su condición de esclavo se erige en líder de un grupo de marginales que le exige constantes pruebas a cambio de apoyatura para su autoestima.

Ser líder es ser el amo, nadie puede contrariar a Jake, pero la mirada que encuentra no es la que busca, el grupo que lo mira no es capaz de inscribirlo en el lugar que él quiere, y en su intento de evitar que su fracaso ingrese a la conciencia, redobla sus conductas exhibicionistas y violentas.

**Beth:– Aún eres un esclavo, un esclavo de tus puños, de la bebida, de ti mismo.**

El resentimiento que oculta su humillación impide a este hombre encontrar los instrumentos para incorporarse a la sociedad, aprovecha discrecionalmente el subsidio, pero su deseo inconciente es ser aceptado por los maoríes; su condición de esclavo le viene por herencia y él no puede sustraerse a la significación que para su cultura tiene ser esclavo; además, por otro lado, su asimilación a la cultura occidental le hace repudiar esta discriminación como la repudiaría cualquier europeo.

La sociedad occidental le debe el subsidio. La sociedad maorí, la identidad.

Esa identidad es la que tendrá que inventar en, por y para

liberar el grupo de tal manera que cuanto más sea amenazada esta ilusión más se hundirá en su propia violencia y la del conjunto. Es Beth, paradójicamente garante de su narcisismo, quien debilita hasta destruirla su ilusión: cuando le contesta, cuando les muestra a los hijos la aldea natal, cuando lo rechaza por su conducta egoísta y finalmente cuando le revela la traición de Bully. A todas estas situaciones responde Jake con ataques de furia tratando de dañar moral y físicamente.

El grupo es el encargado de sostener la ilusión del líder y a través de la identificación con él, la propia ilusión de cada uno de los integrantes.

El deseo inconsciente que los organiza es el de pertenecer a un conjunto social; el de obtener una asignación en el campo de los otros, representado en el film por el significante familia que abarca la idea de grupo-tribu reconocido por los demás; les es perentorio suplir el déficit del contrato narcisista que asegura la permanencia; la afiliación y el sostén del sujeto en el conjunto en un doble sentido: funcional y estructurante del psiquismo.

Este déficit hace que el deseo inconsciente no tenga apoyatura en el campo simbólico y se vea permanentemente amenazado con la irrupción violenta de lo real. Impide la comunidad de renuncia pulsional y condiciona que el pacto de lo negativo quede basado en la negación y la desmentida de la importancia que tiene para ellos ser aceptados por la comunidad maorí y/o la neocelandesa.

El conflicto de las dos culturas queda denegado y hace cuerpo en el grupo impidiendo que puedan actuar organizadores socioculturales capaces de generar un espacio transicional de comunicación y socialización. Por el contrario se organizan en la mentalidad de supuesto básico de ataque y fuga, defensa paranoica que mantiene disociados los elementos depresivos capaces de romper el cerco a lo repudiado.

Sus acciones van dirigidas imaginariamente a un enemigo que los ignora: la comunidad neocelandesa no les asigna función social a la vez que no se reconoce implicada en su generación. El grupo forma parte de lo que debe quedar en



negativo en el pacto entre los europeos y los maoríes (7). La garantía es la marginalidad; el cuerpo-grupo el papiro donde se firma el acuerdo apoyado: por un lado en la tradición maorí por la cual el esclavo ha perdido su “dignidad mística” (o sea su espiritualidad) y, por el otro en el racismo del blanco ante los negros.

Otra situación que avala esta interpretación es la escena entre Boogie y Bennet en el reformatorio.

**Boogie:– ¡Suélteme, maldito negro!**

**Bennet:– Somos del mismo color.**

**... los británicos creían que el arma de mano más mortal era la bayoneta, hasta que se toparon con nuestros guerreros que peleaban con la taiaha. ¿Crees que tu puño es tu arma? Cuando te haya enseñado, tu arma será tu mente, llevarás tu taiaha dentro de ti.**

Bennet es otro negro que encuentra una solución diferente a su marginación: asistente estatal, se adapta a la sociedad occidental y ayuda a la rehabilitación de jóvenes maoríes que han delinquido, posibilita la recuperación del sentido espiritual de sus ancestros guerreros: ni la bayoneta, ni el puño, ni siquiera la taiaha, “tu arma será tu mente”.

Recuperar los orígenes es recuperar la mente, la capacidad de elaborar, discriminar y procesar la complejidad de las situaciones que les toca vivir. Con esto Bennet ofrece a Boogie la paternidad que Jake no supo darle, por donde transitará la filiación maorí del joven mestizo. Esta mediación, esta convocatoria a la actividad del preconciente, impedirá que Boogie se ofrezca como cuerpo al conflicto creado por la colonización.

Este conflicto también atraviesa la conformación del grupo de jóvenes tatuados; ellos irrumpen en el bar, en las calles y las familias llevando en la superficie de la piel, a la manera de un pictograma, el mensaje de sus antepasados. Se mueven en bloque, se nominan familia, imponen ritos de iniciación a los nuevos miembros. Aunque desafiantes y violentos intentan organizar un campo de representaciones mediatizadas por normas autoestablecidas; dependerá del carácter más o menos concordante de estas normas con las normas sociales

que el grupo sea capaz de ofrecer un espacio transicional que mediatice la socialización y que pueda trascender lo ideológico hacia la producción mitopoyética.

Siendo ellos adolescentes es posible que el grupo funcione como continente para la historización, producción y elaboración de representaciones sociales.

La decisión de Beth, de ofrecer a sus hijos una vida distinta, es otra alternativa de superar la marginalidad posible gracias a su origen, que le permite depositar en Jake sus propios aspectos violentos. La muerte de su hija es el costo que la saca de la desmentida y le facilita posicionarse de otra manera en relación a su propia historia: ya no es la mujer-niña que reniega de la herida narcisista causada por la desilusión acerca de la incondicionalidad de su tribu para con ella, la especial; se reconoce una mujer herida por la realidad de sus propias elecciones, frente a las cuales se siente responsable. Ahora está en condiciones de negociar entre dos culturas: luego del funeral Beth abraza a su tía que la invita a volver a la tribu con los niños.

**Tía:– En casa (la incluye) hay mucho que hacer.**

**Beth:– Y aquí también, tía.**

**Tía:– Primero vete de aquí. Sé fuerte.**

Beth saluda llorando al auto que se aleja con sus tíos, abraza a Boogie que participó en el funeral de su hermana como maorí y le dice: “hoy me sentí orgullosa de ti”. Con esto sella la decisión de quedarse en su casa de la ciudad con sus hijos; “orgullo” es un significante fuerte, equivalente a espíritu o “mana”.

Surge la pregunta: ¿es portadora Beth del deseo inconfe-sable de su grupo de origen de mandarla al mundo occidental a recuperar lo perdido a la manera en que las jóvenes maorí “puhi de la marae” conducían tradicionalmente a los guerreros hacia la victoria? (8). ¿O su historia es la saga de su propio deseo –y tal vez el de otros de su generación– de incluirse en la cultura dominante sin renunciar a sus raíces maorí, o sea conservando las representaciones y procesos psíquicos propios de su cultura, capaces de apuntalar el trabajo del precon-

ciente, tanto en la elaboración del encuentro con lo diferente, como en la continuidad elaborativa del duelo por lo perdido que la sucesión de las generaciones encuentra como condición de su existencia?

## **Bibliografía**

- Bernard, Marcos. *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*. Colección Aportes. Publicación de la AAPPG. 1991. Buenos Aires.
- Bruhl, L. *Las funciones mentales en las sociedades primitivas*. Págs. 155, 156, 243, 244, 299, 300, 331, 333.
- Bruhl, L. *La mentalidad primitiva*. Págs. 96, 97, 143, 144, 254, 290, 293.
- Crónica de la Humanidad*. Plaza & Janés Editores. Pág. 1117. Barcelona. 1987.
- Enciclopedia Espasa Calpe Europeo Americana*. Actualización 1996.
- Enciclopedia Salvat*. Tomo 24. Salvat Editores. 1989.
- Freud, S. "Introducción del narcisismo". *Obras Completas*. Tomo XIV. Pág. 98. Amorrortu Editores.
- Freud, S. "Psicología de las masas y análisis del yo". *Obras Completas*. Tomo XVIII. Amorrortu Editores.
- Kaës, R. "Realidad Psíquica y sufrimiento en las instituciones". *La Institución y las Instituciones*. Paidós. Buenos Aires. 1989.
- Kaës, R. "El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos". *Lo Negativo, figuras y modalidades*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1991.
- Material aportado por el Consulado de Nueva Zelanda en Buenos Aires: "Historia, Maoritanga, Los Neocelandeses, Los Maorí, Haka".
- Ventrici, G. "El resurgimiento de los grupos fundamentalistas". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XVII, N 2, 1994.

## ***El amor y la furia*** **Perspectiva desde el** **psicoanálisis de familia**

**Griselda Santos \***

---

Se me pidió un comentario, desde la perspectiva de los vínculos familiares, acerca de *El amor y la Furia*. Violencia y vínculo; amor y odio, expresiones de una dinámica pulsional fundante de lo vincular, que aluden a equilibrio y desequilibrio, orden y desorden, que se entrelazan y estallan en los intersticios. La violencia es así entendida como **producción** de complejas relaciones que, si algo no tienen es trivialidad. El juego de la violencia implica puntos de condensación en que estallan las diferencias, efecto de desubjetivación, de disolución del lazo social que queda por fuera de la articulación discursiva.

Las conceptualizaciones de R. Girard (1995), quien investiga los mitos y ritos que fundan y perpetúan todo orden social – especialmente el rol de la “violencia fundadora” y el de la “víctima propiciatoria” – permiten abordar aspectos dilemáticos de la violencia vincular en una compleja dimensión de relaciones.

En esa dirección, la película propone una representación impresionante de la simetría vincular conflictiva productora de violencia. Una hipótesis acerca de la violencia en estos vínculos familiares es que el juego de la reciprocidad violenta, extendida, destruye las diferencias y organiza un circuito de repetición que requiere de un **acto**, en este caso también

---

\* Licenciada en Psicología. Miembro Adherente de la A.A.P.P.G.  
Pje. Timbó 1881 (1406) Buenos Aires, Argentina.

violento, para que realmente pueda ser revelado. La tragedia del suicidio de la hija devuelve a las relaciones familiares al antagonismo irreductible inicial de la pareja, para desde allí iniciar una otra posible salida. Antagonismo que podríamos decir, *après coup*, “trágico”. Otra hipótesis que atraviesa este comentario, está referida a la diferencia entre la violencia enmarcada en un orden simbólico y la violencia desarticulada que sostiene el orden de la dimensión del goce o de la desimbolización.

Dentro de las diversas líneas posibles de tomar, el tema de la identidad tal vez permite organizar algunas reflexiones. En principio éste es un tema que no se sitúa sólo en una encrucijada sino en varias. Desde lo macrocontextual, cuando se fracturan modos de vida, se trastornan sentidos, lo transcultural queda caricaturizado y desarticulado. Las escenas callejeras del inicio (los grupos de rock, rap, los adolescentes con vestimentas que remedan otros lugares, etc.), proponen una lectura que –en la globalización– aluden a superposición y fragmentación.

En una época donde la indagación de los diversos particularismos es relevante, proponer el tema de la identidad –como unidad– puede parecer ir en una línea opuesta. Pero también se lo puede considerar como búsqueda, en lo que hace a su diferencia, de una identidad separada y al mismo tiempo articulada; en ese impreciso límite cuyos riesgos extremos son la homogeneización alienante o la singularidad desconectada.

La identidad puede ser conceptualizada, desde la perspectiva de los vínculos de alianza y de filiación, como nexos imaginarios y simbólicos. Trabajados en la complejidad vincular, liga a los sujetos en un juego interfantasmático desiderativo que a su vez marca inclusiones-exclusiones y entrama a una pertenencia familiar y social. La problemática explícita de la identidad aparece especialmente en la adolescencia porque sobre todo concierne al registro de la filiación y la sexualidad. En la película vemos cómo se despliegan complejas alternativas vinculares familiares alrededor de los tres hijos adolescentes, en relación a la pareja de sus padres y su medio socio-cultural, “al margen de la autopista”. El resto de los hijos, menores, se podría decir que todavía están incluidos en

el discurso materno. La adolescencia implica una destrucción de imagos parentales, al mismo tiempo la función de identificación marca una relación de semejanza para alcanzar la diferencia. Construcción histórica propia, singular, que cada uno va tejiendo en la urdimbre de los vínculos familiares y que requiere de una dimensión imaginaria y simbólica que lo sitúe en el campo representacional de la continuidad-discontinuidad.

Centrándonos en los vínculos familiares que propone esta película, la pareja, en un vínculo oscilante entre el enfrentamiento y la seducción, arma y desarma un discurso que propone la ilusión de resolución de un conflicto de colisión permanente entre lo familiar, lo conyugal y la incompatibilidad de sus procedencias que remiten al origen de la pareja, la alianza. A partir de diversos fragmentos de la película se podría hipotetizar que la representación que Beth y Jake tienen sobre los orígenes de su alianza es, por un lado, la de una pareja constituida sobre la base de una mujer ubicada en un lugar "especial", deseada por todos y retenida por los ancianos de su grupo. Por otro lado, la de un hombre sin grupo reconocido, que a través de esta unión-robo, dominante e invasor, demuestra su potencia y fuerza frente a los hombres del grupo de su mujer. Estas representaciones quedan asociadas a un origen en que la fuerza de ambos se impone y marca un punto de colisión, en su carácter de oposición y pugna, irreductible.

Las procedencias distintas se historizan y transforman en un enfrentamiento irreductible. Sutiles marcas de cada uno se entrecruzan y construyen procedencias, como pertenencias opuestas, que ninguno de los dos logra procesar. Jake procede de mezcolanzas y bastardías, de una línea de esclavos que lo sitúa en la pertenencia a un grupo de hombres, mestizos, que se caracteriza por la lealtad, la rivalidad masculina, el alardear de la fuerza y el vanagloriarse de las proezas. Entrampado en esta armadura narcisista de hombre fuerte como recurso de sostén de su identidad devaluada, no puede producir, en la pareja, un corte con la familia de Beth y ofertar otra alternativa de protección y reconocimiento. Queda adherido a aquella condición del origen de la alianza, fuerza dominante, en un enfrentamiento permanente con los hombres y emble-

mas de la familia de ella.

Desde el punto de vista de la mujer, ésta no ha encontrado cómo transformar la violenta salida de su tribu, huida, en una posición diferente. Se podría conjeturar que Jake, a través de la fuerza la arrebató del lugar que ocupaba en su tribu, de ese lugar tan próximo a un objeto incestuoso. En el origen entonces, la fuerza de ambos (ella huye, él la roba), en un enfrentamiento triunfal frente a la prohibición de esa alianza. Negada la pérdida, no hay duelo. Esta posición, asociada a la fuerza y al dominio los fija en un circuito repetitivo de extrema tensión, que se manifiesta en tonos, palabras, gestos violentos, golpes, como intentos de Jake de retomar permanentemente el control por la fuerza, cuando Beth reclama “otro trato”.

En esta dirección puede resultar significativo pensar en las primeras escenas del film. Cuando Jake le dice a su mujer que fue despedido de su trabajo, ella interrumpe la escena amorosa de la que participan. Él se transforma para ella. Jake argumenta que no hay diferencia económica entre su salario y el subsidio que reciben. Para ella no es lo mismo: él no lo produce. Cambia la posición seductora de un hombre que produce, que puede proteger a su familia y hace una diferencia estructural. Se borran las diferencias generacionales, el padre queda a cargo del estado, igualado en la posición de dependencia de los hijos. Es rechazado y se suscita la primera escena de violencia verbal. Su salida es el grupo del bar, allí se aleja de la mirada del otro que lo reenvía a una imagen que lo desvaloriza. Su “envoltorio” de hombre fuerte se sostiene en la admiración de su grupo de pares. ¿Posición equivalente a la de sus hijos en relación con la pandilla? Allí se vincula sin sentirse amenazado.

En esta línea, Jake, “el pendenciero”, encarna la no función paterna. Por un lado el atrapamiento narcisista en su propio grupo de pares donde arma su frágil estructura narcisista en rivalidad y enfrentamiento permanente con los otros. Por otro lado la marca de exclusión del padre, en los vínculos familiares obstaculiza la imagen que unifica y enlaza. Sus hijos manifiestan odio hacia él. El desequilibrio entre relaciones cariñosas y hostiles de los vínculos de filiación se expresa en acentuadas manifestaciones extremas de amor-odio. El hijo

mayor encarna al representante del grupo familiar materno, pero no evoca un intercambio sino que mantiene presente una colisión. La filiación, que representaría la integración de dos órdenes, el paterno y el consanguíneo, manifiesta la imposibilidad de esa integración. En este caso no hay conexión entre muerte simbólica y sucesión. El hijo mayor, heredero del antagonismo del origen, se posiciona como representante del linaje de la madre y niega su filiación paterna. Se transforma en una amenaza y en un rival de su padre. Es de señalar que la madre, ubicada en una doble relación de máxima proximidad con el marido y los hijos, concentra el punto de mayor tensión. Hace esfuerzos para ser “como una familia”, expresión que repiten ella y su hija varias veces (¿en algún punto todos piensan que no lo son?). Es tratada por sus hijos de mentirosa en varias oportunidades, porque reconoce y desmiente al mismo tiempo la imposibilidad de funcionar con acuerdos. Está con un ojo abierto y otro cerrado, porque necesita, desde la obstinación y el enfrentamiento con su propio padre y su tribu, ilusionarse con que ha armado una familia y no volverá. Obstinación que sólo cederá frente al dolor de la muerte de su hija.

La estrecha relación en una familia entre los vínculos de alianza y filiación permite pensar que el registro de la filiación, en este caso atravesado por violencia y desmentida, requiere entonces de otros actos para que los hijos se inscriban como sujetos históricos.

El hijo mayor –Nig– se une a un grupo maorí de esa comunidad. Grupo de pares que funciona a la manera de las pandillas, como una familia. Su inclusión requiere de un ritual, de marcas visibles en el cuerpo. Su tatuaje reproduce las líneas del tótem del clan de su madre. Es la puesta en acto de una herencia, donde intenta anudar la filiación al linaje. El rito elige una determinada forma de violencia, establece una diferencia dentro de la violencia, aparece como “necesaria” para la unidad del grupo (2). Cuando Nig es golpeado hasta el desmayo, esta forma de violencia ritualizada, a diferencia de la del padre, lo incorpora a una comunidad y a una historia, adquiere sentido. El ritual de iniciación, el dolor, sitúa su cuerpo en un campo representacional. No es meramente corporal, pasa a tener una representación simbólica que lo anuda a un discurs-



so.

Esta transformación también se produce en el segundo hijo, Boogie, quien pasa de un grupo que delinque, roba, fuma marihuana, a estar a cargo del estado en un reformatorio. Paradojalmente, en ese otro espacio su violencia adquiere otro sentido. La figura de un asistente social, como sustituto paterno, lo inicia en el uso ritualizado de la fuerza y del odio. La danza guerrera maorí, Haka, a modo de escritura simbólica de su cuerpo adviene en experiencia que lo construye como sujeto. Propone otro modo de lazo con su historia y sus antepasados, que lo enlaza en una trama de pertenencia y lo incorpora en un linaje. La violencia adquiere un orden.

La hija, Grace, escribe historias, leyendas, en su diario. Es quien historiza e incorpora con sus relatos aquello de lo escindido de la historia familiar. Violada por un amigo de su padre, con un discurso culpabilizador y de aparente amor, le cierran la boca. El padre no puede escucharla porque compromete sus apoyaturas narcisistas. La madre, absorbida por sus peleas con Jake, tampoco puede escucharla. La palabra que no puede ser dicha ni escuchada, impulsa a Grace a hacerse cuerpo. Se abrocha en el suicidio. Queda su cuerpo colgado. Violencia y suicidio-homicidio, se prestan a sustituciones recíprocas porque están asociadas.

Un punto interesante que podemos destacar aquí son las “fiestas” que propone el padre en su casa. Ingresan a la casa “acompañado” por sus amigos, sin puertas que marquen diferencias entre el bar y la casa. Sobre esta ausencia de diferencias las fiestas mantienen características asociadas con violencia y conflicto. Observamos en el relato fílmico que cada una de las fiestas propuestas por el padre terminan en escenas violentas. En la primera, con la feroz paliza a Beth; la segunda con la violación; y la tercera con el suicidio de la hija. A partir de este punto, se podría pensar que Grace condensa la mayor violencia y simultáneamente su acto la ubica en el lugar de víctima que transforma un círculo repetitivo de violencia. Su cuerpo, mudo, es quien intermedia entre su madre y su familia de origen. Renueva y reformula los lazos con una historia escindida. La violencia que victimiza, el sacrificio de la hija, adquiere un papel generador de una transformación radi-

cal y posiciona los vínculos en otro campo. Se crea otro orden para el grupo. El entierro de Grace, simboliza un regreso a la tierra de la “gente” de su madre, pero para luego retornar recuperando ideales, “orgullo”, que posibilita una organización diferente. Este movimiento al mismo tiempo marca la exclusión del padre. Jake permanece con su familia de amigos en el bar, interrogándolos acerca de si puede ser amado. La autoexclusión y exclusión del padre redistribuye los lugares.

En la dramática escena final, cuando la madre se hace cargo de denunciar al violador delante del padre, queda en evidencia la transformación, con el suicidio de Grace, de la reciprocidad violenta de las relaciones en que estaban comprometidos ambos progenitores. Jake responde con furia vengativa. En el cuerpo del amigo violador venga la doble traición. La represalia, el odio que descarga en el cuerpo de quien lo traicionó responde también a que no contempla la posibilidad de un sistema institucional judicial, un orden cultural que condene. Patéticamente queda este hombre profiriendo amenazas en el aire, con un fondo de sirenas policiales, derrumbado, mientras Beth, asume la dirección de su familia y sabe a donde quiere dirigirse.

Una última observación: al inicio de la película aparece un poster de propaganda de Nueva Zelanda, al costado de una autopista. Parece aludir a un “paraíso”, perdido y congelado, que ha perdido significación. Cortadas las relaciones de sentido queda devaluado, como esta comunidad del “margen” de la autopista que describe el film. La violencia, que pudo caracterizar a lo antepasados de los maoríes, ahora es por “puro prestigio”, narcisismo de las pequeñas diferencias. La violencia ha perdido el papel que desempeñaba, en el ritual y el combate, que unificaba al grupo. “Gente con orgullo y espíritu” dice Beth al final, dirigiéndose a Jake “el pendenciero”, marcando una diferencia entre la violencia ritualizada y la violencia desarticulada de un sentido consensuado. Es en este sentido

que podría resultar productivo pensar la diferencia entre la violencia desimbolizada, aniquilante, de la violencia enmarcada en un orden simbólico.

### **Bibliografía**

- 1) Berenstein, I. *Psicoanalizar una familia*. Paidós. Buenos Aires. 1990.
- 2) Girard, R. *La violencia y lo sagrado*. Anagrama. Barcelona. 1995.
- 3) Laclau, E. *Emancipación y diferencia*. Ariel. Buenos Aires. 1996.
- 4) Lévi-Strauss, C. *Seminario. La identidad*. Ediciones Petrel. Barcelona. 1981.

## ***El amor y la furia.*** **Perspectiva desde el** **psicoanálisis de pareja**

**Cielo Rolfo \***

---

No se discute con el destino, o cedemos a  
sus poderes de fascinación o nos rebelamos.  
El reverso del destino es la conciencia, la libertad.  
Octavio Paz

Voy a articular lo visto, lo mirado en *El amor y la furia* con lo leído en algunos textos y con mi práctica clínica como paciente y analista de familias y parejas, sobre el trasfondo de los vínculos que me han constituido y me siguen constituyendo en mi historia de mujer, a lo largo de mi propia vida. Formación teórica, experiencia clínica e historia personal, tres ejes que sostienen mi identidad profesional.

El amor y la furia comienza con la cámara que se acerca y agranda la imagen de un lago, rodeado de vegetación y montañas bajas. Mientras la imagen se aleja aparece, en un costado, una inscripción: "Power" ("Poder"). Significante central por la significación que adquiere en la estructura y el funcionamiento del vínculo de esta pareja. No se sabe si es una foto de un afiche turístico o el fondo de la primera escena. Lo que sí se observa, rápidamente, es el contraste entre ese paisaje tranquilo, paradisíaco, imagen apacible y próspera del primer

---

\* Lic. en Psicología. Miembro Adherente de la A.A.P.P.G. Integrante del staff coordinador del Dpto. de Psicoanálisis de Pareja. Miembro Titular del Colegio de Estudios Avanzados en Psicoanálisis.  
Otamendi 656, 3º D (1405) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 983-4723.

mundo, con el bullicio de una vida que transcurre, tumultuosa, carenciada y miserable, al costado de una autopista, abajo de un puente, dentro de un auto abandonado. Contraste entre el desarrollo sociocultural y económico de una gran ciudad como Auckland y el movimiento de un grupo de maoríes que luchan y trabajan cotidianamente para integrarse y ser aceptados, para encontrar un lugar en dicho desarrollo, sin poder superar, totalmente, su marginalidad.

Las diferencias en las condiciones familiares, socioculturales y económicas, la discriminación racial, las luchas de poder entre distintos grupos se originan en ese macrocontexto. Condiciones sociales de producción del discurso violento que se reeditan en la comunicación, en los circuitos pulsionales y deseantes de la pareja. Diferencias de poder que tienen un origen social y que circulan en los intercambios discursivos y fantasmáticos entre Jake y Beth, como si volvieran a engendrarse en el espacio de este vínculo.

Jake se refiere, supuestamente, a su procedencia de una larga línea de esclavos Y a sí mismo (1): “¡Malditos esclavos!”... “Jake el pendenciero”...

Habla del origen aristocrático de ella y de la tribu maorí de la que Beth proviene. La llama: “Alteza real”. Pero también: “¡Maldita reina!”. “Los maoríes se creen mejores, se quedaron en el maldito pasado”.

Beth le responde: “Es nuestro pasado. Los nuestros también fueron guerreros, pero diferentes a los tuyos. Guerreros con maná (orgullo), con espíritu”.

“Eres esclavo del alcohol, de tus puños, de tu violencia”.

Entre los orígenes de la esclavitud en él y de la aristocracia en ella se generan diferencias de poder y desequilibrios en el mutuo reconocimiento narcisista, que potencian la irrupción del discurso violento.

En un trabajo anterior decimos (I): “Caracterizamos como violencia al ejercicio absoluto del poder de uno sobre otro, que queda ubicado en un lugar de desconocimiento, esto es, no reconocido como sujeto de deseo y reducido, en su forma

extrema, a un puro objeto. Consideramos a la violencia por su eficacia, la de anular al otro como sujeto diferenciado, sumiéndolo en una pérdida de identidad y singularidad que señala el lugar de la angustia”.

Analizo la violencia en el discurso de esta pareja, en los intercambios del lenguaje generados en el circuito vincular. “Se trata de un discurso a predominio verbal, aunque inclusivo, a la vez, de los elementos no verbales”. Lo enfatizo porque en esta película la gestualidad transcurre en medio de un desborde, casi constante, de agresividad y violencia. Maltrato físico y golpes que dejan marcas en el cuerpo y que nos pueden hacer olvidar que hay palabras que hieren y gritos que lastiman, tanto o más que las agresiones físicas.

Jake ejerce su poder maltratando corporalmente a Beth y desconociéndola como sujeto de deseo. Ella induce la violencia en el atacándolo verbalmente, con palabras hirientes, no reconociendo el valor de su imagen ante sus propios ojos.

*El amor y la furia*, como título de esta película, es un acierto (creo que el título original es *Una vez fuimos guerreros*). Porque da cuenta de la furia que se desencadena en un sujeto, a partir de su no reconocimiento narcisista, por el otro del vínculo.

Jake le reprocha a Beth: “El problema es que tú me contestas”.

Más adelante, la amenaza: “Apártate de mi camino o te mato. Te parto el cráneo”.

La presencia de Beth en su camino y que ella le conteste algo que él no espera escuchar, lo enfrenta a Jake con un sujeto diferenciado, con una singularidad deseante y parlante que él tiende a anular con su discurso violento.

Beth le confiesa: “Ese es el problema, Jake, te amo”.

Si el amor es parte importante de lo que funda y sostiene una pareja, es sobre todo su ausencia o su pérdida lo que constituye un problema. Para Beth, en cambio, amar a Jake

es un problema. Porque la somete a un vínculo donde predomina el odio por encima del amor, el sufrimiento por encima del placer. El rechazo por el otro, amado apasionadamente, puede llevar a elegir la muerte. En este caso la que se suicida es Grace, la hija adolescente.

Piera Aulagnier plantea que en el vínculo pasional asimétrico un sujeto sitúa al otro como objeto de necesidad, y a sí mismo como privado de lo que solamente ese objeto podría darle (II). El otro se transforma, pasa de objeto de placer a objeto de necesidad. Deja de ser elegido para ser necesitado. El sujeto sólo vive en la espera de ese otro, al que se idealiza y se le atribuye un “poder de vida”. Si pasa a ser condición de vida es, también, condición de muerte.

Final de la película: Beth rompe una parte de los pactos y acuerdos inconcientes de esta relación a predominio de violencia, de este vínculo pasional. Se separa de Jake. Le dice que no necesita lo que él le da.

El le contesta, a los gritos: “Vete al carajo con tus malditos guerreros, con tu maldito espíritu. Ya volverás, me necesitarás, vete”. Expresa la paradoja de esta pareja: el deseo de que vuelva para proyectar en ella su necesidad, el dolor, lo maldito. Y, al mismo tiempo, el deseo de que se vaya, porque ella le desencadena una violencia incontrolable, causa de desvínculo (III).

Propongo pensar la violencia como un eje central en la constitución de este vínculo. Beth cuenta que en su tribu recibió un honor, la nombraron: “Puhí de la marae, la más especial”. A los ancianos no les gustaba su novio. Su padre le dijo: “Cuando todo se vaya al diablo, volverás”. Ella prometió: “Pasara lo que pasare no volveré”.

Años después dice a su hija: “Era terca. Supe cumplir una promesa”.

Cada vez que Jake habla de su “Maldito pasado”, Beth le contesta: “Nuestro pasado”.

Más allá de las diferencias en el origen: la esclavitud de él y

la aristocracia de ella, hay un pasado que comparten. Ambos son maoríes.

Jake, por su linaje, está sometido a una concepción particular de los esclavos, que les impedía volver a su tribu: un dios, Atúa, los había castigado por haber violado algún tabú (1). Y Beth responde a un mandato superyoico tiránico, disfrazándolo de ideales, intentando transformar su terquedad en promesa (IV). El imperativo categórico que se autoimpone: “Pasara lo que pasare no volveré”, se parece demasiado a la voz brutal de su padre: “Cuando todo se vaya al diablo, volverás”, aunque en lo manifiesto cambia el: “volverás”, por: “no volveré”, la afirmación por la negación. En Freud la negación, bajo sus variadas formas, se presenta como una afirmación. Probablemente el cumplimiento de su promesa es una formación transaccional entre su deseo de no volver y la imposibilidad de volver, por un temor inconsciente a que “todo se vaya al diablo”. No debe haber sido fácil, para ella, abandonar su tribu después de haber recibido el honor de ser la más especial, la mujer más hermosa. Tampoco debe haber sido fácil quedarse, ocupando ese lugar de Reina, junto a su padre. Para poder irse se buscó un diferente, casi un opuesto. Alguien que, por momentos, parece tener “al diablo” en su cuerpo o convertirse en objeto de una maldición diabólica. Y alguien de quien se tiene que separar para poder quedarse en su casa, en la ciudad de Auckland, con su familia, deseosa de una nueva vida.

Quizás Jake buscó en Beth una nueva morada, una sensación de pertenencia. Y elevar su rango, adquiriendo alguna influencia, ya que consecuente y bueno no podía ser (1). En la escena final de la película, Jake se queda con su imagen por el piso, sentado en la calle, con sus propios gritos y el sonido de la sirena de la policía. Una imagen patética.

Quizás esta pareja que construyeron es obra de un castigo divino o de una maldición ancestral. Ambos están sometidos a mandatos superyoicos crueles, feroces, que se transmiten de generación en generación, y que permiten rastrear los eslabones de sus historias subjetivas y vinculares (V). Ambos soportan el peso de deudas y culpas con el origen. En él, por haber violado algún tabú (1). En ella, por ser sujeto de deseo inces-



tuoso, por elegir un novio no aceptado por los ancianos ni por su padre (2), por decidir irse de la tribu para no volver, por pretender ir más lejos, superar a sus antepasados (la meta de integrarse en la sociedad de Nueva Zelanda ellos no se la han propuesto, o no la pudieron alcanzar).

Si bien hay un pasado maorí que comparten, y ambos son esclavos, en parte tienen una posición diferente frente ese pasado.

Jake maldice, ataca y denigra el pasado de Beth, por no poder asumir el propio, quedando atrapado en una cadena de repeticiones, al servicio de la pulsión de muerte, de la irrupción de lo tanático. Ella, en cambio, valoriza su pasado y, por momentos lo idealiza. Se apropia activamente de él para poder heredarlo. Busca el sentido de su origen guerrero y desde allí intenta transformar el presente. Toma conciencia de que una parte de la cultura maorí con sus tradiciones, costumbres y rituales, mitos y leyendas, está dentro de ella, de su casa, de su familia.

Vuelvo al comienzo de la película: Grace, la hija adolescente, lee un cuento escrito por ella, en un cuaderno, a sus dos hermanos pequeños: Reihī era una taniwa, una criatura que cuidaba a la gente. Vivía en el fondo de un lago. Pasaba su tiempo cuidando una pared de jade para que detuviera el agua y ésta no cayera sobre la gente que vivía al borde del lago. Con su cuaderno de cuentos recorre diferentes momentos de la trama de esta película, como una línea central que insiste y se repite, como un hilo argumental: cuando se encuentra con su amigo que vive en un auto abandonado, al día siguiente de su violación, la noche que se ahorca colgándose de un árbol. Noche en la que Jake se enfurece, la tira al piso, le rompe su cuaderno. Cuaderno que va a ser reparado por Beth, sus hijos y el amigo de Grace, después de su suicidio.

Grace es hija de una pareja en la que predominan acciones violentas que pueden matar el funcionamiento psíquico o el cuerpo de uno, o de los dos sujetos del vínculo. Situación extrema que no ocurre en Jake ni en Beth, pero sí entre ellos, en su hija. Una vez más los efectos severos y mortíferos de la patología se potencian en la tercera generación. El suicidio de

Grace quizás no tiene tanto que ver con el deseo de morir, sino con no querer vivir exponiendo su cuerpo a la violación del “tío Bully”, siendo objeto de la violencia del padre que ataca su escritura, su sagacidad, su pensamiento (Jake le reclama: “...siempre escribiendo...”, “...demasiado sagaz...”). Finalmente Grace es la que se va “al diablo”, cumpliendo el mandato del abuelo paterno. Su suicidio introduce un corte, una separación, en esta pareja de la que Jake y Beth no se pueden separar, a pesar de que viven atacándose mutuamente y destruyendo el vínculo que los mantiene unidos.

Alguien me dijo, hace un tiempo: “Esta hija, matándose, la salva a su madre”. Palabras que quedaron resonando dentro de mí. Pienso el final de esta película como una última paradoja. Grace ofrenda su cuerpo para que el personaje central del cuento escrito por ella salga del fondo del lago y cobre vida. Para que su madre encarne una especie de Reihi, una taniwa. Una criatura que cuida a la gente que vive “al borde” del lago, a sus hijos, a su familia... Taniwa que Grace buscó y no terminó de encontrar, dentro de su familia ni en su entorno sociocultural, mientras estuvo viva.

## Bibliografía

- I) Rojas, María Cristina (Coordinadora); Kleiman, Sonia; Lamovsky, Liliana; Levi, Mirta; Rolfo, Cielo (Integrantes). “La violencia en la familia: Discurso de vida, discurso de muerte”, *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Nº 1 y 2, Tomo XIII, 1990.
- II) Aulagnier, Piera. *Los destinos del placer*. Ediciones Petrel, España, 1980.
- III) Berenstein, Isidoro y Puget, Janine. *Lo vincular*. Paidós, Buenos Aires, 1997.
- IV) Waisbrot, Daniel. “Orígenes del Superyo. La transmisión de un legado y su metabolización” (Ficha).
- V) Gomel, Silvia. “La transmisión en el contexto del psicoanálisis vincular”. *Revista de Psicología y Psicoterapia de*

*Grupo*, N° 1, Tomo XIX, 1996.

- Aulagnier, P.; Clavreul, J.; Perrier, F.; Rosolato, G.; Valabrega, J.P. *El deseo y la perversión*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.
- Corsi, Jorge. "El varón violento" (Ficha).
- Inda, Norberto. "El varón y la violencia conyugal" (Ficha).

## Las vicisitudes de la adolescencia en el escenario clínico

**Ona Sujoy (\*)**  
**Graciela Selener (\*\*)**

---

El despliegue de una sintomatología novedosa en la adolescencia ocupó, en la última década, prácticamente el escenario clínico y significó para los psicoanalistas especializados en el tema, un forzoso reconocimiento de la precariedad de sus modelos teóricos y la necesidad de reconsiderar su práctica técnica.

Sintomatología novedosa, no por desconocida, sino por la extensión e incidencia en la población adolescente.

Momento particularmente difícil para la psicopatología ya que el cambio del discurso social quiebra los puntales clásicos que sostenían los cuadros clínicos.

La clínica con niños y adolescentes surgió en la historia del psicoanálisis tratando de ser homologada al proceso analítico que se había instituido para los adultos.

En el tratamiento los padres eran considerados obstáculos

---

(\*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular y Co-Directora del Departamento de Grupos de Niños y Adolescentes de AAPPG. Austria 2215, 6to. piso (1425), Buenos Aires, Argentina. Tel. 805-5248.

(\*\*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular y Co-Directora del Departamento de Grupos de Niños y Adolescentes de AAPPG. Ciudad de la Paz 1450, 3ro. A (1426), Buenos Aires, Argentina. Tel. 783-8040.

para la instalación de los principios básicos en el desarrollo del proceso terapéutico.

La imposibilidad en la mayoría de los casos de sostener el análisis sin tomar en cuenta el peso de los factores intersubjetivos y el entorno particular del niño, hizo necesaria la reconsideración de la indicación terapéutica, del dispositivo implementado y del posicionamiento del analista.

Es así que los analistas de niños se vieron forzados a ser pioneros, aún sin una teoría elaborada, a trabajar con las figuras significativas en la vida del niño, no sólo a nivel de la fantasía, sino con la inclusión concreta en diferentes formas de los mismos en el proceso analítico. Esta visión de lo vincular implicaba una diferencia del análisis individual al que inicialmente se lo intentó practicar considerando a los padres como obstáculo en el desarrollo del proceso analítico y en especial de la transferencia.

Como analistas de niños y adolescentes siempre nos resultó natural el trabajo cara a cara, y la inclusión del cuerpo en el espacio analítico, así como la participación de los padres era insoslayable, dejando paulatinamente de lado el supuesto de considerar la necesidad del trabajo vincular como mera interferencia en el tratamiento.

Así como la clínica con niños y adolescentes tuvo que recorrer un camino de diferenciación, transformación y creación de un sostén teórico propio a partir del análisis con adultos, de la misma forma el trabajo en dispositivos multipersonales planteó diferencias teóricas y técnicas en relación al encuadre bipersonal clásico.

Se hizo necesaria la formulación de nuevas hipótesis para encontrar algún tipo de respuesta a los interrogantes que planteaba la clínica vincular y sus diferentes dispositivos y delimitar una práctica que requiere el desarrollo de un campo propio de despliegue, tanto conceptual como técnico.

Actualmente los desarrollos teóricos del psicoanálisis vincular han brindado una base de legitimidad a una práctica multipersonal, que permite conceptualizar "*supuestas trans-*

gresiones” al encuadre analítico tradicional.

### *Transformación cultural y procesamiento psíquico*

Estamos presenciando la propagación de síntomas que adquieren un matiz epidémico como aquellos expresados en el cuerpo en los casos de anorexia, bulimia y enfermedades orgánicas así como un amplio espectro de manifestaciones que podríamos denominar impulsiones, que remiten a expresiones de violencia, descontrol en general, adicciones y suicidio.

¿Cuál es la incidencia sobre la organización del aparato psíquico y qué funciones psíquicas demanda el procesamiento de esta cultura?

Los cambios en los valores, ideales y conductas que se vienen produciendo aceleradamente en la cultura en las últimas décadas, han impuesto al psicoanálisis ampliar el debate de su campo de estudios.

Existe una creciente preocupación en los psicoanalistas acerca de los problemas del narcisismo, el *acting out* y la declinación de la neurosis clásica, que corre paralela a las transformaciones sociales.

El resquebrajamiento del lazo social y sus consecuencias sobre la subjetividad, fueron problemas encarados desde otros campos de investigación. Ya Durkheim en 1897 fue el primero que percibió la importancia de una estructura social estable en la evaluación de la psicopatología del suicidio. Demostró que lo que él denominó “*suicidios por anomia*” tenían una relación inversa a la cohesión social y a la presencia de valores fundamentales. El incremento de los índices de suicidios durante períodos de prosperidad creciente o recesión, eran ambos atribuibles a la inadecuación de mecanismos psíquicos que metabolizaran cambios drásticos en las condiciones de vida. Querría decir que la excesiva estimulación que irrumpe en el aparato psíquico proveniente de un cambio social abrupto, quedaría enlazada con el concepto freudiano de situación traumática en la dificultad de procesar el exceso.

¿Cuáles serían, entonces, los efectos de la aceleración de estas transformaciones culturales en el adolescente actual? Partimos de la idea de que la organización del aparato psíquico y de la subjetividad, son el resultado de un entramado entre la historia libidinal e identificatoria y la cultura productora de sentidos.

Si bien hay valores generales impuestos por los conjuntos sociales, nos interesa precisar sus efectos en los adolescentes. En un sentido amplio diríamos que actualmente los valores y controles sociales vitales han sido erosionados por la fuerza de la acumulación de capital, la recesión, el desempleo, el debilitamiento del modelo familiar y la invasión de los medios masivos de comunicación que han dejado al adolescente carenciado de soportes sociales básicos y valores restrictivos que lo apuntalen.

La exigencia cultural de cambio constante debilita los soportes familiares dadores de identidad, y afecta la organización de la estructura identificatoria frente a la permanente presentación de modelos cambiantes. El ritmo de vida actual, la exigencia en la eficiencia y velocidad en la actividad laboral, la falta de proyectos perdurables y de ideales sociales compartidos, la difusión masiva de modelos de éxito difícilmente alcanzables afectan naturalmente las condiciones de la vida familiar y en consecuencia el tipo de intercambio que se establece en los vínculos entre padres e hijos y en los vínculos en general.

### *Aceleración del cambio cultural*

Queremos destacar aquí uno de los factores de predominio en la producción de subjetividad en la adolescencia, que es el relacionado con la aceleración del cambio cultural.

Por otra parte, la adolescencia en sí misma implica luchas significativas en el orden de la organización narcisista: un intenso trabajo identificatorio que establezca una nueva identidad, la fragmentación de los miedos, los intentos de mantener la cohesión a través de la actividad, la desidealización de los padres y el desplazamiento hacia otros ideales, el miedo a

quedar fusionado en la intimidad y muchas otras crisis que deben ser enfrentadas y reinscriptas para lograr la recomposición del mundo imaginario y simbólico desarmado por la eclosión puberal.

La permanente presentación de modelos cambiantes desde la cultura afecta precisamente la organización de la estructura identificatoria, punto central del trabajo psíquico en la adolescencia.

En la pubertad y especialmente en la adolescencia, el trabajo psíquico se centra en el logro de la autonomía así como en el reapuntalamiento del narcisismo. Se debe nutrir de objetos que, si pueden interiorizarse, darán lugar a nuevas identificaciones, estableciendo con ellos un intercambio narcisizante que se integrará en el tronco identificatorio.

La aceleración característica que siguen los procesos mentales en la adolescencia, el ritmo cambiante y rápido de pasaje de un objeto a otro en la búsqueda de referentes que avalen la identidad y promuevan el alejamiento de los objetos amorosos infantiles, se ven dificultados por la carencia de pilares culturales que sostengan un sentimiento de estabilidad y continuidad, de contención desde el afuera de los procesos internos de cambio.

Un exterior en permanente transformación que coincide con la particular velocidad del trabajo psíquico en esta etapa va a determinar una modalidad diferente de procesamiento de la descrita clásicamente para la adolescencia. La perturbación en la metabolización e incorporación en el tronco identificatorio de modelos provistos por los medios de comunicación que son velozmente sustituibles, y por otra parte los ya mencionados modelos familiares debilitados, producen un doble campo crítico que genera en el adolescente una tendencia a la cristalización del objeto externo como sustento o soporte de su narcisismo.

### *Medios de comunicación y trabajo psíquico*

En este sentido es importante destacar el lugar que ocupan



en el trabajo psíquico adolescente los medios de comunicación masivos como la TV, las comunicaciones a distancia a través de computadoras, y todos aquellos desarrollos que brinda la tecnología actual, que transgreden el espacio cotidiano generando en niños y adolescentes fantasías en relación a ver, penetrar y sentir el entorno.

Esta intrusión de personajes, modelos de vínculos e identidades ideales que se exhiben desde una pantalla, fuerzan procesos identificatorios sustitutivos, a la manera de seudo-identificaciones que se constituyen en una base que sostiene los intercambios entre pares. Estos procesos identificatorios sustitutivos deben diferenciarse de los modelos de identificación directos que toman al modelo real, vivo, en un vínculo donde los cuerpos están presentes.

Los personajes televisivos y sus valores se instalan así, gracias a la masividad de su estimulación en el espacio interpersonal, ya que sirven de intermediarios en los vínculos que establecen los adolescentes, brindando una seudopertenencia y un seudoreconocimiento con los otros que comparten los mismos emblemas.

La intensidad del estímulo solicita la potenciación de la pulsión escópica. Se incrementa la necesidad de verificar la propia existencia, ya que los puntales internos de la identidad están debilitados frente a la fuerza de las demandas externas.

Si aquello que no se hace público, que no se exhibe, no reviste carácter de existencia en esta cultura, entonces, el ser para otro o a través de la significación de un otro debe poseer una cualidad real en el mundo externo. Apropiarse del disfraz de la existencia puede ahora realizarse, asumiendo los emblemas que ofrece la imagen de la pantalla, para luego exhibirse con ella en intercambios que confirmen su legitimidad.

Glasser señala que cuando el individuo toma como modelo de su conducta o sus actitudes las del objeto, sin ninguna modificación en la estructura del *self*, lleva a cabo un acto de seudoidentificación al que denomina "*simulación*", y hace hincapié en la dificultad clínica de distinguir una estructura constituida sobre la base de identificaciones, de otra basada en

simulaciones.

La acción de la TV requiere pasividad en el espectador; el andar veloz carece de rumbo en el adolescente, “*no sé dónde estoy parado*”, es un comentario habitual, el valor del hacer y del azar reemplaza el pensar, prevalece el culto a un tiempo presente, al consumo como valor máximo.

Diríamos entonces que habría un efecto al estilo del trauma por el cual cada adolescente procesa en base a su propia historia libidinal el exceso de estimulación provocado por su medio. Todo este trabajo psíquico le exige al adolescente nuevos esfuerzos defensivos.

### *Los psicopatología adolescente*

¿Es lícito pensar que las características de esta estimulación producen patología o hablaríamos de distintos mecanismos por los que procesa la cultura de época coincidentes con algunos funcionamientos de los cuadros perversos?

La cultura provee el argumento, el disfraz y la coreografía. Pero no podríamos con los datos clínicos actuales afirmar que esta cultura genera cuadros perversos sino que diferentes estructuras ven potenciadas sus manifestaciones a través de mecanismos al modo de las perversiones sin que esto implique hablar, por ejemplo, de una generación perversa por el privilegio en la utilización de defensas como la desmentida, desplazamiento, etc.

El mirar y ser mirado característico de esta generación adolescente denominada por ellos mismos “*histeriquear*”, despliega en realidad un exceso de erotización del cuerpo no genital y a la vez una inhibición de la sexualidad genital. El cuerpo exhibido es un lugar de veneración narcisista y objeto de todas las seducciones, pero también sede de grandes sufrimientos.

Son bien conocidos los esfuerzos de los adolescentes por tener cuerpos esbeltos y seductores, cargados de excitaciones que no se descargan. Dicho “*histeriqueo*” requiere una permanente búsqueda de nuevos objetos a ser seducidos ya

que este camino resulta ineficaz como escape del vacío. El exhibicionismo y voyeurismo propios de estos vínculos no revisten la intensa actividad fantasmática de la histeria como se hace evidente en los lugares habituales de encuentro, por ejemplo, las discos. No se produce la investidura sobre un otro diferenciado cuya existencia sea reconocida.

La captación en una situación imaginaria que induce a la pasividad en el adolescente –como sucede en la fobias– es una experiencia que está en relación a procesos de identificación en un momento en el que la trama relacional se encuentra debilitada por la fragilidad de los puntales sociales y la oferta de modelos imposibles publicitados desde los medios.

Estos son los adolescentes que no se animan a relacionarse con el otro sexo o les cuesta decidir una carrera o iniciar un trabajo. Adolescentes que parecen refugiarse en la latencia como forma de reforzar la dependencia con los padres y frenar el proceso que los enfrente con el paso del tiempo, la identidad sexual, la castración y la muerte.

La parálisis del deseo, el aburrimiento y el tedio que pueden parecer cuadros depresivos, reflejan un intento de aislamiento que sirva como cobertura del vacío. Es así que se produce fácilmente una confusión de la *tristeza* con el *aburrimiento*.

Uno de los modelos de escape más promocionados por los medios, es el de la equiparación de la *excitación* con la *alegría*.

Son los típicos “*buscadores de adrenalina*”: para éstos la necesidad básica es la excitación constante, derivada de la transgresión y el riesgo, las caminatas por la cornisa del vacío, el desafío omnipotente y mortífero.

Buscar la adrenalina es llevar a cabo un ideal omnipotente que cumpla con ciertos lemas: “*No hay que quedarse con las ganas*”; “*El éxito depende de la acción inmediata y no de la reflexión*”; “*El tiempo no existe, el tiempo es hoy*”; “*Todo lo que hago es divertido*”; “*No quiero pensar*”.

El ideal, entonces, se centra en un individualismo a ultranza

para el que la búsqueda del placer inmediato sería su fundamento. Los modelos que se transmiten a través de los medios marcan una cultura que anestesia determinados valores e impone otros. Toda norma que se establece lleva implícito simultáneamente el modelo para ser transgredida a partir de elementos que la misma cultura ofrece.

No nos sorprende entonces que el peso de la percepción quede centrado en el exterior del sujeto sosteniendo una búsqueda de referentes que operen como reguladores del equilibrio narcisista. La prevalencia de la exterioridad y los procesos en superficie ocupan así una posición central en el trabajo psíquico.

### *Incumbencia del objeto*

Uno de los efectos del ritmo de aceleración de los cambios culturales en los procesos constitutivos del aparato psíquico, se ve reflejado por datos de la observación clínica en adolescentes que desarrollan una máxima dependencia de los objetos externos quedando éstos ligados en una relación de superficie, impidiendo la interiorización de los mismos.

Como planteamos anteriormente, esta perturbación en la metabolización e incorporación en el tronco identificador genera una cristalización del objeto externo como sustento o soporte de su narcisismo.

La hiperestimulación de modelos cambiantes que promueve esta cultura de los medios y la masificación requiere del aparato psíquico, la construcción de identificaciones particulares que permitan su disolución y rápido reemplazo por nuevos modelos que se proponen constantemente en el medio. Los pasos del proceso representacional, las ligaduras que son necesarias para desarrollar la formación de objetos internos sólidos y permanentes adquieren una notable fragilidad llegando incluso en algunos casos a no producirse.

Estos adolescentes presentan así un grado intenso de vulnerabilidad, que lleva a cercenar funciones de traspaso de la experiencia vincular a la construcción representacional en

aras de sostener una adhesión fluctuante a objetos externos que se constituyen en únicos garantes y soportes de su identidad.

En la adolescencia actual lo vemos plasmado en los cuadros de características a predominio de las impulsiones como en la anorexia, bulimia, adicciones, descontrol y violencia.

La conducta adolescente con estas características nos remite a pensar un funcionamiento mental caracterizado por actitudes de denigración de sus objetos internos, frecuentemente ligada a la analidad, así como al sentimiento de vacío y de insignificancia.

La posibilidad de descarga y de acción de la sobreestimulación producida ya sea por exceso o por defecto, durante el primer año de vida se vehiculiza por expresiones corporales, que los pediatras suelen detectar a través de la reiteración de enfermedades orgánicas en esta temprana etapa. Del mismo modo la expresión vía la acción en el adolescente nos recuerda la modalidad del niño entre un año y medio y dos años que se manifiesta violentamente cuando el lenguaje no se ha instalado como mediador y función de descarga. La ausencia de significantes verbales precipita la acción vía el polo motriz.

Cuando el proceso de pensamiento no se sustenta en una actividad generadora de argumento psíquico que se apoya en la adjudicación de palabra, la descarga pulsional se produce en la acción quedando desligada del afecto y de cualquier contenido representacional. Es imposible detectar motivación o argumento psíquico en juego quedando depositado en el objeto externo la capacidad de ser el único dador de sentidos.

### *Metabolización de la experiencia*

Sería necesario redefinir los mecanismos psíquicos actualmente solicitados en la metabolización de la experiencia para evaluar la estimulación de la cultura actual en la producción de patología.

La cultura es productora de sentidos y los sujetos tienen

diferentes formas de apropiación de esos sentidos. Una alternativa distinta de producción de subjetividad no invalida la permanencia de los mismos enigmas a develar: la fratría, la muerte, la sexualidad y los orígenes. Estos siguen siendo los ejes que atraviesan la existencia.

Hemos observado que muchos adolescentes no pueden enfrentar estos intensos cambios, y están dificultados de unir las representaciones de palabra con los afectos correspondientes; esta dificultad genera trastornos en el pensamiento.

Surge entonces la acción como modo de evitar el pensar y el ideal suele ser romper con el reconocimiento del deseo y del dolor por las pérdidas.

La cultura de la inmediatez promueve la excitación y la descarga a través de la acción. Las emociones sin anclaje, libres, sin elaboración dan lugar a desasosiego y ansiedad imponiendo la búsqueda de una salida rápida que evite la angustia.

Algunos adolescentes intentan armar omnipotentemente su propia imagen, basándose en un deseo de perfección asociado a una verdad clausurante de la angustia de castración.

La imagen estética se convierte en un baluarte narcisístico que oculta diferencias e imperfecciones. Situación paradójica ya que en cuadros agudos de anorexia o bulimia, el control omnipotente de la comida, utilizada como objeto fetiche que satisface el deseo, puede llevar inexorablemente a la muerte.

Tal como planteamos anteriormente, el desarrollo de la sociedad y la familia actual favorecen el establecimiento y la expresión de vulnerabilidad y de conductas de dependencia adolescentes. Se debilitan los límites que diferencian los sexos y las generaciones, y de esta manera, crecen los efectos de especularidad.

Las conductas actuadas toman el lugar del trabajo psíquico, intentando llenar el vacío representacional justamente en la adolescencia, momento que exige una ardua tarea de ela-

boración necesaria para la expansión del yo y la autonomía, recorrido que se realiza a través de los procesos de identificación, que reemplazan la dependencia de los objetos tempranos.

Las conductas adolescentes relacionadas al dominio del actuar, generan un estilo relacional con los objetos en el intento por recuperar la situación traumática del vínculo infantil con los padres.

La acción en relación al propio cuerpo, o la descarga violenta hacia el afuera evitan el procesamiento simbólico necesario para la emergencia de la subjetividad, y ocultan una historia relacional que aunque difícil es posible indagar.

En los cuadros patológicos se observa este funcionamiento, ya no como recurso defensivo sino como resultado de la ausencia de las funciones de base que no se han desarrollado.

Es aquí donde el protagonismo del otro significativo adquiere mayor relevancia.

Este protagonismo puede ser caracterizado por el grado de incumbencia del objeto en las etapas de formación de las funciones:

- a) Ausencia del objeto.
- b) Pobreza del objeto significador.
- c) Cualidad de exceso del objeto.

Cualquiera de estas situaciones van a producir perturbaciones en el armado del aparato psíquico, siendo una de sus principales consecuencias, la dilución o fragmentación de los bordes protectores del aparato.

Por ejemplo, en el caso de la bulimia la adolescente hace jugar a un objeto exterior, el alimento, el papel del objeto interno caracterizado por la ausencia y deterioro, sobre el cual desarrolla una conducta activa de dominio que no puede realizar con el objeto interno. Este comportamiento tiende a desmentir la castración.

La metabolización remite a la pérdida del objeto así como a una fusión que borra los límites.

Estas adolescentes revelan un vínculo muy dependiente de los objetos externos, que son los que regulan su narcisismo y lo sostienen, marcando la fragilidad de su mundo interno y la primacía de la exterioridad.

Igual que en la bulimia, los trastornos anoréxicos de alimentación denotan una relación especial con el alimento y su propio cuerpo, reflejando que la pérdida del objeto puede sumergir en la desorganización. El trabajo de interiorización enfrenta con las faltas y pérdidas, situación evitada por el control del estado de necesidad.

En realidad desean fuertemente al objeto pero temen ser invadidos por él.

Detrás de esta conducta sintomática hay personalidades con un equilibrio narcisístico muy frágil y especiales modalidades de vínculo con el objeto.

El deseo es acceder al ideal de completud, la posibilidad es no desear desmintiendo la falta.

Como señala André Green, *“la anorexia sin duda alguna, la bulimia más indirectamente testifican la misma terca voluntad de no ser”*.

*“Como si su fantasía quisiera frenar a cualquier precio la sexualización de su cuerpo, de sus relaciones de objeto apelando a la omnipotencia de un narcisismo negativo”*.

### *Organización vincular predominante*

Las características de aceleración del cambio tanto psíquico y corporal como social y cultural obligan al yo a producir maniobras de construcción de un filtro que lo defienda de la sobreestimulación. Hemos descrito dos modelos de conducta perturbada de alta incidencia en los últimos años. Observamos la defensa y la canalización de la estimulación inclinándose actualmente hacia la organización predominante de dos



polos:

**a)** Tendencia a la homogeneización caracterizado por la pertenencia a grupos de pares que nivelan y diluyen las diferencias individuales a condición de otorgar emblemas que sirven como soportes identificatorios. La búsqueda del otro en estos grupos se centra en el reaseguro y posesión identificante por el “efecto-clonal” resultante de este tipo de vínculo.

Conductas violentas y de rechazo a toda otra ligazón social que implique aceptación de diferencias, así como desarrollo de códigos y emblemas de reconocimiento que refuerzan la pertenencia.

**b)** Tendencia al individualismo caracterizado por la búsqueda de la satisfacción inmediata, anestesia en los afectos y mantenimiento de vínculos en umbrales mínimos de intercambio.

Las manifestaciones de aislamiento son en estos casos producto del rechazo a la aceleración de los cambios y la hiperestimulación que generan.

Logra así el adolescente, a partir de la clausura del espacio intersubjetivo, la garantía de conservación de su mundo interno.

Retraimiento, evitación del contacto con el afuera, cansancio, aburrimiento, desasosiego, descontrol o apatía general cubren un amplio espectro de síntomas propios de la adolescencia, que observamos potenciados en la actualidad ya que sirven también a la defensa contra el exceso de estímulos del exterior.

Pero también con frecuencia dichas características de esta etapa cubren y confunden cuadros de estructura patológica. Muchos casos de suicidio adolescente han sido producto de severas depresiones o del inicio insidioso de esquizofrenias que pasan así, desapercibidas. Del mismo modo las adicciones pueden inclinarse a uno o a otro extremo de expresión.

Ambos polos de resonancia (ya sea tendiendo a la homo-

geneización o bien hacia un individualismo a ultranza) delatan procesos de base que intentan constituirse en *sistemas adiabáticos* (1) para los que el control y supresión de los intercambios con el afuera se instalan en el centro operativo de los procesos de conservación del patrimonio interno.

### *¿Qué tipo de intervenciones demandan las problemáticas actuales?*

Hemos mencionado la mayor incidencia en las consultas con adolescentes, un espectro de sintomatología que configuran cuadros clínicos caracterizados por el predominio de una organización mental que presenta déficit en el proceso de simbolización y de construcción de argumento psíquico y tendencia a la descarga pulsional inmediata. Cuadros como anorexia, bulimia, enfermedades orgánicas, violencia, descontrol en general, adicciones y suicidio.

Vamos a considerar como intervención a los múltiples recursos operatorios que el analista debe implementar para construir un dispositivo que resulte apto y brinde ciertas garantías de sostén en el proceso terapéutico tomando en cuenta las características específicas de estos cuadros.

Pensamos como intervención tanto al proceso diagnóstico, a la indicación terapéutica, a las consultas con otros profesionales que atienden al paciente, al trabajo con los padres como a las más específicas del analista en el dispositivo analítico indicado: verbalizaciones, función apuntalante del dispositivo, interpretación, acción de freno de las descargas directas.

Toda intervención busca promover el trabajo de ligadura que amplíe el campo representacional del adolescente y avale la construcción simbólica en la trama vincular.

La indicación terapéutica ya es una intervención que señala el foco del trastorno, ubica una hipótesis de su causa y aporta una significación al síntoma y su ensamblaje en la trama vincular del paciente.

La indicación es también un acto que define un campo de operatividad y delimita espacios de incumbencia al despliegue vincular.

Los efectos sobre el entramado vincular serán muy distintos si se indica un tratamiento individual para un niño o bien un dispositivo grupal de trabajo paralelo con los padres o terapia familiar o análisis vincular madre-hijo, etc.

El dispositivo indicado afecta y moviliza el sistema de representaciones de cada uno de los componentes de la familia ya que los instala en un lugar que define su función. Y señala su implicación en la problemática.

La indicación es y debe ser trabajada como una intervención que produce efectos difíciles de predecir ya que activa los anudamientos originarios que sostienen la sintomatología.

El adolescente busca y necesita naturalmente de sus pares para el sostén, reflejo y obtención de aquellos elementos que provean al procesamiento de esta etapa de la vida. Es así que el dispositivo grupal aporta un modelo válido sustentado en las necesidades del trabajo psíquico adolescente.

### *Grupos terapéuticos*

Los que trabajamos con grupos terapéuticos de adolescentes conocemos bien la tendencia a la acción en esta fase del desarrollo y sabemos que la interpretación en momentos de desborde actúa potenciando la descarga.

El analista necesita ejercitar la contención y la limitación que ya no la pensamos como una intervención pedagógica y cercenante, sino ineludible terapéuticamente porque de otro modo, el dispositivo se transforma en un espacio de acción libre que no permite el desarrollo, enriquecimiento y diferenciación del argumento psíquico.

Verbalizar las acciones, ejercer un acto de corte así como llegar a suspender una sesión de grupo, son funciones que el analista de adolescentes implementa en aras de preservar y

garantizar tanto el dispositivo analítico como el mundo interno de cada adolescente.

La jerarquía o peso de las intervenciones de los pares es un aspecto relevante en el psicoanálisis de grupo con adolescentes.

En ellos el trabajo de interpretación es multidireccional y está vinculado con el proceso representacional propio de la elaboración psicoanalítica.

La interpretación apunta a una tarea de ligadura, en la que participan tanto el terapeuta como los miembros del grupo. Si bien la palabra del terapeuta tiene una connotación de calidad diferenciada ya que ocupa un lugar distintivo en el conjunto, el aporte interpretativo de un integrante hacia otro liga significaciones en un nivel de paridad, que permite una receptividad con menor grado de resistencia que hacia el adulto-analista.

El transporte de la significación otorgada por un otro demanda en cada paciente una actividad de transformación propia que pone en marcha un proceso decisivo en el desarrollo del pensamiento.

El impacto de la intervención de un par en el mundo representacional propio, introduce un factor de significación que hace ineludible la puesta en marcha de mecanismos de respuesta a ese estímulo que pueden tender a la ligazón o a la desligadura.

Los otros del grupo aportan la posibilidad de imaginarizar, a la manera del juego poniendo palabras allí donde no las hay, permitiendo a través de la intersubjetividad prestarle al sujeto algo que le es inaccesible: el trabajo de ligar y transformar.

Las intervenciones de los miembros de un grupo, ya sea a través de la palabra, o expresado en un acercamiento directo favorecen el armado de representaciones antes inexistentes.

Sabemos que en todo encuentro relacional se intenta repetir vínculos anteriores, pero todo nuevo encuentro aporta algo

desconocido, a la manera de lo que Piera Aulagnier define como “*creación relacional*”. Es así posible que se despliegue en la escena fantasmática aquello que no tenía representación para el psiquismo del sujeto, instrumentando un proceso de construcción que permita ligar a través de la interpretación y por medio de la palabra, bordeando el despliegue pulsional e historizando el vínculo.

La posibilidad de construir una historia que pueda ser semantizada aporta sentido al sujeto adolescente, y le permite un trabajo de significación en el develamiento de síntomas o de otras formaciones del inconsciente en lugar de cristalizar los vínculos en la exterioridad del objeto, en lo inmediato y en la acción.

Es necesario el despliegue de un campo representacional, construcción creativa a la que aportan tanto los miembros de un grupo como el terapeuta, para que el plano de la simbolización pueda luego desarrollarse.

El dispositivo grupal tiene una función simbolizante y transformadora en el psiquismo del sujeto quien puede encontrar en las palabras del otro el significante que le faltaba.

También debemos destacar el factor obturante que pueden proveer las intervenciones de los otros cuando se potencia el efecto espejador en el grupo. Muchas veces la supuesta intervención interpretativa de un paciente a otro, no es sino una forma de cubrir imaginariamente el vacío y brindar una sensación de completud que frena el fluir representacional.

Cuando el lugar de la ausencia, de la falta, no encuentra un espacio de reconocimiento perturba el camino de búsqueda de significantes que es la base de la producción del pensamiento.

De esta manera la intervención del otro, en el campo escénico grupal puede operar como intrusión obturante o bien prestar significantes válidos para el trabajo elaborativo de transformación y transcripción.

## Notas

- (1) **Adiabático:** Término utilizado en física para denominar un sistema caracterizado por el aislamiento y ausencia de intercambio de calor o energía con el medio que lo rodea.

## Bibliografía

- Aulagnier, Piera. "Construir (se) un pasado". *Revista APDEBA. Adolescencia*. 1991, Volumen XIII, N° 3.
- Didier, Houzel. "Interpretación: Metáfora o Analogía". *Revista de APDEBA*, Volumen XV.
- Glasser, M. "La identificación y sus vicisitudes, tales como se observan en las perversiones". *Revista de Psicoanálisis*, No 5. Tomo XVII 1985.
- Green, André. "El adolescente en el adulto". *Revista de Psicoanálisis, Niñez y adolescencia, APDEBA*, Volumen XV No 1, 1993.
- Freud, S. "El malestar en la cultura". *Obras completas*. Editorial Amorrortu.
- Jeammet, P. "Las conductas bulímicas". *Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes*. No 5-1993.
- Jeammet, P. "Trastornos de las conductas alimentarias". *Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes*. No 6-1993.
- Kaës, René. "El grupo y el trabajo del preconciente en un mundo en crisis". *Revista AAPPG*, No 1, 1996, Volumen XIX.
- Lipovetsky, G. *La era del vacío*. Ed. Anagrama. 1986.
- Nasio, J.D. *El dolor de la histeria*. Editorial Paidós. 1993.
- Selener, G. y Sujoy, O. "Psicopatología Vincular". 1ras. Jornadas Nacionales de FAPCV. Mendoza. Mayo 1993.
- Selener, G. y Sujoy, O. "Los buscadores de adrenalina". "Efectos del vacío en la adolescencia". 11vas. Jornadas Anuales AAPPG. Octubre 1995.
- Selener, Graciela. "De lo impensable a lo pensable. El espacio imaginario del grupo: Un sueño imposible". *Revista AAPPG* No 1, 1994, Volumen XVII.
- Sujoy, O. y Selener, G. "La aceleración del cambio cultural y sus efectos en los adolescentes". XII Congreso FLAPAG, Nov. 1996.
- Sujoy, O. "Patologías del fin de milenio". Congreso Flapag,

1994.

## Resumen

*Este trabajo explora las características de la adolescencia actual destacando algunos de los factores de predominio en la producción de subjetividad, así como aquellas funciones mentales que el procesamiento de esta cultura solicita al trabajo psíquico adolescente.*

*Se analiza la incumbencia del objeto en relación a perturbaciones en la metabolización e incorporación del mismo al tronco identificadorio.*

*Finalmente, se señalan las intervenciones del analista, reflejo del viraje que han tomado las demandas de las problemáticas actuales.*

## Summary

*This Paper explores the characteristics of present-day adolescence and highlights some of the predominating factors in the production of subjectivity, as well as those mental functions that the judgement of this culture requests form adolescent psychic work.*

*The incumbency of the object is analyzed in relation to perturbations in the metabolization and incorporation of this same object into the identifying trunk.*

*Finally, the interventions of the analyst are pointed out, a reflection of the change of direction that the demands of current problems have taken.*

## Résumé

*Ce travail explore les caractéristiques de l'adolescence actuelle en mettant en relief quelques uns des facteurs prédominants dans la production de subjectivité, ainsi que les fonctions mentales que le traitement de cette culture sollicite au travail psychique adolescent.*

*Les auteurs analysent la compétence de l'objet par rapport aux perturbations au niveau de la métabolisation et de l'incorporation de celui-ci au tronc identificateur.*

*Finalement, elles soulignent les interventions de l'analyste, reflet du tournant pris par les demandes des problématiques actuelles.*

## **La transmisión de la vida psíquica entre generaciones: aportes del psicoanálisis grupal**

**René Kaës (\*) (\*\*)**

---

El interés suscitado desde hace algunos años por la transmisión de la vida psíquica entre generaciones evidencia la tentativa de elaborar la crisis multidimensional que afecta hoy a los fundamentos y a las modalidades de la vida psíquica: estructuración del aparato psíquico, procesos y formaciones del inconsciente, identificaciones, dispositivos de representación y de interpretación. Crisis en la inteligibilidad de los sufrimientos y de las organizaciones patológicas, en parte suscitadas y sin duda sostenidas por las profundas transformaciones de las relaciones sociales y culturales cuyas estructuras se han vuelto opacas e inciertas; crisis en los dispositivos de tratamiento, y por consiguiente en las condiciones del conocimiento de la vida psíquica misma.

En todas las dimensiones de esta crisis, la cuestión de la precedencia del otro y de más de un otro –de algunos otros– en el destino del sujeto insiste como una especie de desafío a dar cuenta de la vida psíquica a partir de los únicos límites de lo que la determina de manera interna: la cuestión del sujeto se define cada vez más necesariamente en el espacio inter-

---

(\*) Conferencia dictada por el Dr. René Kaës en julio de 1997 durante su visita a Buenos Aires.

Profesor en Humanidades, miembro del Centro de Investigaciones Clínicas sobre las Formaciones Intermediarias, Universidad de Lyon II. Francia 12, Quai Jules Courmunt 69002, Lyon, Francia. Corresponsal de esta revista en Lyon.

(\*\*) Traducción: Lic. Mirta Segoviano.



subjetivo, y más precisamente en el espacio y el tiempo de lo generacional, de lo familiar y de lo grupal, allí donde precisamente “el yo puede advenir” –según la formulación de P. Aulagnier– o fracasa en constituirse.

¿Qué es lo que me viene del otro, que me es transmitido y que yo transmito –o transfiero–, a lo que sirvo, de lo que me beneficio o que me arrasa, de lo que puedo o no llegar a ser heredero? Y lo que me viene de algunos otros, ¿cómo reconocer entre lo que yo les imputo a causa de la realidad psíquica que me lleva a imputárselos, y lo que, imponiéndose desde ellos a mí organiza, en esta realidad psíquica compartida, mi propia subjetividad? ¿Qué exigencias de trabajo psíquico impone a sus protagonistas aquello que es transmitido? El debate se inscribe en el centro de las ineluctables oscilaciones entre la ilusión individual, que sostiene la fantasía de una autoproducción de sí mismo, cuando no de una autarquía de la vida psíquica, y la ilusión grupal, en la que se sostienen mutuamente sus sujetos imaginándose coincidir en un espacio perfectamente complementario y en una causalidad de engendramiento recíproco.

### *1. El debate sobre la transmisión en el psicoanálisis*

La apuesta de este debate es contemporánea del nacimiento del psicoanálisis mismo. Quisiera recordar una vez más algunos aspectos del interés de Freud por la transmisión de la vida psíquica, ya se trate de la cuestión recurrente de la transmisión de la neurosis o de aquélla, más general y especulativa, de la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. La primera insiste en las dificultades de la cura: desde este interrogante suscitado por la clínica psicoanalítica, la cuestión de la transmisión es inmediatamente indisociable de la de la transferencia. La segunda se expresa en la hipótesis de la transmisión filogenética, solución que Freud mantendrá mucho más allá de su utilidad especulativa, y esta misma insistencia señala hasta qué punto la cuestión de la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones y entre contemporáneos tiene en él un alcance epistemológico general: una preocupación constante por reconocer el trasfondo intersubjetivo de la vida psíquica individual.

Señalaré brevemente algunos aspectos de este interés, de tal modo que los aportes contemporáneos a la transmisión de la vida psíquica muestren su dimensión y permitan reconocer la continuidad y los obstáculos de la herencia. En *Tótem y tabú*, Freud distingue entre la transmisión por identificación con los modelos parentales y la transmisión genérica, constituida por las huellas mnémicas de las relaciones con las generaciones anteriores. El primer proceso se relaciona con la historia, el segundo con la prehistoria del sujeto. En la prehistoria hay que incluir la transmisión de los objetos perdidos por quienes nos precedieron y que nos son transmitidos aún parcialmente en duelo. También podemos incluir allí los significantes preformados que nos preceden, y particularmente los significantes congelados, enigmáticos, brutos, sobres los cuales no se ha operado un trabajo de simbolización.

*Introducción del narcisismo* pone el acento en las inversiones y los discursos de anticipación, es decir en las designaciones de lugar y de predisposiciones significantes en el proceso de la transmisión: el *infans* es el depositario, el servidor y el heredero de los sueños de deseos irrealizados de los padres; a él toca tomar lugar y sentido en estas predisposiciones que lo preceden, que lo violentan, pero que son las condiciones de su concepción propiamente psíquica.

En *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud nos muestra cómo se efectúa el pasaje de un objeto "individual" a un objeto devenido común para todos los miembros de una institución: lo que se transmite es transmitido esencialmente por la vía de las identificaciones. Este proceso implica otro: el abandono de los ideales individuales y la puesta en su lugar del ideal del yo de un *otro*, el objeto ideal común que liga a los miembros de un grupo o de una institución en sus identificaciones imaginarias mutuas. Freud propone un ejemplo notable de este proceso en lo que propuso llamar *el efecto Holofernes*: cuando el general del ejército asirio es decapitado por Judith, uno de los soldados grita: "El general ha perdido la cabeza" y todos se dispersan. El pánico se produce en el desagrupamiento súbito de las identificaciones y de las formaciones del ideal que las sostienen, cuando la escena de la fantasía se paraliza y faltan las representaciones de las palabras para pensar su apuesta.

Todas estas preocupaciones –como vemos, de origen–, refuerzan la pertinencia del concepto de *transmisión* cuando se trata de dar cuenta de la realidad psíquica que se transporta, se desplaza o se transfiere de un sujeto a otro, entre ellos o a través de ellos, o en los vínculos de un conjunto, ya sea que en este pasaje la materia psíquica transmitida se transforme o permanezca idéntica. En el léxico y la conceptología freudiana, la cuestión de la transmisión es expresamente homologada como una dimensión capital, pero todavía ampliamente por construir, de la problemática psicoanalítica. (1)

Las proposiciones de Freud son esencialmente especulaciones y observaciones empíricas; permanecieron mucho tiempo sin ponerse a prueba en la medida en que no estuvieron disponibles dispositivos adecuados, diferentes al de la cura individual, pero establecidos a partir de los requisitos del dispositivo *princeps*.

La instalación de nuevos dispositivos derivados del paradigma metodológico de la cura individual se inscribe precisamente en ese proyecto de poner a prueba, es decir de contribuir a validar o a rebatir las hipótesis de Freud sobre la transmisión psíquica, así como aquellas que, después de él, fueron elaboradas a partir de la situación de la cura psicoanalítica clásica. Estos nuevos dispositivos metodológicos (psicodramas psicoanalíticos, análisis y psicoterapia psicoanalítica de grupo, psicoterapia familiar psicoanalítica), están dispuestos en función de fines congruentes con nuevas configuraciones de objetos psíquicos (parejas, grupos, familias). Hoy podemos pensar con más precisión lo que transfiere y se transmite de un espacio psíquico al otro: esencialmente *configuraciones de objetos psíquicos* (afectos, representaciones, fantasías), es decir objetos provistos de sus enlaces y que incluyen sistemas de relación de objeto. He propuesto considerar a la identificación como el proceso capital de la transmisión; desde esta perspectiva, algunos de mis colaboradores han señalado que la naturaleza del objeto determina su modo de transmisión y que, correlativamente, el modo de transmisión es constitutivo de la naturaleza del objeto.

Podemos así representarnos de otro modo ciertos proce-

sos de la transmisión. En varias oportunidades he señalado que una notable propiedad de estos objetos de transmisión es que están marcados por lo negativo; lo que se transmite sería así preferentemente lo que no se contiene, lo que no se retiene, lo que no se recuerda: la culpa, la enfermedad, la vergüenza, lo reprimido, los objetos perdidos y aún en duelo. Son estas configuraciones de objetos y de sus vínculos intersubjetivos las que son transportadas, proyectadas, depositadas, difractadas en los otros, en más de un otro: forman la materia y el proceso de la transmisión. Lo que se transmite no es solamente algo de lo negativo, sino también aquello que asegura y garantiza las continuidades narcisistas, el mantenimiento de los *vínculos intersubjetivos*, la conservación de las formas y de los procesos de conservación y de complejización de la vida: ideales, mecanismos de defensa, identificaciones, pensamientos de certezas, dudas. Por eso las situaciones psicoanalíticas plurisubjetivas tales como los grupos son sus “receptáculos” y, en ciertas condiciones, notables dispositivos de transformación.

## *2. Alianzas inconcientes y transmisión de la represión originaria en un seminario de formación*

Para precisar lo que la práctica y la teoría psicoanalíticas grupales nos enseñan en cuanto a la transmisión de la vida psíquica, es necesario describir la especificidad metodológica del dispositivo psicoanalítico grupal. Derivado del paradigma metodológico de la cura, consiste en una situación plurisubjetiva organizada para que allí se manifiesten los efectos del inconciente en las transferencias y los enunciados asociativos de sus miembros.

Las características morfo-dinámicas de estos grupos son notables, y conciernen a todos los dispositivos plurisubjetivos: principalmente a las psicoterapias familiares. La primera característica es *la precedencia de los analistas instituyentes, en el lugar imaginario de fundadores del grupo*. De esta particularidad van a derivar algunas consecuencias capitales: los analistas y el grupo son los objetos que los participantes tienen en común, en tanto uno y otro son objetos de investiduras y de representaciones.

*Una segunda característica es la pluralidad.* Cada uno de los miembros del grupo se verá confrontado con un encuentro, múltiple, intenso con varios otros sujetos, objetos de investiduras pulsionales y de representación: se puede suponer que se producirá y se mantendrá una coexcitación interna y mutua, que obliga a cada uno a defenderse contra una fuente y una intensidad que escapan a todo intento de localización y de control. La situación de grupo despliega así, si los dispositivos de para-excitación –algunos de los cuales son precisamente el trabajo exigido a cada uno para hacer grupo y vínculo– son insuficientes, situaciones de desborde potencialmente traumatógenas. De este modo, si admitimos la hipótesis de Freud según la cual lo originario se constituye probablemente en ocasión de la ruptura del para-excitaciones, están reunidas algunas de las condiciones que concurren a la formación del inconsciente originario. Estas condiciones están reunidas en un dispositivo que permite conocerlas y tratar sus efectos, especialmente en sus dimensiones conjuntamente intrapsíquicas e intersubjetivas.

El grupo es el lugar de la emergencia de configuraciones particulares de la transferencia: esa es una consecuencia de las dos primeras características. Las transferencias son multilaterales, son difractadas sobre el conjunto de los objetos del grupo: analistas, miembros, grupo, el afuera del grupo. Forman la materia de los procesos de acoplamiento de los vínculos intersubjetivos. No se trata pues de una dilución de la transferencia, sino de una difracción o de una reactualización de las *conexiones de transferencias*. Esta característica de las transferencias en situación de grupo define uno de los aportes específicos del abordaje grupal a la comprensión de la transmisión psíquica: *el despliegue sincrónico, en la transferencia, de los nudos diacrónicos*. Diremos pues que la especificidad de la transferencia en el dispositivo de grupo permite difractar, por consiguiente representar-figurar-reatualizar sobre la escena sincrónica, conexiones de objetos de transferencia constituidos en la diacronía y susceptibles de ser transformados allí.

Los procesos asociativos y sus modalidades específicas en situación de grupo son una tercera característica del méto-

do. La exigencia de decir está sometida aquí a condiciones particulares: la sucesión de los enunciados singulares, determinados por las representaciones-meta y las vías de ligazón de cada uno, produce un conjunto discursivo original que lleva la inscripción de los efectos del inconciente. Ahora bien, en situación de grupo los procesos asociativos se organizan a través de una triple fuente de reprimido: el que es propio de cada sujeto considerado en la singularidad de su estructura y de su historia; el que es producido por los analistas mismos en sus relaciones en situación de grupo; el que producen los miembros del grupo para hacer grupo. Cada uno de estos contenidos de la represión tiene su propio origen, pero se ligan de una manera singular para cada uno y vuelven en los avatares y las vicisitudes del trabajo asociativo, a través de las vías del retorno de lo reprimido que son propias de cada uno, y según las imposiciones y las facilitaciones (las aperturas de vías) que ejerce el grupo sobre este proceso.

Estos dispositivos ofrecen varios tipos de interés: hacen posible una observación de los procesos psíquicos en marcha en las tentativas de institucionalización de los vínculos transitorios y, en lo que atañe a nuestro propósito, una puesta a prueba casi experimental de las hipótesis sobre los contenidos y las modalidades de la transmisión psíquica en los vínculos intersubjetivos.

La noción principal que deseo introducir es que lo que está reprimido o renegado en los psicoanalistas se transmite y se representa en el grupo de los participantes y lo organiza simétricamente: lo que no es analizado y permanece reprimido, o renegado es objeto de una *alianza inconciente para que los sujetos de un vínculo se garanticen no saber nada de sus propios deseos*. Este ejemplo proporcionará además algunos datos para poner a prueba la hipótesis según la cual la represión originaria sería transmitida por la vía de las identificaciones arcaicas.

Extraigo este ejemplo clínico de la práctica de dispositivos psicoanalíticos organizados con miras a la experiencia del inconciente en una situación de seminarios de grupo. El dispositivo del seminario incluye cuatro sesiones por día durante una semana; pone en juego varios tipos de configuraciones de

vínculos: un pequeño grupo de psicoanalistas, miembros de una asociación instituida con esta finalidad; grupos restringidos y un grupo amplio, reuniendo este último al conjunto de los participantes y de los analistas en el curso de una sesión diaria. En estos grupos, los participantes van a comenzar a establecer vínculos transitorios cuyo motivo y tenor deben ser comprendidos en la transferencia. Los pequeños grupos son conducidos por dos psicoanalistas, los segundos por el conjunto de los analistas. Los psicoanalistas se reúnen cada noche para examinar los procesos psíquicos en juego en el seminario, en los diversos grupos y en su propio seno. Con frecuencia, nuestras sesiones son iniciadas por relatos de sueños de la noche precedente de uno u otro de nosotros.

El seminario del que voy a hablar tuvo lugar hace alrededor de veinticinco años. D. Anzieu (1972) y A. Missenard (1972) y yo mismo (1972, 1976) hemos expuesto y comentado este caso, cuya trama e interpretación recordaré brevemente.

Desde la primera noche se manifiesta en nuestro equipo un desacuerdo bastante intenso sobre la conducción de las sesiones de grupo amplio, sesiones llamadas “plenarias”: quien hasta el momento conducía las sesiones plenarias nos proponía que éstas fueran llevadas por una pareja de psicoanalistas. Rápidamente enterrado, este desacuerdo, que había hecho temer un riesgo de estallido en el interior del equipo, se había transformado en acuerdo tácito para mantener hasta el final del seminario el antiguo dispositivo y la unidad del equipo. Nuestro acuerdo era conciente, su apuesta no lo era.

La cuarta noche, aquél que había estado en el origen del desacuerdo relata, pero con reticencia, un sueño donde un hombre vacila entre dos mujeres. El relato del sueño hace el efecto de una bomba: se suceden estupefacción, pánico y cólera. Rápida, sumaria y unánimemente interpretado, el sueño es entendido como expresando un deseo de infidelidad del soñante en relación al equipo, y por lo tanto una amenaza respecto de la unidad y de la cohesión de éste. La sesión se levanta rápidamente. Con diversos pretextos, durante los días siguientes se suspenden las reuniones de trabajo del equipo. Durante la última sesión plenaria del seminario, la mayoría de los psicoanalistas se ubican unos al lado de los otros. Los

participantes también dan muestras de su necesidad de proximidad de unos a otros. A. Missenard observará, con posterioridad, que todo ocurre “como si tuvieran que permanecer pegados, para hacer imposible una toma de distancia, a fin de constituir juntos una masa única de la que ninguno se desprendiera. Los intercambios son pocos, la angustia es latente, el clima pesado. Las intervenciones de los analistas en sesión no modifican este funcionamiento congelado”. Un participante tiene entonces la fantasía de imaginarlos “ensartados en un mismo palo”. A esta representación se asocian las imágenes de soldadura y de aglutinamiento.

Las interpretaciones propuestas con posterioridad por D. Anzieu (*op. cit.*) pusieron el acento en la amenaza de escisión y de clivaje que flotaba sobre el equipo, en los mecanismos de defensa contra esta amenaza: aglutinarse, era mostrarse a los otros y ante los participantes unidos, soldados, era desmentir el desacuerdo en el lugar mismo –la reunión plenaria– que era su objeto. D. Anzieu observa que la ensoñación del ensartado fue entendida en su doble sentido por los psicoanalistas: “la mayoría reconoció en silencio que su disposición espacial no se debía al azar y que el temor a una ruptura de su grupo los inmovilizaba desde hacía varios días”. La fantasía de estallido había sido sustituida pues por un refuerzo de la cohesión, incluso quizá una “soldadura” de los psicoanalistas pegados, hasta ensartados unos con otros. En sesión trataban de apretar inconcientemente en un bloque compacto los vínculos que los unían, porque en el seno de su equipo se levantaba una amenaza imaginaria de escisión. A esto, los participantes habían reaccionado con los síntomas indicados más arriba.

El reconocimiento de esta puesta en escena de nuestros deseos de unión y de nuestros temores de separación hizo entonces posible la interpretación de la amenaza que flotaba sobre el equipo de los psicoanalistas desde el primer día. Simultáneamente se restableció la escucha psicoanalítica, pudo ser entendida la angustia de los participantes y pudieron darse varias interpretaciones antes de la separación final.

A. Missenard, por su lado, ha señalado lo que el grupo amplio reproduce en espejo: la problemática inconciente del



equipo de los psicoanalistas, en el momento considerado. Propuso una formulación de alcance general: “un grupo se unifica por el reflejo que da al psicoanalista, del inconciente de este último, o de su problemática del momento”. Esta problemática transmitida a los participantes “es quizá la de mensajes no verbales que los analistas emiten, sin saberlo, que los participantes reciben, y sobre los cuales se modelan”.

A. Missenard precisa: “Si las interpretaciones aportadas permiten quebrar este espejo, el grupo puede superar ese momento, que entonces llega a ser una etapa entre otras de su historia. La condición de ello es que la contratransferencia, el deseo inconciente del o de los psicoanalista(s) sea suficientemente elucidado. Aquí, como en otra parte, la transferencia es también respuesta al deseo del analista y no puede ser percibida fuera de una develación de este último. Si, por el contrario, la develación no se realiza, entonces se instala en el tiempo un juego de espejos fascinante donde cada uno se reencuentra y se pierde al mismo tiempo. El [psicoanalista] se pierde en la imagen de su deseo inconciente que el grupo le aporta y en el cual se mira. Los participantes están demasiado dichosos de darle un objeto que sea para él y para ellos un objeto especular de satisfacción mutua, en suma, una especie de espejo de doble faz.”

Por mi parte, he insistido sobre una perspectiva que ante todo toma en cuenta el objeto del desacuerdo entre los analistas respecto de la conducción de las sesiones plenarias, la fantasía que lo subtiende y la alianza que consuman para protegerse mutuamente de ella. Proponer instalar una pareja en el lugar de aquel que habitualmente afronta al grupo amplio, era movilizar en cada uno un conjunto de representaciones angustiantes sin que el grupo las pudiera tratar, porque se sentía entonces abandonado por su líder y confrontado con angustias de diversa naturaleza.

Por un lado nos veíamos confrontados con angustias de naturaleza psicótica, en la medida en que estaban ligadas a representaciones de fragmentación y de desmembramiento: la situación de grupo, y principalmente la del grupo amplio, siempre las actualiza. Por otro lado y puesto que quien con nuestro acuerdo se había colocado en el lugar de padre se

retiraba, estábamos paralizados por fantasías asociadas a la imago materna arcaica, en la medida en que debíamos repartirnos el grupo amplio en una intensa rivalidad fraterna.

El sueño del protagonista manifiesta esa apuesta y, al mismo tiempo, el organizador de la división en el grupo de los analistas se hace más claro: el deseo de ser amado por él, de ser unificado por él revela la naturaleza del vínculo homosexual que suelda al equipo. *La renegación del desacuerdo y el pacto denegativo que resulta de ella* pesan sobre el rechazo de estas representaciones.

El sueño cuyo relato se hace al equipo ubicado en el lugar de destinatario es el de una elección entre dos mujeres: en el sueño el soñante copula detrás de una cortina con una de las dos mujeres (ésta será asociada al grupo amplio, a la madre común), siendo la otra la casada que se apresta para la ceremonia y dejada, como se siente el equipo, asignada y que se asigna al lugar del testigo. El sueño no recibe asociaciones tras su relato, anonada o provoca reproches de infidelidad y sentimientos de cólera y abandono.

No es sino durante la última sesión que los analistas hacen retornar en el espacio del gran grupo la escena fantasmática sobre la cual se figura a la vez su deseo y su defensa inconscientes. El ensartado fusional es la puesta en escena de una representación imaginaria con función unificadora, narcisista e identificatoria. Su soldadura, al ligarlos, oculta la disyunción y la falla. *Entre los miembros soldados del cuerpo grupal se encuentran reconstituidas la integridad fálica y la unidad homosexual primaria. La homosexualidad llega como defensa contra la imago materna pregenital y como los afectos de odio ligados a los celos fraternos.* En una alianza de complicidad tal, todos los miembros son intercambiables, idénticos, permutables: sólo cuenta el mantenimiento de la integridad del cuerpo-falo.

En esta alianza, el apoyo sobre el pequeño grupo de semejantes constituye, como en el período de latencia, un recurso homosexual contra la problemática genital y edípica. El sueño ha sido la figuración de la emergencia edípica de una fantasía de escena primitiva y de una formación defensiva contra las

angustias de fragmentación. El ensartado realiza la unificación de esas dos escenas en una sola. En esta fantasía de escena primitiva los participantes del grupo amplio fueron a su vez asignados al lugar del testigo; fueron constituidos allí para sufrir lo que los analistas no estuvieron en condiciones de elaborar.

#### *Elementos de análisis*

Este ejemplo confirma una proposición general: que el vínculo intersubjetivo se organiza sobre una serie de operaciones de represión, de renegación o de rechazo. El análisis de estas operaciones defensivas, que aquí son inducidas por los analistas, nos permite seguir los efectos de este reprimido-renegado en las vicisitudes del proceso asociativo y en los avatares de las transferencias, en el levantamiento de la represión y en las vías de la interpretación.

Resumiré así el aporte específico del grupo a la comprensión de los procesos de transmisión: lo que está reprimido o renegado en los psicoanalistas se transmite y se representa en el grupo de los participantes y lo organiza simétricamente (A. Missenard); lo que no es analizado (reprimido, no pensado) y constituye lo “silenciado” del grupo (J.C. Rouchy), es objeto de una alianza inconciente para que los sujetos de un vínculo se aseguren de no saber nada de sus propios deseos (R. Kaës).

Es a través de estas alianzas inconcientes que se efectúa la transmisión. Las modalidades del mantenimiento en el inconciente de los contenidos rechazados o reprimidos caracterizan las alianzas inconcientes. Las alianzas inconcientes están por función y por estructura destinadas a permanecer inconcientes y a producir inconciente. El inconciente es mantenido como tal por la economía conjunta de la represión ejercida, en el mismo sentido, y para el beneficio de cada uno, por los sujetos de una pareja, de una familia, de un grupo o de una institución.

Los efectos del pacto denegativo son esclarecidos por el análisis del seminario: lo que es mantenido renegado y reprimido por los analistas, aquí en posición de fundadores de la institución en la cual se organiza el seminario, adquiere las

características de contenidos de lo reprimido originario de los participantes y funciona como tal.

Sobre las funciones co-represoras y más generalmente co-defensivas constitutivas del inconciente, mi hipótesis básica es la siguiente: en todo vínculo, el inconciente se inscribe y se dice muchas veces, en muchos registros y en muchos lenguajes, en el de cada sujeto y en el del vínculo mismo. El corolario de esta hipótesis es que el inconciente de cada sujeto lleva la huella, en su estructura y en sus contenidos, del inconciente de otro, y más precisamente de más de un otro. Podemos mostrar otra perspectiva: si lo mantenido renegado y reprimido de los analistas funciona en situación de grupo como lo reprimido originario de los participantes, eso abre perspectivas sobre la formación y la transmisión de lo originario y de los significantes enigmáticos (o arcaicos) no solamente en los grupos, sino también en las familias y las instituciones.

### *3. El aporte propio de cada dispositivo psicoanalítico al conocimiento de los procesos y de los contenidos de la transmisión*

Tenemos que hacer evolucionar el debate sobre la cuestión de la transmisión de la vida psíquica, especificando el aporte propio de cada dispositivo psicoanalítico al conocimiento de los procesos y de los contenidos de esta transmisión.

Hablar de un aporte propio de un método, es inscribirlo en una perspectiva comparatista: sabemos que este punto de vista está todavía lamentablemente casi ausente del debate psicoanalítico. No obstante es esencial y desborda la sola cuestión operatoria de las indicaciones. No debemos sólo preguntarnos qué problemas psíquicos tratan específicamente la cura individual, el psicodrama psicoanalítico, la psicoterapia familiar psicoanalítica, el análisis de grupo o la psicoterapia de grupo: sería ya un progreso precisar qué toma en cuenta cada una de estas propuestas y *que sería de otro modo inaccesible*, pero también de qué no puede ocuparse. La apuesta es de otro orden: la exploración comparativa se inspira en un principio de economía general de la investigación y de la

práctica; se pregunta para qué tipos de objetos de conocimiento y de transformación está organizado un dispositivo metodológico, qué inteligibilidad permite en cuanto a la experiencia que moviliza, y en qué modifica la representación que teníamos de la organización y del funcionamiento de estos objetos. Si admitimos que algunos trabajos recientes fundados en estos dispositivos derivados de la cura, hicieron avanzar la investigación sobre los contenidos y las modalidades de la transmisión de la vida psíquica, es evidente que de esto resultarán algunas consecuencias en las concepciones teóricas que el psicoanálisis, como teoría general de los efectos del inconciente, se ha formado de la vida psíquica y del sujeto del inconciente. De este modo, la apuesta profunda de la exploración comparativa, como la de la crisis que he mencionado al comienzo de esta introducción, es de orden epistemológico.

Hay que hacer constar, pues, que el estudio de lo que cada dispositivo explora específicamente es un plan de investigación que todavía falta promover. Algunos de nosotros comenzaron a aventurarse en esto, pero todavía nada se ha publicado. El problema es complejo: no se trata solamente de precisar la pertinencia y los aportes específicos de determinado dispositivo para entender la problemática de la transmisión psíquica inconciente y para tratar su patología. Para que las observaciones adquieran sentido es necesaria una teoría de los procesos y de las formaciones que se ven movilizados en él. Sólo propondré aquí un esbozo de lo que podría llegar a ser un proyecto de investigación y un debate, limitándome a las características metodológicas de tres dispositivos psicoanalíticos.

### *3.1. La cura individual y la transmisión*

La cura individual necesariamente, por principio de método, podríamos decir, da con la cuestión de la transmisión, de sus objetos y de sus procesos: da con ella a través de las modalidades transferenciales por las cuales se repiten y se desprenden las estructuras intrapsíquicas e intersubjetivas que han predispuesto las formaciones de la neurosis o de la psicosis. La transferencia es la expresión metodológica de este enunciado epistemológico fundamental del psicoanálisis: la trans-

ferencia es transmisión. Freud utiliza el mismo término para designar a una y a otra: *die Übertragung*. Correlativamente, los objetos de la transmisión se pueden descubrir en la transferencia, a través de sus desarrollos en la situación psicoanalítica, tal como los han organizado las vicisitudes de la historia psicosexual del sujeto. La cura psicoanalítica “individual”, por la transferencia y su análisis, se consagra a descubrir si y cómo el sujeto está en condiciones de pensar y de interpretar el sentido del lugar real y fantasmático que ocupa o que le es asignado en las estructuras y en los obstáculos de la transmisión. Sólo la transferencia sobre el analista es el indicador de las relaciones del analizando con su estatuto de sujeto en la transmisión: eslabón de la cadena a la cual está sujetado, servidor, beneficiario, heredero. Los trabajos de N. Abraham y M. Torok, M. Enriquez, H. Faimberg, J. Kristeva, J.J. Baranes, J. Guillaumin, J. Guyotat y S. Tisseron pusieron en evidencia dimensiones y contenidos originales de la transmisión, contribuyeron a precisar su problemática; los resultados de sus investigaciones son tributarios de las condiciones del dispositivo de la cura.

### *3.2. Contribución y problemas de la psicoterapia psicoanalítica familiar*

La familia, como matriz intersubjetiva del nacimiento a la vida psíquica, es particularmente interpelada en toda investigación sobre ese pasaje obligado de la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. La psicoterapia familiar psicoanalítica, también llamada cura familiar psicoanalítica, ha llegado a ser en el curso de los últimos años uno de los dispositivos probados de conocimiento de la vida psíquica y de tratamiento del sufrimiento y la psicopatología cuyo lugar es la familia. ¿Cuál es su contribución específica al conocimiento y al tratamiento de los problemas de la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones? André Ruffiot, Jean y Évelyne Lemaire, o Évelyn Granjon, pioneros en Francia en este campo de investigación, propondrían sin duda respuestas diferentes.

Aquí nuevamente me limitaré a inscribir estas investigaciones en algunos interrogantes previos. La psicoterapia familiar psicoanalítica postula una realidad psíquica de la familia: ¿cuá-

les son la consistencia, la organización y la lógica propias de esta supuesta realidad, y puede ésta existir independientemente de sus sujetos constituyentes? ¿Qué enlaces establecer entre la realidad psíquica que sería “del grupo familiar” y la que atravesaría a cada uno de sus sujetos considerados en la singularidad de su historia y de su estructura? Precisemos: ¿qué los constituiría como tales, es decir, como sujeto del inconsciente? Estas preguntas superan evidentemente su aparición en este dispositivo, valen también para los conjuntos intersubjetivos: pareja, grupo, institución.

Lo que motiva la psicoterapia familiar psicoanalítica es precisamente que los sujetos fracasan en constituirse en la singularidad de su historia y que sólo prevalece una estructura familiar repetitiva que no tiene historia ni, por lo tanto, sujetos. Pero, ¿hasta dónde se puede sostener una proposición como ésta? Si estamos de acuerdo en pensar que la cuestión fundamental es definir y hacer inteligible en qué consiste la realidad psíquica en el grupo familiar y cómo se anuda en ella la realidad psíquica de sus sujetos, debemos admitir además la heterogeneidad de los espacios psíquicos intrapsíquicos y grupales. He destacado insistentemente que no son reductibles uno al otro, salvo en la ilusión isomórfica o metonímica, y que nuestra tarea es pensar sus articulaciones y sus defectos de articulación. Aquí, el interrogante central se refiere a las condiciones del “devenir sujeto”.

Nos es familiar la resistencia que oponen al conocimiento de la realidad psíquica del otro y de los otros las ligazones imaginarias de la familia y del grupo: estas ligazones apuntan a abolir la separación vital que mantiene a cada sujeto en la diferencia de los sexos y de las generaciones. Me parece que es precisamente allí adonde debe dirigirse el análisis: sobre lo que obstaculiza el proceso de subjetivación y el desprendimiento de la psique del grupo familiar; sobre lo que fracasa en el reconocimiento de estas diferencias.

En esta articulación, me parece importante despejar el doble eje estructurante de la posición del sujeto y de la organización del grupo familiar: el eje de la alianza horizontal con lo mismo, sostenido por las identificaciones mutuas con la imagen del semejante; el eje de la filiación y de las afiliaciones,

que inscriben al sujeto singular y a los grupos en la sucesión de los movimientos de vida y de muerte entre las generaciones. Es precisamente en los puntos de anudamiento de estos dos ejes donde surge la cuestión del narcisismo y sus retoños en la formación de los ideales y del superyó. André Carel y Albert Ciccone han renovado las reflexiones sobre este punto: André Carel cuando introduce los conceptos de fijación generacional y de transmisibilidad de la forma conflictiva y cuando muestra cómo se impone el recurso a la solución generacional frente a la potencialidad traumática en el nacimiento y en la traumatosis perinatal; Albert Ciccone cuando hace trabajar los conceptos de intrusión imagoica, de transmisión traumática y de fantasía de transmisión.

El problema psíquico fundamental en el grupo familiar, el mismo que justifica una psicoterapia psicoanalítica de este conjunto, es que esos espacios no se han diferenciado, y que se trata de desligarlos de sus formas patológicas para devolver al sujeto su capacidad de pensarse como yo (*je*) en un conjunto.

Si, como propuse, en todo vínculo intersubjetivo el inconciente se inscribe y se dice muchas veces, en muchos registros, y en muchos lenguajes, la psicoterapia familiar psicoanalítica tiene como objeto específico tratar lo que está en suspenso [*en souffrance*\*\*\*] en el vínculo de generación: trata más radicalmente el sufrimiento [*souffrance*] que nace de las insuficiencias de lo generacional para formar las condiciones de la “mejor de las represiones”, y de las insuficiencias del sistema narcisista que sostiene todas las configuraciones de las ligazones intrapsíquicas y todos los vínculos intersubjetivos ulteriores.

Con relación a los interrogantes sobre el modelo de inteligibilidad de la realidad psíquica que propone la psicoterapia familiar psicoanalítica, hay que examinar el dispositivo clínico-metodológico que emplea. En la conceptualización del dispositivo de la psicoterapia familiar psicoanalítica se efectuó un progreso considerable cuando E. Granjon llamó la atención sobre los efectos de la presencia del psicoterapeuta, y *a fortiori* de un conjunto de terapeutas, sobre el *grupo* familiar: éste se ve confrontado a encarar su apertura a un conjunto que a partir de entonces contiene una heterogeneidad con



relación a él mismo. En todos los casos, lo que aquí se introduce en la estructura del vínculo intersubjetivo familiar es la cuestión y la función del tercero. Esta situación es diferente a la de la cura o de la terapia llamada "individual", y también muy diferente a la que funciona en una estructura de grupo.

Pero quedan muchas preguntas: a menudo he interrogado a mis colegas sobre las condiciones de posibilidad de la escucha del proceso asociativo en una familia. Diré hoy que quizá no se trata tanto de saber si se puede escuchar psicoanalíticamente el discurso familiar, sino más bien de comprender su organización de tal modo que sean audibles los discursos individuales que encuentran en él su apuntalamiento y que, en el mejor de los casos, consiguen separarse de él. Tratar esta cuestión permitiría definir el objeto, las modalidades, las condiciones y *los límites* de la interpretación en psicoterapia familiar psicoanalítica: para avanzar en esta dirección, tendríamos sin duda que precisar la naturaleza y los contenidos de las transferencias y de las resistencias al tratamiento psicoterapéutico que desarrollan las familias, en tanto grupo *instituido*. F. André Fustier y F. Aubertel han estudiado algunas resistencias específicas de las familias, pero también los mecanismos de defensa que les son propios y, subrayo, necesarios para que el conjunto familiar se mantenga en su función psíquica estructurante para sus sujetos. Esto es lo que he querido describir al distinguir la función defensiva y la función estructurante del pacto denegativo. De este modo al menos se plantea la cuestión de los límites del trabajo psicoterapéutico con las familias, en tanto éstos constituyen el encuadre metapsíquico de los procesos individuales.

El desarrollo de las investigaciones sobre la transmisión de la vida psíquica a partir de nuevos dispositivos psicoanalíticos implica un nuevo modelo de inteligibilidad de la formación de los aparatos psíquicos y de su articulación entre los sujetos del inconsciente. Estas investigaciones critican las concepciones estrictamente intradeterminadas de las formaciones del aparato psíquico y las representaciones solipsistas del sujeto. Los trabajos psicoanalíticos sobre el grupo nos animan a integrar en el campo del psicoanálisis todas las consecuencias teórico-metodológicas que derivan de la toma en consi-

deración de *la exigencia de trabajo psíquico que impone a la psique su inscripción en lo generacional y en la intersubjetividad.*

## Notas

- (1) Cf. las numerosas referencias al pensamiento de Freud y a los términos utilizados por él en mi contribución: "Introducción al concepto de transmisión psíquica en el pensamiento de Freud" en Kaës R., Faimberg H. y col., 1993, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Bs. As., Amorrortu editores, 1995.
- [\*\*\*] La locución *en souffrance* se emplea para significar "en espera", "en suspenso". *Souffrance* conserva en ella el sentido antiguo de "dilación, espera", el cual subsiste sólo en esta locución. En el texto aparece también el término *souffrance* empleado con el sentido actual, de *sufrimiento*. Con frecuencia en los trabajos franceses sobre transmisión de la vida psíquica entre generaciones se juega con ambos sentidos a la vez. [N. de la T.]

## Resumen

*La instalación de nuevos dispositivos derivados del paradigma metodológico de la cura permite la puesta a prueba de las proposiciones de Freud sobre la transmisión de la vida psíquica. Para comprender la problemática de esta transmisión y tratar su patología es necesaria una teoría de los procesos y de las formaciones psíquicas que se encuentran movilizados en estos dispositivos. Aquí se presenta un esbozo, limitado a las características metodológicas de tres dispositivos psicoanalíticos: el de la cura individual, el del psicoanálisis familiar y el dispositivo psicoanalítico de grupo.*

*Un ejemplo clínico correspondiente a un seminario de gru-*

po permite introducir una noción principal: lo que está reprimido o renegado en los psicoanalistas se transmite y se representa en el grupo de los participantes y lo organiza simétricamente; lo que no es analizado y permanece reprimido, o renegado, es objeto de una **alianza inconciente para que los sujetos de un vínculo se aseguren de no saber nada de sus propios deseos.**

## Summary

*The installation of new mechanisms derived from the methodological paradigm of the cure allows a test to be put into practice on Freud's propositions on the transmission of psychic life. To understand the problems of this transmission and to treat its pathology, a theory of the processes and psychic formations that are mobilized within these mechanisms is necessary. An outline is presented of three psychoanalytical mechanisms: that of individual cure, that of family psychoanalysis and the group psychoanalytical mechanism.*

*A clinical example which corresponds to a group seminar allows a principal notion to be introduced: whatever is repressed or redented in the psychoanalysts, is transmitted and represented in the group of participants and they organize it symmetrically. Whatever is not analyzed and remains repressed or redented, is the object of an **unconscious alliance so that the subjects of the relationship can assure themselves that they know nothing of their own desires.***

## Résumé

*La mise en place de dispositifs nouveaux dérivés du paradigme méthodologique de la cure permet la mise à l'épreuve des propositions de Freud à propos de la transmission de la vie psychique.*

*Une théorie des processus et des formations psychiques qui s'y trouvent mobilisés est nécessaire pour comprendre la problématique de la transmission et pour en traiter la pathologie. L'auteur en présente ici un esquisse, en se limitant aux caractéristiques méthodologiques de trois dispositifs psychanalytiques: celui de la cure, celui de la psychanalyse familiale et le dispositif psychanalytique du groupe.*

*Un exemple clinique concernant un séminaire de groupe permet d'introduire une notion principale: ce qui est refoulé ou dénié chez les psychanalystes se transmet et se représente dans le groupe des participants et l'organise symétriquement; ce qui n'est pas analysé et demeure refoulé, ou dénié fait l'objet d'une **alliance inconsciente pour que les sujets d'un lien soient assurés de ne rien savoir de leurs propres***

## Entrevista con René Kaës \*

Buenos Aires  
20 de julio de 1997

Entrevistadora: Lic. Mirta Segoviano

---

**Revista:** *Doctor Kaës, nos gustaría situarnos con precisión en la metodología de los seminarios de formación. ¿Podría describir el conjunto de los dispositivos utilizados, sus consignas, y quiénes y con qué finalidad participan en ellos?*

**René Kaës:** Debo comenzar por hablarle de nuestra asociación. El Ceffrap incluye un pequeño número de analistas, no somos más de quince: somos, pues, a la vez un pequeño grupo y una institución, lo que a veces crea problemas difíciles cuando el pequeño grupo reclama una autonomía con relación a la institución.

En los grupos y los seminarios que organizamos, recibimos personas que tienen diferentes objetivos: algunos tienen el objetivo de comenzar una formación para llegar a ser coordinador o terapeuta de grupo; otros vienen porque creen que por su trabajo profesional tienen que realizar esta experiencia personal; otros, porque en un momento en su cura consiguieron pensar que el grupo podía ser una forma de retomar lo que estuvo bloqueado en la cura y muchos participan en el seminario tras haber elaborado su intención con su analista, mientras que otros participan en él a modo de acting... o de una

---

\* Profesor en Humanidades, miembro del Centro de Investigaciones Clínicas sobre las Formaciones Intermediarias, Universidad de Lyon II. Francia 12, Quai Jules Courmant 69002, Lyon, Francia. Corresponsal de esta revista en Lyon.

puesta en acto previa a un trabajo de pensamiento. No proponemos entrevista previa con las personas que solicitan inscribirse, aunque cada uno puede obtenerla después del grupo, nunca durante. En más de treinta años de actividad, dos o tres personas se descompensaron durante un seminario, y pudimos ocuparnos de eso inmediatamente. Pienso que si no tuvimos que considerar más que dos o tres descompensaciones, esto resulta probablemente del hecho de que no proponemos una perspectiva explícitamente terapéutica, aun cuando la demanda de los participantes, bajo pretexto de formación, es una demanda terapéutica y también de nuestra forma de contener y de elaborar juntos las cuestiones que surgen en el seminario y en nuestro grupo.

En un seminario reunimos entre cuarenta y cincuenta personas, a veces más, y en los pequeños grupos una decena de personas. En cuanto a los pequeños grupos que funcionan independientemente del seminario, proponemos unos quince por año. Hay grupos de duración muy breve –cuatro días o una semana– mientras que otros se desarrollan todo el año.

El dispositivo de los seminarios está organizado de tal modo que los participantes puedan hacer esta experiencia del inconciente en un tiempo breve y limitado. Sin embargo, el seminario tiene una forma compleja en la medida en que articula diferentes niveles de organización de los vínculos: el pequeño grupo conducido por uno o dos analistas, el grupo de los analistas que trabajan, también ellos, en pequeño grupo una vez por día, y el grupo amplio, el de las sesiones plenarias donde los psicoanalistas se encuentran reunidos con el conjunto de los participantes.

En el seminario, como en los grupos, las reglas que enunciamos son las del método psicoanalítico: la asociación libre (se es invitado a decir lo que viene a la mente y a no hacer sino decir lo que hay que decir), la regla de abstinencia (no tendremos otras relaciones que las que tengamos durante las sesiones –o del seminario). Especificamos que las sesiones tienen un comienzo y un final y somos muy cuidadosos de mantener el encuadre espacio-temporal. Formulamos una invitación a restituir en la sesión lo que se dice fuera de la sesión entre los participantes, y les solicitamos garantizar la discreción en

cuanto a lo personal dicho en las sesiones. El conjunto de estas reglas nos permite trabajar sobre las confusiones de encuadres y las confusiones de límites. Es, creo, lo que resulta de muchos de nuestros trabajos sobre lo intermediario y las fronteras, sobre las articulaciones entre el grupo y el espacio intrapsíquico.

En cada pequeño grupo y en sesión plenaria, e incluso en nuestro propio grupo, enunciamos la regla fundamental. Por eso muy a menudo aparecen en el hilo asociativo de nuestro grupo sueños, recuerdos, ensoñaciones, esto forma parte de nuestra cultura desde hace treinta años.

Las sesiones plenarias tienen dos polos principales: uno es el de los vínculos intersubjetivos e intergrupales que se manifiestan en la situación; el otro es el que nos concierne en nuestro vínculo con el Ceffrap, donde por supuesto están implicados en cierto modo los participantes que se inscribieron en el seminario propuesto por nuestra asociación: está, pues, el nivel institucional, con sus diferentes componentes que incluyen la relación imaginaria, real y simbólica que cada uno mantiene, aisladamente o en grupo (es nuestro caso, de nosotros psicoanalistas) con nuestra asociación.

Todos los analistas que colaboran en el seminario son miembros de esta asociación que, como toda asociación, tiene un fundador, una historia, cierto número de puntos de referencias, ideales, conflictos, sensibilidades clínicas y teóricas que no son necesariamente homogéneas, una cierta forma de situarse los unos con relación a los otros, y por lo tanto, cuando nos encontramos en el encuadre del seminario o de los grupos, algo de nuestras relaciones y de nuestra propia institución se ve puesto en juego.

Al lado de los seminarios y de los grupos de elaboración personal, también proponemos grupos de lectura de textos, grupos de elaboración de la práctica. Organizamos además un tipo de seminario que se anuncia explícitamente como un seminario de formación: está abierto a personas comprometidas en una práctica de grupo. Este seminario está organizado según el modelo de los seminarios de los que hablé hace un momento: pequeños grupos, sesión plenaria y trabajo de gru-

po en el equipo de los analistas. Pero aquí trabajamos a partir de los casos clínicos “difíciles” que aportan los participantes, utilizando, tras la exposición del caso, la asociación libre e intentando, en un segundo momento, comprender cómo funcionó el grupo a propósito de este caso. De este modo, procuramos tomar en cuenta los efectos del grupo en la elaboración de la clínica. En los diferentes grupos que proponemos, tanto en los seminarios como en los pequeños grupos, el psicodrama tiene un lugar importante. Lo utilizamos de una manera flexible, es decir que es absolutamente posible tener una sesión sin que las personas lo representen, el psicodrama es una herramienta a disposición de los participantes.

Precisado esto, ahora puedo responder más específicamente a su pregunta sobre la “formación”. Lo que ponemos en práctica en esos grupos y en esos seminarios sólo puede recibir de una manera muy particular el nombre de grupo de formación. Lo que se propone a los participantes, es hacer la experiencia del inconciente en un dispositivo de grupo donde a la vez pueden experimentar los efectos de grupo, es decir más precisamente esa parte de la realidad psíquica que se crea por el arreglo de los vínculos entre los participantes, y que adquiere una cierta especificidad: la ilusión grupal, los ideales comunes, las alianzas y los pactos compartidos son efectos del aparato psíquico grupal.

Por eso, cada sujeto debe además poder experimentarse y conocerse como parte interesada y parte constituyente de ese grupo. El sujeto es convocado ahí en la singularidad de su estatuto de sujeto en el vínculo grupal: sujeto del grupo y sujeto en el grupo. Estos grupos no son grupos de fines terapéuticos, aunque en ellos se produzcan efectos terapéuticos y efectos de análisis. Tampoco se trata de grupos pedagógicos utilizados para aprender los efectos de grupo, aunque se reconozcan efectos de formación. El término *grupo de formación* es un vestigio de nuestro vocabulario de origen, y por razones que deberían ser elucidadas, lo hemos conservado, pero debo decir que no me satisface porque guarda confusión y ambigüedad. Sin embargo, cuando las personas solicitan inscribirse en esos grupos y en esos seminarios, saben de qué se trata.

Quisiera agregar esto: para que esta experiencia del inconciente y de sus efectos de subjetividad en situación de grupo esté lo más cerca posible del propósito psicoanalítico, es importante que los objetivos de formación o fines terapéuticos se pongan en suspenso, precisamente para ser analizados. Sólo se puede apuntar a estos objetivos secundaria e indirectamente. Precisemos: un propósito formativo implica una *forma por obtener* con vistas a una cierta tarea y, en consecuencia, el dar una finalidad al grupo en términos de formación invoca inmediatamente procesos de identificación con una buena forma, con una forma ideal; tal como dar al grupo una finalidad en términos de terapia estimula los procesos de identificación con una forma sana, en ambos casos con una norma. Pienso que la formulación de Freud según la cual, en el trabajo psicoanalítico, la curación se da “por añadidura” puede aplicarse también a las experiencias analíticas que proponemos. Podemos decir que éstas son efectivamente experiencias analíticas conducidas y trabajadas en condiciones muy particulares: nos encontramos, ante todo, con una experiencia del inconciente en situación de grupo.

Cuando digo que el efecto de formación o el efecto terapéutico no están excluidos, esto quiere decir que no rechazamos la demanda formativa terapéutica que se manifiesta en el curso del proceso, pero creo que hay que entender esta demanda no sólo como expresión de un deseo inconciente dirigido a alguien, sino también como capaz de sostener una resistencia a hacer una experiencia analítica. Pienso que el analista debe saber y poder ser terapeuta, como debe poder y saber encontrarse en situaciones donde debe transmitir el psicoanálisis a través de un proceso de formación.

En cuanto a la formación, mi punto de vista es que el psicoanálisis sólo difícilmente se acomoda a un *programa* [*cursus*] establecido de antemano y válido para cada uno y para todos. La formación debe más bien considerarse como un *proceso* [*processus*] que lleva al sujeto a encontrar una cierta cantidad de dificultades, a superarlas, a volver sobre lo que no fue tratado, a través de los efectos de resignificación. Al hablar de esto, a menudo se me ocurre esa frase de Paul Klee que dice “Werk ist Weg”, lo que quiere decir “La obra es



el camino mismo que conduce a ella”. La formación, es justamente el proceso mismo que conduce a ella.

Prefiero centrar mi atención, más que sobre un objetivo de formación, sobre el proceso que el sujeto puede apropiarse. Esta manera de considerar la formación se vuelve a poner periódicamente en debate en el grupo del Ceffrap, lo ha sido sobre todo a partir del momento en que instalamos un dispositivo más explícitamente formativo, principalmente para la formación de los psicodramatistas.

En la historia de nuestra asociación, hubo muchas crisis, algunas de las cuales encontraron su lugar de eclosión y de elaboración en la experiencia del seminario. El otro día di un ejemplo de esto [1] cuando describí las encrucijadas de la contratransferencia y de la intertransferencia en ese seminario: señalé que lo que permanecía co-reprimido y co-renegado en los psicoanalistas se representaba como figura enigmática en los miembros del grupo y organizaba a éste simétricamente. Lo que describía era una alianza inconciente, es decir una formación psíquica intersubjetiva construida por los sujetos de un vínculo para reforzar en cada uno de ellos ciertos procesos, ciertas funciones, o ciertas estructuras de lo que sacan un beneficio tal que el vínculo que los reúne toma para su vida psíquica un valor decisivo. Así, el vínculo intersubjetivo entre los participantes del seminario, obtenía su realidad psíquica de las alianzas, de los contratos y de los pactos que sus sujetos habían consumado, y que los lugares fantasmáticos que ocupaban en este conjunto los obligaban a mantener. No he hablado de los efectos de esta crisis en nuestra institución. Un componente de la crisis que nos movilizó correspondía a nuestras relaciones con la figura del fundador. Lo que dije el otro día debe ser considerado también desde el punto de vista de la fundación, y de la violencia originaria que la acompaña.

*R.: En el ejemplo que menciona se manifestaba la transmisión psíquica desde el equipo de los analistas hacia el grupo de los participantes. ¿Podrían además evidenciarse en los seminarios transmisiones en sentido inverso, o incluso entre los participantes mismos, principalmente transmisiones sin*

*transformación?*

**R. K.:** Debo decir que sobre todo he prestado atención a la transmisión inconciente de los analistas hacia los participantes, y que me he interesado particularmente por las modalidades que vuelven inconcientes a los objetos por el hecho mismo de ciertas características de la situación de grupo. He planteado la hipótesis de que la represión inicial en los grupos se efectúa siguiendo una modalidad que se conecta con la represión originaria. Sólo cuando se restablece la posibilidad de simbolizar las formaciones del inconciente producidas por la represión secundaria, pueden ser reconocidos de cierta manera los elementos originarios. Cuando hace un momento mencioné la alianza inconciente que obstaculizaba el análisis de la contratransferencia y de la intertransferencia en el seminario, supuse que lo que permanecía co-reprimido o co-renegado en los psicoanalistas se representaba como figura enigmática *originaria* en los miembros del grupo.

Esta proposición plantea una pregunta importante: ¿nos es accesible lo originario? Pienso que aquí podemos responder que es accesible, indirectamente, y en este ejemplo de manera casi experimental, bajo la forma de las fantasías originarias y de los enigmas que los participantes pusieron en escena. El grupo ofrece precisamente este escenario para representar lo que escapa a los participantes, porque están de entrada atrapados en el deseo fundador de los analistas que los preceden. Esta es una especificidad de la situación de grupo, en la medida en que se deja trabajar por las exigencias del método psicoanalítico y por las modalidades elaborativas propias de la situación de grupo.

Nosotros no podemos decir lo que está en juego en nuestra relación con lo originario. Evidentemente también los participantes están en la imposibilidad de decir, pero pueden significar algo (una escena, un hacer) que movilice algo de lo originario. Puesto que por definición lo originario es indecible, es precisamente en torno de este indecible que se organiza el proceso interpretativo, incluso la función interpretante de cada sujeto. Que un grupo de psicoanalistas —y no sólo de los individuos analistas—, se reconozca instituyendo, haciendo una oferta de trabajo analítico, es absolutamente importante.

Lo originario, en efecto, siempre pone en cuestión [*met en cause* 2] (en el sentido de incriminar y de constituir un principio explicativo) el deseo fundador y las afiliaciones y los reconocimientos de herencia.

¿Se efectúa la transmisión en el sentido inverso? No sé. No creo. Mi idea es que lo que se transmite está ya-ahí, antes. Seguramente los participantes llegan al grupo con representaciones de expectativas, pero ¿debemos decir que las transmiten a los analistas, como no sea en la forma y la fuerza de las transferencias sobre los analistas? Usted sabe que en alemán transferencia y transmisión son la misma palabra, sin embargo hay por lo menos una diferencia.

Pienso que los participantes transfieren sobre los analistas, a menos que justamente la transferencia no se pueda instalar y que los objetos de los participantes se proyecten sobre los analistas. En ese caso, algo se transmite y no puede ser transferido o no puede ser tratado en la transferencia. Ese es el caso cuando lo transferido es identificado con el sujeto que transfiere o se identifica con los objetos internos del analista. Hay un ejemplo histórico de esto en el análisis de Dora: cuando Freud rehusa recibir la transferencia del amor de Dora por su madre, prohíbe el acceso a esta transferencia porque algo en él resiste a la recepción de esta transferencia. ¿Podemos decir en ese caso que lo que se transmite sería lo que no puede ser recibido como transferencia? Es una hipótesis a trabajar, y quizá lo mismo ocurre entre los participantes. Pienso que entre los participantes hay a la vez transferencia, en el sentido de la repetición o de la actualización de las relaciones de objetos sexuales infantiles vueltos inconcientes, según la definición clásica de Freud, pero también hay procesos de transmisión. Doy un ejemplo de esto en *La parole et le lien* [3]: un paciente llega a un grupo con un traumatismo y hace experimentar la carga traumática desorganizadora que ha sufrido sin transformación al conjunto del grupo, incluso a los analistas. Algo intenta transmitirse directamente, por medio de una identificación proyectiva o de un depósito inyectado en la psique de los otros miembros del grupo a fin de hacerles experimentar la carga del traumatismo.

La transferencia supone que haya una distancia entre lo que es desplazado en mí y yo que recibo ese desplazamiento.

No me pego al objeto que ha sido transportado en mí. En el ejemplo de Dora, Freud no se identifica sólo con la parte masculina de su personalidad: se identifica con el padre como único objeto del amor edípico de la hija. Por razones que le son propias, no puede admitir que el Edipo invertido rige la transferencia de Dora. Tanto como él se toma por el padre, no puede recibir la transferencia “ginecofílica” de Dora. A esto me refiero cuando digo que es necesaria una distancia entre lo que es transferido y el objeto que recibe la transferencia. En el grupo del que hablo, los participantes se vieron en la imposibilidad de instalar esta distancia. Entre los participantes, lo que se transmite son esencialmente transmisiones sin transformación.

Quisiera tomar la pregunta que me plantea para examinarla desde otro ángulo, el de las transferencias de encuadre psicoanalítico. Proponer al grupo como herramienta de trabajo psicoanalítico es plantear la cuestión de una eventual distancia en relación con los principios que hicieron posible el descubrimiento del inconsciente y su teorización. Es mantener abierta la pregunta: ¿estamos todavía en la filiación del fundador? Digo verdaderamente abierta, porque esta pregunta hace surgir otras, que están lejos de carecer de interés. Por ejemplo, el psicoanálisis “extramuros”, como lo ha calificado J. Laplanche (G. Rosolato hablaba de “psicoanálisis transgresivo” como la característica de la invención del psicoanálisis), es tener que dar cuenta de que la teorización del aparato psíquico, del inconsciente y de la subjetividad son teorizaciones hechas esencialmente a partir de la cura. Entonces nos vemos llevados a admitir, por supuesto si las resistencias no se oponen demasiado a ello, que cuando se cambia de dispositivo metodológico, se moviliza al mismo tiempo otras formaciones y otros procesos psíquicos, que habrá que teorizar y que redefinen los límites de la teoría fundada esencialmente sobre la cura individual.

El psicoanálisis se renueva en las transformaciones impuestas por la clínica, fuera de los muros del consultorio analítico, o para retomar la expresión de P.C. Racamier, “sin diván”.

*R.: Usted se ha referido a una relación de determinación*

*entre la naturaleza del objeto que se transmite y la modalidad de la transmisión. ¿Podría asimismo el tipo de pactos establecidos por el conjunto determinar el modo de transmisión?*

**R. K.:** Voy a dar un ejemplo acerca del contrato narcisista y del pacto denegativo. Me ha parecido útil hacer una distinción entre el contrato narcisista y el pacto narcisista. Distingo así lo que, en la transmisión de las investiduras narcisistas es inmutable, y ahí se trata de un pacto, y lo que es modulable o transformable, y ahí se trata de un contrato. El contrato narcisista es la condición para que el narcisismo cumpla su función trófica para los recién llegados al conjunto, y que a cambio éstos alimenten la continuidad narcisista del conjunto. Si por el contrario, lo que prevalece es el pacto narcisista, los objetos y los vínculos narcisistas se cargan de una potencia de muerte. Este es el caso cuando nos encontramos con instituciones, grupos, o familias donde toda separación con relación a los ideales y con relación al pacto narcisista intangible, pone en peligro al conjunto de la familia o del grupo. Los miembros de estos conjuntos son pasibles de la acusación de alta traición.

En cuanto al pacto denegativo, hay mucho para decir según las modalidades defensivas que lo organizan: renegación, represión, desmentida. Los pactos denegativos se distinguen por estas diferencias y por la forma como se transmiten de una generación a otra.

***R.:** En algunos trabajos usted ha propuesto que una familia incluida en un dispositivo analítico puede ser considerada un grupo a partir de la inserción de los analistas. Dada la diferencia de organizadores propios de una y otro, y además una cierta oposición de las apuestas entre la filiación y la afiliación, ¿podría explicar su proposición?*

**R.K.:** El grupo familiar en tanto es movilizado en un dispositivo de terapia familiar analítica ya no es solamente un grupo familiar. Evelyn Granjon ha puesto ampliamente en evidencia que, por el hecho mismo de ser recibido por analistas, exógenos por definición al grupo familiar, el grupo familiar es confrontado con los límites del grupo familiar, con su identidad y con la exogamia. Por lo tanto se va a plantear de una manera

bastante central, como usted decía, el problema de la apertura sobre otros grupos. Uno de estos problemas es el del pasaje de los vínculos de *filiación*, que se inscriben en los vínculos de consanguinidad y en la prohibición del incesto, a los vínculos de *afiliación*. Este pasaje interroga la forma como el sujeto puede constituirse como sujeto en otro grupo diferente del primario. Los movimientos psíquicos en juego en el pasaje entre filiación y afiliación son muy importantes, en la medida en que la afiliación va a poner en cuestión lo que los sistémicos llaman las lealtades, es decir la relación de fidelidad o de traición respecto del grupo familiar. La problemática de la afiliación es importante durante el período de latencia, está ya puesta en trabajo en la novela familiar. La novela familiar es la elaboración de un conflicto entre la filiación y la afiliación (“éstos no son mis padres, tengo otra filiación”). Este conflicto se va a actualizar en la adolescencia y la resolución de la novela familiar permitirá ir hacia otros grupos y encontrar otras referencias identificatorias.

Si los terapeutas familiares están identificados con la familia, si se piensan como formando parte de la familia, si no se representan que la situación es la de la familia en un grupo que comprende instancias exógenas, impiden este trabajo de delimitación y de pasaje.

**R.:** *En sus trabajos aparecen referencias al Cuarto Grupo y al Cuarto Análisis. ¿Podría aclarar las ideas en que sostienen la fundación del primero y la invención del segundo?*

**R.K.:** Para responder a esta pregunta me voy a referir de un modo amplio a lo que se escribió sobre esto en 1984, publicado en la revista del Cuarto Grupo, *Topique* (Nº 32, pg. 137-158).

En su prehistoria se inscribe la formación del Quinto Grupo. En un primer momento, la formación es asunto exclusivo de la Institución psicoanalítica. En 1953 se produce la primera escisión de la que nacerá la Société Française de Psychanalyse. Lacan está en el centro de la polémica sobre la crítica de la formación: una formación esencialmente centrada sobre la selección, el lugar del didacta y la calificación del

psicoanalista. El peso de la institución es grande: obligación de asistir a los cursos, consejo de disciplina, etc....

Lacan toma ante todo una posición de contraventor de las reglas de la I.P.A.: impone sesiones cortas, forma sus propios didactas. En 1964 propone la fórmula “el analista no se autoriza sino por sí mismo”, fórmula diferente a la vulgata reductora propalada con frecuencia “el analista se autoriza por sí mismo”. Lacan quiere decir que no hay autorización valedera sin la necesidad para el analista de autorizarse por sí mismo. Al hablar así, Lacan se refiere al proceso del análisis y me parece que su fórmula es analíticamente comprensible; pero evidentemente ese no es el único sentido retenido, ni el que resultó inscrito en el proceso institucional de la École Freudienne.

Más tarde, Lacan agregará que el analista no se autoriza sino por sí mismo y por algunos otros; inscribe así el autorreconocimiento en un reconocimiento mutuo. En 1969, la invención del pase terminará en un fracaso reconocido por Lacan mismo. La crítica esencial dirigida al pase es una crítica de los efectos de seducción que ejerce la palabra del maestro: finalmente Lacan se vuelve el maestro que autoriza; la formación es asunto personal del analista, pero se vuelve asimismo asunto del maestro que autoriza y reconoce. Es justamente contra este desvío que en 1969 se instituye el IV Grupo. Los fundadores del Cuarto Grupo (los más conocidos son Piera Aulagnier, Jean Paul Valabrega, François Perier, Micheline Enriquez) se separaron de Lacan afirmando que “el pase” no permitía ligar en forma satisfactoria lo institucional con lo analítico.

El proyecto fundador del IV Grupo se organiza así en torno de estas dos preguntas que siguen siendo siempre actuales: 1º ¿cómo unir lo Institucional con lo Analítico, es decir ¿cómo puede una institución asumir su parte de responsabilidades en el reconocimiento del hecho de que sus miembros son analistas –analistas siempre en devenir– mientras que la formación de los analistas depende esencialmente de una modificación interna del sujeto-analista a través de la experiencia singular de la cura? 2º ¿Qué es lo que puede mostrar que se produjo un proceso de formación?

Para el IV Grupo, la institución que debe presidir a la formación de los analistas debe ser de estructura y de función democráticas y colegiadas. Se trata de elaborar una teoría de la formación que no esté definida por la institución esencialmente en forma de programa: esta concepción ubica los obstáculos por fuera del candidato, que no puede en estas condiciones elaborar su propio conflicto interno.

La noción de mínimo institucional apunta a reducir los efectos de la alienación, nunca expulsado definitivamente. Debe ser suficiente, legible y explícito, para poder ser refutado y modificado. Este mínimo se concibe en una dialéctica entre la necesidad de la institución y lo que no hay que o no se puede instituir. No por eso se trata de negar la dinámica institucional, la de los conflictos entre los grupos acerca del poder por ejemplo, o de las divergencias en la concepción del análisis: pero, para contener esta dinámica, es necesario que la institución se dé medios adecuados, de otro modo la energía "libre" provoca angustia y fenómenos de poder funcionando en otra parte bajo la forma de influencia. Por otro lado, si el principio del mínimo institucional es abandonado, la transferencia de las responsabilidades analíticas, estrictamente individuales, se efectúa sobre la institución.

El problema central de la formación es la constatación de los efectos de formación. La formación es esencialmente definida como un proceso, un efecto constatado *après-coup*, en intercambios teórico-clínicos con algunos otros. En el proceso, el acento está puesto sobre el recorrido individual de cada uno, sobre su trayecto singular. En el programa, el modelo básico es un modelo universitario, escolar. Sin embargo, queda una pregunta: en la concepción de la formación en el IV Grupo ¿no retorna la noción de programa en forma recurrente, de modo que se garantice un cierto trayecto, una cierta etapa, y principalmente las etapas de reconocimiento?

Al servicio de la formación se ponen tres medios principales: el análisis cuarto, las sesiones inter-analíticas y la sesión habilitante. El concepto de análisis cuarto reconsidera los fines y los procesos del control o de la supervisión. El análisis cuarto consiste esencialmente en el reconocimiento y el ma-



nejo de la materia analítica transferida en el campo transfero-contratransferencial de la cura. Al centrar el trabajo sobre la vertiente contratransferencial, el análisis cuarto remite siempre a los datos analíticos del analista, en consecuencia a los aspectos menos bien resueltos del análisis del analista; éste es incluido así *in absentia* en el proceso del análisis cuarto, que se dirige a las relaciones entre estos cuatro términos: analista en formación, paciente, analista supervisor, analista del analista. Dicho de otro modo, el análisis cuarto apunta a elaborar los efectos transferenciales residuales.

La práctica de las sesiones interanalíticas tiene por finalidad la elaboración de un problema de la clínica o de la teoría psicoanalíticas con colegas que proponen diversas referencias. Atañe a todos los analistas del IV Grupo.

La referencia explícita a la institución sólo está dada por la sesión habilitante. No se trata de una evaluación, ni de un aval, sino de un reconocimiento mutuo.

Respondiendo a sus anteriores preguntas, he destacado que los grupos instituidos plantean siempre la cuestión de una identificación con figuras fundadoras y que éstas restringen la posibilidad de ir a buscar fuera del grupo de pertenencia otros modelos identificatorios. Esta proposición vale para los grupos analíticos: se debe encontrar todo dentro del propio grupo analítico y se es traidor o desviante si se trabaja con otra referencia analítica. Pienso, y no soy el único en pensar esto, que la pluralidad de las referencias es una de las condiciones para que se pueda afirmar con pertinencia la posición personal del analista. Hay que ir a ver en otra parte y por eso es necesario que haya una circulación entre las sociedades de psicoanalistas y que cada una, suficientemente asegurada de su identidad sin tener que recusar la de las otras, no funcione como una familia, o como un clan.

**R.:** *Sabemos que elabora otro libro de próxima aparición. ¿Cuál es el proyecto de **Un singulier-pluriel**?*

**R.K.:** Al proponer este título para mi próximo libro, creo que mi proyecto es bastante explícito: a partir de la experiencia psicoanalítica del grupo, intento repensar algunas nociones

del psicoanálisis tal como han sido elaboradas a partir de la situación de la cura individual. Es un desarrollo de lo que había comenzado a exponer en *El grupo y el sujeto del grupo*, centrándome más sobre el sujeto, *singular y plural*. En este nuevo libro, retomo más precisamente el análisis de las exigencias de trabajo psíquico impuestas a la psique por la instalación de lo pulsional, de la identificación, de la represión y de la interpretación. Preciso cómo se efectúa la estructuración del psiquismo a partir de la intersubjetividad en cuanto a la formación del inconsciente. Me veo así llevado a retomar la teoría del apuntalamiento, tal como la había esbozado hace algunos años, en especial para precisar esta idea de que en el proceso de apuntalamiento de la pulsión es necesario tomar en cuenta la subjetividad del objeto. La subjetividad del objeto, el infans la experimenta a través de la experiencia de placer y/o displacer de la madre misma, experiencia que ella transmite en el movimiento de la introyección del seno, del sentido y del vínculo. Voy a reevaluar también la noción de grupo interno, y prestaré una atención particular al análisis de los sueños de grupo, sobre los cuales trabajo desde hace ya algunos años. Tomo como punto de partida el sueño de “la inyección a Irma” que comienza por una escena donde, escribe Freud, “Recibimos...”. En este sueño, en efecto, recibimos del otro. Estos sueños de grupo están poco trabajados como tales en la cura, pese a que son bastante frecuentes: un analizante sueña con un grupo que se reúne en el consultorio de su analista o en una habitación contigua, la sala de espera, otro sueña que se encuentra con su analista y algunos desconocidos en un grupo de trabajo. ¿Cómo podemos comprender la figuración del grupo en el trabajo del sueño? En este libro, quisiera también hacer proposiciones sobre la formación de los psicoanalistas a partir de todas estas cuestiones.

R.: *Dr. Kaës, muchas gracias.*

## Notas

- [1] Cf. René Kaës, “*La transmisión de la vida psíquica entre generaciones: aportes del psicoanálisis grupal*”, conferencia publicada en este mismo volumen. <sup>213</sup>
- [2] La traducción no permite conservar a la vez el sentido de la expresión y la palabra *cause* [causa] que también en castellano admite las dos acepciones que menciona el autor.
- [3] Cf. René Kaës (1994), *La parole et le lien. Processus associatifs dans les groupes*. París, Dunod.

## Grupo y producción

**Regina Duarte Benevides de Barros \***

---

“... Creer en el mundo es lo que más nos falta; perdimos el mundo: nos lo quitaron. Creer en el mundo es también suscitar acontecimientos, aunque pequeños, que escapen del control, o entonces hacer nacer nuevos espacio-tiempos, incluso de superficie y volumen reducidos ... Es en el nivel de cada tentativa que son juzgadas la capacidad de resistencia o, al contrario, la sumisión a un control. Son necesarios, al mismo tiempo, creación y pueblo.”

G. Deleuze, El devenir revolucionario y las creaciones políticas (entrevista a Toni Negri para el *Futur Antérieur*, No.1, primavera de 1990.)

En las puertas del siglo XXI, cuando observamos el creciente proceso de individualización y privatización de las prácticas sociales y psíquicas, pensar “*el grupo*” se nos presenta como una posibilidad de poner en cuestión la problemática de la economía del deseo, de los procesos de subjetivación y, quizás, de llamar la atención sobre la urgencia de crear nuevos lazos de solidaridad y alianzas de ciudadanía.

---

\* Psicóloga; Profesora de la Universidad Federal Fluminense, Niteroi, Brasil; Analista Institucional; Doctora en Psicología Clínica (PUC, SP, Brasil). ~  
Rua Barao Da Torre 559/203, Ipanema, Río de Janeiro, Brasil. Cep. 22411-000. Tel.: 55(021)239-4683; Fax: 55(021)285-6256.  
E-mail: rafa@hexanet.com.br.

No obstante, no basta hablar de grupo para que estén dadas las condiciones para problematizar los procesos de subjetivación en curso. Tendremos que avanzar más allá de las dicotomías individuo/grupo, grupo/sociedad, para que podamos hacer bifurcar nuevos modos de existencia que cuestionen la “*unidad*” y la “*totalidad*”, continuamente ofrecidas como atributos universales.

### *Grupo - Espacio Individualización / Totalización*

Existen ciertas afirmaciones sobre lo que es un grupo que, a pesar de las diferencias teóricas y metodológicas, parecen haberse consagrado en el campo grupalista –“*un grupo es más que la suma de individuos que lo compone*”; “*un grupo es un campo de relaciones interpersonales*”; “*un grupo es un sistema de relaciones que se estructura exteriormente a los sujetos que lo componen*”; “*un grupo es un conjunto de personas ligadas entre sí por constantes de tiempo y espacio, y articuladas por su mutua representación interna*”.

Esta preocupación por definir lo que es un grupo, en general remite a la búsqueda de ciertas esencias irreductibles, condiciones de posibilidad que garantizarían el punto de partida para la existencia del objeto-grupo.

Es en este contexto que la oposición individuo-grupo gana legitimidad. Vemos desarrollarse, por un lado, tesis “*individualistas*” en las que los individuos constituyen la única realidad. Cuando ellos se juntan es por motivación, necesidad o características personales. En este ámbito, el “*grupo*” no existe, y cualquier teorización a este respecto hace parte del reino de la ficción. Por otro lado, tenemos las tesis “*grupalistas*” que consideran el grupo como una entidad distinta de los individuos que lo componen. La referencia privilegiada será al grupo que, al distinguirse como otro ser, ganará estatuto propio transformándose en una especie de “*a priori*” para la comprensión de los movimientos que en él actúan.

Tanto en una cuanto en otra explicación, individuo y grupo son apenas polos de un par antitético que a lo largo de la

historia se afirmó como natural, construyendo campos disciplinares (sea la psicología o la sociología) que se encargan de mantener sus “objetos” separados y opuestos o, en el mejor de los casos, dispuestos según una línea de continuidad.

En trabajos anteriores<sup>1</sup> desarrollamos algunas ideas sobre la construcción de la categoría de individuo. Esta categoría se hizo presente inicialmente en el escenario europeo, desde los siglos XVI/XVII, de un modo disperso; pero más tarde, a lo largo de los siglos XVIII/XIX, fue adquiriendo cada vez más importancia. Reflexionábamos también sobre el proceso de “interiorización” imputado al individuo que, al ser incitado en sus derechos de “libre ciudadano” autónomo e único, es remitido a la investigación de las características peculiares que definieron su identidad autocentrada. También el espacio de la casa y de la familia ganan nuevas formas y sentidos, puesto que se separan del lugar de trabajo pasando a concentrar la afectividad en su interior. Esta tecnología del enclaustramiento fabrica de modo magistral, más que el individuo, lo “individual”; es decir, un registro de sentido que marca formas de estar, de sentir, de pensar y vivir el mundo. Es lo que Foucault, siguiendo Deleuze, llama modos de subjetivación, modos de existencia o de posibilidades de vida.

Lo que actualmente está instalado es un modo de funcionamiento masivamente “individualizante” sobre los objetos y las prácticas, construyendo trazos de equivalencia entre sujeto-individuo, remitiendo un enunciado al individuo que lo enuncia, interiorizando, privatizando los actos y afectos a los cuerpos que se expresan.

En este contexto, la noción de grupo gana contornos de estas fuerzas. Los individuos, garantizados en una unidad que es autocentrada, no podrán dejar de constituir nuevas y más amplias unidades. El sentido se imprime sea sobre el individuo dándole forma de UNO, sea sobre el grupo dándole forma de TODO. Es la lógica del UNO, presente tanto en el individuo como en el grupo (individuo-UNO: todo se refiere a sí mismo; grupo-TODO: uno refiriéndose a sí mismo.)

En realidad, la antítesis individuo-grupo tomó el lugar de otra anterior: individuo-sociedad. Consideramos importante

destacar la controversia que permea los siglos XVII/XVIII sobre la prioridad de los intereses individuales o colectivos en la conducción de las decisiones políticas (aquí también llama la atención el sentido dado a la palabra *colectivo*: más de un individuo).

El grupo, en esta perspectiva, viene a insertarse como intermediario de la relación individuo-sociedad. En la tentativa de establecer un pasaje “*más suave*” de la comprensión de los fenómenos individuales a los sociales, se duplica la dicotomía individuo-grupo y grupo-sociedad. Lo que se percibe es la insistencia de lo “*social*” como algo “*externo*” al individuo manteniéndose, como ya señalamos, la misma lógica disyuntiva (interno-externo, individuo-grupo).

En el interior de esta lógica se establecen jerarquías: individuo-grupo-sociedad; campos de saber: psicología-psicología social-sociología; especialismos: psicólogos-psicosociólogo-sociólogo, etc. En todos los elementos de estos conjuntos prevalece –si no como dato, al menos como algo a ser perseguido– el sentido de unidad y totalidad, el carácter continuo y universal de las explicaciones.

El grupo surge, por lo tanto, como objeto histórico de un desdoblamiento de la misma lógica antitética, respondiendo a las imposiciones del saber-poder. Viene marcado por las características de esta lógica, de esta racionalidad, y se definirá a semejanza de los elementos anteriores de su cadena generativa –por un lado “*el individuo*”, que le garantiza la idea de indivisible, de particular; por otro lado “*la sociedad*”, que le da la idea de todo, de universal. Procurará ocupar simultáneamente dos lugares, o más bien, se constituirá en un espacio donde disputarán “*el individuo*”, sus conflictos, su historia privada, su identidad personal, versus “*los individuos*”, sus mitos, su historia grupal, su identidad grupal. Las dimensiones de horizontalidad y verticalidad trazadas por la historia del individuo en el grupo y por su historia personal, construyen el grupo como espacio-arena, y sirven a la organización de diferentes acciones e intercambios entre sus miembros.

La insistencia en la noción de grupo a partir de cinco elementos constitutivos, aunque variables (pluralidad de indi-

viduos, objeto común, espacio dado, tiempo definido y contexto social), refuerza la idea que vinimos desarrollando hasta aquí de que el grupo:

- 1) ha sido definido con base en la noción de individuo;
- 2) mantiene la dupla dicotomía –individuo/grupo, grupo/sociedad– colocándose como intermediario –no siempre hábil– cuya especificidad es garantizar por un lado el llamado estrato subjetivo y por otro lado, el estrato social.
- 3) es considerado como estructura, cuyo funcionamiento tiende al equilibrio;
- 4) considera el tiempo en su expresión espacializada, o sea, cronológica.

### *Grupo-Tiempo: multiplicidad / producción*

Decíamos, en el inicio del texto, que el grupo se presentaba “*como una posibilidad de cuestionar la problemática de la economía del deseo, de los procesos de subjetivación ...*”. ¿Cómo escapar de su inserción individualizante y totalizadora?

El primer esfuerzo está en deshacer la sinonimia individuo-subjetividad.

Las investigaciones de M. Foucault, F. Guattari y G. Deleuze, entre otros, aquí son decisivas para poder comprender que el individuo es apenas uno de los modos de subjetivación posibles. Cada época, cada sociedad, pone en funcionamiento algunos de estos modos.

Más allá del modo-individuo, lo que hay son procesos de producción que comprenden varios tipos de individualización. Como diría Foucault, según Deleuze, tanto individualizaciones del tipo sujeto, como acontecimientos sin sujeto –un viento, un sonido, una hora del día, una batalla.

La noción de subjetividad no puede, por lo tanto, ser confundida con la de individuo. No siendo un dato, “*tampoco es posible de totalización o de centralización en el individuo*”. Una cosa es la individualización del cuerpo. Otra es la multiplicidad

de los agenciamientos de la subjetivación: la subjetividad es esencialmente fabricada y modelada en el registro social <sup>2</sup>.

El término “*agenciamiento*”, aquí utilizado, no es ocasional ya que permite poner en cuestión la problemática de la enunciación y de la subjetividad, es decir, de cómo se fabrica un sujeto.

El enunciado no establece solamente más una relación directa con el individuo-emisor, confiriéndole carácter de propiedad e identidad. No establece apenas una articulación entre significante y significado, o una relación de denotación con un referente. Tiene, según Foucault, una capacidad de “*producción existencial*” o, como diría Guattari, posee una “*función diagramática*” de poner en funcionamiento ciertos modos de existencia.

En este sentido, el enunciado siempre es colectivo porque jamás remite a un sujeto sino a un modo de existencia, a un cierto tipo de agenciamiento entre flujos y códigos. La producción de un sujeto-individuo es, por lo tanto, inseparable de las marcas colectivas.

En realidad, el individuo habita hechos, gestos, formas de pensar y de sentir. La subjetividad está circulando en los conjuntos sociales y “*es asumida y vivida por individuos en sus existencias particulares*” <sup>3</sup>. Esto puede darse tanto por un proceso de homogeneización universalizante, como por un proceso de composición heterogénea.

Los sujetos-individuos son efecto de un capitalismo en serie que invierte en el deseo como siendo algo del individuo, y en lo social como siendo algo que se construye a partir del deseo individual. La noción de subjetividad, en cambio, indica una ruptura con la noción unificadora de individuo, ya que la subjetividad es un conjunto de componentes que, según Guattari, son tanto del orden extra-individual (sistemas maquínicos, económicos, sociales, tecnológicos, ecológicos, etc.), como del orden infra-personal (sistemas perceptivos, de afectos, de deseo, orgánicos, etc.).

La identificación de la subjetividad a la individualidad, ha



sido una de las estrategias para reducir los componentes múltiples y heterogéneos de los modos posibles de subjetivación, a apenas una de sus posibilidades –la representación universalista y unificada del individuo.

Aquí se abre nuestro segundo punto de inflexión: superar la dupla dicotomía individuo-grupo, grupo-sociedad.

La eficacia del proceso de subjetivación implementado en nuestro siglo, no incidió apenas sobre el individuo, conformándolo como ser interiorizado. También lo incluye en instancias totalizadoras (sea el grupo o la sociedad) en relación a las cuales deberá no sólo distinguirse para garantizar su identidad, sino también mezclarse, ya que solo nunca sobreviviría. La famosa parábola de Schopenhauer <sup>4</sup> sobre los puerco espines puede ilustrar la manera como es vista la difícil, pero necesaria, aproximación entre los individuos.

Esta alternancia entre mantenerse UNO, idéntico a sí, o juntarse a otros corriendo el riesgo de “*perder su identidad*”, es uno de los dilemas vividos actualmente por los individuos como un supuesto “*verdadero problema*”. Aunque, como ya vimos, se trata de un dilema datado.

Foucault, al analizar la formación del Estado representativo moderno, apunta hacia una transformación del poder pastoral del cristianismo, en técnica política de subjetivación. El poder pastoral, al ser asociado al Estado, cambia de metas –la salvación del alma fue sustituida por la salvación en este mundo, es decir, lucha por la prosperidad, seguridad y progreso.

*“Un análisis de la racionalidad del Estado Moderno muestra que, desde su comienzo, su proyecto político fue al mismo tiempo individualizante y totalitario. Individualización y Totalización –estos son, por lo tanto, sus efectos”<sup>5</sup>.*

El individuo, el grupo, la sociedad, son concepciones de un cierto modo de funcionamiento capitalista en el cual lo que siempre prevalece son representaciones universalizantes y totalizantes.

El grupo es, entonces, pensado a partir del mismo modo de subjetivación individualizante, y es en este sentido que se lo ve como intermediario entre un nivel que sería más “*individual*” y otro que sería más “*social*”.

Pero si desplazamos la noción de grupo hacia la noción de subjetividad, lo que encontraremos será una multiplicidad y provisoriedad.

En este caso, el grupo dejará de ser el modo cómo los individuos se organizan, para ser un dispositivo, un catalizador existencial que podrá producir focos mutantes de creación.

La noción de dispositivo indica algo que hace funcionar, que acciona un proceso de descomposición, que produce nuevos acontecimientos, que acentúa la pluralidad de los componentes de subjetivación.

El grupo así producido, como dispositivo analítico, podrá servir a las descristalizaciones de lugares y roles que el sujeto-individuo construye y reconstruye en sus historias.

La cuestión no sería más buscar una identidad del individuo o del grupo, sino preguntarse sobre qué componentes de subjetivación estarían siendo accionados, y cuáles otros agenciamientos podrían ser hechos.

En esta perspectiva, el grupo, el individuo, se tornan apenas formas posibles de individualización de la subjetividad. En otras condiciones, la subjetividad puede hacerse colectiva.

*“En efecto, aquí el término colectivo debe ser entendido en el sentido de una multiplicidad que se desarrolla más allá del individuo junto al socius, así como más allá de la persona, junto a intensidades preverbales que derivan de una lógica de los afectos, más que de una lógica de los conjuntos bien circunscriptos”<sup>6</sup>.*

La noción de colectivo traída por Guattari acaba con las falsas dicotomías entre individuo-grupo y grupo-sociedad. Pues lo que muestra es que al zambullirnos en la subjetividad

entendida como proceso, entramos en contacto con la multiplicidad y no con la unidad, con la heterogeneidad y no con la homogeneidad, con la fragmentación y no con la totalización.

Si tomamos el grupo como dispositivo, accionamos su capacidad de transformarse, de des-territorializarse, de irrumpir en devenires que nos saquen del lugar intimista y privatista en que fuimos colocados como individuos. El contacto con la multiplicidad puede, de este modo, hacer emerger un territorio existencial que no sea más del orden de lo individual (sea de un individuo o de un grupo) sino del orden de lo colectivo.

Instaurar rupturas en las tendencias totalizadoras, unificadoras y naturalizadoras, abre posibilidades para nuevos procesos de singularización. Es aquí, pensamos, que el grupo-dispositivo puede actuar como máquina de descomposición, a comenzar por la descomposición de su pretendida unidad.

Pero en nuestra tentativa de producir el grupo como dispositivo, aún debemos enfrentar la definición comúnmente difundida del grupo como estructura, y la concepción de tiempo con la que ésta se pauta.

Con el único objetivo de tornar algunos puntos definidores de la noción de estructura grupal (ya que aquí no es nuestro objetivo reproducir la polémica y compleja discusión emprendida por el estructuralismo), diremos que ésta ha designado una relación entre los individuos y una relación con sus objetivos, de tal modo que: la transformación en cada uno de estos elementos acarrearía una modificación en todos los otros; al pertenecer a todos los miembros, las transformaciones pondrían un padrón de comportamiento; al poseer un padrón de comportamiento, se puede prever cómo reaccionarán los miembros en ciertas situaciones; su funcionamiento pueda explicar los hechos observados (sean explícitos o implícitos).

Por lo tanto, lo que caracteriza el funcionamiento de la estructura es su tendencia al equilibrio. Ella busca compensar toda influencia que pueda modificarla, y tiende a neutralizar las alteraciones para mantener el equilibrio obtenido por su totalidad.

El grupo como estructura pretende colocarse como una

especie de sobre-codificador de las palabras y gestos y, en este sentido:

*“fantasmagoriza el acontecer a través de un perpetuo e irresponsable vaivén entre lo general y lo particular. Tal líder, tal víctima propiciadora, tal incisión, tal amenaza imaginaria sentida por el otro grupo es el equivalente de la subjetividad del grupo. A cada acontecer, a cada crisis, es sustituible otro acontecer, otra crisis, que inaugura otra secuencia también marcada por el sello de la equivalencia y de la identidad”<sup>7</sup>.*

En este tipo de grupo, el tiempo es el tiempo espacializado, el tiempo de cada encuentro de sus componentes o, aun, el tiempo decorrido entre un hecho y lo que sobre él se dice.

Cuando pensamos el grupo como dispositivo y lo descentramos de los individuos, entramos en contacto con la problemática de la producción, de las máquinas, de un tiempo irreversible.

Las máquinas, según Deleuze y Guattari, funcionan por acoplamiento en otras máquinas; no son un compuesto de piezas que sólo ganan sentido cuando son referidas a un todo. Lo que importa en las máquinas es cómo ellas funcionan, qué efectos producen.

El grupo dispositivo-máquina se instala en el caos, en los flujos más diversos, posibilitando la irrupción de lo inesperado donde estaba lo ya naturalizado.

Así, el grupo-máquina no busca relaciones de determinación estructural entre los acontecimientos de ayer, de hoy y de mañana.

Su relación con el tiempo es del orden de la intensidad, del corte. Su función de dispositivo crea fluctuaciones y tensiones que no buscan el equilibrio sino la invención de bifurcaciones que den pasaje a las rupturas operadas.

El tiempo del grupo, aquí, es el tiempo de los comienzos innumerables, de la producción de los acontecimientos; ni

interno (al grupo y/o al individuo) ni universal, el tiempo maquínico es el de las transformaciones irreversibles.

En esta tentativa de accionar el grupo como dispositivo, no hay más ni universal ni UNO, hay solamente procesos, devenires.

El grupo no tiene relación con la vida privada de los individuos que se reúnen en determinado espacio, por un cierto tiempo, para cumplir ciertos objetivos. Es (o puede ser) un dispositivo cuando trata de intensificar en cada palabra, sonido o gesto, lo que tales componentes accionan de las instituciones (sociales, históricas) y de cómo construyen en éstas nuevas redes singulares de diferenciación.

Se intentará un escuchar/actuar sobre la multiplicidad de los modos colectivos de semiotización trazando, en cada momento, el camino de los encuentros, la producción de las rupturas. Hacer confluir los puntos de ebullición a partir de los cuales nuevas bifurcaciones sean posibles, es tentar abrir posibilidades de desordenar el modo de producción de subjetividades capitalistas.

## Notas

- <sup>1</sup> Barros, Regina D. B. de, "Grupo: uma visada micropolítica", São Paulo: Puc/SP, 1991, mimeo.; y "Sobre a oposição indivíduo/grupo: contribuições de Foucault", São Paulo: Puc/SP, 1991.
- <sup>2</sup> Guattari, F. y Rolnik, S., "Micropolítica: cartografias do desejo". Petrópolis: Vozes, 1986, p.31.
- <sup>3</sup> Guattari, F. y Rolnik, S., *Ibid*, p. 33.
- <sup>4</sup> "Un grupo de puercoespines se apiló apretadamente en cierto día frío de invierno para poder aprovechar el calor unos de los otros y salvarse, así, de la muerte por congelamiento. Pero más tarde comenzaron a sentir las espinas los unos de los otros, lo que los llevó a separarse nuevamente. Después, cuando la necesidad de sentir calor los aproximó más una vez, surgió nuevamente el segundo mal. Fueron, así, impulsados para adelante y para atrás, de un problema a otro, hasta descubrir una distancia intermedia en la cual podían más tolerablemente coexistir"; citado por Freud,

S. en “Psicologia das massas e análise do ego”, Rio de Janeiro: Imago, p.50.

<sup>5</sup> Barros, Regina D. B. de, “Sobre a oposição indivíduo-grupo: contribuições de Foucault”, São Paulo: Puc/SP mimeo, p. II.

<sup>6</sup> Guattari, F. *Da produção da subjetividade*, inédito, 1990.

<sup>7</sup> Guattari, F., “Máquina y estructura”, en *Psicoanálisis y transversalidad*, Bs.Aires: Siglo XXI, 1976, p. 279.

## **Función semiótica parental y “potencialidad somática”. Vicisitudes de la semantización parental perturbadora en torno al cuerpo.**

**Oscar de Cristóforis \***

---

“El acto de habla navega entre el cuerpo y el código”.

En la compleja construcción de una adecuada organización psicósomática de un individuo, la familia cumple, por supuesto, un papel crucial. Entre los múltiples vectores que pueden estudiarse en dicha construcción la función semiótica familiar reviste una riqueza especial, tanto sea para comprender los procesos esperables como los patológicos.

En esta oportunidad se pretende reflexionar acerca de algunos de esos procesos, especialmente los de semantización, de las distorsiones y alteraciones que los mismos pueden presentar y de la influencia que tendrían sobre una posible predisposición a la vulnerabilidad somática en los hijos. Describir, analizar, intentar explicar esa influencia perturbadora correlacionándola con lo que llamaré “potencialidad somática, o patosomática, o polisomatizante” (parafraseando un concepto de P. Aulagnier), es un punto de vista más, un vértice posible y de ninguna manera aspira ser una posición que excluya y contradiga a otras que brindan valiosas explicaciones para pensar las enfermedades y trastornos somáticos en la infancia. Porque es precisamente en esta etapa donde pueden plasmarse determinadas condiciones que predispon-

---

\* Licenciado en Psicología. Licenciado en Ciencias de la Educación.  
Miembro Adherente de la A.A.P.P.G.  
Pereyra Lucena 2516, 3º 11 (1425) Buenos Aires, Argentina.

drían a usar el cuerpo como “buffer”, como descarga, como campo donde se dirime lo que por diferentes razones no puede ser procesado elaborativamente por el aparato psíquico.

Es un intento, además, de comprender al individuo que enferma somáticamente (en las distintas variantes en que las enfermedades suelen manifestarse: crónicas, agudas, a repetición, altamente desorganizativas y progresivas, regresivas y reversibles, graves e irreversibles, etc.) desde una mirada que contemple las múltiples variables que operan en los conjuntos multipersonales, desde lo familiar a todo lo social en su conjunto, y que incidirían en la irrupción, instalación y/o cronificación de los procesos de enfermarse orgánicamente. Variables que abarcarían las dimensiones biológica, psicológica, histórica y social.

### *Aportes desde el campo semiótico*

Desde la mitad del siglo en adelante, fueron numerosos los trabajos que entrecruzaron conceptos e hipótesis del campo semiótico y del psicoanalítico. El concepto de representación es un ejemplo clave que puede mostrar esa articulación posible entre semiótica y psicoanálisis. Por supuesto que no es éste el lugar para extenderse en la riqueza de estas correlaciones, sino para indicar el alcance que en el presente trabajo conllevan conceptos tales como ideología familiar inconciente, códigos, reglas, enunciados identificatorios, etc.

Desde un planteo como el de Ducrot, quien enfatiza que el lenguaje más que un modo de expresión del pensamiento o un medio de comunicación, debe ser entendido como un verdadero estructurador de las relaciones interpersonales, es posible ubicarse en la relación entre la significación de los discursos y las representaciones subjetivas. Y que en la conformación de lo intersubjetivo habría atravesamientos directos de los discursos operantes en una formación social determinada históricamente.

Siguiendo esta línea de pensamiento, podríamos cuestionarnos en nuestra tarea clínica acerca del papel decisivo que



cumplen las ideologías familiares. (Ideología entendida como una representación de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia). De esta manera mucho de lo que sucede entre padres e hijos podría definirse como “proceso ideológico”: un complejo de relaciones interactivas entre determinadas formaciones semióticas y lo imaginario individual (A. Sercovich). En la clínica psicoanalítica podemos comprobar el papel crucial que representan esas ideologías familiares a través de mensajes parentales “incrustados” en el inconsciente y que actúan como productores de pensamientos. Se trata, entonces, **de poner en relación la significación de los discursos y las representaciones subjetivas (psicoanálisis y semiótica)**, articulados por una hipótesis básica: los discursos se inscriben en el sujeto siempre doblemente (doble inscripción, consciente e inconsciente). A partir de este enfoque es posible adherir a un discurso sin comprenderlo o sin aceptarlo, y a su vez comprendiéndolo y no aceptándolo. Se abre así una extensa combinatoria entre comprensión e incomprensión, aceptación y no aceptación, adhesión y rechazo (que en términos de mecanismos psíquicos se expresarían por la negación, desmentida, rechazo, represión), que explicaría la acción y eficacia de muchos discursos, en particular los emitidos desde el lugar parental, que están cargados de un fuerte poder persuasivo; entendiendo por **lenguajes persuasivos** aquéllos que, en líneas generales, el factor predominante es la intención del emisor de influir sobre el receptor, discursos que se hallan vinculados con la modificación de las representaciones y las conductas de sus destinatarios. Esta noción de persuasión abrió el desarrollo del campo de la “Pragmática”.

Es conocido que clásicamente el “campo semiótico” abarcaría tres áreas o dimensiones: SINTACTICA (sintaxis), es decir la forma o modo en la cual el enunciado es construido; investiga la relación de los signos entre sí, consiste en determinar las reglas que permiten construir frases o fórmulas correctas, combinando los símbolos elementales; SEMANTICA: área de la significación de los enunciados, establece la relación de los signos con una clase o elementos de una clase, y la PRAGMATICA: donde se aprecian los efectos o acciones en el oyente, describe el uso que pueden hacer de las fórmulas los interlocutores que se proponen actuar unos

sobre otros.

Es de destacar que tanto la sintaxis como la semántica, que estudian el núcleo de la lengua, deben elaborarse en estrecha conexión con la dimensión pragmática, ya que “la relación entre los signos y sus usuarios” compete a todos los niveles de la semiótica. Cabría además agregar que la semiótica, ciencia de la significación, disciplina que investiga la semiosis (semiosis que puede entenderse como: a) dominio de significado, b) dominio de la comunicación), es además un instrumento generalizable a todas las modalidades de sentido y su producción. Abarca, además, sistemas simbólicos no lingüísticos, algunos basados en el lenguaje, pero no idénticos. Hay también formas sociales que funcionan a la manera de un lenguaje: sistema de parentesco, mitos, moda.

En el área de las semantizaciones, habría que remarcar que aquí se analizarían los sentidos que tienen las palabras, sus variaciones y cómo se combinan las significaciones de los elementos de la frase para constituir su sentido total, que no se produce por simple suma de palabras (relaciones sintagmáticas).

Otra consideración necesaria se refiere a la utilización que los sujetos hablantes pueden hacer del lenguaje. Es decir, que es preciso distinguir aquello para lo cual sirve el lenguaje de aquello que, además, puede hacerse con él; por un lado la lengua fue creada para permitir a los hombres comunicarse los pensamientos, pero por otro habría una función “expresiva” (Bühler-Jakobson) que puede realizarse mediante entonaciones, de alegría, de cólera, de tristeza y por determinadas modalidades, en donde tanto éstas como las entonaciones no serían sólo consecuencia de diferentes estados psicológicos, sino **particulares maneras de significar**. (Ejemplo: “Por desgracia no vino”; “me irrita que no haya venido”. Donde se representa el sujeto como objeto del enunciado).

El filósofo inglés J. L. Austin formuló una clasificación sobre los actos que se cumplen al enunciar una frase, a los que llamó **actos de habla**: para él “decir algo es hacer algo” y llamó “expresiones realizativas” a las que participan de esa característica. Distingue: 1) un acto locutorio o dimensión

locucionaria: donde se articulan y combinan sonidos y nociones representadas por las palabras, con cierto “sentido” y “referencia”, es el acto **de** decir algo; 2) un acto ilocutorio (o “dimensión ilocucionario de los enunciados”), en la medida en que la enunciación de la frase constituye de por sí un determinado acto, una determinada transformación de las relaciones entre los interlocutores (prometo, interrogo, ordeno), es el acto que llevamos a cabo **al** decir algo; es la presión sobre el receptor; 3) un acto perlocutorio: en donde la enunciación puede servir a fines diferentes y lejanos y que el interlocutor puede no comprender claramente pero producir algún tipo de efecto (¿no conciente?). Es el acto que llevamos a cabo **porque** decimos algo, es decir, las consecuencias que contingentemente sobrevienen porque lo hemos dicho.

### *Actos de habla y operadores lingüísticos*

Los actos de habla son todas aquellas actuaciones que al hablar se ejercen sobre un oyente e influyen en su comportamiento, bajo determinadas circunstancias.

En nuestro país fue a partir de los años 70 con Ana M. Barrenechea que se comienza a estudiar en lingüística aplicada algo hasta el momento ignorado: que existen palabras o giros en los que el hablante manifiesta su voluntad de presionar al receptor. Significaba instalarse desde la lengua como sistema, hacia el uso en el habla y entrar en el carácter persuasivo del lenguaje. No es entonces un simple hecho de comunicación; se trata de comprender sutiles recursos en los que el hablante pone toda su fuerza para actuar sobre el receptor.

A estos recursos se los llama **operadores**. Ellos son señales léxicas, sintácticas, semánticas, fónicas, gráficas, etc. que marcan la relación hablante-oyente. Esta relación se manifiesta en un acto de habla que contiene la fuerza del emisor y apunta a una respuesta en el receptor (efecto perlocucionario). Son auxiliares del mensaje lingüístico (Rosetti, M.; 1991).

### *Operadores gestuales*

Cuando los gestos acompañan a la emisión lingüística estamos frente a operadores gestuales, en cambio cuando no hay comunicación verbal pero sí gestos y/o posturas que la reemplazan, estamos frente a SUSTITUTOS DEL LENGUAJE que pueden ser universales y otros típicos de cada individuo o familia.

Los operadores gestuales pueden ser reactivos (palidez, rubor, temblor, piel erizada, etc.) o expresivos: pueden ilustrar, contradecir, ocultar, regular la comunicación verbal. En general enriquecen la comunicación, actúan eficazmente para expresar o destacar la fuerza ilocucionaria señalando el tipo de acto o matizándolo.

También el valor ilocucionario se aprecia en la **presuposición lingüística** (un supuesto es un “plus” de algo que se afirma: “Juan sigue pidiendo”), en donde elegir enunciados con ciertos presupuestos introduce una determinada modificación en las relaciones entre los interlocutores.

Vemos entonces que tanto la noción de persuasión, la de conatividad (acción del discurso sobre su receptor-Jakobson) y valor ilocutorio o ilocucionario estarían proponiendo lo que Ducrot sintetizó al decir: “La lengua es mucho más que un simple instrumento para comunicar informaciones: implica inscrita en la sintaxis y en el léxico, todo un código de relaciones humanas”. Podríamos agregar: un verdadero estructurador de lo intra e intersubjetivo.

### *Retomando el planteo*

Con respecto al planteo específico de esta comunicación, se trata de pensar en las diferentes formas en que el discurso parental y los procesos semióticos en su conjunto intervenirían, en el establecimiento de una potencialidad o predisposición a la patología somática de sus hijos.

La pertinencia de este enfoque, su investigación y aplicación en la clínica se sustentará fundamentalmente en considerar que la aparición y sostenimiento (persistencia) de la

enfermedad somática en la infancia, y la posible instalación de una potencialidad a enfermarse, dependen, entre otros factores, pero desde un lugar de privilegio, de todas las “puestas de sentido” (semantización) que hagan los padres –y especialmente la madre– con respecto a: a) el CUERPO del niño, b) el SUFRIMIENTO y el PLACER de ese cuerpo, c) las ENFERMEDADES orgánicas que se manifiesten, ya que a ella (ellos) le provoca efectos y emite un discurso de la enfermedad actual y de las pasadas, y ello produce en el niño marcas determinantes de acuerdo a la calidad de ese discurso, d) el tipo de EROTIZACIÓN (en calidad y cantidad) que constituirá el basamento del anclaje somático del amor que dirige al cuerpo singular de su hijo.

A partir de estos planteos, sería necesario entonces detenernos en esos procesos de semantización, relacionarlos con aquellas conceptualizaciones psicoanalíticas que se presten más para entender su circulación e incidencia; las posibles conformaciones patógenas que podrían asumir, así también como el alcance que se le adjudique a los conceptos de **potencialidad, predisposición y vulnerabilidad**.

### *Enfermedad somática y psicoanálisis*

La enfermedad somática siempre ocupó algún lugar en las reflexiones psicoanalíticas, y a partir de la segunda mitad de este siglo, fueron muchos los autores posfreudianos que brindaron aportes importantes sobre el tema. Se podría decir que el enfoque psicósomático dentro del psicoanálisis está representado hoy, por un conjunto voluminoso de trabajos teórico-clínicos. Hasta no sería exagerado afirmar que la mayoría de los autores prolíficos han encarado el tema, en forma más o menos profunda. Tema que, por otro lado, ha sido (y es) muy controvertido y ha generado posiciones antagónicas. De los tres sufrimientos humanos señalados por Freud en *El Malestar en la Cultura*, sólo el referido al cuerpo le generaba dudas con respecto a los beneficios que podía aportar el psicoanálisis. Pero a pesar de todo ya señalaba en 1912, en *El Simposio sobre la Masturbación*, refiriéndose a las particulares características de los síntomas orgánicos de las “neurosis actuales” y a la imposibilidad de interpretarlos como los síntomas

psiconeuróticos, un papel para el psicoanálisis: ...“*concedo hoy –lo que antes no podía creer– que un tratamiento analítico llegue a tener también indirectamente influencia terapéutica sobre los síntomas actuales, ya sea porque conduzca a una mejor tolerancia de su nocividad actual, o porque coloque al individuo enfermo en la situación de sustraerlo a esta nocividad actual, modificando su régimen sexual. He aquí evidentemente prometedoras perspectivas para nuestros afanes terapéuticos*”.

Precisamente, esta práctica clínica que aquí se considera, se internaría en esas perspectivas ya apuntadas por Freud. Hoy el psicoanálisis interviene, y de manera cada vez más creciente, en los intentos de cura de pacientes con enfermedades graves, crónicas, agudas, terminales; y no solamente en la privacidad de los consultorios sino en gran número de instituciones hospitalarias, en equipos de salud y en grupos de investigación.

Se podría afirmar (como lo hace Sami-Alí), que pensar lo somático en psicoanálisis es, al mismo tiempo, pensar los límites del psicoanálisis. En este sentido, la clínica del paciente con enfermedad orgánica, compartiría un espacio junto a lo que en los últimos años se lo denominó como clínica de “fronteras”, de “bordes” que incluye patologías narcisistas no psicóticas, patologías de la carencia, del vacío, de lo negativo, del no deseo, con fallas en los procesos de ligadura del preconciente, prevalencia de la escisión, pobreza representacional. Pacientes cuya problemática no se basa en el conflicto entre instancias, sino en un déficit, un hueco donde se ha interrumpido la noción de existencia. Que exigirían, como los que padecen enfermedades orgánicas, ajustes e innovaciones en las estrategias, los abordajes, los encuadres, para intentar su tratamiento.

Así como el enfoque psicosomático en medicina trataría fundamentalmente de luchar contra la negación de lo psíquico, en psicoanálisis alimentaría la esperanza de continuar sistematizando una clínica posible, efectiva, válida de las múltiples formas de somatización. No cabe duda que el esfuerzo por lograrlo está plenamente justificado ya que los aportes y la participación que el psicoanálisis viene realizando en el cam-

po psicossomático lo avala.

Son muchos los conceptos psicoanalíticos (y varios los autores) que podrían considerarse de extrema utilidad para comprender la compleja construcción de una adecuada integración psicossomática, y donde se pondría de manifiesto el papel decisivo que juega la función semiótica familiar mencionada anteriormente. A continuación se enumerarán sólo algunos que revisten especial interés para esta comunicación:

- 1) Identificación. Ideal del yo (S. Freud).
- 2) Función alfa. Función beta. Función de *rêverie* materna (Bion).
- 3) Fantasmaticación obligada, violencia primaria y secundaria. Enunciados identificatorios. Sombra hablada. La madre como portavoz. Efecto de interpenetración (Piera Aulagnier).
- 4) Preocupación materna primaria. Provisión ambiental. (D. Winnicott).
- 5) Seducción originaria. Significantes enigmáticos. (J. Laplanche).
- 6) Proyección subjetivante de la madre (A. Green).
- 7) Reglas de enunciación identificatoria. Matrices inconcientes (H. Bleichmar).
- 8) Self ambiental sobreadaptado-self corporal sojuzgado (D. Liberman).
- 9) Imagen inconciente del cuerpo (F. Dolto).
- 10) Fantasmas de identificación (a la manera de visitantes del yo) (Alain de Mijolla).
- 11) Identificaciones alienantes.

Algunos comentarios sobre el listado anterior:

En lo que Piera Aulagnier conceptualiza como “**enunciado identificatorio**” se define la identidad: son juicios emitidos por un otro significativo de quien se depende afectivamente. Enunciados que no sólo determinarán conductas, sino que podrán plasmar a lo largo de la infancia importantes estructuraciones psicopatológicas. H. Bleichmar agrega a estos enunciados que constituyen verdaderos juicios de identidad atribuida, **las reglas de la enunciación identificatoria**: son normas para construir aquellas afirmaciones; cómo se

construyen las creencias sobre la identidad, a través de cuáles operaciones. Pueden ser formuladas directamente sobre el hijo o por implicación a terceros (paranoicas, hipocondríacas, fóbicas, melancólicas o somáticas: fragilidad corporal, posibilidad de enfermarse, peligro mortal inminente). Ejemplos de esas reglas podrían ser la transposición categorial: colocar una “etiqueta” a una persona y luego seguir utilizándola pero para otro contexto; o el discurso totalizante: juicio global a partir de un elemento parcial.

Para P. Aulagnier la totalidad del discurso tiene una función identificante. El yo es efecto de la **apropiación** de los enunciados identificatorios que sobre él formularon los objetos investidos, de ahí el papel activo del infans: no es un títere del discurso materno, elige y rechaza. El le propone el cuerpo a su madre para que ésta lo invista. Su cuerpo es hablado por los enunciados maternos. La madre es enunciante y el mediador privilegiado del discurso ambiental; lo conmina, le prohíbe, le indica los límites de lo posible y de lo lícito: es pues la semantizadora principal. Es, en síntesis, el **portavoz**, concepto que define para P. Aulagnier la función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique: comenta, predice, acuna las manifestaciones del infans, y representa como delegada un orden exterior al cual ella también está sometida. El otro concepto que agrega en la misma línea de pensamiento, es el de **sombra hablada** llevada sobre el cuerpo del infans por su propio discurso, que sería algo así como el anhelo maternal concerniente al niño, la proyección de la idealización sobre él. Existe, a su vez, la posibilidad de contradicción por parte del infans, quien al no disponer todavía del uso del lenguaje, lo manifestará por su cuerpo, apareciendo bajo el signo de una falta o carencia: falta de sueño, falta de crecimiento, de movimiento, de fonación, de ganas para alimentarse, etc.

El yo y el superyó mismo se modelan según líneas de estructuración que proceden de la incorporación de rasgos del otro, de sus enunciados. Ese proceso de identificación que de por sí es estructurante, pivotea sobre los rasgos (imagen) y representaciones (conjunto semiótico) que el otro significativo le aporta al sujeto y que se despliega a través del discurso. Cuando decimos que el yo se constituye y se man-



tiene básicamente por la identificación con la imagen del otro, ese “del” lo entendemos, por supuesto, en su doble acepción: a) como se presenta el otro para el sujeto (el yo representación del otro), b) como la imagen (que también es semántica) que el otro tiene de ese sujeto. Lo ve de determinada manera y el sujeto se identifica con esa imagen (la acepta por amor, es una versión altamente valorizada porque es la de sus padres). Esto nos lleva a entender la identidad como emergiendo de un contexto vincular, cargada y determinada por una ideología. La presencia de los otros significativos no sólo es fundante sino esencial en el mantenimiento del **yo-representación**. Esta instancia estará integrada fundamentalmente por elementos valorativos; rasgos que pueden ser ubicables en una escala de preferencia desde una máxima valoración (yo ideal), hasta la máxima imperfección (negativo del yo ideal); de ahí su conexión con el narcisismo.

En la identificación sostenida con predominio del yo ideal funcionaría prevalentemente una lógica binaria: un rasgo único prevalente asume la valoración total (positivo o negativo) de la persona; todo o nada, que se desprende además de un **discurso totalizante** de los padres. Sustentaría, luego, una identidad megalómana, irreal, que podría poner en riesgo al cuerpo, por el agotamiento al que lo expondría, o por ideas delirantes de omnipotencia: “a mí no me va a pasar nada”, “yo soy sano e inmortal” (o todo el extremo contrario).

Entonces el sistema de significaciones que se le proporciona a un infans, niño o adolescente es sumamente importante para que pueda sentir y procesar sus vivencias. Los padres le codifican su universo (y cuanto más pequeño más difícil que “metabolice” apartado de la línea parental) en términos de sus propias creencias y tipos de lógicas. Entonces sentirse malo, culpable, enfermo, débil, enfermable puede no provenir de experiencias en que participó activamente un niño, traumas o vicisitudes de su carga pulsional sino por modelos y procesos identificatorios: a) identificación con la imagen que otro le da de sí, en la que aparece como lo nombrado anteriormente; b) identificación con un otro que se siente de esa manera. El concepto es prestado, podríamos hablar de inducción inconsciente; se trata de efectos que no son buscados por el individuo (no es el resultado de la defensa y de la vigencia del

principio del placer) sino que por el contrario el individuo cae en ellos.

El hombre se inscribe en un orden cultural, mundo de lenguaje, en el cual se le ofrecen pensamientos ya formados que funcionarían como entidades a priori. Entonces estos **juicios de atribución**, es decir, aquellos en que se predica un atributo, cualidad, esencia de un sujeto, pueden construirse por la aceptación de una identificación por inducción inconsciente. Se le da al niño una identificación del “sí mismo” y una estructura de razonamiento consiguiente. El niño toma entonces del adulto los conceptos que le permiten la construcción de la representación de sí mismo y principalmente las estructuras de pensamiento, un modo de razonar, de influir lógicamente, de organizar los datos. Serían como un modelo para construir otros deseos y representaciones; reglas de construcción, es decir, no sólo contenidos específicos sino formas de construir deseos y representaciones de sí mismo. Y una vez creada una identidad, se comporta como una estructura productiva, una **matriz generativa** (H. Bleichmar). Acá se podría apreciar la idea de predisposición que se plantea en el presente trabajo.

En esta misma línea, Maud Mannoni llega a plantear que “las palabras del adulto dejan una mayor impronta en el niño que el acontecimiento mismo”. Se remarcaría, de esta forma, el modo en que fueron codificados, significados los acontecimientos para ese sujeto.

El cuerpo se inserta e inscribe en un mundo simbólico que lo precede y lo significa; que necesita siempre de un otro que le otorgue cualidades diferenciales (el cuerpo es una realidad que se construye. Es diferente el organismo, lo viviente y lo que en psicoanálisis llamamos cuerpo. Para hacer un cuerpo se necesita un organismo vivo más una imagen, aprehendida en lo especular). Los padres atribuyen también un sentido a la enfermedad orgánica, al cuerpo enfermo-dañado. Este sentido incluye el conjunto de contenidos semánticos expresados en creencias (elementos cognitivos dotados de certidumbre) que determinarán las actitudes, es decir, las disposiciones a actuar frente a la enfermedad. Cada familia puede elaborar una verdadera mitología en torno a la enfermedad y que puede

llegar a ser incuestionable.

### *Acerca del concepto de potencialidad*

Comparémoslo con el de predisposición (o disposición). A ésta se la define como el estado del organismo, congénito o adquirido, apto para contraer una enfermedad determinada. Habría causas constitucionales, las que podríamos llamar la naturaleza de la disposición, y accidentales, sucesos patógenos vividos por el individuo. Freud ubica lo disposicional dentro de las series complementarias. En *Disposición a la neurosis obsesiva* dice que son inhibiciones de la evolución. Estaría, por otro lado, estrechamente ligado a los conceptos de fijación y regresión.

Lo potencial es lo que existe dispuesto para la acción, pero no en actividad. Es una fuerza o poder disponible. Lo que puede suceder o existir; que tiene o encierra potencia, pudiendo definirse ésta como la capacidad para ejecutar una cosa o producir un efecto.

P. Aulagnier lo usa en este sentido, lo que teniendo valor potencial para pasar o no al estado manifiesto. Habla de potencialidad psicótica, neurótica y polimorfa, e incluye en esta última lo perverso, las respuestas somáticas, la toxicomanía, la relación pasional o alienante. Según ella puede constituirse y fijarse en momentos más o menos precoces del recorrido identificador; en general antes que la infancia llegue a su fin. Una potencialidad se sostiene con un compromiso identificador y se refuerza por un mandato que es enunciado ante todo por la voz materna (que en el caso de la potencialidad psicótica sería: "que nada cambie"). Hablar de potencialidad es postular que la psique mantiene la capacidad de firmar "un pacto de no agresión recíproca" entre su compromiso y el compromiso identificador a que se conforma el yo de los otros.

Es importante señalar (como lo hace Sophie Mijolla-Mellor) que no es una posibilidad latente que sería común a todo sujeto, sino más bien una organización de la psique que puede no dar lugar a síntomas manifiestos, pero que estaría

mostrando la presencia de elementos constitutivos, en el caso de la potencialidad psicótica, un pensamiento delirante primario enquistado, y no reprimido. En el caso de una potencialidad polisomatizante, o de un cuerpo vulnerable a enfermarse, algunas de las conformaciones que aquí se tratan de circunscribir.

### *La semiosis psicopatológica y la trasmisión psíquica*

Como lo entiende Kaës, el trabajo psíquico de la trasmisión es el proceso y el resultado de ligazones psíquicas entre aparatos psíquicos, como así también las transformaciones operadas por estas ligazones.

Trasmisión que requiere la diferenciación entre lo que es transmitido y lo que es recibido y transformado en el proceso de historización del sujeto o, dicho de otra manera, en el proceso de apropiación de la herencia.

Otra distinción: lo que se trasmite “entre” sujetos no es del mismo orden que lo que se transmite “a través” de ellos. La trasmisión transpsíquica supone la abolición de los límites y espacios subjetivos (mientras que la trasmisión intersubjetiva supone la existencia de un espacio de transcripción transformadora de la trasmisión).

“Lo que has heredado de tus padres, para poseerlo, gánalo”, decía Freud citando a Goethe.

Proceso de apropiación que implicará alimentar la doble necesidad en que se encuentra el sujeto de la herencia: ser para sí mismo su propio fin, es decir uno en su singularidad y por otro lado ser eslabón de una cadena a la que está sujeto sin la participación de su voluntad, es decir ser sujeto del conjunto.

Entonces: doble exigencia de trabajo psíquico impuesto al aparato:

a) por la sujeción a los conjuntos (familia, grupo, institución,  
m a s a )

- b) por la sujeción al cuerpo (experiencias corporales). El mundo es cuerpo y grupo; por lo tanto doble apuntalamiento en la construcción de la psique: la experiencia corporal y la experiencia intersubjetiva.

El sujeto del grupo hereda de diversas formas:

- por apuntalamiento,
- por identificación,
- por contagio,
- por incorporación,
- por interfantasmaticización; **pero también:**
- por intrusión (¿violencia secundaria? ¿deseo de alienar? P. Aulagnier);
- por identificaciones alienantes o patógenas;
- por significados que se convierten en irracionales (Berenstein, 1981). Tanto la racionalidad como la irracionalidad son transmisibles como significados que circulan como mensajes entre las generaciones. Los sentidos se organizan y transmiten como significados de las percepciones. Un significado se torna irracional cuando, dado un contexto determinado, el significado no se adapta o no es contenido por la percepción, y también cuando su permanencia es mantenida a través de distintos contextos;
- por telescopage (encaje, incrustación, choque de frente). Una situación, una experiencia, un acontecimiento que confronta, de manera imprevista al yo con una representación que se impone a él, con todos los atributos de la certeza, cuando hasta ese momento ignoraba que hubiese podido ocupar un tal lugar en sus propios escenarios. (P. Aulagnier-H. Faimberg);
- por “delirios en herencia” (Micheline Enríquez): padres que implican a sus hijos en su delirio haciendo de ellos el testigo, el aliado, el cómplice, incluso el destinatario de su actividad delirante; es decir influencia psíquica del discurso delirante de los padres sobre los hijos;
- por interferencias transubjetivas (Kaës); es decir: por transmisiones directas del afecto, del objeto bizarro, del significante en bruto, sin un adecuado espacio de transcripción y de transformación, hecho que se puede verificar en las formaciones de criptas y fantasmas. Estamos frente a los procesos de no transformación en la herencia de lo transmitido.

No todo lo heredado puede ser apropiado: siempre hay partes que siguen siendo ajenas, extrañas, presencia oscura y desconocida de un otro o más de un otro en él.

P. Aulagnier, en *Los destinos del placer*, al tratar el conflicto identificante-identificado, dice que el psicótico clama: "Yo no soy ese yo que Ud. ve, no soy ese yo que ud. puede encerrar, excluir, internar, soy un identificante al cual le han impuesto un identificado que no es su obra". Y con respecto a la alienación: "La alienación del otro es la realización de un deseo de matar al pensamiento que está presente en los dos sujetos"

Pero parecería aceptarse que las transmisiones se actualizan en las formaciones del ideal, en las referencias identificatorias, en los enunciados míticos e ideológicos, los mecanismos de defensa, parte de la función represora, los ritos.

Dichas formaciones bifásicas satisfacen intereses del sujeto singular que persigue su propio fin y los de la cadena transubjetiva de la que es eslabón (exigencias del vínculo).

Kaës cita entre otras a las alianzas inconcientes, a las identificaciones, a los pactos y acuerdos, al contrato narcisista, al ideal del Yo, al pacto denegativo, a la producción de síntomas compartido que tiene como función atar a cada sujeto a su síntoma en relación con la función que cumple en el vínculo y para éste, se ve así el síntoma reforzado; en todos estos ejemplos se ponen en juego economías, tópicas y dinámicas cruzadas.

Hay que destacar por todo lo señalado más arriba, y ubicándonos en la temática que nos ocupa, el poder del otro significativo para aportar al sujeto enunciados sobre su cuerpo. Como lo demuestra Merot, la instalación de una hipocondría, por ejemplo, puede ser el resultado no de un proceso defensivo de un sujeto, sino de algo que se dirime en el inconciente de sus padres de lo cual el hijo sufre los efectos: deseando ser el objeto del deseo del otro queda atrapado en aquello que ese otro le ofrece. Señala H. Bleichmar (1986): el síntoma **es** el sujeto y no aquello de lo cual se defendería, y lo que existe detrás de él no es otra idea en particular sino una

red de creencias, efecto de la incorporación del código congelado del otro cuando éste ha quedado en el lugar del modelo.

Y P. Aulagnier dice: “El niño ha retomado por su propia cuenta, sin la menor crítica, ciertos enunciados sobre las condiciones para la vida de su cuerpo”. Enunciados, agreguemos, que en ciertas circunstancias pueden ser aberrantes para ese niño.

Veamos a continuación, en forma sintética, algunas posibles consecuencias en donde las funciones semióticas parentales patógenas (semiosis psicopatológica) podrían cumplir un papel preponderante, en donde la trasmisión generacional deja marcas:

- en la construcción incompleta o funcionamiento atípico del aparato psíquico (fallas especialmente en el preconciente);
- en el no establecimiento de un equilibrio o integración psicósomática (escisión psique-soma);
- en las carencias o fallas en la simbolización y en el posible establecimiento de un “pensamiento operatorio” con acentuación a la descarga en la acción (lo fáctico y lo actual) y en las funciones somáticas;
- en la producción de patología narcisista, es decir, fallas en los procesos de narcisización;
- en la instalación de fijaciones somáticas;
- en la conformación de una **imagen inconciente del cuerpo** alterada, deficitaria y/o fallida;
- en las perturbaciones identificatorias y sentimiento de identidad en donde el sujeto se aprecia como enfermo, enfermable, débil, en estado grave, etc.;
- en la creación perturbada de la red de creencias y suposiciones, ideología familiar y mitos. Creación de un universo conceptual con códigos específicos donde el cuerpo queda asignado como destructible, deteriorable o frágil y por lo tanto susceptible de fantasías, entre otras, hipocondríacas; o por el contrario como indestructible.

Muchas de las teorizaciones en el campo de la psicósomática producidas por la Escuela Psicósomática de París se basan en las consecuencias que le acarrearía a un sujeto una

deficitaria estructuración del Preconciente (fallas, debilidad constitutiva, bloqueo). Al respecto P. Marty plantea que cuanto más rico sea el Prec. de un sujeto en representaciones relacionadas entre sí de una manera permanente, más la patología eventual tiene probabilidades de situarse en el plano mental. Cuanto menos rico en representaciones sea el Prec. de un individuo y cuanto menos rico sea en las relaciones y permanencia de las representaciones existentes (cantidad, calidad, fluidez), más correrá el riesgo la patología eventual de situarse en el plano somático. En este sentido califica al Prec. como punto central de la economía psicosomática. Esta reflexión adquiere la fuerza de una hipótesis y es la que permitió abrir un campo de investigación en donde cobraron destacada significación conceptos tales como “pensamiento operatorio”, “depresión esencial”, “neurosis de comportamiento”, “desorganización progresiva”, entre otros.

Desde otra perspectiva, Kaës define al Prec. como lugar de las formaciones intermediarias en el psiquismo caracterizándolo como un aparato de ligadura de la pulsión, del sentido y del vínculo: “la formación y la actividad del Prec. son profundamente tributarias del interjuego entre el sujeto y el otro; dependen por una parte del inc. del otro, de su capacidad de reverie, de continencia y de transformación”. El Prec. materno (modulado por el Prec. paterno) es parte constituyente también del aparato para significar/interpretar del infans: un aparato que servirá para descifrar y para transmitir las capas sucesivas de discurso y de sentido. Coincide con Guillaumin quien considera al Prec. como el lugar del otro en el yo. Prec., actividad parlante e intersubjetividad se hallan unidos en forma muy especial.

Por eso las fallas, insuficiencias funcionales, déficit, ausencias en el Prec. acarrearán graves consecuencias para el sostenimiento de una adecuada organización psicosomática.

*Formas concretas en que determinadas semantizaciones parentales patológicas pueden apreciarse en la clínica*

A continuación se mencionarán, a manera de ejemplos, algunas posibles estructuraciones que se conformarían, a



partir de una función semiótica parental distorsionante y que pivotarían alrededor del cuerpo y sus trastornos:

a) que el cuerpo del hijo, con los posibles avatares del enfermar, asuma el centro de las preocupaciones de los padres; b) que a partir de enunciados emitidos por los padres acerca de la debilidad del cuerpo del hijo, éste conforme una representación del mismo en concordancia;

c) cuando se localiza el peligro en el cuerpo o se vive como muy peligroso determinados cambios corporales o se les asigna valor de enfermedad a sensaciones displacenteras (dolor de estómago en lugar de proceso digestivo, afecto penoso por cansancio o sueño, etc.);

d) en la construcción de una red semántica familiar donde un hijo (o varios) esté ubicado en un lugar de indefenso, impotente, no reconocedor de sus propias sensaciones corporales (íntero y exteroceptivas) y sean los padres (o principalmente la madre) los que saben, pueden solucionar dificultades, conocer sus alteraciones, nombrar sus sensaciones (cuándo frío, cuándo calor, cuándo sueño, cuándo dolor), es decir, convirtiéndose en protectores omnipotentes;

e) cuando el código parental dota a la enfermedad del valor de despertar terror o si la enfermedad del sujeto o de un otro actuó como trauma que dejó la huella mnémica del miedo a la muerte, al sufrimiento corporal o a su terrible deterioro;

f) cuando la codificación y decodificación del sufrimiento y el placer se encuentran distorsionados (o intercambiados);

g) cuando el cuerpo se convierte como mediador privilegiado y la clave de relaciones vinculares, o cuando no se lo siente como propio. Se manifestaría una desapropiación del cuerpo, se lo sentiría como ajeno (primero podría ser de la madre, luego de los médicos o cualquiera que se erigiera como cuidador privilegiado);

h) cuando la expresión de los afectos, su contención y elaboración son desestimados y reemplazados por otros procedimientos.

La madre es quien da en un principio un sentido a las expresiones de placer y sufrimiento. Estas experiencias necesitan ser reconocidas como tales no debiendo ser ni invertidas ni desviadas en su intencionalidad. Esta decodificación materna es vital para el infans. Además debe haber concordancia entre lo que siente y lo que transmite, caso contrario lo trans-

mitido será indescifrable. Deberá pues percibir esas variaciones que expresa el bebé para cuidar de su ser.

El cuerpo sufriente (o el sufrimiento en el cuerpo), ya sea que el sufrimiento provenga de una afección orgánica o se deba a la participación somática en una patología psíquica, implicará a la madre, exigirá de ella una respuesta modificadora a ese sufrir. Puede haber sordera frente a las expresiones de su sufrimiento psíquico (estoy triste, no me quieren, me abandonan, soy desgraciado) o la madre puede revertirlo con otros argumentos (no sos desgraciado sino caprichoso, no es abandono sino un castigo).

Pero ante el sufrimiento orgánico no sucede lo mismo: reviste un carácter de evidencia, no puede casi nunca ser negado, al contrario, en general es ampliado, exagerado; es muy difícil que la deje indiferente. Por eso mismo muchas veces el niño intentará servirse de un sufrimiento de fuente somática para obtener respuesta frente a la sordera de su sufrimiento psíquico (un capricho puede terminar en un accidente orgánico o en un malestar del cuerpo). Pero aun si la causa del sufrimiento fuera puramente orgánica, la respuesta que eso provoca revela al niño la manera, el uso que puede hacer de él (servirse de su sufrimiento somático). Este hecho se internalizará, ya sea para el futuro en otras relaciones vinculares del sujeto y para sí mismo reproduciendo él mismo con su cuerpo esa relación que tuvo la madre con el cuerpo del niño, o podríamos decir con más claridad la que el niño le imputó en la historia que se ha construido. Aquí vislumbramos una nueva manera de la instalación de la potencialidad somática: recurrir a la enfermedad como demanda. P. Aulagnier utiliza una metáfora: una pieza teatral cuyo protagonista es el cuerpo y cuyo autor es la psique; y también la de "metteur en scene" y "metteur en sense", puesta en escena y responsable de la puesta en sentido.

Los padres cumplen esa doble función de preservación de la vida somática y la vida psíquica, transformando en información psíquica los estímulos que el mundo emite y ejecutando el papel de emisor y selector principal de los mismos y siendo entonces parte activa tanto en el placer como en el sufrimiento, y en los momentos de salud como de enfermedad.

## Bibliografía

- Aulagnier, P. "Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia". En *Cuerpo, historia e interpretación*. Paidós. 1991.
- Aulagnier, P. *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Amorrortu. 1984.
- Austin, J. L. *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós. 1981.
- Barthes y otros. *Análisis estructural del relato*. Premia. 1991.
- Berenstein, I. *Psicoanálisis de la estructura familiar*. Paidós. 1981.
- Bleichmar, H. *Angustia y fantasma*. Adotraf. 1986.
- De Mijolla, A. *Los visitantes del yo*. Tecnipublicaciones. 1992.
- Dolto, F. *La imagen inconsciente del cuerpo*. Paidós. 1986.
- Eco, H. *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Lumen. 1990.
- Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía*.
- Freud, S. "Simposio sobre la masturbación". Madrid. *B.N.* TIII. 1972.
- Gori, R. *El cuerpo y el símbolo en el acto de la palabra*. Kapelusz.
- Kaës, R. "El grupo y el trabajo de preconciente en un mundo en crisis". Actas Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo. Bs. As. 1995.
- Liberman, D. y otros. *Del cuerpo al símbolo*. Kargieman. 1982.
- Mannoni, M. *El niño, su enfermedad y los otros*. Nueva Visión. 1982.
- Parret, H. *Semiótica y pragmática*. Edicial. 1993.
- Searle, J. *Actos de habla*. Madrid. Ed. Cátedra. 1990.
- Sercovich, A. *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario*. Nueva Visión. 1977.
- Todorov, T.; Ducrot, O. *Diccionario enciclopédico del lenguaje*. Siglo XXI, 1991.

## Resumen

*Este trabajo trata de reflexionar acerca de las formas en*

que el discurso parental y los procesos semióticos en su conjunto intervendrían en el establecimiento de una potencialidad o predisposición a la patología somática de sus hijos a través de distorsiones, alteraciones, contradicciones, carencias, abusos que se producirían en el campo semiótico.

No sólo concebimos “**un cuerpo que habla**” sino además “**un habla en el cuerpo**” que lo impregna, penetra, conforma. El cuerpo se inserta e inscribe en un mundo simbólico que lo precede y lo significa: necesita siempre de un otro que le otorgue cualidades diferenciales; es, en síntesis, una realidad que se construye. Y en esta construcción, donde la familia desempeña un papel fundamental, puede a veces, dejar marcas generadoras de patología.

### Summary

*This paper reflects upon the forms in which parental discourse and the semeiotic processes in their totality may participate in the establishment of a potentiality or predisposition to the somatic pathology of their children through distorsions, alterations, contradictions, lacks and abuses that might be produced in the semeiotic field.*

*We not only conceive “**a body that speaks**” but also a “**a way of speaking of the body**” that impregnates it, penetrates it and conforms it. The body inserts and inscribes itself in a symbolic world that precedes it and gives it meaning: it always has need of someone else who grants it differential qualities; it is, in essence, a reality that is constructed. And in this construction, where the family plays a fundamental role, it can at times leave generating marks of pathologies.*

### Résumé

*Ce travail tente de réfléchir sur les formes selon lesquelles le discours parental et les processus sémitiques dans l'ensemble pourraient intervenir au niveau de l'établissement d'une potentialité ou d'une prédisposition à la pathologie somatique de leurs enfants à travers des distorsions, des altérations, des contradictions, des carences, des abus que se produiraient dans le champ sémiotique.*

*Nous ne concevons pas seulement “**un corps qui parle**” mais encore “**un parlé dans le corps**” que l'imprègne, le pénètre, le conforme. Le corps s'insère et s'inscrit dans un monde symbolique qui le précède et le signifie: il requiert toujours d'un autre qui lui fournit des qualités différentielles; il est, en fin de compte, une réalité que se construit. Et dans cette construction, où la famille a un rôle fondamental, des marques peuvent parfois être laissées, qui produisent de la pathologie.*

## **El ideal, el Edipo y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad**

**Diana Singer \***

---

Quiero hablarles de la vida que avanza en el tiempo. Al avanzar se va llenando de actos, gestos, palabras, que nos hacen quererla y la llenan de *sentido* que se va tejiendo en la relación con el otro, con más de un otro, con las instituciones, *orientado por los ideales*. A sentido quebrado, vida en peligro. Para recomponerlo modelamos organizaciones en el caos, armamos figuras en algo que en un momento previo resultaba inaprehensible y sólo podemos constituirlo en un combate sin pausa contra el desánimo, contra la desagregación, contra la desafiliación. En el amor.

Naturalmente, el sentido bascula y se resignifica en el atravesamiento de las crisis, tiempo en que la depresión se impone y es entonces en ese fondo sombrío donde el sujeto encuentra sus representaciones y sus saberes, que sólo pueden ser cuestionados por el encuentro con el otro. Es en la interpelación deseante donde el sentido arranca del discurso su novedad, su modificación.

La búsqueda de sentido va a estar determinada por el pasado, que modelando lo que aún es simple ensoñación, la atraviesa con la historia. Y es allí, en lo indecible de la historia donde empieza a escribirse el futuro. Sin pasado no hay futuro.

---

\* Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la A.A.P.P.G.  
Arenales 1242, PB "B" (1061) Buenos Aires, Argentina.

Veamos entonces la historia de este trabajo. Comienza cuando corría, como dicen las crónicas de viejos, el año 1968. Aires revoltosos, grupalistas, antipsiquiátricos y la creación de las comunidades terapéuticas como dispositivo de la cura, surcaban la década.

Yo tenía una razonable experiencia hospitalaria. Era ayudante en la cátedra de “Técnica y dinámica de grupos” de la Facultad de Psicología, era curiosa y con la audacia de muchos profesionales jóvenes; nada sabía de geriatría pero tenía una abuela muy querida. Se levantaba a la mañana, se empolvaba, se pintaba los labios, luego iba hacia el espejo, se miraba y decía: “¡shoin!” (ya está, ahora, listo) y comenzaba su día. Cuando nos escribía encabezaba sus cartas: “Mis queridos hijos y nietos que son mi vida...”. En los brindis levantaba su copa diciendo: “lejaim” (por la vida).

En aquella época comencé a trabajar como psicóloga en el entonces “hospital de Geriatría Martín Rodríguez” dependiente de la Municipalidad de Buenos Aires. Al poco tiempo se me impuso una pregunta: ¿qué hacían este hospital y estos viejos en Ituzaingó (Pcia. de Buenos Aires), cuando eran capitalinos, por qué tan lejos de su lugar, de los suyos?, ¿tendrían “suyos”?

Decidí organizar un grupo en el parque donde algunos paseaban, conversaban y otros permanecían inmóviles, mirando nada, como esculpidos en los bancos, estáticos en ese cementerio de elefantes, como llamó alguno de ellos a ese hospital. ¡Eran tan poco parecidos a mi abuela! Un nuevo interrogante se sumó al anterior. Surgió ante mi estupor al divisar que se aproximaba un coche fúnebre que llevando a quien había sido uno de ellos, tal vez el compañero de los últimos veinte años, iba a pasar a nuestro lado. Sin embargo y pese a mis alarmadas previsiones, no observé ningún signo de afectación explícita en los participantes del grupo, sólo parecían interesarse por el carro con la comida. ¿Por qué esa indiferencia hacia el otro, qué les pasaba en relación con la muerte?

Tardé un tiempo en darme cuenta de que esa gente sopor-

taba su existencia desvitalizada a la que le había quitado sentido el hospitalismo, arrasador de subjetividades. Descubrí que no sólo los bebés de Spitz lo padecían, sino que además acá destruía lo que había. Inhibición y aplanamiento simbólico eran los rasgos de lo que hoy la academia describe como institucionalismo psicológico. La insistencia amable lograba que salieran de su caparazón y se unieran al resto, al calor del grupo –y un tiempo después–, de la música, las canciones y la mediación de diferentes objetos estimulantes con los que jugábamos. Integré al equipo profesionales de diferentes disciplinas (kinesiólogos, musicoterapeutas, enfermeras, una terapeuta ocupacional y un médico) con los que trabajamos juntos en la rehabilitación. La coraza empezaba a aflojar, aparecían las sonrisas, luego risas y gritos de placer. Aunque malheridos, respondían al afecto y al cuidado.

Los años de experiencia clínica, las lecturas posteriores, la pertenencia a distintas instituciones y la vida misma, fueron forjando diferentes respuestas. Probablemente este trabajo sea tan sólo una etapa en el camino.

### *La vejez es presente*

Se ha transformado en las últimas décadas en una etapa vital de la evolución humana. Todo el mundo debe prepararse para ser viejo porque los progresos de la medicina –en la asistencia de la etapa etaria que va desde los 45 a los 65 años, donde algunas partes del cuerpo empiezan a fallar– han prolongado el promedio de la vida humana. Por lo tanto hoy podemos afirmar que la vejez es *el porvenir del hombre*. Tan novedosa es esta situación que en distintos lugares del mundo las universidades han incluido el tema en sus programas de estudio recién alrededor de 1980.

Más acá o más allá de los límites que la biología impone, trabajar con la mediana edad y con la vejez es hoy trabajar con una franja etaria que abarca la segunda mitad de la vida humana. *Se impone por lo tanto una conceptualización acerca del trabajo psíquico al que estamos obligados, cuando la vida empieza a avanzar apresuradamente en el tiempo. ¿Qué labor representacional y afectiva aguarda al yo? ¿Qué organi-*

*zación defensiva se pone en marcha? ¿Qué modificaciones hay en el equilibrio interinstancias?* Es necesario saber cómo hacer frente a esas situaciones que cada día más nos demanda la clínica, y por qué no la autorreferencialidad nunca ausente de nuestras teorizaciones. Permitirnos así rearticular y resignificar la vida entera para lograr que tal vez aquello inacabado o incumplido sea satisfecho en esta nueva oportunidad. Dotar así de sentido hasta el mismo fin, y poder decir : "... Yo lo he dicho todo a su hora. He probado todos los platos y he bailado todos los bailes; ahora he aquí una tarta que no he mordido, una canción que no he silbado. Pero no tengo miedo. Soy verdaderamente curiosa. La muerte no meterá ningún mendrugo en mi boca que yo no saboree con cuidado. Así que no os preocupeis... y dejadme dormir... Está bien –suspiró la bisabuela mientras el sueño la llevaba flotando– como todo en esta vida, es lo adecuado".<sup>1</sup>

La manera de transitar por la vida depende de factores de orden inter, intra y transubjetivos. Se sucede a través de crisis ruidosas o pasajes más o menos silenciosos, que dan cuenta de una organización diferente producida porque la multiplicación de un elemento preexistente, genera la aparición de algo nuevo que va a orientar el equilibrio, puesto en riesgo en la organización previa.

*Es mi intención caracterizar dos posiciones que transita la subjetividad y dependen de un tiempo lógico y no necesariamente cronológico. Llamé a una "el síndrome de Dorian Gray o el riesgo de desinvertir", y a la otra "el lugar y el legado del ideal".*

La subjetividad, esa interioridad hecha de huellas, representaciones, pensamientos, sentimientos, en fin de fantasías, se apoya, se sostiene y modela en los grupos, el cuerpo, la cultura y el aparato psíquico. Cuando alguno de esos soportes o apuntalamientos flaquea, se produce una crisis. Ese sacudimiento que aparece masiva e imprevistamente como situación única y desesperante pone en marcha todos los recursos disponibles del sujeto y su entorno, aun los más primitivos, aquellos que habían quedado en desuso. Las situaciones críticas son un desafío a la creatividad. La esperanza alumbra en el horizonte unida al deseo de vivir, a despecho de la



muerte que siempre la crisis denuncia. Pienso que las crisis y su elaboración permanente constituyen una modalidad que especifica el modo de existencia humano. El hombre se convierte en tal, a través de crisis que transita y resoluciones que se tejen sobre los rastros que fueron organizando su irrupción. La familia, en continuo devenir, es atravesada por las crisis vitales de sus miembros. El curso de su acontecer va a ser comprendido y resuelto de manera semejante, independientemente de la edad del miembro de la familia que procese su evolución temporal.

*“El síndrome de Dorian Gray o el riesgo de desinvertir”*

La mediana edad es especialmente compleja y conflictiva, ser padre de los más jóvenes e hijo de los más viejos coloca al sujeto en un lugar difícil de sostener, que obliga a un arduo trabajo elaborativo. El padre viejo es aquél al que en una época lejana se ha fantaseado matar y el hijo propio, aquél que fantasea la muerte de uno. En este nuevo lugar, la muerte está doblemente presente. *La reactivación de la tragedia edípica en doble versión con dos lugares simultáneos, es puesta en marcha por la necesidad de hacer el duelo por la existencia de un buen padre eterno que nos permitiría sostenernos también en el lugar de niño eterno. Ahora ese duelo se torna inminente. Anuncia la llegada del envejecimiento propio. La infancia y sus delicias parecen perdidas definitivamente.*

*Estas fantasías de muerte sólo pueden ser excluidas si se establece una conexión entre transmisión de la ley y aceptación de la muerte. Será entonces necesario que sean reemplazadas por el deseo de que el hijo llegue a ser quien satisfaga de alguna manera los deseos irrealizados del padre y no aquél que lo arranque de su lugar, sino alguien a quien éste le da el derecho de ocupar lugares semejantes y ejercer sus mismas funciones. Simultáneamente, mientras la realidad psíquica se debate y lucha entre estos dos lugares de la tragedia edípica, la mirada se detiene en el espejo. Allí la flecha del tiempo se clava en la imagen: una cana, una arruga o unas mejillas no tan tersas, hacen crujir al yo ideal que se fisura y tras las grietas del espejo aparece todo aquello que tuvo que ser dejado de lado, negativizado, para poder instituir a su*

*majestad el bebé. Su trono vacila. En ese instante, el sujeto cree que es puramente senso-perceptivo lo que en realidad es mirada social. No ha visto sino que se ha mirado, posicionado por el discurso del conjunto, que hasta ahora lo conformaba y hoy lo aturde y enseguece. Enfrentado al yo maravilloso y omnipotente, hoy aparece un yo que retrocede horrorizado por un estremecimiento que lo sobrecoge desencadenado por una cana, una muela menos o las arrugas.*

“Yo les revelo el secreto de los secretos: los espejos son las puertas por las cuales la muerte va y viene; no se lo digan a nadie. Sin embargo, mírense toda vuestra vida en un espejo y verán la muerte trabajar como las abejas dentro de una colmena de vidrio.”

Jean Cocteau inmortalizó este fenómeno.

Recordemos: entre los 6 y 18 meses ver un niño próximo a su madre, sonreír contento frente al espejo, nos informa que ha construido una imagen de sí que unifica sobre un registro corporal todas sus experiencias placenteras, constituyendo el yo ideal, que marca un cambio cualitativo en la estructuración del sujeto. Adquiere así la médula sobre la que se establece la representación que tiene de sí mismo y que posteriormente procesará con las identificaciones secundarias. Son así dejadas de lado todas las representaciones que remitan a la inermidad, al desamparo o a la angustia catastrófica de desmoronamiento de las primeras etapas de la vida.

Para este yo ideal –ese bebé maravilloso y sin tensiones que subsistirá siempre en lo más profundo del ser y es su refugio– resulta insoportable esta afrenta de la edad. Hoy el espejo no devuelve la imagen esperada. *En su lugar aparece otra que provoca una inquietante extrañeza, irritante tensión psíquica derivada de la falta de coincidencia entre esa imagen que aparece y la que de sí mismo se tiene. Sobrecoge por la semejanza con la de un progenitor viejo o a veces fallecido.*

*Si bien es la fantasía de inmortalidad la que al ser cuestionada desencadena este proceso, quedan en él involucradas todas aquellas de omnipotencia, de completitud y perfección. Caído el yo ideal, aparece su negativo, el yo-horror, lugar donde cristalizan la aniquilación, la indefensión, en fin, la cas-*

*tracción radical de la muerte.*

Estas fantasías inconcientes se filtran en el yo ocasionando reacciones que oscilan entre lo desagradable que consterna y lo horroroso que desespera. El paso del tiempo ha generado desajustes en la identidad que parece fugarse por el espejo.

Probablemente haya sido esta experiencia la que llevó a Oscar Wilde a escribir su célebre “Retrato de Dorian Gray”, poniendo el cuadro en el lugar del espejo para ilustrar el drama del envejecimiento. “El drama no es envejecer sino permanecer joven” hace decir el “dandy” a uno de sus personajes, marcando las incongruencias entre lo percibido y lo vivido. Recordemos que el personaje mantiene una perfección atemporal mientras su retrato se va surcando por horribles marcas cada vez que comete un acto cruel, desoyendo los ideales del conjunto. Sólo la muerte –asesina al autor del retrato y se suicida– lo libera del sortilegio y en ese instante muda su aspecto: su rostro se surca de esas terribles marcas mientras el retrato recupera su belleza original.

Pensé algunas claves para entender el personaje de Wilde y su alquimia. No se sabe por el texto que tenga padres ni hijos, no ama, no siente piedad ni compasión. Se mata en la plenitud de la mediana edad y desaparece del mundo con el que no concuerda. Sin embargo la tradición oral olvida estos hechos y se recuerda que el retrato envejece, pero no que se torna horrible y monstruoso.

No es fácil no caer en esta trampa fantasmática inconciente, hacer caso omiso del discurso social que continúa, indicando que se puede quedar en un lugar de marginación.

Santiago hacía un truco: en los últimos cinco años había aprendido a afeitarse de memoria porque el disgusto que le daba verse en el espejo lo había llevado imperceptiblemente a evitarlo. Después de bajar 10 kilos –por someterse a una intervención quirúrgica en el aparato genito-urinario– relataba con sorpresa que ahora que estaba “lindo” y se había vuelto a mirar en el espejo, recién se dio cuenta de este hecho. ¿Recuerdan a mi abuela?

No mirarse en el espejo o mirarse sin anteojos, apelar a la tecno-cosmetología, a las vitaminas, al gimnasio, o a unos ojos negros brillantes y jóvenes donde espejarse, son recursos que entretienen.

*Esta tensión creada entre yo ideal y su negativo el yo-horror –que emerge desde el espejo, desde un video, una insolente vidriera o los ojos de los otros–, se resuelve en la satisfacción obtenida persiguiendo los ideales del yo, con proyectos en curso y con un cuerpo que continúa siendo una fuente de placer. Se hace así retroceder lo indeseable que estremece y como saldo se instala la conciencia de finitud. La resignificación del pasado, la consolidación del presente en toda su complejidad y la puntualización de estrategias para organizar el futuro, convergen en un intenso proceso psíquico. Las grandes obras de la humanidad se arman en ese estadio al que muchos anuncian como “la gran oportunidad” o “la última oportunidad”. Son notables los reposicionamientos subjetivos. Aparecen replanteos de la vocación o incluso de la elección de objeto sexual; la gente se vuelve más tolerante con aspectos propios, escindidos, reprimidos y aletargados, y a veces por la extrema exigencia a la que el yo está sometido, más intolerante con los demás. El desenlace exitosamente logrado de estos movimientos deriva en un fortalecimiento del yo, un reordenamiento de los ideales, reposicionamientos del superyó y modificaciones en la representación de sí mismo.*

Esta posición cursa a veces –las menos– silenciosamente, otras en cambio con breves estados depresivos, a veces crisis hipocondríacas y/o conflictos vinculares. En los peores casos, accidentes o infartos masivos ponen fin a la vida. Pero generalmente *el hombre continúa amando y deseando sostenido por los vínculos. Las inversiones que ha realizado están adaptadas bien a la realidad externa y su capacidad sublimatoria se ha mantenido intacta, hecho que constata la buena salud de su ideal del yo.* El registro del cansancio y la adecuación del tiempo es fundamental. Supone la renuncia a metas inaccesibles, producto de actitudes negadoras del límite. Ahora está en mejores condiciones para elaborar pérdidas cuya frecuencia empieza a aumentar.

Erick Erikson fue pionero en describir con exquisita sensibilidad los momentos de esta travesía irreversible que es la vida humana. Recorrió sus rasgos esenciales y la relación con la instauración de sentimientos que crean las instituciones y son albergados por ella. En las “Edades del hombre” llama a este momento “generatividad versus estancamiento”. Generatividad, es la preocupación por guiar una nueva generación de un modo productivo y creativo. Una elaboración desgraciada de esta etapa plantea el estancamiento libidinal con la aparición de una necesidad obsesiva de pseudo-intimidad o de sujetos que se tratan a sí mismos como perdedores, inválidos físicos y psicológicos que sólo se preocupan por ellos. La libido retorna al yo y se retira de los objetos exteriores a él.

Estos fenómenos prescinden de la edad, los vemos en muchos sujetos con serias perturbaciones narcisistas.

### *El lugar y el legado del ideal*

Pero sigamos acompañando a Cronos. Una nueva transformación de la tragedia edípica aguarda como siempre al hombre del diván.

La resolución del complejo de Edipo asegura la entrada del sujeto en un orden social y cultural, merced a las identificaciones con los padres de la infancia que le permitieron *encontrar un lugar* y comenzar a resultar comprensible para los otros. No hablo de una residencia sólida que se encuentra por adherir a los criterios de sentido de sus grupos, sino de una articulación específica que tiene que ver con la formación del sí mismo. *El lugar* sólo existe en el despliegue afectivo, en la actualización concreta, permanente y cuasi-material que significa una trama vincular. Encontrarse así en el cruce de múltiples interpelaciones que conminan, modelan, significan, es decir, apoyan y ponen tope a nuestra propia identidad ofreciendo objetos al deseo, nos obliga a desplazarnos permanentemente tratando de construir un espacio propio. Nos reconocemos como sujetos de una cultura cuando además del acuerdo con el orden en el que habitamos, nos invade el sentimiento de pertenecer. Un bienestar que emana de la

satisfacción que se experimenta por el cumplimiento del contrato narcisista. Ser para sí y para los demás objeto de deseo.

Estar en acuerdo con el ideal del yo, negativizando el horror del yo.

Sin embargo, el *lugar* en la sociedad para los pre-jubilados, los jubilados o los viejos es inquietante y restringido.

*Esa escasez de lugar nos lleva a plantear entonces un trabajo que es la inversa del realizado en el complejo de Edipo. Andar en tres patas como Edipo adivinó a la Esfinge, preanuncia el riesgo de identificarse con los padres muertos.*

*La antigua interdicción y la imposición de la ley que rompían un apego tenaz al objeto, viene esta vez de lo natural-cultural que hace a la condición humana. Es una ley que lo sume en la angustia de desamparo por la ausencia de aquellos padres inexorablemente perdidos en lo imaginario y en la realidad exterior, donde también pueden haber desaparecido los sustitutos: vínculos con la calidad de objetos únicos como el trabajo o la mujer amada. Esta vez no puede odiar al prohibidor, fantasear matarlo, pero sí puede despreciar al hoy que se le escapa y que en el fondo desea. Un hoy significado en la presencia de los otros y en su relación con ellos. Conoce la presencia del objeto, su necesidad de él pero lo inculpa de sus limitaciones. Comparo así el deseo por el objeto y la interdicción que conlleva siempre la amenaza de castración. La muerte del semejante actúa a veces como memorándum de esa amenaza.*

*La cuestión que se plantea se centra en el saber si la castración simbólica que ya ha jugado con dificultades pero, también con logros, tanto en el nivel narcisista como en el edípico, puede nuevamente permitir inscribir aquella omnipotencia que se juega en la relación entre el yo ideal y el ideal del yo, negativizando el yo-horror.*

“Se envejece como se ha vivido”. Ajuriaguerra enunció este aforismo insustituible. Una madre que finalmente invita a in-

vestir objetos más allá de sí misma, es el mejor antídoto a estas situaciones que, si aparecen, no duran más que un período donde se reactualizan posicionamientos de la fantasmática del horror. La renegación mantiene a raya la muerte, estación final de la vida y a despecho de ella, los vínculos sostienen el compromiso cotidiano que nos atañe a todos, el compromiso de vivir. *Para ello el hombre requiere una condición inscrita en los orígenes: sentirse sentido y pensado por el otro.*

*Este período tiene otra singularidad. El ser desplazado de las posiciones dentro del orden social, la pérdida lenta e imperceptible de las potencialidades físicas, empieza a dificultar el intercambio antes fluido con la realidad y con los otros. A esto se suma la pérdida de seres queridos y se genera así una sucesión de duelos a los que sobreviene una retracción de la energía sobre sí mismo. Esta pendulación hacia la interioridad puede llevar a una disminución peligrosa de los contactos con el entorno que amenaza la vida de relación. Estamos en presencia de un duelo muy difícil de elaborar que es el pensar por un yo que se va. Si el sujeto no encuentra vías adecuadas para reinteresar en la realidad y establecerse en los vínculos que debe recomponer porque los ha lastimado, este equilibrio puede quebrarse ante cualquier hecho significado como pérdida, hecho a veces banal que lo lleva a una situación de pasividad extrema, antesala de la muerte.*

*A riesgo de caer en un enfoque económico y mecanicista, pienso que la posibilidad de ligar las inversiones que quedan libres por esas pérdidas e invertir nuevos objetos que sustituyendo a los perdidos devengan nueva fuente de placer, va a determinar las vicisitudes. El dominio de la excitación pulsional es un mecanismo rector de la vida psíquica, y si bien comienza en los orígenes, se ejercita y sofisticada a lo largo de todo su transcurso en la relación con los otros.*

*Aquí, en el vínculo con la persona más próxima al viejo, a veces con el médico, se juega una apuesta fuerte. Si a los primeros atisbos de senescencia, el entorno reafirma posiciones de indefensión y desestimación acerca de las reales posibilidades que el sujeto tiene, va a fortalecer una actitud de dependencia pasivizante.*

El hombre siempre guarda residuos, marcas antiguas en el inconciente, de las experiencias traumáticas padecidas tempranamente, a veces no tenidas en cuenta o profundamente reprimidas. Impactos que mientras ocurrían en la vida pasada no han podido ser integrados en la esfera psíquica y persisten bajo la forma de la repetición, de compulsiones absurdas, de rasgos de carácter, sin utilidad evidente para la adaptación a nuevas situaciones. Recapitulando: *un stock intemporalmente presente de antiguos excesos de excitación que están ahí, en los agujeros y defectos de la organización psíquica, sumado a la desaparición o vacilación de los apuntalamientos del aparato psíquico –por el paso del tiempo–, hacen que frente a un determinado estímulo exógeno, comience a drenar dicho stock e interfiera en el dominio de una situación nueva* (Guillaumin, J. 1982). Pasan entonces a armar frente a la vejez, una especie de rasgo caracteropático discordante y a veces hasta ridículo que es interpretado como un proceso de senectud y que pone en marcha en el otro una actitud hostil y denigratoria de repudio, porque no puede ser significada. Y se arma así un círculo vicioso de incompreensión que puede llegar a la cronificación. La tolerancia y la comprensión de esa puesta en marcha insistente de antiguas excitaciones, permite tratar a la persona de edad respetando su libertad sin infantilizarla, coadyuvando a que no se estereotipe en esa posición, que con el tiempo y la respuesta adecuada, remite espontáneamente. Si esta situación se estereotipa, se pervierte el vínculo. Si se extrema, a medida que se fracturan los vínculos, el equilibrio interinstancias comienza a desmoronarse, aplastando a veces el superyó al yo que va a aislarse intentando negociar con sus excitaciones. El sujeto se vuelve intolerante e intolerable. Narciso domina a Edipo que queda irremediabilmente perdido, y en vez de la sabiduría, se instala en una vida de caracol o de cangrejo ermitaño que anima e inviste su entorno material y está inexorablemente solo. La ausencia de los otros precipita la vida pulsional y las excitaciones comienzan a circular libremente, locas por haberse quedado sin objetos, lastimando el suceder psíquico, desembocando algunas veces en la temida demencia, verdadera autolisis del yo sucumbiendo al horror. Para sufrir así y antes de saber que la vida se escapa como se escapan los otros, es preferible “perder la razón”. Esta tendencia se domina. *La multiplicidad*



*de vínculos establecidos y las experiencias vividas le enseñaron a valorar situaciones, objetos y personas. Gracias a esos aprendizajes, las circunstancias se tornan más transparentes y la ubicación frente a ellas es puntual y discriminada. En la elaboración de la vida, la tan mentada sabiduría va a compensar la disminución de los aparatos menoscabados por el paso del tiempo. Sabiduría y serenidad son adquisiciones de este período donde también concurre el refugio en las reminiscencias, últimas astucias de un yo que no quiere claudicar.*

*El balance de pérdidas y adquisiciones decide aquí si a la vida lo une el amor o sólo el espanto.*

Erick Erickson denominó a esa “edad del hombre”: “integridad versus desesperación”. La *integridad del yo es un amor post-narcisista de encuentro pleno con el sentido*. Cuando el yo se sume en la desesperación se expresa un sentir de que el tiempo es corto para intentar otra vida y probar caminos alternativos.

*Es la aceptación del ciclo de vida como único y como fragmento de la historia. Con el alma así consolidada, el final no tiene carácter atormentador. El hombre se vuelve sabio, entiende su ubicación en la historia y aquello que fueron conflictos infantiles –apuntalado en los vínculos y en las instituciones– se transformó en creación. Se siente parte del conjunto y reconoce su límite.*

*Se impone aquí la inclusión del legado, y su inscripción en el proyecto vital. La relación con el ideal del yo será sostenida por quienes lo sucedan. Así el yo adquiere su continuidad más allá del fin de la vida.*

*El mito concurre en esta posición brindando ayuda en la búsqueda de sentido. El yo adquiere continuidad al saber que sus ideales seguirán siendo perseguidos por seres queridos que albergan sus ideas y proyectos y lo van a sobrevivir; que la vida sigue en la familia que él engendró; que en el porvenir va a estar sentado al lado de Dios, o volverá a unirse a su madre. Que quiere seguir participando de alguna manera en el espectáculo que continúa; y aunque no crea en ninguna de estas cosas, encuentra una gratificación en el hecho que los*

*otros crean. Piensa que la muerte es sólo el fin de un desarrollo individual.*

### *La clínica, los grupos*

Salvador tiene 75 años. Después de las entrevistas preliminares le indico la conveniencia de comenzar un análisis en grupo. “Yo con viejos no quiero estar porque están todos oxidados”.

A poco de decirlo asocia que mientras estaba participando en un grupo terapéutico integrado por personas cuyas edades oscilaban entre 28 y 48 años (él tenía en ese entonces 65 o 70), una de sus compañeras había tenido un bebé. Si bien el grupo le resultaba muy interesante, este período le pareció sumamente aburrido: “Qué tenía que ver yo con ese asunto”. Por esa época se hizo colocar una prótesis en el pene para posibilitar la erección. Los beneficios que imaginó le iba a brindar esa cirugía resultaron innecesarios porque tardíamente se dio cuenta que ahora le gustaba tener relaciones que definía como “pigmaliónicas” con su joven amante. Con su esposa hacía ya muchos años que no mantenía relaciones sexuales.

Creo que Salvador no pudo darse cuenta a tiempo cómo *sus ideales habían cambiado con el paso del tiempo en connivencia con los límites que la biología impuso a sus deseos*. En parte esta situación puede explicarse como una actuación debida a la fantasmática despertada por su pertenencia a ese grupo, cuya modalidad de coordinación impidió que esta situación fuera comprendida.

Si bien privilegio el psicoanálisis grupal durante estos momentos, la indicación muchas veces despierta resistencias que pueden condensarse en una frase: “Yo no quiero estar con viejos”. No nos sorprende, *el viejo siempre es el otro y aunque uno tempranamente comienza a ser el viejo querido de algún otro, el fantasma de la vejez es una túnica que nadie se quiere poner, porque está hecha de indefensión y soledad, ropaje que encubre el temor a la muerte.*

*Despleguemos un poco más esta cuestión del rechazo a la vejez. Vamos para ello a hacer un pequeño recorrido por las representaciones que pueblan nuestra subjetividad.*

En el curso de su constitución, el sujeto es inducido a investir los valores que la cultura propone. Mediados por las representaciones socioculturales se inscribe en cada uno de los integrantes del cuerpo social, modelizando e imaginando *el ideal del yo*. Esta instancia regulará los movimientos intrapsíquicos, ordenará los intercambios de los individuos entre sí, posibilitando la concordancia intersubjetiva. Se marcan así los senderos para la satisfacción de los deseos y se balancea el acuerdo y desacuerdo de cada acto con los valores establecidos regulando la autoestima. Se establece así el contrato narcisista, cuyos garantes son los padres, asegurando la continuidad de una cultura al perfilar subjetividades armónicas con los enunciados que porta. Instituye el para qué y el por qué de las cosas y los lugares a ser ocupados por las generaciones. A la vez que provee de apuntalamientos narcisistas, garantiza la permanencia al conjunto.

*También desde el campo transubjetivo se establecen las representaciones que han de ser negativizadas.* Esta operación se cumple mediante el establecimiento de un “pacto de negación”<sup>2</sup>. Es un acuerdo para dejar de lado lo no semantizable, la experiencia que no fue hecha y que atentaría contra la posibilidad de las alianzas y los vínculos. Allí se vehiculizan, enmascarados, los contenidos intolerables e incognoscibles que hacen a la inermidad y la muerte. Accionan para ello diferentes mecanismos para dominar la angustia, cuyo destino es silenciar la entrada de Tánatos.

La muerte es una condición a la que se accede por el simple hecho de estar vivo, condición que sujeta la vida a una eventual interrupción. Sin embargo, este hecho debe ser sacado de la conciencia para poder seguir invistiendo y deseando sin sucumbir a la angustia que ese real único, la muerte, por su aparición imprevisible conlleva. Con distintos mecanismos del orden de la negación y la proyección, se ha depositado en los viejos su amenazante significación. Socialmente, los grupos en los cuales se proyectan estos contenidos deben

ser sacados de la vista, empujados a la periferia, marginados.

Se generan para ello conductas como la gerontofobia y que a veces han llegado al gerontocidio, para regular la ecología humana.

*Más allá de las generalidades y más acá de la singularísima historia personal de cada paciente, puedo afirmar que las consultas de personas de alrededor de la mediana edad y más, obedecen a trastornos caracteropáticos y/o neuróticos de larga data, que impiden la tramitación eficaz de las situaciones de pérdida a que nos somete la vida por el paso del tiempo.*

*Los motivos de consulta aluden explícitamente a una depresión o a síntomas que pueden ser interpretados como relacionados con ella, aunque no aparezca manifiestamente: dolores corporales erráticos, sentimientos de tristeza, desgano y desvitalización, conflictos conyugales, estados de ansiedad y agitación, jubilopatías, imposibilidad de ocupar placenteramente el tiempo libre, soledad. En general, nuestros pacientes “sufren de la autoestima”, que si bien se regula por la relación del yo con los ideales, nunca deviene independiente de la intersubjetividad.*

*Voy a describir algunos rasgos del efecto grupo que creo coadyuvan especialmente a la elaboración de estas situaciones. No me extenderé en la consideración de las ventajas del psicoanálisis grupal porque no difiere mayormente de las que tiene al usarse en el abordaje de las problemáticas de otros momentos de la vida.*

*El campo transfero-contratransferencial es un lugar de transformaciones, donde cura, saber y autorreferencialidad son trabajos que el analista debe realizar y deconstruir para que sean posibles producciones simbólicas inéditas. El campo grupal tiene una intensidad especial. Allí se producen relaciones intersubjetivas más o menos regladas por las fantasías originarias donde concurren fenómenos de orden transubjetivo, lo que promete transformar el sufrimiento mediante el intercambio pulsional y fantasmático de esas subjetividades en juego. En el campo del psicoanálisis grupal con*

*adultos mayores, las lógicas predominantes son las del desamparo y narcisismo, que van a trabajar organizadas por la fantasía de castración el campo transfero-contratransferencial.*

“En esas circunstancias se puede brindar mucho, pero nunca desde el propio inconciente. Para mí esa sería la fórmula. Es preciso reconocer en cada caso la propia contratransferencia y superarla, sólo entonces se es libre. Dar a alguien demasiado poco porque se lo ama demasiado es una injusticia cometida contra el paciente y una falta técnica. Nada de esto es fácil y quizá también se deba ser más viejo para salir airoso”. (Freud, S. 1913)<sup>3</sup>

*Me apoyo en esta proposición para señalar que el análisis personal del terapeuta es aquí también, indispensable. El deslizamiento de su función y lugar va a estar determinado por sus dificultades para elaborar las pérdidas y la relación idealizada o peyorizante con los padres infantiles. De nada vale besar o abrazar a los pacientes privados de estímulos corporales, si no se entiende y se interpreta que su silencio o su indiferencia es producto del odio que siente o una puesta en escena de una fantasía de muerte, que inundando el aparato le impide relacionarse o lo lleva a atacar permanentemente el vínculo. Si el terapeuta sólo se ofrece como paliativo-placebo y pierde la posibilidad de generar sentido a la problemática afectiva que se padece, poco será el amor que siente y grande será la “injusticia cometida contra el paciente, además de una falta técnica”. Agrego también que es necesario conocer la problemática de la vejez en cuanto a sus vicisitudes inter, intra y transubjetivas. Qué trabajo le cabe al yo, qué defensas se ponen en juego, qué modificaciones ocurren en la relación inter-instancias.*

Voy a subrayar los efectos del dispositivo grupal utilizado frecuentemente en los hospitales, en instituciones societarias, en centros de rehabilitación y geriátricos. Con diferentes encuadres, a veces con la intervención de otros profesionales, como terapeutas corporales, musicoterapeutas, kinesiólogos, que trabajan en la estimulación, se logran resultados altamente significativos.

El grupo es un espacio transicional, espacio intermediario

donde reelaborar las asignaciones sociales y encontrar nuevos sentidos, forjando un ideal común que construye una subcultura específica. Es un mediatizador entre el yo y la cultura. Un lugar para confiar. Un lugar para merodear entre interpelaciones deseantes. Allí se ensaya en el juego del como si, para poder salir de un lugar marginal, reapropiarse de las posibilidades postergadas y renunciar a aquello irremediabilmente perdido. *El grupo funciona como barrera de choque (paraexcitación), es decir sostén y envoltura, amortiguando el efecto traumático de las sucesivas pérdidas que al encadenarse ven dificultada su elaboración. Una vez instalada la membrana grupal, actúa como caja de resonancia que multiplica el efecto de las intervenciones. El yo en la vejez pierde su porosidad natural y es entonces aquí, por efecto de la regresión, una vez instalado el sentimiento de pertenencia, donde aumenta sus apoyos permitiendo una dilatación de sus encallecidas paredes que se tornan entonces más permeables.*

Desde sus comienzos y frente a situaciones de movimientos del encuadre y en ausencia de consignas claras acerca de lo que allí le va a pasar, se produce una situación regresiva donde el sujeto se pregunta ¿qué hago aquí? ¿dónde me pongo? *La pérdida de los lugares sociales, familiares y, especialmente laborales, a veces baluartes durante toda una vida, genera respuestas que constituyen un motivo de agresividad y resistencia a integrarse. Argumentos como “no escucho bien cuando hay mucha gente” o “me voy porque es la hora de la comida”, por mencionar sólo algunos, evidencian la presencia de la “angustia de no asignación”<sup>4</sup>. El trabajo sobre esa situación que transparenta que el yo-horror ha tomado posiciones, permite la elaboración de la angustia de cuerpo desmembrado (catastrófica o de muerte) a la que remite. En esos momentos la actitud de dependencia del coordinador es extrema y el discurso grupal es un diálogo de sordos. Una vez obtenida la cohesión grupal se va revirtiendo esta posición. Al asignar lugares y ser asignado, es recubierto libidinalmente por sus compañeros. La elaboración de estos movimientos es particularmente importante en nuestros pacientes porque deben entrenarse en el dominio de una tendencia a descomplejizar su psiquismo, empobreciendo la fantasmática, que ocurre casi espontáneamente durante la vejez avan-*

*zada y en el grupo remite o se detiene.*

*El símbolo achatado por la depresión vuelve en el grupo a recuperar espesor. Este rasgo de los deprimidos, que encerrados en su tristeza parecen haber perdido la fe en la palabra, remite por los tonos del clima afectivo, la mirada y la atención que se les presta. Se instituye una relación con los otros que reenvía a la época de aquellos intercambios con poca reciprocidad entre la mamá y su bebé dependiente.*

La resonancia fantasmática suscita movimientos que van a intensificar los intercambios. El grupo va a actuar así, como continente, contenido y modelo para los individuos que lo integran. *Otorga desde afuera lo que se está perdiendo en el adentro, la continuidad, la unidad, la permanencia.*

Un movimiento privilegiado en todo grupo es el de la “ilusión grupal” que sostenida en la ideología –proceso fundante y cohesivo– tiene la función de resumir el compromiso narcisista de los miembros y reducir antinomias y contradicciones. Genera la pertenencia brindando una identidad común que formulará nuevos ideales. Se produce por medio de la homologación y la fusión, y posteriormente por la proyección la repulsa hacia el exterior de aquello que da cuenta de las diferencias. Protestas contra los gobiernos amnésicos y desagradecidos que dan como único reconocimiento magras jubilaciones, indican que han comenzado las hostilidades con el afuera de la membrana grupal. Peleas con hijos o maridos muestran a las claras dónde se juegan las contradicciones que pondrían en peligro este momento de ilusión-fusión grupal. Queda entonces el ideal narcisista como único parámetro regulador del funcionamiento. *Ahora el sujeto es el grupo. Integra así un crescendo, un continuo amoroso que repite, vigorizándolo, aquel momento de completitud que remite a los orígenes. Nuevas razones y sentidos darán potencia al yo, cuando se integra el espíritu de cuerpo que habrá transformado en ideas transmisibles aquello que en realidad es puro compromiso narcisista. El yo ideal ha vuelto a su trono. Sin embargo esta ilusión debe ser timoneada por la búsqueda de proyectos que puedan ser realizados, porque si bien entibia al yo mientras lo encandila, debe generar sentidos, para generar vida.*

*Estos momentos que describimos se alternan permanentemente en la vida de un grupo. Hacen en su devenir a la posibilidad de que el grupo y cada uno de sus miembros pueda constituirse como prótesis identificatoria, acudiendo al apuntalamiento del yo en el momento en que las identificaciones fallan. Los atributos más altamente valorizados de cada uno de ellos, pasan a ser patrimonio común e integran la oferta libidinal que provee de lo necesario, de aquello que tal vez nunca existió.*

*Es por esta razón que nunca es poca la insistencia que se ponga en el cuidado del encuadre. Si bien tengo en cuenta las vicisitudes a las que en algunas instituciones está sujeto el uso de este dispositivo, las modificaciones del encuadre deben ser previstas, enunciadas y elaboradas, dado que sus movimientos son vividos con la misma intensidad que si pertenecieran al propio yo.*

*El grupo proveedor de vínculos es el mejor apoyo para transitar por la vida que avanza en el tiempo.*

## **Notas**

- <sup>1</sup> Ray Bradbury. *El vino del estío*. Edic. Minotauro S.R.L. Bs. As. 1946.
- <sup>2</sup> René Kaës. *Crisis, ruptura y superación*. Edic. Cinco. Bs. As. 1988.
- <sup>3</sup> Freud, S. (1913) Cita de la carta a L. Binswanger, en el libro de Pierre Fédida. *Crisis y contratransferencia*. Amorrortu Edit. 1992.
- <sup>4</sup> René Kaës. *Crisis, ruptura y superación*. Ediciones Cinco. Bs. As. 1979.

## **Bibliografía**



- Anzieu, D. y col. *El trabajo psicoanalítico en los grupos*. Siglo XXI. México, 1979.
- Aulagnier, P. *La violencia de la interpretación*. Amorrortu Editores. Bs. As. 1975.
- Beliveau, O. y Singer, D. "Tiempo de Vivir". Primer Premio Latinoamericano Argentino Lineado sobre Psicoanálisis en Tercera Edad, otorgado por la A.P.A. Bs. As. 1992. *Revista del Ateneo Psicoanalítico*, N°1. Bs. As. 1997.
- Beliveau, O., Fornari, N., Nusimovich, M. y Singer, D. "La pulsión de dominio: una propuesta teórica". Jornadas Ateneo Psicoanalítico. Bs. As. 1993.
- Bernard, M. "Reflexiones sobre el concepto de transferencia en el psicoanálisis vincular". *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. T. XIX, N° 1, 1996.
- Bianchi, H. *Travail du vieillir et "travail du trépas"*. Psychanalyse à l'Université. T. 5, N° 20, sept. 1980.
- Bleichmar, H. *La depresión: un estudio psicoanalítico*. Ed. Nueva Visión. Bs. As. 1988.
- Bonvecchi, A. *Althusser. Estrategia del impostor*. Ed. Colihue S.R.L. Bs. As. 1996.
- Bradbury, R. *El vino del estío*. Minotauro. Bs. As. 1961.
- Erikson, E. *Infancia y sociedad*. Edit. Hormé, 1966.
- Fédida, P. *Crisis y contratransferencia*. Amorrortu Editores. Bs. As. 1995.
- Freud, S. "Introducción al narcisismo". O. C. Amorrortu Editores. T. XIV. Bs. As. 1979.
- "De la guerra y la muerte". O.C. Amorrortu Editores. T. XV. Bs. As. 1979.
- Guillaumin, J. *Le temps et la vie*. Collection Formation. Chronique Sociale. Lyon, Francia. 1982.
- Herfray, Ch. *La vieillesse*. EPI Desclée de Brouwer. Prólogo de Lucien Israel. Paris, 1988.
- Kaës, R. y otros. *Crisis, ruptura y superación*. Ediciones Cinco. Bs. As. 1979.
- Kristeva, J. *Soleil noir. Dépression et mélancolie*. Gallimard. Francia, 1987.
- Lacan, J. *Escritos: El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Siglo XXI Editores. México, 1984.
- Missenard, A. y otros. *Lo Negativo. Figuras y modalidades*. Amorrortu Editores. Bs. As. 1989.
- Neiman Gurfin, H. y Stutman, G. "Group Psychotherapy with

- the elderly". En *Comprehensive Group Psychotherapy*. Kaplan, H. y Sadock, B. Ed. Williams & Wilkins USA. 1993.
- Péruchon, M. y Thomé-Renault, A. *Destins ultimes de la pulsion de mort. Figures de la vieillesse*. Dunod, Paris. 1992.
- Singer, D. "La crisis y sus vicisitudes. Teoría y clínica de las Configuraciones Vinculares". Actas del Congreso Teoría y Clínica de las Configuraciones Vinculares. Tomo I. Bs. As. 1991.
- Singer, D. "La cultura, los ideales y el grupo". *Vertex*. Vol. II. Junio-Agosto 1991.
- Singer, D. "Situaciones críticas. Criterios de atención en psicogeriatría". Panel. AGEBA. Bs. As. noviembre de 1993.
- Singer, D. "Antropología de la soledad". XI Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupo (FLAPAG). Tomo I. Bs. As. 1994.
- Singer, D. "Obstáculos de la transferencia en el tratamiento psicoanalítico de viejos". Panel inaugural de las Jornadas de Vejez. U.B.A. Bs. As. 1995.
- Singer, D. "Ideales, grupos o un cuerpo inmortal. La cura en psicoanálisis grupal". Mesa Redonda sobre Psicoterapias en Tercera Edad. Escuela de Salud Pública. Post-Grado de Psicogeriatría. Bs. As. 1996.
- Wilde, O. *El retrato de Dorian Gray*. Ed. Fabril. 1945.

## Resumen

*La autora caracteriza dos posiciones que transita la subjetividad a lo largo de la vida y que dependen de un tiempo lógico y no cronológico.*

*El ser desplazado de los lugares que ocupa el sujeto en el orden social, actualiza una fantasmática que había sido negativizada tempranamente. Así las tensiones entre el "yo-horror" y el Yo Ideal, debidas a la confrontación con el Ideal del Yo, marcan estas posiciones donde concurren además movimientos de la estructura edípica que también obedecen al*

*decurso temporal. Conceptualiza acerca del trabajo representacional y afectivo que aguarda al yo y la organización defensiva que se pone en marcha frente a la emergencia de la depresión. El apuntalamiento intersubjetivo es un factor determinante en estas vicisitudes. Privilegia finalmente el dispositivo grupal como instrumento para la elaboración de estos períodos críticos.*

## **Summary**

*The author characterizes the two positions which subjectivity goes along through life and that depend upon a logical time rather than a chronological one.*

*Being displaced from those places that the subject occupies in the social order, updates a "phantom" that had been negativized earlier. In this manner the tensions between the "horror Ego" and the "Ideal Ego", due to the confrontation with the Ideal of the Ego, marks these positions where other movements of an Oedipic structure which also obey the temporal course of time, can also be found. The author states concepts about the work of representation and affection that is in store for the Ego and the defensive organization that is put into effect when confronted with the emergency of a depression. The intersubjective support is a determining factor in these vicissitudes. And finally, the author places importance on the group mechanism as an instrument for the elaboration of these critical periods.*

## **Résumé**

*L'auteur caractérise deux positions par lesquelles transite la subjectivité tout au long de la vie et qui dépendent d'un temps logique et non pas chronologique.*

*Le fait d'être déplacé des endroits qu'occupe le sujet dans l'ordre social actualise une fantasmatique qui avait été négativisée très tôt. Ainsi, les tensions entre le "moi horreur" et le Moi Idéal, dues à la confrontation avec l'Idéal du Moi, marquent ces positions auxquelles viennent s'ajouter par ailleurs des mouvements de la structure oedipienne qui obéissent également au passage du temps. L'auteur conceptualise le travail représentationnel et affectif que le Moi aura à réaliser, ainsi que l'organisation défensive qui se met en route face à l'émergence de la dépression.*

*L'étayage intersubjectif est un facteur déterminant de ces vicissitudes. L'on privilège finalement le dispositif grupal comme instrument pour l'élaboration de ces périodes critiques.*

## **Comentario sobre el trabajo de Diana Singer**

### **“El ideal, el Edipo y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad.”**

**Mariano Dunayevich \***

---

Me ha sido una experiencia muy grata la lectura del escrito de la Lic. Diana Singer, tanto por la riqueza de su exposición, acerca de los avatares del transcurrir la vida en el proceso de envejecimiento, como por su forma poética, que nos trasmite la emoción de la creatividad en su experiencia de trabajo cotidiano. Le agradezco la posibilidad de poder comentarlo.

Su escritura nos va llevando de la historia del sujeto a la vez que consigna cómo se llega a hacer sujeto de su historia. Es mediante los lazos libidinales del amor a los objetos, a los ideales y asimismo a la elaboración de las pulsiones tanáticas como se llega en dicho transcurso.

También nos habla cómo se pierde dicho sentido en las circunstancias traumáticas de la vida y en las alternativas del hospitalismo. Nos habla de un concepto personal que llama inhibición y aplastamiento simbólico, y al que necesitamos reintegrar en las circunstancias anteriores, para que el sujeto vuelva a ser sujeto de su vida; y no objeto de las instituciones.

Nos muestra cómo se llega a un estado de pobreza psíquica tanto por las circunstancias traumáticas acumuladas, como por un exceso defensivo en el que el sujeto, para evitar el dolor psíquico, termina no viendo, no oyendo y no hablando.

---

\* Médico Psicoanalista. Miembro Titular en Función Didáctica de A.P.A.  
Avda. Callao 255, Piso 14 “M” (1022) Buenos Aires, Argentina.

Son estas circunstancias donde la falta de capacidad de investidura produce la pérdida objetal por retracción, y la pérdida narcisística (el desinflado) por desinvertir los ideales y las metas, y por congelarse en vida al estilo de Dorian Gray.

Nos propone entonces una nueva conceptualización propia acerca de lo que llamaría los trabajos psíquicos del envejecer. En ello se abarcan los trabajos del narcisismo (incluyendo la imagen y las representaciones corporales), los trabajos del Edipo, los trabajos del duelo, y por último los trabajos de la sublimación.

Les contamos que esta categorización sólo nos orienta esquemáticamente sobre los alcances de las pérdidas y de las defensas producidas, ya que se imbrican todas estas categorías a lo largo del trabajo elaborativo.

Las investiduras objetales como los duelos por los lugares psíquicos ya más disponibles a través del abordaje terapéutico, serán objeto de este comentario.

La vida cobra su sentido en la medida en que tiene como contraposición a la muerte en su sentido realístico y simbólico. Hay una demanda de cierta perentoriedad en relación con los límites y con el cumplir con las metas, los anhelos y los deseos que pueblan al ser humano. Las ideologías diversas que ha desarrollado el hombre en su transcurso histórico nos muestran que la muerte no siempre ha tenido el mismo sentido para los sujetos. Así en el medioevo la muerte era un acontecimiento por un lado natural y social en que la familia, los amigos y los conocidos del muriente lo acompañaban desde su pieza en su tránsito al lugar definitivo y de paz junto a Dios. Todavía se repiten dichas formas del ideario colectivo en los avisos fúnebres en que se transcribe que lo trascendente es la vida eterna y no el mero tránsito terrenal. Frente a este resto histórico que perdura, tenemos la temática de la muerte como lo persecutorio, lo demoníaco, lo culpógeno y lo privador de la vida como el bien más rico y valioso que posee el ser humano. Las amenazas provenientes tanto del medio como del interior del sujeto derivados del Superyó, retornan tanto hacia como desde el pasado y aun como peligro hacia el futuro que pueblan la imaginación mediática, mostrándonos el

imaginario colectivo actual a la entrada del tercer milenio.

Respecto al trabajo del envejecer Diana nos trae las diversas circunstancias del duelo que deben ser elaboradas por el sujeto. La pérdida de los padres nos confronta con el necesario abandono del lugar de hijo aunque dicho deseo pueda ser relativizado en el intercambio transferencial. Es en la relación con los hijos tanto reales como simbólicos, donde se actualizarán las fantasías que acompañaron al desarrollo de dicho vínculo, y es en esta segunda oportunidad en que el hijo puede ser tanto el reivindicador de lo no hecho, lo no logrado o no alcanzado. Por otro lado la idealización de los hijos al estilo de "His Majesty" presentifican la relación dual de intercambio narcisístico. La presencia realística de los cambios mentales y corporales y su connotación como pérdida (arrugas, canas, pérdida de dientes, fuerzas, agilidad, pérdida de memoria, etc.) obliga a una necesaria elaboración de ese Yo Ideal pleno del narcisismo pulsional primario. En el nivel corporal se confrontan fantasmáticas atinentes a la castración tanto como castigo ligado a la culpa, como por las pérdidas del Yo que se va. En este caso también se duelen los vínculos que se pierden, como objeto de la relación libidinal, y como espejos de la necesidad identitaria. Los objetos y las relaciones que han muerto o no están ya disponibles, o han quedado como memoria del pasado, obligan a un permanente replanteo de la elaboración de los ideales, del trabajo de religadura y de nuevos aprendizajes. Nos encontramos con las dificultades que se presentan a lo largo de dichas elaboraciones, y aquí Diana Singer introduce el concepto del Yo Horror como oposición al Yo Amor.

Dicha organización que resulta insoportable para el sujeto puede sufrir distintos avatares psíquicos. La primera eventualidad sería que a través del mecanismo del *splitting* se proyecta dicho contenido (esos viejos de porquería). La otra sería lo eyectado (J. Kristeva), aquello que sólo puede existir en el afuera, para ser desconocido, evacuado y atacado.

Otra posible eventualidad sería la formación de un sustituto tanto como formación protésica (sucesivas operaciones restitutivas) así como la formación de un fetiche que garantice la inmunidad y la elaboración de la angustia castración.

La otra posible derivación sería por las elaboraciones del narcisismo. Si no se pueden sostener los vaivenes de la ilusión-desilusión (en la construcción por el analista suficientemente bueno de ese espacio mediado), aparecen el rechazo como desconocimiento y la herida narcisista con su afecto correspondiente que es la ofensa. La ofensa tiene una vía de descarga a través de la fantasmática de la venganza (\*) como actividad, y una forma pasiva de fracaso que llevaría a la retracción, al aislamiento y al ataque interno al Yo a través del Superyó llegando a cuadros de melancolía.

Las organizaciones defensivas caracteriales nos informan de una estructura asintomática que desembocaría en caracteres soberbios o arrogantes en que la problemática pulsional tanática toma formas activas pero mudas.

Por el contrario, la posibilidad de elaboración de los duelos tantos yoicos como objetales nos llevan a la posibilidad nuevos desarrollos. Nos encontramos entonces con que la elaboración de los ideales y los trabajos de religadura de anteriores pérdidas o cambios producen verdaderas transformaciones y aprendizajes, en donde el sujeto desarrolla atributos afectivos como la serenidad dentro de la pacificación interior, y los valores intelectuales no narcisistas, como la verdadera sabiduría. Los medios con que dichas metas se buscan serían de suma importancia y son la estética como cultivo de los valores de belleza y armonía; la sutileza como el saber valorar aquellos detalles esenciales dentro de la totalidad; el resplandor como una capacidad de iluminar y ser iluminado por el conocimiento y la verdad; y la lucidez como una potencia de la agilidad psíquica.

Diríamos de esta manera que recordando el aforismo de “lo bueno envejece bien”, nos acompaña a pensar en la diferenciación entre lo viejo y lo antiguo que es lo que lleva a la dignidad del paso del tiempo.

Quisiera terminar agradeciendo a Diana Singer la oportunidad de pensar con su trabajo el tema que todo ser humano debe elaborar permanentemente en el trabajo de envejecer en

su propia vida.

## **Notas**

(\*) “El Muro Narcisista”. Asociación Psicoanalítica Argentina. 1996.



## **Comentario sobre el trabajo de Diana Singer**

### **“El ideal, el Edipo y la temporalidad. Dos posiciones de la subjetividad.”**

**Janine Puget \***

---

El trabajo de Diana da mucho que pensar y reflexionar acerca de la particularidad de las diversas etapas de la vida, si es que las hay. Y parece que las hay en esta especial articulación entre lo biológico, la realidad material de los cuerpos y la capacidad simbólica y significativa. Mi comentario va ser más bien el enunciado de una serie de reflexiones que me fueron sugeridas a lo largo de la lectura y de la capacidad evocativa potenciada por el estilo poético de Diana. Sabe describir con pocas pinceladas a sus personajes que van quedando en la mente.

Empieza presentándonos una abuela vital, su propia abuela y después toma contacto con todo lo que implica mantenerse vital. Claro que la contracara de esto son los surcos, grietas que irremediablemente fraccionan y se invisten de repetición, retraimiento y desinvertiduras.

Evidentemente Diana tiene mucha experiencia de vitalidad y sabe dar vida o descubrir la vida encerrada detrás de las arrugas y de las diversas marcas que hacen al envejecimiento. Me impactó bastante otro relato inicial, contraste con el de su abuela, donde describe a un grupo de viejos (sujetos) abúlicos y desvitalizados y su transformación en un grupo de personas de la tercera edad revitalizados. Les cambio el nom-

---

\* Miembro Titular de APdeBA; Miembro Fundador de la A.A.P.P.G.  
Paraguay 2475, (1121) Buenos Aires, Argentina.

bre porque todavía la cuestión terminológica lleva a asociar viejo con desvitalización, mientras que el de tercera edad hace pensar en, retomando términos de Diana, reposicionamiento de la subjetividad. Para lo viejo habla del aplanamiento simbólico, término muy feliz que me hizo pensar en una metáfora: a aquel grupo de viejos transformados en personas devolvió arrugas vitales al aplanamiento simbólico. Este último, el aplanamiento simbólico, se manifiesta a veces también con estas caras actuales de personas mayores, viejas, o como sea que convenga llamarlas cuando los numerosos tratamientos de lifting las hacen aparecer como momias. Ya no necesariamente de tercera edad, pero viejas, aplanadas. A mí siempre me hacen pensar en desesperados esfuerzos por aplanar arrugas y pongo el acento en lo de desesperado.

Me parece muy útil teóricamente la caracterización del tránsito de la subjetividad en base a las dos posiciones anunciadas en el título de este trabajo: el narcisismo y el Edipo.

Diana menciona en relación con las crisis y su resolución la posibilidad de que aparezca algo nuevo que oriente el equilibrio. Me quedé reflexionando acerca de este concepto “algo nuevo”. Tal vez en cualquier etapa de la vida sucede algo nuevo. La cuestión es saber reconocerlo y darle lugar en su sentido vital y dinámico. Algo nuevo es, como se va viendo en este trabajo, el tener que posicionarse y organizar su pertenencia en base a las potencialidades de cada momento. Pero en muchas circunstancias algo nuevo es pensado como experiencia posible en el pasado y no en el futuro. Ello cuando sucede relega lo nuevo a un lugar en el que el paso del tiempo no debe dejar marcas, por lo cual es cada vez mayor el aislamiento protector de estímulos.

Cuando uno de los pacientes mencionados por Diana dice: “no quiero estar con estos viejos”, se podría pensar que carece de los mecanismos necesarios para diferenciarse y tan sólo imagina un tipo de relación establecido sobre el modelo de la imitación o de la identificación referida a lo idéntico. Ya entonces no es sólo el verse en el espejo de los otros, sino el temor al contagio. El proceso de subjetivación se interrumpe pues le falta el otro vincular. En ese caso ser reconocido por

un otro se torna fuente de angustia.

Me quedé pensando que la representación de viejo se tiene desde el nacimiento. Todo padre ha experimentado el impacto producido al ser tratado de viejo por sus hijos de cualquier edad. Pero aun más impacto he notado en ciertas personas cuando un muchacho o muchacha de 20 años es tratado por un chico como viejo. A medida que pasa el tiempo el posicionamiento se va modificando y una reflexión común es: “pensar que yo lo trataba a fulano como viejo y ahora lo veo distinto”. Hace poco un nieto mío que quería entusiasmarme para subir a una montaña rusa me dice: “no da miedo porque es para adultos y para abuelos”. Evidentemente aquí establecía una diferencia pero no la suficiente como para que un abuelo no tenga valor instrumental para acompañarlo en la montaña rusa. Me permito cuentos de abuela puesto que Diana introdujo el tema desde el comienzo.

Veamos cómo conceptualiza Diana la subjetividad y sus avatares. La llama esa “interioridad hecha de huellas, representaciones, pensamientos, sentimientos, en fin de fantasías, que se apoya y sostiene y modela en los grupos, en el cuerpo, en la cultura y en el aparato psíquico”. Es una fórmula feliz para un concepto que es utilizado en distintos marcos referenciales y que debe ser revitalizado en cada caso. Tal vez se podría hacer una categorización de las crisis o marcas aplanadas con pérdida de su valor simbólico dependiendo de cuál es el apoyo y el sostén que empieza a fallar con el paso del tiempo. No todos fallan simultáneamente y cada uno de ellos remite a diferentes ansiedades. Por ejemplo la muerte de amigos desestructura los grupos de pertenencia y obliga a crear nuevas investiduras mientras que los avatares del cuerpo ponen de lleno en contacto con la castración o, dicho de otra manera, con todo lo atinente a límites.

Cuando Diana habla de la mediana edad menciona la dificultad de ocupar dos lugares: el de hijo y el de padre. Dentro de la línea del complejo de Edipo es verdad que es una complicación. Agrega entonces una complejidad mayor, la incorporación de una categoría, la de abuelo, o sea sujeto capaz de confirmar al padre/madre en su lugar de padre/madre y a la vez teniendo que crear en la estructura un nuevo lugar, el del vínculo nieto/abuelo. Al mismo tiempo el vínculo

abuelo-nieto quita a los padres su lugar único de “majestad los padres”, obligándolos a aceptar que el hijo-nieto les quita el propio progenitor. Pareciera que aquí un tema muy importante es la cuestión de la transmisión que cobra una nueva cualidad. No sé si Diana ha observado la mezcla de placer y rechazo que experimentan padres y abuelos cuando visualizan desde una nueva perspectiva la relación padre/madre-hijo/a. Es el momento en el que los hijos vuelven a interesarse por su infancia y los nietos preguntan y descubren con asombro y extrañeza que los padres han sido chicos y tienen lugar de hijo en la mente de otros. Tal vez sea el momento en el que, como lo menciona Diana, el crujir del yo ideal que se fisura deja aparecer todo aquello que tuvo que ser dejado de lado, negativizado, para poder instituir a su majestad el bebé. O sea que es el momento en el que aparece una nueva mirada, la que puede sufrir el destino de ser anulada o, al contrario, investida de una cualidad novedosa y vital.

Diana también alude a la inquietud creada cuando se realiza la confrontación entre el yo ideal y la imagen corporal. De nuevo esto me hizo pensar en la importancia de esta cuestión y en las diversas significaciones que ello adquiere en distintos momentos de la vida. La mujer que se mira al espejo y dice: “este vestido me hace gorda...”, o la pregunta inquisidora tanto de mujer como de hombre “¿cómo me ves?”. Y la respuesta: “bien...” “no, estoy horrible” debe aludir a la misma cuestión y a esa insaciable necesidad de la mirada de un otro.

Me quedé pensando también en la idea mencionada en el trabajo acerca del permanecer joven o mantenerse joven. Es cierto que es un concepto muy empleado. Creo que da cuenta de un esfuerzo o trabajo psíquico necesario para, ya no sólo adquirir un lugar sino conservarlo, agregaría pese a circunstancias adversas. ¿Cuáles pueden ser las circunstancias adversas para mantenerse joven o permanecer? Diana menciona la escasez de lugar y en un sentido es así en una sociedad en la que la longevidad es un problema. Pero a nivel simbólico la escasez de lugar suele pasar por la insistencia en quedarse en un lugar que ya no es del sujeto y la pérdida de la capacidad de incorporar lo nuevo para crear nuevos lugares. Es una lucha entre el yo-horror, concepto de Diana, y el yo-amor. Se asocia entonces la pérdida de capacidades físicas con la

pérdida de capacidades mentales para capitalizar la experiencia. La vida realizada pasa a tener un potencial negativo, o como lo dice la autora, a ser pensado como un yo que se va. Me parece que podría ser útil incorporar a estos planteos la idea de acontecimiento como algo novedoso e impredecible capaz de instituir una temporalidad distinta. El acontecimiento es aquello que crea una marca donde no estuvo. En general el futuro se carga de repetición y de algo que se supone conocer que es la muerte. Tal vez la persona de edad o la vejez sea una de las etapas de la vida en la que el trabajo psíquico para ocupar un lugar es de mayor significado.

Una reflexión más. Cuando Diana se refiere a la clínica de los grupos menciona frases muy típicas ligadas a la dificultad de inserción a un grupo terapéutico. En realidad puso de relieve el dilema de la pertenencia: “¿Qué tengo que ver yo con este asunto?”. Es una frase que en cada edad tiene un significado pero que más profundamente deja traslucir las ansiedades básicas ligadas a la pertenencia. Es claro que pertenecer a un grupo suele actualizar el cómo y el dónde pertenecer y ello lleva cuestionamientos que conmueven las bases de la identidad. Poder ver al grupo como proveedor de matrices vinculares, como lo dice Diana, es el mejor de los apoyos para transitar por la vida que avanza en el tiempo pero es también un motor para revisar las partes del lugar ocupado en los diferentes vínculos establecidos en la vida.

Diana menciona también al pasar la cuestión del rechazo por la propia vejez y del rechazo por la vejez del otro. Creo que esto tiene su contraparte en la idealización extrema de aquellos viejos que conservan su capacidad vital y creativa que a partir de un cierto momento se valora desde la confirmación placentera de un siempre posible. Ello tal vez pone muy de lleno en una temática que debiéramos tener en cuenta y es que la prospectiva es de impotencia y disminución mientras que Diana nos invita a pensar en su opuesto: la vitalización de la capacidad simbólica.

Me queda felicitarla porque su trabajo refleja una larga experiencia y capacidad de metabolizarla con inteligencia y amor.

---

---

# **Pasando revista**

---

---



**Lo Vincular,  
Clínica y Técnica Psicoanalítica**

**Isidoro Berenstein y Janine Puget**

**Buenos Aires, Paidós, 1997**

En primer término deseo agradecer a Janine Puget y a Isidoro Berenstein haberme convocado a la tarea tan grata de referirme hoy aquí al nuevo libro que acaban de publicar. Para mí ha sido un placer leerlo y preparar este comentario. También lo he sentido como una responsabilidad, tanto en relación a los autores, cuya trayectoria es de tanta envergadura en cuanto al desarrollo del psicoanálisis de los vínculos, como con respecto a los colegas de los departamentos de Familia y Pareja de la AAPPG, junto a quienes comparto desde hace años el fructífero aprendizaje e intercambio que nos brindan los doctores Berenstein y Puget, directores científicos de los departamentos de familia y pareja de la institución. Espero que estas palabras en parte representen a mis colegas; y deseo a la vez agradecer a APdeBA, institución amiga, que también tiene el privilegio de contar con los aportes de Isidoro y Janine.

Decía que ha sido para mí un placer leer este libro. También el marcarlo, subrayarlo, plantearle interrogantes, dialogar con él.

Este libro es un libro claro, si por claro se entiende aquello que un autor sólo logra plasmar a partir de un conocimiento profundo de la temática que desarrolla y de su deseo de transmitir esto al lector. En este caso, como sabemos, se trata de lo vincular.

Un libro propone, en el mejor de los casos, una forma de vínculo. Los hay, claro, también de los otros; los monológicos, ya sea por su nivel de



convicción discursiva, que excluye el pensamiento del lector, o por su carácter críptico-defensivo que no se expone a la lectura de quien lo transita. Pero todos sabemos de ese acercamiento que nos liga a algunos autores, a aquéllos que por diversas razones en un momento dado se constituyen en interlocutores privilegiados y a los que a veces incluso sentimos como amigos. Son los autores que posibilitan un vínculo, a partir de una modalidad discursiva que invita al diálogo. En este sentido, el libro que hoy recibimos no es solamente un texto sobre lo vincular, es también en sí mismo un texto vincular.

Este libro es un libro amplio. No sólo porque abarca una gran diversidad temática en lo que hace al psicoanálisis vincular; sino por la amplitud de una mirada que incluye y articula permanentemente los espacios intra-, inter-, y transobjetivo. Desde esta mirada ampliada, los autores abordan cuestiones tales como el encuadre, las entrevistas iniciales, la interpretación, los criterios de curación y tantas otras. No me referiré a todas y a cada una de las múltiples temáticas abarcadas en el libro, dado que por otra parte descuento su lectura por parte de quienes están presentes hoy.

Por lo demás, Puget y Berenstein hacen de esta ampliación su proyecto actual, retomando la propuesta de 1988, en que planteaban que “ampliación agrega contenido significativo o propone cambios de paradigmas Ampliar un sector de la teoría revela zonas o áreas no exploradas.”

Hoy, ya en el prólogo anticipan que este libro “es una combinación de una teoría psicoanalítica ampliada desde la concepción de vínculo con las distintas clínicas”, y agregan que “las ampliaciones transforman en parte la teoría y la técnica analíticas, lo cual implica una modificación de algunas de las hipótesis fundamentales”, ocupándose de diferenciar dicha ampliación de una aplicación, término que de ningún modo daría cuenta de los objetivos y alcances de su concepción.

Este libro es un libro riguroso, con una rigurosi-

dad conceptual asentada en lo viviente de una experiencia clínica sedimentada durante muchos años. Es, a la vez, un libro expuesto y generoso. En efecto, en él Isidoro y Janine exponen y ofrecen –nos ofrecen– una puesta al día de su pensamiento y su modalidad de trabajo clínico, desde una toma de posición que los implica profundamente en su escrito.

A partir del reconocimiento de las dificultades que la clínica plantea y esa posibilidad que los autores poseen para transformar los obstáculos en desafíos teóricos fructíferos, el libro despliega una multiplicidad de cuestiones que hacen a la teoría de la técnica. Desde qué se entiende por material clínico en psicoanálisis vincular, el abanico de las intervenciones posibles, o las vicisitudes del proceso analítico, la lectura nos introduce de lleno en lo palpable de nuestra propia experiencia clínica cotidiana. Imposible recorrer las páginas sin implicarse, acordar o interrogar tal o cual párrafo o viñeta.

Una preocupación central de los autores consiste en señalar las diferencias y semejanzas entre la clínica vincular y la individual, para recortar y dar estatuto teórico-clínico a las especificidades de los procesos analíticos vinculares. Este objetivo se enriquece con los tres capítulos respectivamente destinados a la lectura clínica de una sesión psicoanalítica de pareja, de familia e individual.

No quisiera dejar de mencionar el capítulo destinado a la formación del analista de vínculos, que incluye la perspectiva de los autores acerca de la importancia del propio análisis vincular por parte de quien se dedique a la clínica de las configuraciones vinculares.

Pero si bien el texto se presenta, desde el título mismo, como un escrito clínico-técnico, propone desde allí una importante conceptualización metapsicológica de la vincularidad. En base a una trama epistémica compleja, abrevada en diferentes vertientes conceptuales, los autores retoman algunas cuestiones planteadas en textos anteriores, a la vez

que no eluden la reformulación de hipótesis previas.

Con respecto a lo vincular, circunscriben un tipo de conflicto y de sufrimiento derivado de las vicisitudes de la pertenencia a un vínculo: “cómo interviene cada yo en la composición de las creaciones a las cuales podríamos llamar conjuntos vinculares y que se distribuyen en el mapa vincular”; y, desde esta perspectiva, “cómo unos condicionan a otros y entre todos producen fenómenos de significación”; refiriéndose así a un campo psicopatológico donde lo perturbado es la estructura relacional.

A partir de una consideración intersubjetiva de la repetición, anclada en que “nadie puede repetir solo, si no cuenta con la colaboración inconsciente de otro u otros”, proponen la intervención analítica, bajo sus distintas variantes, como eficaz para “modificar la estructura interfantasmática, y por lo tanto las posiciones en el vínculo”.

Hacer conciente la estructura del vínculo, permite el conocimiento y la complejización singular y vincular, promoviendo la ampliación simbólica y la reformulación interfantasmática.

En cuanto a la cuestión de los tres espacios psíquicos, intra-, inter- y transobjetivo, los autores nos proponen un modelo de psiquismo que incluye el vínculo con el otro de la realidad y también con el otro social. A la vez, proponen una diferenciación entre dichos espacios, dado que, si bien estrechamente articulados, cada uno posee su propia lógica. Forma parte de la tarea del analista su discriminación, como así también el conocimiento de la conflictiva inherente a cada una de estas dimensiones, y los significantes que les corresponden.

Esta metapsicología vincular destaca con fuerza la noción de pertenencia –noción que aún merece ulteriores desarrollos conceptuales–, desplazando como concepto explicativo princeps al de desamparo originario.

Si en 1991 Berenstein se refería a la teoría de la

estructura familiar inconciente como un modelo “apoyado en la noción de desamparo motor y psíquico”, siendo éste “una condición inherente al ser humano”, en este texto resulta enfatizada una causalidad recíproca ligada a la pertenencia a las configuraciones vinculares. En este sentido, los autores proponen no reenviar todo dato al mundo infantil, ni buscar explicaciones sustentadas en causalidades unidireccionales basadas en el modelo de la constitución subjetiva a partir de la relación madre-*infans*.

Escriben entonces que “habitados como estamos a considerar los vínculos una reproducción más o menos modificada de lo infantil, por lo general se toma el conflicto entre los yoes como una repetición inscrita en un tiempo acrónico, con tendencia a recrear una relación arcaica u originaria y desplegada con el otro”; y agregan que “la epistemología actual, los nuevos modelos... nos llevan a incluir... la noción de azar y probabilidad. La concepción determinista puede inducir a error, forzando a ver como repetición aquello novedoso e impredecible”. Así adquiere un lugar importante lo indeterminable de la significación inconciente y especialmente del lugar del otro, al cual nunca se terminará de conocer.

Destacan de este modo la relación con el otro “real”, enfatizando las dimensiones inter- y transubjetivas de la pertenencia, más allá del plano intra-psíquico de las relaciones objetales. La noción de pertenencia y las conflictivas que le son inherentes, no abarcan sólo las configuraciones vinculares de pareja y familia, sino que incluyen, además, las vicisitudes de la pertenencia a las instituciones y al conjunto social. Lo cual permite a los autores incursionar en terrenos tales como el de las patologías más frecuentes en la actualidad (a las que caracterizan por la desestabilización del sentimiento de pertenencia) o el de las resistencias epistemológicas de los analistas ancladas en las pertenencias institucionales. El otro real del vínculo es un otro con una cualidad de ajenidad irreductible. Ese “otro como ajeno imprescindible” en la precisa expresión de los autores, con el que

nos encontramos en virtud de los destinos de la repetición pero también de las creaciones azarosas que la vida nos ofrece, ese otro al que nunca podremos acceder en totalidad, sin embargo nos puede convocar a un auto- y heteroconocimiento solidario de la complejización vincular.

Complejización abierta a la alteridad, que por otra parte se presentifica en el discurso mismo de los autores. Este libro es profundamente respetuoso del otro, en tanto la modalidad enunciativa logra desasirse del lugar de la verdad, para invitar al lector a un recorrido activo y singular. Lo cual, además, resulta explicitado en frases como ésta: "...en un trabajo anterior, uno de nosotros... tomó como ejes la verdad, el pensar y el conocer. Hoy consideramos más prudente hablar de... grados de verosimilitud... siendo la verdad absoluta un concepto carente de significado en nuestra teoría."

A la vez, esta concepción se instala en el seno de una ética de las diferencias. Ética basada en la aceptación de lo otro, y ligada al conocimiento como motor de complejización. Elementos todos ellos que, como decía, se hacen presentes en la modalidad enunciativa. En este sentido, la preocupación ética de los autores de ningún modo se restringe al nivel de los enunciados; situación tan frecuente hoy día, en que la palabra ética, reducida a mera declamación, trastabilla y pierde valor. En este caso, afortunadamente, enunciado y enunciación confluyen armoniosamente.

En varios tramos de este texto, Puget y Berenstein se sitúan como viajeros en su relación con el conocimiento. Desde el mismo prólogo el libro es presentado como "un cruce de varios caminos", entre ellos "la ruta de las áreas mentales inconscientes y sus representaciones", y "el otro camino que recorreremos... es el de vínculo"; hasta la referencia a algunas lecturas fundamentales en términos de "un viaje que se puede hacer en todo momento, siempre se encontrarán zonas nuevas". Se trata de un viaje ligado a una búsqueda que, sin embargo "intenta evitar encontrar lo que se busca y más bien dar lugar a la sorpresa por lo que se encuentra".

Viaje, por ende, que acentúa la dimensión temporal. Tanto desde los autores-pasajeros mismos (quienes dedican este libro a sus nietos), como desde los desarrollos que efectúan, el tiempo es el trasfondo de su escrito.

La noción misma de estructura se abre claramente a la temporalidad, en una indeterminación relativa que incluye la probabilidad y el azar.

En cuanto a la consideración del proceso analítico, éste admite la creación de lo inédito, lo cual da cabida a la concepción de un psicoanálisis vincular con poder transformador donde “se generan estados nunca ocurridos con anterioridad, precisamente por la presencia del analista”, cuya labor, semejante a la del arquitecto, será “hacer algo nuevo y reciclar”.

Estos viajeros son incansables. Al respecto, quisiera irme aproximando al final de este comentario, con un par de frases.

La primera, es la que inaugura este libro. Dice: “Este libro comenzó a escribirse cuando estábamos terminando los anteriores, *Psicoanálisis de la pareja matrimonial* y *Psicoanalizar una familia*.”

Esta es la segunda: “En un vínculo el acontecimiento estaría dado por lo radicalmente ajeno del otro para el yo y para ocupar un lugar en el vínculo donde no lo hay previamente en la representación”.

Y la tercera: “Lo azaroso e imprevisible expone a cada uno de los miembros del vínculo a una permanente inseguridad e incerteza, la cual se combate achatando los múltiples recursos que ofrece la vincularidad”.

Leí estas dos últimas formulaciones hace muy poco, en sendos artículos de Isidoro y Janine, que acaban de ser publicados por la Revista de la AAPPG. Incluyen nociones aún en gestación, tales como el estatuto metapsicológico del acontecimiento o el de lo azaroso.

Imagino que comenzaron a escribirse mientras *Lo vincular* estaba esperando su publicación.

Con esto quiero decir que, tal vez en un tiempo no muy lejano, tengamos la ocasión de volver a encontrarnos para festejar el nacimiento de un nuevo libro.

Y ahora sí, para finalizar: Janine e Isidoro nos cuentan en su prólogo cuáles han sido sus referentes teóricos insustituibles: Freud, Klein, Bion, Meltzer, Lévi-Strauss, Bateson, Aulagnier, Lacan.

De ellos dicen que “tienen ese sino, el de marcar lugares fundantes, ya que cuando uno vuelve de ellos es distinto de cuando fue... Son autores que tienen esa magia por la cual uno puede abrir el libro en cualquier parte y leer, siempre ofrecen una apertura al conocimiento, a lo ya vivido, a la experiencia no clara que acabamos de vivir”.

Para muchos de nosotros, Isidoro y Janine forman parte de nuestras propias enumeraciones posibles de esos autores que dejan marca.

Susana Sternbach

**Planeta adolescente.  
Cartografía psicoanalítica para una  
exploración cultural**

**Marcelo Cao**

**Buenos Aires, L.E. Fau & Asociados, 1997**

El placer e interés que proporciona la lectura del libro de Marcelo Cao *Planeta Adolescente. Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural* no nos sorprende: conocíamos ya la capacidad del autor a lo largo de una ya extensa actividad compartida en la docencia y la investigación. El trabajo de Marcelo viene, además, a llenar un vacío significativo en la bibliografía del tema: el de la relación del fenómeno adolescente con el macro-contexto en el que toma su génesis y sentido. Es desde este punto de vista, especialmente, que auguramos a este texto una trascendencia segura. Además de proporcionar una lectura amena, de esas que no permiten que decaiga el interés ni un instante, este libro estimula el pensamiento. Es imposible no ver emerger de sus páginas a los pacientes que hemos tratado, a las diferentes lecturas con que hemos coincidido o polemizado, incluso (por qué no) a escenas y situaciones de nuestra propia historia personal.

Intentaré hilvanar algunas reflexiones que invoca su lectura, que sin duda no pretenden abarcar la totalidad de problemáticas planteadas por el texto.

En las primeras páginas de la *Introducción* el autor escribe lo que será el espíritu de su trabajo: "Pensar al adolescente escindido de su realidad familiar y social, y concentrarse solamente en las reformulaciones que se producen en su psiquismo sin tener en cuenta las variables externas, puede desviar la perspectiva del enfoque hacia el trabajo psicopatológico [...]. Pero también, y desde una posición simétricamente opuesta, existe el riesgo



de acentuar en demasía el contexto social forzándolo en el intento de explicar todo a partir del mismo, perdiéndonos así en la simplificación excluyente de una mirada sociologizante.”

Acordamos con el pensamiento del autor, sin duda clave, especialmente en estos tiempos de cambio rápido. ¿Qué entenderíamos por *variables externas*? Seguramente externas al sujeto. Sin embargo, debemos tener en cuenta siempre que lo que es *externo* para uno de los actores de una escena determinada, no lo es para algún otro: el interjuego de subjetividades es la unidad de medida en todos los casos. Aclaro lo que quiero decir: el modelo de interpretación psicoanalítica en vigencia durante muchos años estuvo tal vez definido en su esencia por Strachey, el aquí y ahora relacionado en términos de determinación por el allá y entonces. El sentido de la actividad del sujeto encontraba su explicación en un *por qué* ubicado en su pasado, sin la posibilidad de agregar el *para qué* de una intencionalidad teleológica. El analista, más que explicar las determinaciones del analizando, se ubicaba en el lugar de un juicio de realidad: “Lo que Ud. me proyecta es erróneo, y se debe a una transferencia inadecuada de vivencias arcaicas”. El recurso de las entrevistas familiares, así como los tratamientos vinculares, son imprescindibles en el tratamiento de adolescentes, como afirma Marcelo Cao. Las noticias de los parientes informarán de su propia relación con el adolescente, y permitirán que nos formemos una imagen adecuada del contexto vincular que da sentido a su problemática. Seguramente estos familiares no nos suministrarán una imagen *objetiva* de nuestro paciente, como no será tampoco una imagen *objetiva* la que nosotros podamos hacernos de ellos: “La madre *en realidad* era...” Los tratamientos grupales encuentran su motivo en la disolución de los pactos inconcientes que traban el proceso de subjetivación de sus integrantes: en esto coinciden los encuadres del pequeño grupo, la familia y la pareja.

La consideración de los factores macrocontextuales, es tal vez la mayor contribución del autor al estudio del fenómeno adolescente. Algunos cole-

gas franceses se admiraban de la importancia que los argentinos dimos siempre a la influencia del macrocontexto en la determinación de los procesos psíquicos. Actuaban, probablemente, como lo habrían hecho los miembros de las sociedades del Pacífico Sud ante la curiosidad de los antropólogos europeos. ¿Para qué estudiar lo que es obvio? ¿Es que hay otra cosa que esto? Para los analistas europeos los cambios mensuales de honorarios, de circunstancias políticas, del cambio de todos los parámetros referenciales en cuestión de meses o semanas era una realidad difícil de pensar. A nosotros, en cambio, todo eso nos sensibilizó, nos hizo tomar conciencia de un encuadre que, si bien sólo se percibe, como los bebés, cuando llora, estuvo gritando la suficiente cantidad de tiempo como para que no olvidemos nunca más su presencia determinante.

Es interesante la exposición que hace Marcelo Cao de los diferentes tipos de familia a lo largo de la historia, y su relación con la infraestructura económica de cada época. Conocemos trabajos recientes que analizan la emergencia de nuevas formas sociales, sus características y sentido. Sin embargo, pocos relacionan el vínculo complejo entre supra e infraestructura, lo que sin duda es una clave para entender profundamente el proceso de emergencia y evolución de estos modelos. La relación entre familia ampliada y economía feudal, la fuerza de las primeras etapas del capitalismo actuando sobre esta forma y forzando la aparición de la familia nuclear, el poder del neocapitalismo sobre esta última fórmula familiar, nos ayudan, como todo estudio de la historia, a formular diagnósticos y, cosa más importante aún, a hacer proyecciones y establecer pronósticos.

“Una organización social rígidamente construida y claramente definida (sea primitiva, medieval o totalitaria) ofrece al adolescente un ideal homogéneo, que es igual tanto para él, como para sus iguales y sus mayores”, escribe M. Cao, citando a G. Pearson. A lo que agrega “En cambio, la ética liberal propalada por el capitalismo industrial acentúa el criterio de que cada individuo debe definir sus

ideas y vocaciones en función de la multiplicidad de ideales que circulan por su urdimbre social. La invitación a que cada uno delinee su propio camino sin desconocer, en el mejor de los casos, la referencia de los que lo precedieron pero sin tener en cuenta una visión de conjunto, se encarnó en la figura que se confundiría como la ansiada concepción del modelo individualista de la burguesía capitalista: el *self made man*, una primera versión del héroe solitario y autoengendrado.”

Sin duda éste es un efecto de la familia nuclear, que resuelve los efectos de la identidad por pertenencia de la familia ampliada –siempre anclada a la permanencia en el tiempo y el espacio– y promueve la internalización de una estructura que transforma al sujeto en relativamente autónomo de su grupo de origen. Tenemos aquí el ejemplo del pionero, el conquistador, que busca reproducir en un ambiente lejano los parámetros de su propia cultura, tal como lo ejemplificara desde la literatura el *Robinson Crusoe* de Defoe, a principios del siglo XIX.

El complejo de Edipo, tal como lo describiera Freud, es el modelo inconciente de este tipo de familia, y su establecimiento como base de la estructura psíquica es lo que proporciona la autonomía del sujeto, los límites de su subjetividad. El resultado es el *individualismo*, la autonomía ya mencionada, que permite al sujeto la posibilidad de enfrentar a su contexto, pero también de reconocerlo en su alteridad. Esta autonomía no se contradice con la consideración del otro y el establecimiento y respeto de normas compartidas; más bien lo estimula. El superyó bien establecido regula el intercambio con el prójimo, y le permite verlo como otro diferente; al mismo tiempo, el poder identificarse con él de una manera no narcisista lleva al sujeto a la posibilidad de *amarlo como a sí mismo*, como propone el precepto.

Otra es la cuestión bajo la égida del neoliberalismo, uno de cuyos ejes, señala el autor, es “El retorno al expediente de un individualismo sin matices ni fronteras.” Al respecto, agrega M. Cao que

éste es “El retorno triunfal del individualismo en la remozada versión de único actor en escena, se gesta en el contexto de la globalización de la economía, fenómeno que emerge como producto de los efectos generados por el efecto del modelo de las sociedades de la *segunda ola* [es decir, las capitalistas incipientes], con su resumido corpus filosófico de la instauración del éxito (económico) personal como modelo resolutorio de la condición humana. Sin cambio ni proyecto es menester concentrarse en lo cotidiano, en lo fugaz, pero de una manera aligerada; sin pasión ni dolor, tratando de obtener la mayor cantidad posible de placer en la forma más simple, inmediata y anónima. De lo contrario, se corre el riesgo de enfrentarse con los huecos y las ausencias (tanto a nivel intrasubjetivo como intersubjetivo), maduradas al ritmo de tanto desinvertimiento. [...] Pero, a diferencia de otros momentos históricos donde mediante una costosa elaboración un nuevo conjunto axiológico reemplazaba y/o absorbía al anterior [...], este procesamiento se encuentra imposibilitado debido a que el anuncio de una supuesta muerte de (todas) las ideologías arrastra cuesta abajo el grueso del campo de los ideales, junto a las condiciones para que en los psiquismos se produzca el proceso de metabolización de las nuevas pautas.” Sin duda es éste otro estilo de individualismo. El modelo de hombre descrito se parece demasiado al una personalidad narcisista, como para no hacernos pensar que la internalización de una estructura edípica ya no ha podido ser implementada. La crisis del modelo familiar nuclear, la pérdida del referente de la función paterna, que modela la formación del superyó y permite la formación de una estructura psíquica acorde con la segunda tópica descrita por Freud, ha producido profundos cambios en la estructura psíquica del sujeto de la posmodernidad. Esto daría cuenta de la novedosa patología que encontramos en nuestros consultorios. El individualismo posmoderno no es ya el que mencionamos respecto de la modernidad, sino el que corresponde al aflojamiento de los vínculos intersubjetivos, a la pérdida del reconocimiento de la alteridad del otro, con la consecuente imposibilidad de los sujetos de “ponerse en el lugar del otro”, de *com-*

*padecerlo*. El *self made man* tiende a ser reemplazado por otro que fantasea su autoengendramiento, y reniega de sus compromisos con la sociedad que lo ha gestado.

La descripción que hace M. Cao de la transformación de la adolescencia, desde un estado casi inexistente –en la sociedad medieval– hasta una franja societaria con intereses e identidad propios, diversos de los del resto de la sociedad, explica y aclara muchas facetas de la problemática de este momento del desarrollo humano. Muestra cómo el adolescente muta su estatuto de interfaz, de estación de transbordo y enlace generacional, para transformarse en un conjunto condenado por las fuerzas del mercado a consumir, sin una meta o proyecto claros. Con esto pierde su posibilidad de cuestionar el mundo de los adultos, de jugar el papel de avanzada de los cambios que la sociedad requiere. Si la sociedad premoderna, a través de la familia ampliada, constituía un factor de estabilidad y conservadurismo, si la sociedad industrial primitiva, con el instrumento de la familia nuclear, generó el modelo de hombre autónomo que necesitaba, la sociedad posindustrial parece orientada a producir consumidores, cuyas metas varían según el catálogo comercial de turno.

Dice M. Cao que “El temor de los adultos a la pérdida de sus lugares se ve reforzado por una situación bifronte: en primer término entran en conflicto con (o mejor dicho contra) los jóvenes, que con su movimiento desatan inevitablemente una pugna por los lugares y los valores establecidos; y en segundo término consigo mismos, ya que en su tránsito estos jóvenes los espejan con los adolescentes que ellos mismos fueron, generando así una multitud de comparaciones, y especialmente con las limitaciones que en su momento padecieron (y que, a manera de un síntoma de arrastre, aún sigan padeciendo)”. La confrontación generacional coincide con la necesidad de un reposicionamiento del sujeto humano a los largo de su historia personal. Podríamos pensar que el adulto está “después de” y el adolescente “antes de” este posicionamiento, ambos posiblemente deseando, en mu-

chas ocasiones, ocupar el lugar del otro. La fantasía frecuente de los adultos de poder volver a tiempos anteriores con la experiencia adquirida debe entenderse haciendo una distinción entre adolescencia y juventud.

Goethe escribió *Los sufrimientos del joven Werther* en su juventud. Werther, desesperado por un apasionado amor sin esperanzas, termina suicidándose. La propia experiencia del autor fue la inspiración de este atormentado personaje. Muchos años después Goethe (y seguramente con otra problemática personal como inspiración) publica su *Fausto*, donde se describe el pacto de un anciano sabio con el Demonio, que le promete el retorno a la juventud a cambio de su alma. El adulto desea volver a ser joven, no adolescente (es necesario subrayar esta diferencia), y ya ha olvidado los conflictos y sinsabores que la adolescencia implica. Desea ser una cosa sin la otra, tener el poder de la juventud sin sus contradicciones. Seguramente se equivoca, ya que es difícil separar ambos elementos: si los adolescentes pueden sobrellevar estos conflictos es precisamente porque tienen el vigor de la juventud; una cierta dosis de frustración, sin embargo, los empuja a superarlos y entrar en la etapa vital subsiguiente.

Para los sujetos en crecimiento el lugar ocupado por los adultos puede aparecer como una traba a sus propias aspiraciones, con la consecuente fantasía de desalojarlos y ocupar su lugar. Esto nos lleva a reflexionar acerca del poder de los modelos, y de la pertinencia según el contexto en que se aplican. En el modelo de la familia nuclear, edípica, este conflicto da lugar a la búsqueda de la exogamia. Se ocupará el lugar de los padres, pero en **otro** espacio a crear. La sociedad asegura así su perdurabilidad. En un contexto institucional, en cambio, cuando el modelo de un grupo de pares estructurado con jerarquías funcionales y variables es reemplazado por uno familiar, se producen situaciones disruptivas: las figuras revestidas de rasgos parentales suelen ser atacadas y expulsadas, con lo que se pierde un caudal significativo de experiencia, o los que quedan ubicados en el lugar

filial deben abandonar la institución, con el consiguiente entorpecimiento del mecanismo de recambio generacional (aquí esta palabra está utilizada con un sentido metafórico). El modelo de la sociedad posmoderna tiende a idealizar un prototipo que coincide con la imagen del joven triunfante (no adolescente), que detenta y ostenta todas las cualidades de la juventud sin los problemas propios de este pasaje entre la infancia y la adultez. Es razonable que quienes hayan abandonado ya esa etapa experimenten, frente a semejante imagen, una cierta angustia de no asignación, y la secuencia generacional aparezca entonces invirtiendo su sentido. Ya no son adultos que imaginan una juventud idealizada, sino que toda la *mass media* confirma sus fantasías más audaces. El poder prevaleciente en el mercado utiliza esta situación: los clientes potenciales de las empresas de jubilación privada son presentados con frecuencia disfrazados de adolescentes, intentando connotar, de esta manera, la oferta de una negación maníaca del paso del tiempo, el escape de su ubicación en una etapa socialmente desprestigiada.

En el final de su libro Marcelo Cao, reflexionando acerca del pasaje entre generaciones, recuerda la cita de Freud acerca de que el hombre es al mismo tiempo un fin para sí mismo y un eslabón en la cadena de las generaciones. ¿Tiende la cultura posmoderna a poner el acento en el "fin para sí mismo", renegando de los deberes del hombre para con la humanidad? ¿Implica esto la pérdida de las funciones que debe cumplir el adolescente en el equilibrio societario, su lugar de interfaz, de motor de los cambios necesarios? Preguntas inquietantes, aunque no sean las únicas que plantean estos tiempos de crisis. El libro que nos convoca es, sin duda, un instrumento valioso para encarar sus respuestas.

Marcos Bernard

## **Transmisión generacional, familia y subjetividad**

**Silvia Gomel**

**Buenos Aires, Lugar Editorial, 1997**

Silvia ha emprendido una tarea necesaria, valiosa y difícil proponiendo abordajes muy ricos de los cuales sale sumamente airosa. Airosa es tal vez poco decir puesto que ha conseguido poner de relieve, dibujar, detectar la cantidad de cuestiones que hay que tomar en cuenta, revisar, volver a definir cuando se habla de transmisión transgeneracional. No son tantas las teorías sobre las cuales se pudo apoyar porque éste es un tema aún no muy claro para los psicoanalistas. De todas maneras su libro está respaldado o entramado sobre algunas teorías importantes a las que revisa.

Me quedé pensando al leer su libro cuán fácil le es para el común de la gente decir que lo que les pasa es hereditario y cuán difícil nos es a nosotros justificarlo y teorizar acerca de ello. Para lo heredado, la culpa la tiene otro mientras que en la transmisión inconciente la culpa la tiene el que no debiera tenerla, o sea, a quien no le corresponde y para colmo no lo sabe. Porta sin saberlo una mochila que lo condena a ser otro y le impide ser sujeto de su propia vida. Sin embargo necesita de sus antepasados para ser.

Una pareja estéril, que adoptó dos niños que, como dicen y lo viven, les cambió la vida, comenta que él toma alcohol pero que ahora toma en forma más razonable. Antes, cuando no venían los niños, se sentían solos y ella no le podía decir nada porque la estéril era ella. Pero como dice ella, él es bueno porque nunca le pegaba. Poco a poco ella intenta decirle algo en lo referido al tomar alcohol pero cada tanto le ofrece vino porque se da cuenta que él quiere. Cómo lo va a dejar sin eso que él quiere. No sabe cómo conformarlo porque si le



acerca un vaso de vino piensa que está mal, pero también estaría mal que no se lo acerque. Como para salir de esta dificultad, dice, "lo que pasa es que es hereditario porque el padre es alcohólico". Agrega que él no conoció al padre más que por fotos porque embarazó a la madre estando borracho y después se fue. Pero él sabe por vecinos que le han dicho que el padre sigue borracho.

Cuando leía el libro de Silvia como ya les decía, pensé: qué simple para otros y que difícil para nosotros.

Silvia nos da un libro difícil conceptualmente y fácil de leer. Contradicción creativa que se opone con aquellas contradicciones enloquecedoras que van apareciendo en el texto.

Silvia se ocupa de los mitos familiares. Un mito es también un relato coherente que esconde o coherentiza las contradicciones y de esta manera les encuentra alguna solución. Silvia da un lugar importante a los mitos y a su expresión ritualizada y nosotros aquí nos encontramos teniendo que deshacer el mito de lo hereditario para volverlo a armar de una manera tal que nos permita abordar la clínica vincular con nuevos mitos. El mito actual nuestro, de Silvia, es que lo no dicho, lo no vivido, lo no representado, lo traumático, lo que no tuvo un lugar y tiempo para ser pensado, se transmite en algún personaje que conforma la trama vincular y reaparece de las múltiples maneras que nos comenta Silvia. Debo reconocer que las viñetas clínicas son dignas de la coherencia de sus expresiones teóricas. Pero aquí la coherencia de Silvia no esconde una contradicción si bien probablemente haya que tomar las confirmaciones como nuevos peldaños sobre los que apoyarse para desanudar otros enigmas. Las viñetas tienen una cualidad que es la de su fuerza dramática que por momentos es tan válida que me encontré leyendo algunos de los casos presentados por ella como si fueran un cuento corto... quería ver cómo terminaba. Sabía que iba a terminar bien, lo que en este contexto significa que iban a explicar y dar sentido a un síntoma loco. Para mí es un talento el poder transmitir con fuerza

evocativa un material clínico ya que me permite pensar en Silvia en tanto clínica talentosa, capaz también de transmitir a sus pacientes lo que ella piensa con la misma fuerza evocativa. Aquí empleo el concepto de transmitir significados que a su vez creen otros ligados al saber, al conocimiento, al deseo de develar desconocimientos.

Silvia nos enfrenta también con la idea que el proceso identificatorio como concepto no alcanza para explicar la magnitud de la transmisión. Y entonces siendo coherente con su preocupación, el texto está atravesado por diferentes formas de nombrar eso que simplemente acostumbramos llamar identificación. Me entretuve en subrayar las múltiples maneras de aludir o nombrar aquello relativo a algo teniendo que ver con identificación. Y lo hice porque justamente estas múltiples formas de nombrar aluden a lo que enuncia Silvia: a saber “que las identificaciones conforman un modelo de la transmisión psíquica abierto a múltiples despliegues”. Dando un listado les pediré que piensen cuál de todos estos conceptos usan con más frecuencia o cuál usarían en forma privilegiada ya que esta elección va a tener que ver con el marco referencial usado para pensar estas temáticas. Después los invito a que lean el libro para ver cómo define la autora a cada uno de ellos. Silvia recurre precisamente a conceptos que provienen de otras disciplinas como lo es la antropología estructural y en ese caso propone el concepto de referencias identificatorias, de la lingüística y habla de efectos identificatorios a través de sus coordenadas simbólicas, etc. Pero modelos identificatorios y acá se mete de lleno en lo vincular, sea social o familiar, lo social e histórico. Cuando introduce el concepto de movimiento identificatorio lo hace para referirse al espejo familiar. Para la captación identificatoria se introduce en los misterios de aquello que siempre escapa al simbolismo. Al referirse a la complejización vincular introduce el concepto de problemática, despliegue y otros aludiendo todos ellos a una cuestión de la cual sólo podremos captar en algunos de sus lineamientos. La lista sigue y para no cansarlos sólo enumero algunos de los términos empleados: proceso, enunciados, formaciones,

identidad identificatoria, oferta, reestructuración, edificio, trayecto, puntos de apoyo, compactación, supuestos, marcas identificatorias. Y seguramente se me han pasado algunos. Desde mi punto de vista es como si estuviéramos queriendo encontrar un nombre a un hijo que aún no nació, para el cual auguramos un gran porvenir en la estructura vincular, que cuando nazca escribirá una nueva historia o más bien creará la historia pasada desde su visión actual. En una de éstas perderemos las trazas de la historia original y la que se construya ampliará su poder evocativo y explicativo. Ese nombre tal vez se tenga que desligar de los dos modos de construcción del yo como lo son la búsqueda de un objeto y la búsqueda de un modelo. Eso ya nos lo dio Freud y lo retomó Silvia.

Se me ocurre que para la vincularidad creadora de una historia capaz de explicar su actualidad retornando al pasado y, como dice Silvia, erosionando certezas, habrá que pensar en cuáles son los supuestos identificatorios que otorgan una certeza acerca de un origen siendo que dicha certeza tan sólo sirve para negar el origen del vínculo actual. Esos supuestos o marcas, o como quieran llamarlos, siguen esperando un nombre, pero sospecho que estamos en un parto.

Silvia se refiere con detalle a discriminar el sentido del concepto tan utilizado: origen, no en cuanto a una temporalidad lineal sino en cuanto a un orden lógico. Introducir una temporalidad lineal para la transmisión elude el concepto muy trabajado por ella de temporalidad retroactiva. Aquí creo que se infiltran varias definiciones de *a posteriori*. Alguna más clásica ligada al trauma y otra más actual que tiene que ver con pensar el *a posteriori* como una permanente construcción de un pasado. Eso es lo que hacemos y hacen nuestros pacientes por lo cual las diferentes versiones construidas a partir de la historia actual nos podrán permitir imaginar de qué historia se trata si comparamos las diferencias entre cada versión. En el análisis vincular el entrecruzamiento de historias, o sea el espacio de no coincidencia, es tal vez el punto a partir del cual los analistas tejen una nueva historia, la que

a su vez deja otra brecha, otro desfasaje, punto de arranque para la evocación de otros y otros momentos históricos.

El libro de Silvia comporta también una advertencia importante en la medida que nos obliga a reflexionar cuántas veces como analistas nos inclinamos por interpretaciones que sólo producen certezas causales y de esta manera eludimos entender el material tomando en cuenta que nuestra presencia introduce una alteración en la dinámica vincular. Esto es algo más que pensar en términos de transferencia, es aceptar que si un vínculo produce historia es porque los sujetos quedan alterados por el vínculo. En la transmisión pareciera justamente no producirse dicha alteración.

Al leer las viñetas clínicas me volví a preguntar más de una vez cómo se las arregla una familia para nombrar a uno de sus personajes o a varios como portadores de una historia no vivida. Tal vez no sólo sea así para la historia o las marcas tanáticas sino también para las otras, aquellas que llevan a algún sujeto a ser portador de misiones heroicas, creativas u otras. Pero entonces me preguntaba si tenemos formas de diferenciar aquello que se despliega en un vínculo por simple relación entre sus miembros, algo que en otros momentos he llamado la alquimia propia a cada vínculo y aquello que justamente impide el despliegue de la alteridad, o el advenimiento de lo que hoy llamamos el acontecimiento y obliga a volver a significar una historia, una marca que debiera ser ajena a la historia actual y haber sido metabolizada. Claro está que no es cuestión de renegar de la historia pero más bien poder volverla a contar para enriquecer las versiones actuales. En lo que nos aporta Silvia de transmisión invalidante, no hay discontinuidad donde debiera haberla y hay quiebre no simbolizable donde debiera haber discontinuidad simbolizable. Si un vínculo se basa en una representación inconciente de necesidad de la discontinuidad para crear a sus personajes, en las cuestiones de transmisión de la que nos habla Silvia justamente el vínculo no crea sus nuevos personajes, le falta el poder creativo y tan sólo

acarrea personajes que han sido creados por otra historia vincular. La cuestión va a ser cómo deshacerse de una historia que no nos corresponde para crear una historia que enriquezca los vínculos actuales.

Probablemente leyendo el libro de Silvia con mucha atención y ya no como una novela podamos acercarnos a desentrañar esta cuestión tan difícil que no sólo incumbe a nuestra clínica sino también a la capacidad de teorizar y deshacernos, como lo hace Silvia, de certezas adquiridas con los que nos indicaron los primeros pasos en el conocimiento del valor del inconciente, de las representaciones, de las identificaciones, de la transferencia.

Antes de terminar, unas palabras para el prólogo escrito por Isidoro, que nos ubica ante la historia sin fin ligada a la certificación de los orígenes y las historias kafkianas dentro de las cuales algunos sujetos viven cuando buscan un reconocimiento en el espacio social que este espacio no es capaz de darles.

Silvia merece nuestras más calurosas felicitaciones y la seriedad y creatividad con la que encaró este libro la ubica en un buen modelo de identificación para muchos.

Janine Puget